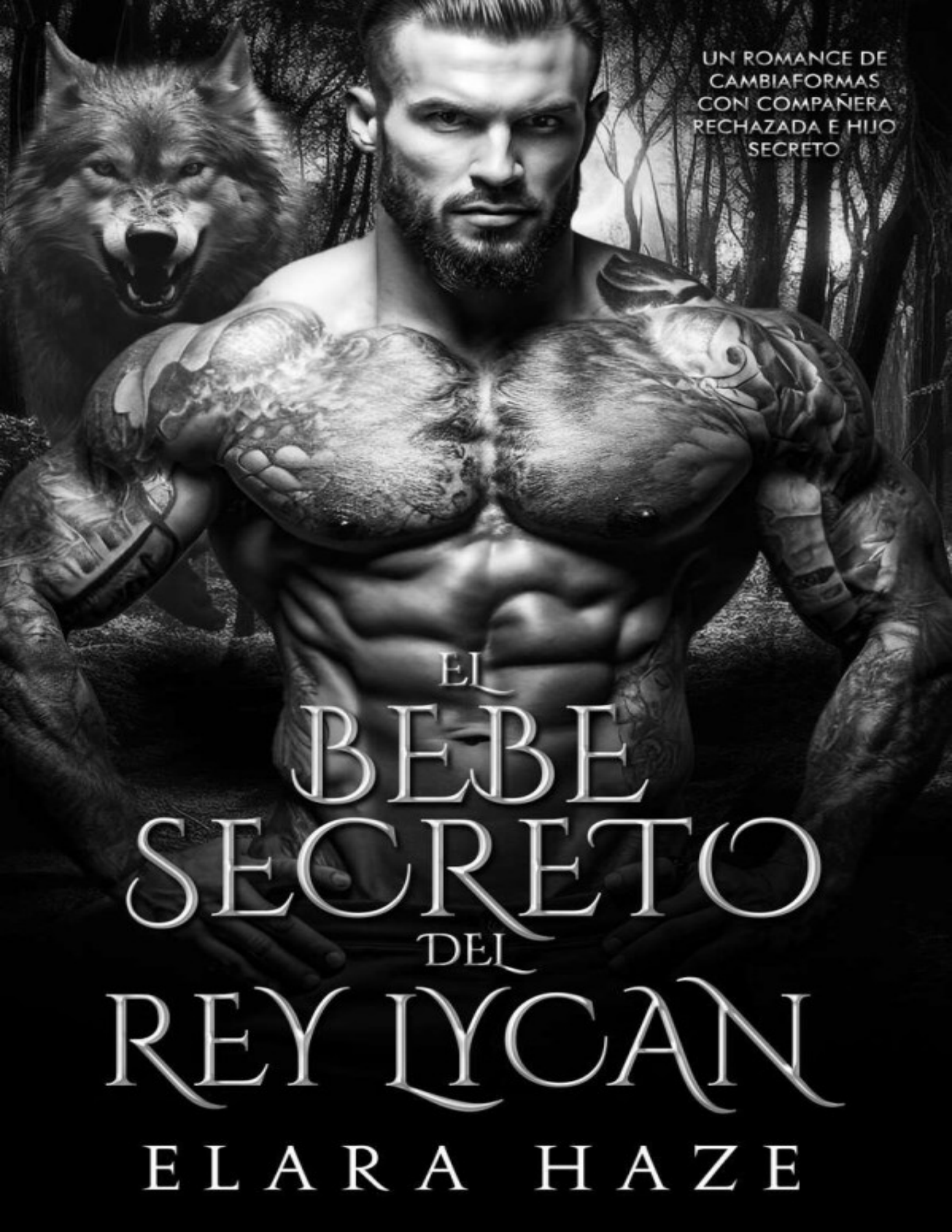

UN ROMANCE DE CAMBIAFORMAS CON COMPAÑERA RECHAZADA E HIJO SECRETO
EL BEBE SECRETO DEL REY LYCAN
ELARA HAZE

El bebé secreto del rey Lycan

Un romance de cambiaformas con compañera rechazada e hijo secreto

Elara Haze

Copyright © 2025 por Elara Haze

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos reales.

Boletín

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.

Índice

El bebé secreto del rey Lycan
Advertencia sobre el contenido
Prólogo
1. Alana
2. Tristan
3. Alana
4. Tristan
5. Alana
6. Tristan
7. Alana
8. Tristan
9. Alana
10. Alana
11. Tristan
12. Alana

13. Alana
14. Alana
15. Tristan
16. Alana
17. Alana
18. Tristan
19. Alana
20. Tristan
21. Alana
22. Tristan
23. Alana
24. Tristan
25. Alana
26. Alana
27. Alana
28. Alana
29. Alana
30. Alana
31. Alana
32. Tristan
33. Alana
34. Alana
35. Tristan
36. Alana
37. Tristan
38. Alana
39. Tristan

40. Alana
41. Alana
42. Tristan
43. Alana
44. Tristan
45. Alana
46. Alana
Epílogo

El bebé secreto del rey Lycan

El Rey Lycan me rechazó y desterró...
Y me dejó con un bebé secreto.

Han pasado cinco años desde la última vez que nos vimos...
Años que he pasado escapando de la ira de mi padre...
Y cuidando de la frágil salud de mi hija.
Pero después de innumerables visitas al médico, ya no puedo negarlo.
Mi bebé se está muriendo, y necesita un milagro.

Un milagro que llega en forma de los Juegos Lycan.
Una serie de pruebas brutales para ganar un deseo mágico que pueda salvar su vida.
Sólo hay un problema:

El Rey me está observando...
Y hará cualquier cosa para obligarme a abandonar los Juegos.

Pero para una omega como yo es peligroso estar tan cerca de su alma gemela.

Cada mirada acalorada, cada caricia robada y cada promesa sensual me acercan más al celo.

Y si lo hago, no creo que pueda resistirme a él... aunque nos mate a los dos.

Advertencia sobre el contenido

Esta historia está destinada a lectores mayores de 18 años y contiene temas que pueden resultar delicados para algunos. Contiene lenguaje explícito y escenas de sexo.

Desencadenantes: sangre; violencia; referencias al encarcelamiento y la tortura; referencias al control coercitivo y el abuso; embarazo/crianza, enfermedad/condición infantil.

—·—

Prólogo

Alana

Entré en el gran salón donde mi padre hablaba con algunos de sus consejeros y esperé a un lado, jugueteando con la falda de mi vestido. El coche me estaba esperando fuera y tenía que irme pronto.

Pero sabía que si me iba sin hablar con mi padre, tendría que pagar las consecuencias, y él estaría más que enfadado.

Mi padre, Rion Torvald, me miró y despidió a sus consejeros con un gesto de la mano. Todos se dieron la vuelta y se marcharon de inmediato, con una eficiencia casi robótica, y sentí un nudo en el estómago, como siempre que mi padre y yo nos quedábamos solos.

Se sentó en la silla en la parte más alta de la sala. Me negué rotundamente a llamarla su trono, aunque sabía que eso era exactamente lo que era. Luego me hizo un gesto para que me acercara, examinándome con mirada crítica.

—Tienes buen aspecto. Harás bien tu papel.

Estaba inquieta, pero sabía que mi padre estaba atento a cualquier signo de debilidad, así que no me moví. Lo miré fijamente y asentí.

—Gracias. Te lo agradezco.

En realidad no, y no quería estar haciendo esto, pero eso no importa.

Los ojos de Rion volvieron a recorrer mi cara, y luego bajó la barbilla asintiendo, aparentemente satisfecho con lo que vio.

—Cuéntame el plan una última vez.

Solté un suspiro y asentí con la cabeza.

—Voy a asistir al Baile del Vencedor como beta de uno de los territorios exteriores, enmascarando mi olor para que nadie sepa que soy una omega. Mi misión es entrar, prestar atención a cualquier señal de descontento entre la gente y los nobles que estén allí, y cuando pueda, escabullirme para explorar el castillo. —Hice una pausa y seguí:— Si puedo acercarme al rey o averiguar algo más sobre él como persona, lo haré, pero si no, la misión no se va a estropear.

Tristan Thorne era el rey recién nombrado de la región, los seis territorios formados por la población combinada de cambiaformas y humanos del continente, así como de las demás criaturas mágicas dispersas por todo el territorio, que se mantenían aisladas. Los espías o disidentes habían asesinado a su padre hace poco, y la masacre que ocurrió cuando Tristan ocupó su trono fue... bueno, estremecedora, si los relatos eran ciertos.

Tristan eliminó cualquier atisbo de disidencia entre su pueblo, y se buscó enemigos en el proceso. Mi padre estaba entre los que creían que Tristan estaba en el trono de forma ilegítima, a pesar de que su linaje le había valido el puesto, y mi misión de esta noche formaba parte de los esfuerzos por socavar su reinado, sobre todo ahora que

los Juegos Lycan habían terminado y el ganador había sido coronado.

Los Juegos Lycan nos recordaban cada cinco años la fuerza de la monarquía en la región. Eran un impulso para la moral, por así decirlo, además de una oportunidad para establecer y fortalecer lazos políticos. Un rey los creó hace varias generaciones tras ver la disidencia en su reino, decidió que reunir a su pueblo bajo un espíritu de competición amistosa, además de conceder un poderoso artefacto mágico como premio, era la forma de mantener las peleas al mínimo. El éxito fue rotundo y los juegos han continuado desde entonces.

Mi padre pensó que sería poético que la caída del rey Tristan comenzara justo cuando debería estar celebrando una enorme victoria, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de empezar su reinado.

No me gustaba nada de esto. No era defensora de la monarquía en particular, todo me parecía muy arcaico, pero no los odiaba con la misma pasión que mi padre. No creía que Tristan fuera un traidor o ilegítimo, y sabía a ciencia cierta que si me pillaban espiando esta noche, iba a enfrentarme a consecuencias mucho mayores de las que tendría en casa si no hacía lo que mi padre quería.

—¿Qué pasa? —espetó Rion, cada vez más impaciente con mi silencio.

Salí sobresaltada de mis pensamientos y tragué saliva. Me agarré la falda con las manos y temblé un poco, inundada por la ansiedad. Aun así, enderecé los hombros y miré a mi padre fijamente a los ojos.

—Nada, padre. —Hice una pausa y continué— Es sólo que no creo que intentar derrocar al rey sea la forma correcta de lograr un cambio...

Casi más rápido de lo que podía parpadear, mi padre se puso de pie de nuevo, frente a mí, con la cara enrojecida poco a poco.

—No te pedí que pensaras —siseó—. No te pedí tu opinión, Alana. Tu papel es hacer lo que te dicen, joder. Es la única razón por la que eres útil, y si no puedes encontrar una manera de ser útil aquí, estoy seguro de que puedo encontrar otra cosa para que hagas.

Se me heló la sangre al oír su gruñido amenazador y tragué saliva, sin permitirme apartar la mirada de él. Sabía lo que estaba insinuando, por supuesto; las omegas como yo somos muy codiciadas por los traficantes de cambiaformas, sobre todo por nuestra capacidad de procrear, mientras que a las betas y a las alfas les resulta mucho más difícil concebir cachorros. Incluso los humanos participaban en el comercio de omegas, un hecho que me revolvía el estómago, no sólo por su ilegalidad, sino por pensar en lo que les estaban haciendo a esas pobres mujeres.

Mi padre se había sentido más decepcionado que nunca cuando me mostré como omega. Y desde entonces había utilizado la amenaza de mi estatus como látigo motivador. Y esta vez no fue la excepción.

—Muy bien, padre, —dije, con voz fría y controlada. En el fondo de mi mente, me di cuenta de que sonaba tan robótica como habían sonado sus otros consejeros cuando salieron de casa, y mentalmente sacudí la cabeza. No era mejor que ellos.

Rion me miró, aún con la cara roja de ira, y después se burló, dando un paso atrás.

—Haz tu trabajo, Alana, y tráeme algo útil. Hay que acabar con ese traidor, y tú vas a ser la que ayude.

Tragué saliva y bajé la cabeza asintiendo. La culpa y el deseo de protegerme se arremolinaban dentro de mí en un miasma nauseabundo, y supe que no tenía escapatoria.

—Sí, padre.

1

—•—

Alana

Este lugar era demasiado. Las luces eran demasiado brillantes, la música demasiado alta, y los alfas... bueno, estaban por todas partes. Grandes, melancólicos y apestando a dominación. Se sentía en el aire , haciéndome imposible olvidar que no pertenecía a este lugar.

El Baile del Vencedor, la celebración posterior a los Juegos Lycan, una competición que tenía lugar cada cinco años bajo la organización y supervisión del rey Lycan, era *la* fiesta donde estar. Cualquier que fuera alguien estaba aquí, vestido de punta en blanco y haciéndole la pelota a alguien, con la esperanza de hacer contactos. Esperando beber y divertirse, encontrar compañeros y adversarios políticos. Para obtener información y hacer planes para los próximos cinco años hasta que los Juegos Lycan se celebren de nuevo, y el juego pueda repetirse.

Por eso estaba aquí. Recopilación de información. Para ver, pero no ser vista. Era un papel con el que me había familiarizado a lo largo de los años.

Me ajusté el tirante del vestido, verde, ceñido y lo bastante bajo como para distraer a cualquiera que me observara demasiado cerca. Órdenes de mi padre Rion, por supuesto. Él nunca desperdiciaba la oportunidad de hacerme parecer pequeña, con curvas e indefensa, no cuando mi estatura omega hacía que la gente me subestimara. Incluso con los bloqueadores de olor que me disfrazaban de beta, mi baja estatura solía tranquilizar a la gente.

La multitud estalló en vítores cuando el rey Lycan y el ganador de este año de los Juegos Lycan entraron en la sala y se abrazaron. El ganador era un alfa alto, un hombre rubio con ojos azul claro que brillaban con picardía cuando se giró hacia los espectadores en el salón de baile y levantó una mano en señal de victoria mientras lo seguían vitoreando.

Era alto y de aspecto impresionante, eso estaba claro, pero ni de lejos se acercaba a la altura del rey Lycan. El rey tenía una presencia propia, incluso mientras aplaudía cortésmente y dirigía su atención a sus adorados electores.

Los dos hombres pronunciaron sus discursos finales subidos a una hermosa tribuna antes de separarse definitivamente, y yo los ignoré mientras volvía a centrar mi atención en el salón de baile. Rion tenía un sentido innato para la teatralidad, pero incluso él se habría sentido impresionado por el espectáculo del Baile del Vencedor y los Juegos que lo habían precedido. Desde que habían concluido los Juegos, no se habían dejado de pronunciar discursos ceremoniales y rituales, la mayoría de los cuales eran aburridos y no merecían mi atención. No cuando había tantas otras cosas en las que podía concentrarme y de las que aprender mientras estaba aquí, ocultas a plena vista.

Era el primer año del rey en el trono, y había coincidido con los Juegos Lycan. Algunos dirían que había sido una suerte, si no hubiera sido porque el anterior rey había sido brutalmente traicionado y luego asesinado por miembros de su propia corte.

Había sido un asunto muy desagradable que había desatado la especulación en la región durante meses, mientras el rey Tristan era coronado y empezaba a consolidar su poder. Los Juegos no podían llegar en mejor momento, al menos políticamente. El rey iba a darlo todo para demostrar que su linaje seguía siendo el líder de todos los lobos.

Tragué saliva y seguí mirando a mi alrededor mientras se reanudaba la conversación en la sala una vez terminados los discursos. La sala era enorme, resplandeciente con lámparas de araña y adornos dorados, como una escena de uno de esos dramas de época excesivamente dramáticos. Todo el mundo a mi alrededor se movía con una especie de propósito, pero no era casual. No, estaba calculado. Era una exhibición de poder.

Y en medio de todo estaba el mismísimo rey, Tristan.

Era imposible no verle. No sólo porque era más alto que todos los demás en la sala, sino porque se adueñaba del espacio como si hubiera nacido para ello. Tenía esa presencia, con los hombros hacia atrás y la cabeza alta, como si el universo le debiera algo y él estuviera aquí para cobrárselo. Era una imagen poderosa , que provocaba escalofríos a sus enemigos y hacía que otros, como yo, se lo pensaran dos veces antes de cruzarse en su camino. Aunque yo estaba aquí para hacer justo eso, siguiendo órdenes.

Sin embargo, no sabía cuál era su verdadera personalidad y qué parte era una fachada cuidadosamente diseñada para acallar los rumores y la inquietud que se apoderaban del reino.

Los rumores y la inquietud de los que mi padre intentaba sacar provecho: que el rey era débil, que no tenía derecho al trono, que estaba condenado a destruir el reino, y la brutal manera en que se deshizo de los ‘traidores’ que asesinaron a su padre eran solo el principio.

Los rumores que sabía a ciencia cierta que él había contribuido a crear.

Tragué saliva, siguiéndole por la sala mientras caminaba de un lado a otro, parándose a hablar con la gente que le llamaba la atención. Era un hombre atractivo, y además emanaba una sensación de absoluto poder. El traje oscuro que llevaba el rey Tristan le quedaba perfecto, caro sin ser ostentoso, el pelo oscuro peinado hacia atrás con pulcritud, y sus ojos... Por los Dioses, esos ojos. De un gris plateado e intensos, como si atravesaran a todos con la mirada, decidiendo quién valía la pena.

Odiaba cómo recorrían la habitación, se detenían en mí medio segundo y seguían su camino.

Concéntrate, Alana. Estás aquí por una razón, no para quedarte embobada mirando al rey como una debutante enamorada.

Mi reprimenda mental me calmó un poco el corazón y respiré hondo mientras volvía a concentrarme. Mis dedos se apretaron alrededor de la copa de champán de la que ni siquiera había bebido un sorbo, aunque seguí sosteniéndola para aparentar que disfrutaba de la fiesta igual que todas las debutantes y aspirantes a políticos que me rodeaban. Tenía que mantener la cabeza despejada durante todo aquello, lo que significaba que el alcohol quedaba descartado. Había llevado a cabo misiones como esta toda mi vida, pero esta era la más importante que mi padre me había encomendado en solitario.

Esta vez sólo se trataba de recopilar información, nada que ver con las misiones violentas que había llevado a cabo en el pasado.

Pero Rion había dejado claro lo que me pasaría si lo estropeaba. Los líderes de la manada a los que estaba intentando ganarse creían que era el momento perfecto para derrocar al nuevo rey y reemplazarlo por alguien más tradicional, pero antes necesitaban reunir más información. Necesitaban saber si el rey Tristan era débil y confiado

como lo había sido su padre, si serían capaces de aprovechar las mismas flaquezas que provocaron la caída del rey anterior.

Personalmente creía que no, dada mi primera impresión de él incluso desde el otro lado de la habitación, pero no iba a decírselo a ellos cuando volviera. Ese no era mi papel en este juego.

—Relájate —murmuré para mí misma, sintiendo con aguda claridad cómo mi cuerpo se tensaba al pensar en la traición en la que estaba involucrado mi padre. Decirlo era más fácil que hacerlo cuando te encontrabas en una sala llena de Lycans que te arrancarían la garganta si descubrían que eras una espía.

Y te lo tendrías merecido.

Observo la multitud, fingiendo dar un sorbo a mi bebida mientras mantengo los oídos abiertos. Oigo fragmentos de varias conversaciones a mi alrededor. Ya había hablado con algunas personas, pero ninguna había dicho nada relevante.

Era el final de dos largas semanas para la mayoría de los asistentes. Casi todos los invitados de honor habían participado en los Juegos de este año y vivieron para celebrarlo, aunque había habido, por supuesto, algunas bajas que se lloraban simultáneamente entre los festejos.

Joder, yo también estaría bailando y bebiendo si hubiera salido vivo de las brutales pruebas, aunque no hubiera ganado. Este año los Juegos habían sido especialmente brutales; en la prueba final, los competidores fueron hechizados para quedar ciegos y sordos por miembros de la corte mágica del rey, individuos con poderes mucho mayores que aquellos a los que solo se les concede la habilidad de cambiar de forma, y luego se habían enfrentado entre sí, obligados a luchar hasta que el cronómetro se agotara. Las armas que les habían dado para luchar eran atroces, y en esa prueba fue donde se habían producido más bajas.

Hice una pequeña mueca al recordar que uno de los concursantes había sido ensartado accidentalmente en la cabeza por una jabalina que otro sostenía. El concursante había tardado casi treinta segundos en darse cuenta de lo que había hecho, lo que fue casi peor que la muerte que se había producido ante nuestros ojos.

Los otros invitados eran la típica multitud que frecuentaba la corte real. Alfas de manadas importantes alardeando sobre la expansión de sus territorios. Betas cotilleando sobre alianzas. Omegas riendo demasiado alto, desesperados por llamar la atención.

La típica mierda política, pero nada útil. De momento.

Volví a mirar a Tristan y mis ojos se entrecerraron al observarle. No podía evitarlo. Sabía muy poco sobre él por el informe que me dio mi padre, pero, aun así, lo que veía ahora no encajaba con esa imagen. Los aliados de mi padre llamaban a Tristan el niño mimado del viejo rey, un hombre que no era digno del trono para el que había nacido.

Un alfa que no obligaba a los omegas a someterse a todos sus caprichos no era lo bastante poderoso para ser rey, no a los ojos de los "aliados" de mi padre. Resaltaron cuántos líderes de manadas alfa tradicionales no apoyaban su mandato y lo fácil que sería poner al pueblo en su contra.

Sabía que lo que decían era verdad, al menos hasta cierto punto. Incluso aquí, donde todos los que pululaban por la sala habían sido invitados por la gracia del rey, seguía habiendo murmullos de descontento. Escuché a algunas personas comentando que el rey quería cambiar formalmente el funcionamiento de la estructura de la manada, que pensaba que ningún alfa, por muy líder que fuera, valía más que los betas y omegas que lo siguen, aunque cada designación venía acompañada de claras 'diferencias biológicas'.

Le llamaron débil. Desconectado de la realidad. Desinformado sobre el mundo real y sobre cómo funcionan las manadas de verdad.

Pero yo no veía nada de eso. Estaba hablando con algunos altos cargos, con expresión seria y difícil de leer. Era realmente enloquecedor. ¿Cómo podía alguien parecer tan tranquilo en una sala llena de depredadores? Como si supiera que él era el mayor peligro y no necesitara demostrarlo. No le hacía falta imponerse a los demás para demostrar su fuerza.

Era fascinante. No sabía decir qué tenía él que lo hacía destacar entre los demás, solo que era distinto, y eso era innegable.

¿Y lo peor? Sentirlo cerca me erizaba la piel de una forma en la que no quería ni pensar. Como si hubiera una fuerza invisible arrastrándome hacia él. Y lo detestaba. Ya estaba bajo el opresivo control de mi padre. No necesitaba que esos extraños sentimientos dictaran también mis acciones.

—Estás mirando demasiado —susurró una voz a mi lado.

Di un respingo, consiguiendo a duras penas no tirarme el champán encima, y desvié mi atención a un lado, hacia la persona que me había hablado. Un beta, alto, delgado y engreído, me sonrió.

—No estaba mirando —dije, manteniendo la voz firme.

—Seguro que no —sonrió satisfecho—. No eres la primera que se ilusiona con el rey. No te hagas ilusiones, cariño. El rey es un mujeriego. No le interesa nada... a largo plazo —se inclinó hacia mí, hablando en tono de conspiración—. Dicen que no permite que nadie se le acerque, y que quien pasa una noche con él, no repite. Las mujeres que pasan tiempo con él nunca cuentan nada, así que está más que claro que no va a sentar la cabeza pronto, aunque nadie sepa el por qué. Por si te interesa saberlo.

—Entonces menos mal que no me interesa — le dediqué una sonrisa tensa y me di la vuelta.

Pero, por supuesto, me quedé pensando en ello.

¿Cómo sería Tristan si llegara a fijarse en alguien como yo? Dulce y tierna, en teoría, una omega hecha a la medida de su alfa.

Un peligro, probablemente. Ese tipo de alfa que te devora y te escupe sin pensarlo dos veces. Si lo que ese hombre acababa de decir era cierto, él no solo era emocionalmente inaccesible, sino que además estaba dispuesto a hacer lo que fuera para asegurarse de que las mujeres que compartían su cama guardaran silencio. Me estremecía imaginar las cosas con las que amenazaba a esas mujeres, las cosas que ellas estaban dispuestas a ofrecer sólo por un momento de la atención del rey.

¡Uf! Ya estaba más que servida de hombres peligrosos, gracias

Volví a centrar mi atención en el salón de baile, decidida a hacer el trabajo para el que me habían enviado aquí, para poder salir indemne.

Esta noche se trataba de reunir toda la información posible sobre el infame premio de los Juegos Lycan, y eso significaba que tenía que concentrarme y escuchar, no fantasear.

Repasé mentalmente la escasa información que tenía. Cada cinco años, el rey Lycan podía conceder un poderoso deseo al vencedor de los Juegos Lycan, aunque nadie sabía con certeza cómo lograba realizar un deseo de tal magnitud. Se rumoraba que se debía a una magia innata propia de la línea real, aunque el hecho de que todos los reyes alfa hubieran sido capaces de hacerlo, sin importar su linaje, echaba por tierra esa idea.

Algunos creían que no era el rey quien hacía la magia, y que el Deseo lo concedía alguien de su corte mágica, a quien mantenía en secreto y cuyo poder sólo se mostraba en ese momento.

También había quienes pensaban que el poder provenía de un artefacto mágico al que solo el rey tenía acceso, y que, si alguien

más lograba encontrarlo y usarlo, tendría en sus manos más magia que todos los hechiceros de la región juntos.

Era un verdadero misterio. Y con un nuevo rey en el trono, no había un solo lobo en el reino que no estuviera pendiente de ver si sería capaz de concederlo.

Era demasiado débil.

Dependía demasiado de su padre.

Su versión de los Juegos sería ridícula.

Por más rumores que la facción de mi padre difundiera sobre Tristan, seguían deseando la magia que alimentaba el Deseo, fuera cual fuera su origen, para usarla en beneficio propio. Y para eso, necesitaban que Tristan demostrara que aún funcionaba. Aunque nunca fui lo bastante importante como para conocer los detalles del plan, sabía que mi padre y sus hombres eran unos cobardes.

Si tanto querían el Deseo, deberían participar en los Juegos Lycan y ganárselo.

Pero el juramento de sangre que todos los participantes hacían para entrar en los Juegos les impedía atacar al rey directamente.

Se me heló la sangre al mirarlo, mientras trataba de separar lo que sentía del plan. Querían hacerle daño, o matarlo directamente. Era un objetivo que me incomodaba profundamente, aunque había hecho todo lo posible para asegurarme de que mi padre no supiera lo que sentía por el rey.

Ninguna de las misiones ni la información que conseguí para mi padre contribuyó directamente a esos planes, me aseguré de ello. Al menos, eso era lo que tenía que repetirme para mantener la cordura. No quería hacer daño a nadie, y menos a alguien que tenía el poder de amargarnos la vida a todos.

Pero, antes que nada, tenía que pensar en mí. No estaba en absoluto de acuerdo con mi padre, pero si tenía que elegir entre yo o el rey Tristan…entonces no había nada que pensar.

Me llevé la copa a los labios y fingí dar un sorbo, bien consciente de todos los que podían estar mirando, y pensé, como lo hacía todos los días, en escapar. Nunca había sido una opción. Pero ahora…

Ahora... bueno. Esta era la primera oportunidad real que tenía. Por primera vez en mi vida, estaba fuera de la finca de mi padre sin un acompañante. A pesar de que notaba que la gente me miraba de vez en cuando y de que había interactuado directamente con más de una persona en esta sala, confiaba en que nadie se daría cuenta si simplemente... desaparecía. Podría desaparecer en la oscuridad y dejar de ser un peón en los retorcidos juegos de mi padre. Tal vez incluso podría encontrar a mi tío, el único de mi familia que alguna vez se preocupó por mí.

Era un sueño que tenía desde hace años. Un sueño que sentía en lo más profundo de mi estómago, algo que me llenaba de expectación y temor al mismo tiempo.

Pero, como siempre, apreté los dientes y deseché aquellos pensamientos infantiles. Si me iba, mi padre me daría caza y la vida sería peor de lo que ya era. No me mataría, no como aseguró que haría con mi tío, su propio hermano, que había abandonado la manada.

No, me mantendría con vida sólo para hacer de mi vida un infierno.

Tenía que centrarme en mi misión, no en sueños ingenuos.

Entrecerré los ojos y centré mi atención en el vencedor de los juegos, observándolo atentamente. Estaba rodeado por un grupo de gente de la fiesta y gesticulaba como loco mientras hablaba con ellos. Todos lo miraban embobados, y quise poner los ojos en blanco… aunque tampoco pude evitar mirarlo un poco más de cerca

Me dio la sensación de que Tristan había concedido sin problemas el milagroso deseo del vencedor. Por lo que tenía entendido, el hombre era discapacitado y tenía una enfermedad terminal y le había pedido al rey Tristan que lo curara y le diera la larga vida que debería haber tenido. Ahora era la viva imagen de una salud radiante y perfecta, pero eso no bastaría para satisfacer a mi padre.

No se había arriesgado a enviarme aquí solo por una información que todo el reino conocería mañana. Si no volvía a casa con algo útil, me haría pagar por ello.

Tensé la mandíbula para no dejar que el recuerdo de sus castigos se reflejara en mi rostro…latigazos públicos, nada de comida, trabajos forzados.

Sacudí la cabeza. Necesitaba olvidar todo eso, los pensamientos que batallaban dentro de mi cabeza, y socializar para parecer natural. Si me pillaban antes de descubrir algo bueno...

Bueno, caerle mal al rey es lo último que quería. Sabía lo que les hacía a los traidores; todo el mundo lo sabía.

Estaba a punto de moverme a otra parte de la habitación cuando un cambio en el aire me erizó la piel. Había perseguido a suficientes objetivos como para saber lo que era ser el depredador, pero conocer la ira de mi padre me había enseñado aún mejor lo que se siente al ser la presa.

Se me cortó la respiración cuando me giré hacia el centro de la habitación.

El rey me estaba mirando.

No, no solo miraba, me estaba observando fijamente. Tenía la cabeza ligeramente inclinada, como si intentara averiguar qué hacía yo aquí. O tal vez quién era yo.

Mierda. Tranquilízate.

Me llevé la copa de champán aún llena a los labios y fingí no darme cuenta. Llevaba bloqueadores de olores; nadie debería ser capaz de percibir mi designación. No tenía por qué preocuparme.

Pero entonces empezó a caminar. Hacia mí.

Mierda, mierda.

Los latidos de mi corazón se aceleraron según se acercaba. La gente se apartaba de su camino como si percibieran que estaban en presencia de alguien intocable. Cuando se detuvo frente a mí, me obligué a mirarle.

—¿Quién eres? —preguntó, con voz grave y áspera. No acusadora, sino curiosa. Peligrosa.

Mi corazón empezó a latir con fuerza y traté desesperadamente de mantenerlo bajo control. No quería que oliera mi ansiedad.

—Sólo una beta de los territorios de las afueras —dije, intentando mantener un tono ligero—. He venido a disfrutar de la fiesta, como todos los demás.

Por favor, créeme. Por favor, pasa de largo. Por favor, por favor, por favor...

—Ah, ¿sí? —Sus ojos se deslizaron sobre mí, no de forma lasciva, sino con una mirada afilada. Como si estuviera pelando las capas para ver lo que ocultaba.

—Sí —dije, forzando una sonrisa—. ¿Y usted quién es?

Sus labios se crisparon, casi con diversión—. Sabes quién soy.

Vale, bien. No se equivocaba —. El rey Tristan —dije, inclinando ligeramente la cabeza—. Es un honor.

—Hmm —no parecía convencido—. No eres como los demás.

Se me revolvió el estómago.

—¿Por qué dice eso?

—No estás desesperada por impresionarme —entrecerró un poco los ojos, pero había algo más en su mirada. Intriga—. O eres increíblemente segura o increíblemente estúpida.

Me tragué las ganas de gritarle. Por supuesto, el nuevo rey tenía que ser arrogante y arruinar su buena apariencia.

—Tal vez sólo estoy aquí para disfrutar de la música.

Me miró fijamente durante un largo rato, el silencio se hizo tan fino que pensé que podría romperse. Entonces, para mi sorpresa, me tendió la mano.

—Baila conmigo.

No era una pregunta.

Mi corazón martilleaba en mi pecho mientras miraba su mano extendida. Esto no formaba parte del plan. Se suponía que debía pasar desapercibida, permanecer invisible y reunir información, no acabar en brazos del rey.

Pero decir que no llamaría más la atención que decir que sí. Me tenía acorralada, así que dejé el champán en una mesa cercana y puse mi mano sobre la suya.

—Usted primero, Su Majestad.

Su mano era cálida, firme e increíblemente fuerte mientras me llevaba hacia el centro de la pista de baile. El mármol pulido bajo mis pies resplandecía y sus intrincados dibujos reflejaban la luz de las lámparas de araña. Los diseños eran antiguos, símbolos del poder

Lycan, marcas territoriales que cargaban de magia los cimientos de esta sala. No era sólo un salón de baile, era una declaración. Cada rincón del palacio parecía gritar: Nosotros mandamos. No lo olviden.

Mi corazón daba saltos mortales, sentía el peso de las miradas de todo el salón de baile a mi espalda. No sabría decir si la gente sentía celos, curiosidad o directamente desconfianza, pero con cada paso que daba parecía que iba a romper el fino hielo sobre el que patinaba.

Tras la muerte del antiguo rey, el temor a espías y traidores alcanzó niveles sin precedentes. Algo comprensible, por supuesto, teniendo en cuenta que habían asesinado al antiguo rey.

Y mientras todos me miraban fijamente, sentí un deseo pueril de poder explicarme. No quería hacer daño a nadie, pero tampoco quería que me lo hicieran a mí. Tenía que protegerme.

Pero sabía que nadie creería a la hija del ambicioso Rion Torvald.

Enfoqué mi atención en los objetos a mi alrededor en vez de en la gente. Este lugar no era sólo un palacio: era una fortaleza. Los imponentes arcos estaban tallados con lobos en plena cacería, sus dientes al descubierto y ojos afilados servían como un constante recordatorio de quién estaba al mando. Las paredes estaban cubiertas de extensos tapices, cada uno representando alguna historia épica de la historia Lycan: batallas, conquistas, tratados. No era una decoración sutil; era una declaración de fuerza y autoridad.

Había una tensión tan notable en el aire que me costaba respirar. Nunca me había visto en el corazón de las intrigas políticas del reino, por más que mi padre se esforzara por conseguir influencia.

En medio del embriagador mar de feromonas, mi nariz identificó con facilidad el aroma de Tristan: a tierra, a humo y con ese punto salvaje que me distraía. Era embriagador y completamente injusto.

Yo ya odiaba lo que tenía que hacer. Él no tenía que oler tan bien y empeorar las cosas.

Cuando llegamos a la pista, la música cambió a algo lento y sensual, como si el mismo universo participara en esta broma cruel. Tristan se giró para mirarme, clavó sus ojos grises plateado en los míos como desafiándome a apartar la mirada.

—Relájate —me dijo, con una voz lo bastante grave como para provocarme un escalofrío. Sus manos se deslizaron hasta mi cintura, acercándome más de lo necesario—. Parece que estás a punto de salir corriendo.

Podía sentir el calor de su contacto incluso a través de la tela de mi vestido, haciendo que mi corazón palpitara aún más rápido. Mi respiración se aceleró un poco y sentí que se me ponía la piel de gallina cuando me acercó a él

Dioses. ¿Qué me estaba pasando esta noche? Nunca había perdido la cabeza ante el toque de un alfa. Pero este no era cualquier alfa.

—No suelo bailar —dije, intentando mantener un tono informal. No era mentira: no tenía muchas oportunidades de practicar el vals mientras esquivaba el mal humor de mi padre. Era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre sin que uno de los espías de mi padre me vigilara.

Tristan sonrió satisfecho.

—Por suerte para ti, soy un excelente profesor.

Su arrogancia debería haberme molestado de nuevo, pero en lugar de eso, ocurrió algo peor: me hizo gracia. Me mordí el labio para mantener una expresión neutra y dejé que me guiara en los primeros pasos. Para mi sorpresa, se movía con una gracia fluida y natural que resultaba casi antinatural para alguien de su tamaño.

—Así que —dijo con tono relajado, aunque su mirada no tenía nada de casual—, Te he visto hablando con todo el mundo. Eres muy sociable para una nueva que viene de las afueras, ¿no?

Ladeé la cabeza, forzando una sonrisa que esperaba que pareciera auténtica.

—¿Qué sentido tiene venir hasta la capital si no es para socializar? Estoy hablando con usted, ¿no?

Asintió, soltando un sonido bajo y pensativo, mientras su mano se deslizaba ligeramente hacia abajo en mi espalda.

—¿Estás segura de que sólo estás hablando conmigo para... socializar?

La pregunta hizo que me temblara el pulso, pero no dejé que se me notara. Si me pillaban mintiéndole al rey, si descubrían de qué manada procedía, se había acabado todo para mí—. ¿Qué otra razón podría haber, Su Majestad?

Un brillo peligroso cruzó sus ojos, y su mano en mi cintura se apretó lo suficiente como para hacerme tragar saliva.

—Puedo oler tu interés, cielo. ¿Estás segura de que quieres seguir mintiéndome?

Respiré hondo. Su voz se volvió más grave, más íntima, haciendo que su declaración, ya de por sí fuerte, tuviera aún más peso.

—No es mentira si me lo creo —logré decir, con una voz que sonaba vergonzosamente entrecortada.

Gruñó suavemente y el sonido vibró en mi pecho.

—Ya van dos, cielo. ¿De verdad quieres arriesgarte a la tercera?

La advertencia debería haberme hecho salir corriendo, pero en lugar de eso, sentí calor acumulándose en mi estómago. Me obligué a concentrarme haciendo un esfuerzo mental para recordar por qué estaba aquí. La misión. La ira de mi padre. Cualquier cosa menos la sensación de la mano del rey en mi espalda o la forma en que su aliento rozaba mi oreja cuando se inclinaba ligeramente hacia mí.

—Tienen una seguridad impresionante aquí —dije con un tono despreocupado y curioso—. Me he dado cuenta al entrar.

Tristan levantó una ceja, claramente sorprendido por el cambio de conversación.

—Por supuesto. Nuestros guerreros más fuertes se han reunido hoy aquí para la celebración, no para luchar. ¿Qué clase de rey sería si no?

—Un imprudente —bromeé, obligándome a relajarme y seguirle el juego. Podía hacerlo—. Es que... nunca había visto nada igual. ¿Confía en todos?

—No del todo —dijo, su voz volviendo a ese tono grave—. Sería tonto, sobre todo teniendo en cuenta cómo murió mi padre —dijo, haciendo una pausa mientras el peso de sus palabras flotaba en el aire—. Pero confío en el miedo que me tienen.

La forma en que lo dijo me produjo un escalofrío. Este hombre no sólo exigía lealtad, sino que la imponía. Y, sin embargo, bajo su seguridad, capté un destello de algo más. Sospecha. No sabía si iba dirigida a mí o a los demás. Me estaba poniendo a prueba, tanto como yo a él, y algo me decía que él, como yo, había aprendido a no bajar la guardia.

—Bueno —dije, dejándome llevar por el momento—, supongo que eso te convierte en un hombre muy difícil de sorprender.

Su sonrisa burlona se ensanchó, y había un destello de diversión en su mirada afilada. Me apretó los dedos alrededor de la cintura.

—Difícil, sí. ¿Imposible? No.

Me reí suavemente, intentando no pensar en lo cerca que tenía sus labios de los míos. La atracción entre nosotros era enloquecedora, una fuerza gravitatoria de la que parecía no poder escapar. Ardía en cada punto de contacto, el calor se extendía por todo mi cuerpo. No ayudaba que su olor pasara de ser uno de los cientos que había aquí a apoderarse de mis sentidos como una droga.

—Se le da bien esto —dije con la voz más calmada—. Bailar. Hablar. Poner nerviosa a la gente.

—¿Te estoy poniendo nerviosa? —preguntó, y su sonrisa se transformó en un gesto más serio.

—Quizá un poco —admití sin poder contenerme.

Se rio entre dientes, con un sonido grave y peligroso.

—Bien. No me gustaría que bajaras la guardia.

La canción se iba acabando, pero ninguno de los dos se apartó. La tensión entre nosotros había cambiado, se había intensificado, hasta el punto en que sentí que todo a nuestro alrededor se desvanecía. Su mano se movió ligeramente, rozando la piel desnuda de mi espalda, y juro que se me cortó la respiración.

—Me fijé en ti en cuanto entraste — dijo. Su voz apenas era un susurro.

Tragué saliva.

—¿Cómo? —pregunté, con la voz baja, casi susurrando—. ¿Por qué?

Ladeó la cabeza, estudiándome con una mirada que parecía demasiado cómplice. —Primero, porque me doy cuenta de que ocultas algo.

El corazón me dio un vuelco, pero me obligué a sostenerle la mirada. Era el rey, en su primer año en el trono tras la trágica muerte de su padre, y aun así se mantenía firme, confiado y despreocupado en una sala llena de depredadores. Tal vez yo escondía algo, pero al mirar al hombre perfecto frente a mí, supe que él ocultaba mucho más.

—¿Y quién no? —susurré.

Otro destello de emoción iluminó sus ojos plateados. ¿Era curiosidad o sospecha? La respuesta determinaría si yo vivía o moría.

—Segundo, porque tu aspecto es tan exquisito que no podía dejar de imaginar a qué sabrás.

Por un momento, todo mi mundo dio un vuelco y no supe qué camino tomar, qué acción era la correcta. No se me ocurrió ninguna respuesta astuta, así que solo pude esperar. Pensé que él seguiría presionando, pero en vez de eso, su mirada descendió hacia mis labios. La atracción entre nosotros estalló como una goma tensada, y de pronto me encontré apretada contra cada parte de su cuerpo. Me quedé inmóvil ante su mirada, su fuerza, su mano hundiéndose posesivamente en mi cintura.

Luego desvió la mirada hacia la multitud que sin duda nos miraba. Un gruñido le retumbó en el pecho y enseguida me cogió de la mano y me sacó de la pista de baile.

—No hemos terminado —dijo, con la voz ronca cargada de promesas.

Tragué con fuerza, la cabeza me daba vueltas.

—¿Terminado el qué?

Esbozó una sonrisa afilada y depredadora.

—Ya lo descubrirás.

2

—•—

Tristan

Me llevé la copa de vino a los labios y bebí un sorbo lento y medido, contemplando el salón de baile mientras las festividades del Baile del Vencedor seguían a mi alrededor. Era el dueño de todo, pero no formaba parte de ello; no podía permitírmelo.

A mi lado, Harrison, mi consejero más cercano y mi mejor amigo, observaba a la multitud, tomando notas en su tableta de vez en cuando según iba pensando. Comentaríamos todas sus observaciones después; Harrison tenía una mente mucho más brillante que la mía, y sus impresiones sobre las relaciones que se formaban en este tipo de eventos habían sido de un valor incalculable, a pesar de mi corto mandato como rey.

Otro sorbo de vino. Estábamos en la tribuna, la posición habitual de los líderes en este tipo de eventos, y eso nos separaba de los demás. Por encima.

Era consciente de que eso hacía que los demás me miraran con temor y asombro, mezclados con una saludable dosis de respeto. Esa era la intención; un reino sin el respeto del pueblo estaba a un paso del colapso, incluso con el rey aún presente.

Cuando ese rey cae… el caos se desata hasta que alguien nuevo tome el mando, restablezca el orden y elimine toda forma de corrupción.

Tal como me tocó hacerlo a mí, tras la trágica muerte de mi padre.

Pensar en mi difunto padre hizo que se me encogieran un poco los hombros, pero luego me obligué a relajarlos y miré a Harrison. Tenía un brillo cómplice en los ojos cuando me devolvió la mirada, como si supiera exactamente lo que pasaba por mi cabeza. Asintió con la cabeza, inclinándose hacia mí y bajando la voz para evitar que alguien lo oyera.

—Haz las rondas, Tristan. Te será más fácil observar si estás entre ellos, en vez de por encima.

Fruncí el gesto y le dejé bien claro lo que opinaba de esa idea con mi expresión al apartarme. Sus ojos brillaron con una leve diversión al mirarme, y una vez que reconoció mi silenciosa protesta, compuse el rostro con una expresión neutral y agradable antes de bajar entre la multitud.

Ya había dado mi discurso y anunciado al ganador de los Juegos Lycan: un hombre llamado Jamie, un alfa de uno de los territorios cercanos al centro de mi reino. Parecía un buen tipo, al menos por lo que podía ver, y le concedí su deseo, lo que significaba que mi única obligación real ahora era mi presencia. Si me quedaba un rato más, podría despedirme e irme a mi habitación sin tener que estar atento el resto de la noche.

Ninguna de estas personas sabía lo agotador que era ser rey, pensé, aunque nada de eso se reflejaba en mi rostro mientras saludaba a diplomáticos y antiguos consejeros de mi padre, avanzando poco a poco entre la multitud.

Sonaba egoísta, y lo sabía. Pero, de verdad, era agotador tener que llevar siempre la fachada del "rey" sobre los hombros, no poder

dejar entrar nunca a nadie y mostrarle mi verdadero yo, aparte de Harrison.

Era el único en quien podía confiar. Había estado conmigo desde que éramos niños, y estaba seguro de que seguirá a mi lado cuando estemos criando malvas.

Sonreí con simpatía a la alfa del clan de lo-que-sea-en-la-región-que-no-me-importa, sin prestarle atención cuando comenzó a divagar sobre los problemas de su pueblo. ¿Es que no entendía que hay un momento y un lugar para esas quejas?

Un tirón en medio del pecho me llamó la atención, y fue tan repentino y sorprendente que mis hombros se enderezaron, haciéndome mirar a mi alrededor en busca de la causa.

—Lo siento mucho, tengo que irme —dije, interrumpiendo a la alfa y girando sobre mis talones para alejarme de ella antes de que pudiera hacer algo más que emitir un pequeño ruido de protesta.

Mis ojos recorrieron la multitud y mi corazón empezó a acelerarse al sentir otro tirón en el pecho. Nunca había sentido nada parecido. Al menos, no así.

En el pasado, hubo ocasiones en las que me había llevado a mujeres a la cama y la química entre nuestros lobos había sido lo bastante intensa como para notar un pequeño tirón, pero esto... esto era una versión mucho, mucho más intensa de aquello. Los vínculos de amistad—nacidos de la familiaridad y la química entre lobos—eran tan comunes como las nubes en el cielo, y según mi padre, eso fue lo que yo había comenzado a experimentar en el pasado.

¿Pero esto? Esto... se sentía diferente. Más... importante. Más impresionante.

Parecía el destino.

Era, por supuesto, una locura. Los vínculos de almas predestinadas… eran extremadamente escasos. Tan escasos que, desde que tengo uso de razón y entiendo cómo funcionan las parejas en la manada, no había oído de ninguno reciente.

Aun así, no podía negar que esto se sentía...

Un destello verde me llamó la atención e, inmediatamente, me encendí. Esta vez la sensación fue bienvenida, y mis ojos se entrecerraron mientras me centraba en la mujer por la que se interesaba mi lobo traidor.

Era guapa, bajita y con curvas, con el pelo largo y oscuro. Llevaba una copa llena de champán en una mano y le brillaban los ojos mientras hablaba con un hombre alto al que reconocí vagamente, pero que no habría podido nombrar ni aunque me pagaran.

Se inclinó para hablarle un poco más cerca, más íntimamente, y mi lobo gruñó inmediatamente, grave en mi pecho. Agresivamente. Posesivamente.

El sonido me devolvió al presente de golpe, y eché un vistazo discreto a mi alrededor para asegurarme de que nadie lo hubiera oído. Como era de esperarse, nadie me prestaba suficiente atención como para notar lo que hacía o decía; claro que había gente cerca, pero eso era lo normal entre este tipo de gente de sociedad.

Sobraban los oportunistas y los hambrientos de poder, encantados de estar cerca del trono, siempre y cuando no tuvieran que ensuciarse las manos con lo que pasaba detrás del telón.

La mujer, cuyo nombre, de pronto, deseaba conocer con desesperación dedicó una plácida sonrisa al hombre que le hablaba. Para el observador casual, todo su cuerpo estaba relajado y disfrutaba de una conversación con alguien que parecía claramente interesado en ella.

Pero a medida que me acercaba lentamente, atraído hacia ella como por una cuerda invisible, pude ver el pequeño hilo de tensión en sus hombros y la forma en que sus ojos se desviaban sutilmente entre la multitud. Mirando. Observando.

El contraste directo entre la imagen que claramente intentaba exudar y la que realmente exhibía me intrigó. Profundamente. Más que la forma en que mi pecho me empujaba hacia ella, mi lobo deseaba acercarse a ella, poder olerla y descubrir cómo era su verdadera esencia…

Era un enigma. Ya me había dado cuenta. Y quería saber más.

Sus ojos se desviaron hacia mí, luego se apartaron... y luego volvieron a posarse en mí, y se ensancharon al darse cuenta de que la estaba mirando.

Por un momento, todo en la habitación pareció detenerse. Su garganta tragó saliva y yo ladeé ligeramente la cabeza mientras la observaba. Sus fosas nasales se ensancharon, como si ella también intentara olfatearme, y una de sus manos se levantó para frotarse distraídamente el pecho, como si pudiera sentir el sutil tirón hacia mí igual que yo lo sentía hacia ella.

Probablemente era mi imaginación, claro, pero no iba a quedarme aquí esperando a que alguno de los dos lo averiguara.

Rápidamente me acerqué a ella, y el hombre que había estado hablando con ella desapareció en cuanto llegué. Hice una nota mental para que Harrison lo investigara; no me gustaba que hubiera estado hablando tan íntimamente con mi...

Tragué saliva, casi aturdido por la dirección inesperada de mis pensamientos. No iba a terminar aquella frase. No lo iba a hacer.

—¿Quién eres? —exigí en cuanto estuve lo bastante cerca como para poder hablarle sin gritar. La presión en mi pecho se intensificaba con

cada paso que daba hacia ella, y me mordí el interior de la mejilla para contener el gruñido que quería soltar.

Sus ojos, de un bonito verde avellana con reflejos dorados y verdes bajo las brillantes luces del salón de baile, se entreabrieron y sus labios se curvaron en una sonrisa conciliadora. — Sólo una beta de los territorios de las afueras. He venido a disfrutar de la fiesta, como todos los demás —señaló a nuestro alrededor con una mano, y me di cuenta de la forma tan diminuta en que temblaba.

Estaba nerviosa. ¿De qué? ¿De mí?

Arrastré los ojos por su cuerpo sin poder evitarlo. Con una sola inhalación profunda, supe que no mentía sobre su designación. Llevaba bloqueadores de olor, como casi todo el mundo por aquí— con tantos olores en una sala, los lobos se saturan enseguida—y lo educado es bloquear tu aroma cuando vas a moverte entre multitudes. Aun así, el poco aroma que me llegó era suave y algo dulce. Olor de beta inofensivo.

Su cuerpo era aún más impresionante de cerca que desde el otro lado de la habitación. La seda verde de su vestido abrazaba sus generosas curvas de una forma que me hizo la boca agua, y mi polla creció entre mis piernas a pesar de haber metido una mano en el bolsillo. Para dar un aire desenfadado y asegurarme de que nadie nos miraba más de la cuenta, no porque tuviera que contener desesperadamente a mi lobo para que no se abalanzara sobre aquella mujer. Por supuesto.

— Ah, ¿sí? —pregunté finalmente, manteniendo la voz tan neutra como la suya.

Sus labios se curvaron en una sonrisa. —Sí —, me confirmó. Me miró de arriba abajo, evaluándome exactamente de la misma forma que yo acababa de hacerlo con ella, y luego volvió a mirarme a la cara. —¿Y usted quién es?

Qué putos ovarios.

No pude evitar que se me curvaran los labios, aunque logré detener el movimiento antes de que se convirtiera en una sonrisa en toda regla. —Sabes quién soy —respondí, reprimiendo una risita.

Sus ojos brillaron y su sonrisa se ensanchó un poco. Inclinó la cabeza en señal de respeto antes de mirarme por debajo de las pestañas. —el rey Tristan. Es un honor.

Había algo en la forma en que pronunciaba mi nombre que me ponía los pelos de punta y me hacía salivar al mismo tiempo. Luché por refrenar mis instintos murmurando entre dientes —No eres como los demás.

No tenía planeado decir eso, y hubo un breve destello de pánico en los ojos de aquella mujer antes de volver a su expresión neutra. —¿Por qué dice eso?

La tensión que desprendían sus palabras me indicó que había dado en el clavo, y aproveché la ocasión. —No estás desesperada por impresionarme señalé — ladeé la cabeza y me permití un momento para disfrutar de la intriga que me despertaba, y luego continué—. O eres increíblemente segura o increíblemente estúpida.

Sus ojos brillaron con desafío y apretó los labios con fuerza antes de ofrecerme una sonrisa tensa. —Tal vez sólo estoy aquí para disfrutar de la música.

Sentí un fuerte impulso de echar la cabeza hacia atrás y reírme, y la miré fijamente, mientras el silencio se prolongaba. El vínculo que sentía en el pecho palpitó y, antes de que pudiera evaluar mis acciones, extendí una mano, ofreciéndosela. —Baila conmigo.

Abrió un poco los ojos y se quedó mirando mi mano, como si le hubiera ofrecido veneno. Su bello rostro reflejaba su debate interno, y eso me causó aún más intriga.

Había interés, sí, pero también miedo y algo un poco más oscuro, como si estuviera sopesando sus opciones. Esperé pacientemente para ver cómo manejaba la situación; si me rechazaba, no sólo confirmaría mis sospechas de que sus intenciones no eran buenas, sino que me aumentaría mi interés.

Sí, sueno como un cliché, sabiendo que una mujer que pasara de mí me generaría más interés. Soy culpable.

Pasaron unos segundos de silencio tenso antes de que ella relajara los hombros, dejara su champán y pusiera su mano sobre la mía, inclinando la cabeza hacia mí. —Usted primero, Su Majestad.

La sensación de victoria me atravesó y tiré de ella hacia el centro de la sala, ignorando a las otras parejas que bailaban y nos miraban con curiosidad. La estreché contra mí mientras nos colocábamos en posición; mi palma tocó la parte baja de su espalda y la otra su mano, y la forma en que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme me habló de una vulnerabilidad y una dulzura que hicieron que mi lobo se volviera jodidamente feroz.

Todos a nuestro alrededor nos miraban mientras empezábamos a dar vueltas por la habitación. Yo lo sabía, y ella también, por la forma en que evitaba mirarme y la tensión de su cuerpo bajo mis manos.

No me importaba. Encajaba perfectamente contra mí, y la débil conexión entre nosotros se hacía más fuerte cada segundo que mis manos estaban sobre su cuerpo.

Que la gente hablara. Lo único que conseguiría sería alimentar los rumores sobre mi naturaleza misteriosa, y estaba seguro de que Harrison encontraría la forma de volverlos a mi favor.

—Relájate —dije, incapaz de ocultar la diversión en mi voz mientras nos balanceábamos de un lado a otro—. Parece que estás a punto de salir corriendo.

Volvió a mirarme a la cara y tragó saliva. Sus fosas nasales se ensancharon y supe que me estaba olfateando, que su lobo reconocía la presencia de un depredador mucho más poderoso.

No estaba usando bloqueadores de olor. No me hacía falta. Y en ese momento, me deleité con solo imaginarla aspirando mi aroma por primera vez.

—No suelo bailar —respondió ella, con voz baja y ronca.

Sonreí satisfecho por su confesión. —Por suerte para ti, soy un excelente profesor —le dije riendo entre dientes.

Agrandó los ojos ante mi fingida arrogancia y crispó los labios, como si estuviera conteniendo una carcajada. Una oleada de satisfacción me recorrió por dentro, y el vínculo latió con fuerza.

—Así que —continué, incapaz de apartar la mirada de ella. Sentía la mirada de todos los asistentes al baile clavada en nosotros, pero en ese momento, sólo estábamos solos en la pista de baile. Y yo quería saberlo todo sobre la mujer que tenía entre mis brazos—, Te he visto hablando con todo el mundo. Eres muy sociable para una nueva que viene de las afueras, ¿no?

—¿Qué sentido tiene venir hasta la capital si no es para socializar? Estoy hablando con usted, ¿no?

Asentí y moví mi mano un poco más abajo, por su espalda. El calor de su cuerpo quemaba a través de la fina seda del vestido que llevaba, y Dioses, quería más. —¿Estás segura de que sólo estás hablando conmigo para... socializar? —pregunté, dejando a un lado toda precaución.

Noté cómo se le aceleraba el pulso en la garganta, y lo supe: había acertado. Tenía un plan… fuera cual fuera.

Esperaba con desesperación que ese plan tuviera que ver *conmigo*. La conexión entre nosotros no se podía negar, aun siendo tan frágil y reciente.

—¿Qué otra razón podría haber, Su Majestad? —preguntó ella con la voz ronca, haciendo que mi polla palpitase. Y entonces, pese a los bloqueadores de olor, sentí su calidez y se me hizo la boca agua. Especias, deseo, curiosidad… Todo mezclado, incitándome a inclinarme y aspirar, a buscar su aroma como fuera, incluso a través de esos malditos bloqueadores, hasta que por fin se desvanecieran y pudiera olerla de verdad.

—Puedo oler tu interés, cielo —respiré, inclinándome hacia ella. Mi agarre en su cintura se tensó, y agrandó los ojos mientras sus dientes se hundían en su labio inferior. —¿Estás segura de que quieres seguir mintiéndome?

Aspiró con fuerza, su cuerpo delataba que nuestra proximidad le afectaba tanto como a mí. Respondió con voz temblorosa —No es mentira si me lo creo.

La respiración entrecortada de su voz me dio ganas de gemir, y no pude evitar gruñir y acercarme a ella para rozarle la oreja con los labios. —Ya van dos, cielo. ¿De verdad quieres arriesgarte a la tercera?

Por un momento, esperé que volviera a desafiarme. Mi polla se estaba llenando rápidamente, y sabía que estaba a menos de un minuto de lucir una erección completa en medio de mi salón de baile. Intenté desesperadamente reprimir mis instintos, manejar mi cuerpo con el férreo control que había tenido sobre él desde niño, pero ella me lo estaba poniendo difícil.

Sin embargo, al cabo de un momento, se apartó y me miró, y su voz era firme cuando volvió a hablar. —Tienen una seguridad impresionante aquí —dijo suavemente—. Me he dado cuenta al entrar.

La miré arqueando una ceja; ni siquiera era un cambio sutil de conversación, lo que me hizo gracia. —Por supuesto. Nuestros guerreros más fuertes se han reunido hoy aquí para la celebración, no para luchar. ¿Qué clase de rey sería si no?

—Un imprudente —bromeó. Miró a nuestro alrededor, moviendo una de sus manos sobre la mía antes de volver a centrar su atención en mi cara. —Es que... nunca había visto nada igual. ¿Confía en todos?

Se me revolvió el estómago e ignoré el pequeño trauma que me produjo su pregunta. —No del todo —respondí, con la voz un poco más grave. Aparté los recuerdos sobre mi padre y los espías que, en última instancia, habían sido la causa de su muerte para que poder centrarme en la mujer que tenía entre mis brazos. — Sería tonto, sobre todo teniendo en cuenta cómo murió mi padre. Pero confío en el miedo que me tienen.

Me miró fijamente, y vi el impactó que tuvieron mis palabras. Así es como tenía que ser; yo inspiraba respeto a mis generales y soldados, sí, pero el miedo era una motivación mucho más poderosa. Y el miedo sólo importa cuando la gente sabe que uno está más que preparado para aceptar a las consecuencias de una acción.

—Bueno —dijo ella, con voz aún suave y ligera—, supongo que eso te convierte en un hombre muy difícil de sorprender.

Le sonreí con satisfacción y apreté con más fuerza su cintura, acercándola más a mí. — Difícil, sí. ¿Imposible? No.

Se rió, el sonido fue un suave tintineo, y Dioses, quería acortar la distancia entre los dos y besarla. Sus labios parecían suaves y carnosos, y ella era tan jodidamente tentadora. Era impactante. Era imposible.

La deseo.

—Se le da bien esto —dijo, con voz más suave, atrayendo mi atención de nuevo hacia ella. —Bailar. Hablar —hizo una pausa—. Poner nerviosa a la gente.

Me abalancé. —¿Te estoy poniendo nerviosa? —pregunté con voz ronca y seria.

—Quizá un poco —respondió ella, con voz igualmente grave y seria.

Me reí entre dientes, acercándola a mi mientras dábamos otra pequeña vuelta por la pista de baile. —Bien —murmuré—. No me gustaría que bajaras la guardia.

La canción se iba acabando a nuestro alrededor y podía notar la tensión en la habitación mientras bailábamos. No era tan estúpido como para pensar que lo que sentía era sólo la tensión entre nosotros. Todo el mundo a nuestro alrededor estaba mirando, evaluando. Intentaban averiguar quién era esa mujer que había llamado la atención del rey.

Dioses, yo también quería saber eso.

Le acaricié la espalda y rocé su piel desnuda justo por encima de la línea del vestido. Inspiró cuando toqué su piel y mi polla palpitó en mis pantalones.

—Me fijé en ti en cuanto entraste —murmuré, mintiendo un poco. No la había visto entrar, por supuesto, pero en cuanto me fijé en ella, no pude apartar los ojos, así que el mensaje de mis palabras era cierto.

Su respiración se entrecortó y tragó saliva, sin apartar su mirada de la mía.

—¿Cómo? —suspiró. Un destello de pánico volvió a brillar en esos bonitos ojos color verde avellana, insinuando una mente mucho más compleja de lo que su bello exterior sugería—. ¿Por qué?

Continué, utilizando mi ventaja. —Primero —respiré—, porque me doy cuenta de que ocultas algo.

El pánico brilló en sus ojos, con más intensidad que antes, pero se mantuvo firme. Seguimos moviéndonos, con nuestros cuerpos apretados el uno contra el otro, y al cabo de un momento, ella contestó —¿Y quién no?

La curiosidad ardía en mi interior y tragué saliva. Quería conocer a esta mujer. Joder.

—Segundo —continué, sabiendo que estaba cavando mi propio hoyo —, porque tu aspecto es tan exquisito que no podía dejar de imaginar a qué sabrás.

Sus ojos se abrieron de par en par y el mismo aroma picante de excitación volvió a brotar entre los dos, dándome ganas de gruñir. Posé mi mirada en sus labios y, antes de que pudiera detenerme, antes de que pudiera escuchar la voz de protocolo de mi mente que me decía que lo que estábamos haciendo ya era totalmente inapropiado incluso antes de que yo actuara... la atraje hacia mí, sin dejar ni un centímetro entre nuestros cuerpos.

Sus ojos estaban muy abiertos y su mirada fija en la mía, noté el deseo en su mirada, junto con el miedo. El momento se alargó, como congelado en el tiempo, y entonces oí los murmullos a nuestro alrededor.

Levanté la cabeza y miré a mi alrededor, y efectivamente, eran más las personas que nos miraban que las que no. Su cuerpo se tensó y bajé la mirada hacia ella, reconociendo el destello de ansiedad en sus ojos.

—No hemos terminado —dije finalmente, separándome de ella y cogiendo su mano entre las mías. Procedí a arrastrarla por la pista de baile, y ella me siguió sin apenas quejarse por primera vez.

—¿Terminado el qué? —preguntó sin aliento.

Miré por encima del hombro y le sonreí con satisfacción, apretando con más fuerza su mano mientras mi lobo ronroneaba dentro de mí. —Ya lo descubrirás.

3

—•—

Alana

La mano del rey rodeaba mi mano con fuerza y calor mientras salíamos del salón de baile, y yo prácticamente tropecé con el dobladillo de mi vestido en mi esfuerzo por seguirle el ritmo. El corazón me latía con fuerza en el pecho, y el pulso de una conexión entre los dos hacía sonar las alarmas en mi cabeza, alto y claro.

No debería estar haciendo esto. Lo sabía. Estaba en juego la misión, y también las consecuencias que me esperaban por parte de mi padre si no le conseguía la información que quería.

Y Dioses, no había mejor manera de que te pillaran como espía que haciendo el tonto con el mismo hombre al que te habían enviado a espiar. Me habían pedido que me acercara al rey si era posible, pero esto... de algún modo, dudaba que fuera lo que mi padre tenía en mente.

La conexión de mi pecho volvió a latir cuando el rey me arrastró por el pasillo y luego giró bruscamente a la derecha, y esta vez sí tropecé. Un poco, lo suficiente como para chocar con su espalda y tener que aferrarme a su traje para estabilizarme, y la forma en que me miró por encima del hombro… era puro deseo.

—Vamos, cielo —dijo, con una voz mortalmente suave—. Te necesito para mí.

Aquellas palabras deberían haberme aterrorizado, pero lo único que consiguieron fue encender una llama de excitación en mi interior. Tragué saliva, con sus ojos grises clavados sobre los míos, y apenas tuve tiempo de asentir antes de que nos pusiéramos en marcha de nuevo, con su mano firme sobre la mía mientras me arrastraba... quién sabía adónde.

Era una idea terrible. Él lo sabía. Yo lo sabía. A pesar de la química que había entre nosotros, estaba dejando que un lobo extraño me arrastrara por los pasillos de su palacio, entre estatuas de lobos gruñendo que eran tan hermosas como aterradoras. Gracias a haber estudiado los planos del palacio tenía una idea general de adónde íbamos, y notaba que me estaba llevando más o menos en dirección al ala residencial... pero más allá de eso, no tenía ni idea. Y eso era un peligro.

Dioses, debería haberme alejado de él cuando tuve la oportunidad. El momento en el salón de baile en que ambos nos dimos cuenta de cuánta atención habíamos atraído, de cuánta gente nos estaba observando de verdad... ése habría sido el momento de apartarme, hacerle una reverencia cortés y marcharme. Habría podido desparecer entre la multitud antes de que él se diera cuenta de adónde había ido, y entonces habría salido de los terrenos del palacio antes de que nadie empezara a buscarme, y esa pequeña y acalorada conversación que estábamos teniendo se habría desvanecido en mi subconsciente, sólo para recordarla cuando me sintiera especialmente triste y sola en los próximos años.

Pero no. Mi instinto de supervivencia parecía haberse esfumado, y aquí estaba, siendo arrastrada a Dios sabía dónde, por un lobo alfa cuyo olor permanecía en mi nariz cada vez que lo olía, y que me hacía desear desesperadamente darme la vuelta y presentarme, joder.

Más que cualquier otra cosa, ese impulso de someterme al rey y dejar que se saliera con la suya... fue casi suficiente para hacerme salir corriendo.

Pero yo también quería ver adónde íbamos.

—Su Majestad —dije con la voz estúpidamente entrecortada. Me regañé mentalmente: era una espía entrenada. No me gustaba, pero la realidad era que distaba mucho de ser una omega debilucha, tal y como me veía la mayoría de la gente, y ahora mismo debería estar utilizando mis artimañas y habilidades para aprovecharme más del rey, sobre todo ahora que estábamos solos.

—¿Adónde vamos? —Lo intenté de nuevo. Le apreté la mano y soltó un gruñido grave cuando doblamos otra esquina. Sentí la presión de nuestra conexión mientras me conducía a una pequeña alcoba con una estatua que custodiaba la entrada y, de repente, me agarró de la muñeca con fuerza y me hizo girar, golpeándome contra la pared y haciendo que se me escapara el aliento de los pulmones.

—Uf —logré decir, con un sonido suave y poco digno. Pero no me importaba. No cuando el rey me había puesto contra la pared, sintiendo la piedra fría y dura contra mi espalda, y me estaba mirando con una intensidad que parecía quemarme por dentro.

—¿Su Majestad? —dije, incapaz de elevar la voz por encima de un susurro. La excitación ardía en mi vientre, me abrumaba, y por la forma en que se ensanchaban sus fosas nasales, él podía olerla.

Gracias a los Dioses que mis bloqueadores de olor aún estaban activos. Si él supiera mi verdadera naturaleza...

—¿Cómo te llamas? —golpeó con las manos la pared a ambos lados de mi cara y se inclinó aún más hacia mí, invadiendo mi espacio. Aquí, detrás de la estatua y ocultas del resto del mundo las sombras eran más densas. Le aportaban un aire de misterio a toda esta situación, haciéndola aún más sexy, a pesar de que mi interior

suplicaba que mi mente y mi cuerpo actuaran con algo de puto sentido común.

Apreté los labios con fuerza y, al cabo de un momento, negué con la cabeza. Podría estar loca por este hombre, este alfa, pero aún así, sabía que decirle mi nombre me iba a meter en problemas. No podía hacerlo.

Sus ojos brillaron con irritación; estaba claro que era un hombre que no estaba acostumbrado a oír la palabra "no". Se apartó un poco, lo justo para poder mirarme de arriba abajo, y yo contuve la respiración, esperando su siguiente movimiento.

Debería empujarle. Debería alejarme. ¿Por qué no hacía nada de lo que *sabía* que debía hacer?

Porque no quieres.

El corazón me latía con fuerza y, antes de que pudiera reflexionar sobre el significado de *aquella* verdad, el rey gimió, se acercó y sus labios susurraron contra los míos tan cerca que podría ser un beso.

—¿Qué coño estás haciendo conmigo? —jadeó.

Entonces estampó sus labios contra los míos, y el repentino beso fue tan impactante que no pude evitar gemir sin querer. Mis dedos se enroscaron en su pelo y, de repente, estaba apretado contra mí, cada centímetro de su cuerpo contra el mío, mientras me desarmaba de dentro a fuera.

Gemí cuando sus dientes me mordisquearon el labio inferior, y se adelantó, deslizando su lengua por la carne maltratada antes de empujar hacia dentro. Su sabor estalló en mi lengua y gemí mientras le devolvía el beso, dándole todo lo que recibía. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo, los pezones duros, y cuando sus manos se posaron sobre mis caderas clavándose en la carne, sentí un leve dolor que fue suficiente para hacerme soltar un gemido involuntario.

—Joder. *Joder* —gruñó contra mis labios.

Entonces volvió a besarme, con más agresividad que antes. Nuestros dientes chocaban entre sí, aumentando la ardiente excitación que me quemaba por dentro. Abrí un poco las piernas cuando se movió, y el suave gruñido de aprobación que retumbó en su pecho antes de deslizar su muslo entre los míos para encajar perfectamente su cuerpo en su sitio... Dioses, lo era todo, joder.

—Tristan —jadeé, separando los labios de los suyos. No paró de besarme, sino que sus labios recorrieron mi mandíbula y mi cuello, mordisqueándome y dejando marcas ardientes y picantes a su paso.

Sabía que no tenía derecho a llamarle así. Estaba tan por encima de mi rango que ni siquiera era gracioso, y eso sin contar el hecho de que me habían enviado aquí esta noche en una misión para espiarle a él y a su gente. Pero a mi mente retorcida eso le daba igual. La excitación me estaba pudriendo el cerebro, ablandándome, y su nombre era lo único que quería volver a decir.

Tristan, Tristan, Tristan...

—Di mi nombre otra vez —gruñó, haciendo su voz vibrar contra la parte sensible de mi cuello. —Llámame, cielo. Me encanta oírlo.

Había un tono de desesperación en su voz, que delataba que el rey también estaba a punto de perder el control. Sin embargo, en lugar de asustarme, la idea me aceleró, y necesité todo mi control para refrenar mis instintos y no darle lo que me estaba pidiendo.

—Su Majestad... quiero decir... no podemos... —jadeé mientras mis dedos tiraban de su pelo, acercándolo a mí a pesar de mis palabras.

Mi cuerpo me traicionó y me arqueé contra él cuando me clavó los dientes en los tendones del cuello. Solté un gemido largo y desesperado, y su gruñido retumbó contra mi piel, haciendo que se me retorciera el estómago.

—Eres tan jodidamente preciosa —dijo con voz ronca. Se apartó, y al ver sus ojos grises con las pupilas dilatadas, medio loco, todo lobo, solté otro gemido sobresaltado. Un escalofrío de miedo me puso la carne de gallina, pero no me aparté de él. No lo aparté de mí.

—No... podemos... —gimoteé, las palabras se me atascaban en la garganta mientras las forzaba a salir.

Tristan soltó una risita áspera, se inclinó y rozó nuestros labios. —¿De verdad quieres irte ahora, cielo? —me preguntó con voz ronca. Ladeó la cabeza—. Puedes, si esto no es lo que quieres.

Nos miramos fijamente, el momento fue largo y tenso. Yo quería hablar, quería decir algo, quería no desearle, pero no podía.

Tristan gruñó, y entonces sus labios volvieron a posarse sobre los míos, el beso me cogió de nuevo por sorpresa y me hizo jadear.

Fue un beso duro y agresivo, posesivo, y subí las manos para agarrar las solapas de su traje, aferrándome a él mientras se apretaba más. El calor de su cuerpo ardía contra el mío y me mordió el labio inferior. Me pasó la lengua por el labio inferior y supe que tenía que apartarlo. Yo era su enemiga. En cuanto se enterara...

Me abrí para él, y el gruñido que vibró contra mis labios se fue directo a mis piernas, haciéndome apretar los muslos. Gemí y lo acerqué aún más. Mis manos se deslizaron por su pecho y sentí los finos hilos de su camisa bajo mi mano mientras tomaba y daba tanto como él.

Nuestros labios moviéndose juntos formaban una batalla de voluntades, una que no pensaba abandonar, sin importar las consecuencias que nos fueran a pasar factura a los dos cuando todo terminara.

—¿Cómo te llamas? —gruñó Tristan, apartándose. Sus ojos brillaron, grises, agresivos y ardientes, y me mordí el labio, con la cabeza a mil.

Tenía que darle un nombre falso si no quería decirle el verdadero. Mi padre se había inventado todo un personaje para la ocasión y yo había conseguido pasar desapercibida hasta ese momento. Si nos marchábamos ahora mismo, era imposible que descubriera cómo me llamaba y yo podría salir indemne si las cosas iban mal.

—Alana —susurré, con la voz temblorosa y entrecortada. —Me llamo Alana.

Maldita idiota.

Tristan me miro, y la satisfacción primitiva que irradiaba de él, que me oprimía el pecho, era innegable. Mi corazón latía con fuerza y él se inclinó hacia mí, rozando la punta de su nariz con la mía.

—Alana —ronroneó.

Entonces sus labios volvieron a posarse sobre los míos y una de sus manos se deslizó hasta mi pelo, agarrándolo y despeinándolo. Estaba segura de que, cuando saliéramos de aquella alcoba, tendríamos un aspecto poco agraciado, como si hubiéramos estado haciendo precisamente lo que habíamos hecho, pero no me importaba.

Clavé los dedos en su pecho y gemí mientras le mordía el labio inferior. Nuestros olores se hacían más intensos en el aire que nos separaba mientras nuestros labios luchaban entre sí. El penetrante aroma de mi excitación me cosquilleó en la nariz y apreté los muslos con fuerza, como si eso fuera a impedir que Tristan me oliera y supiera exactamente lo que me estaba haciendo sentir.

Era una espía horrible. Dioses, esto se me daba fatal. Claramente, no se podía confiar en mí. Iba a salir de aquí y todo el mundo iba a

saber lo que habíamos hecho.

Me iban a investigar, sobre todo cuando se me pasara el efecto de los bloqueadores. La omega que tonteó con el rey. Iban a averiguar quién era yo, y en cuanto Rion supiera que me habían atrapado, no tendría un simple castigo. Lo alargaría durante semanas.

Si Tristan no ordenaba mi ejecución primero.

La mano de Tristan se deslizó por mi costado, rozándome el pecho con los dedos, y toda mi atención volvió a centrarse en él. Jadeé y mis piernas se abrieron para que él se metiera entre ellas mientras me agarraba el vestido por la cadera y tiraba de la tela hacia arriba hasta que ya no había barrera entre sus dedos y mi piel.

—Joder —gruñó, rodeándome la cadera con la mano. Su mano estaba caliente contra mi piel y gemí cuando se apartó lo suficiente para que ambos pudiéramos aspirar bocanadas de aire y él pudiera apoyar la frente contra la mía, mezclando nuestros olores.

—Usted... no deberíamos... —gemí, abriendo aún más las piernas cuando su mano se deslizó más abajo. Sus dedos recorrieron la piel sensible justo por encima de mi delicada ropa interior, y Tristan rio entre dientes cuando enganchó los dedos en el encaje y, con un rápido movimiento, me la arrancó.

—No estás haciendo mucho esfuerzo por escapar, cielo —murmuró con voz sedosa y segura. Levantó mi ropa interior, ahora rota, y me la puso delante de los ojos antes de metérsela en el bolsillo. La idea de que llevara encima un trofeo tan ordinario me hizo arder las mejillas. Separé los labios mientras le miraba.

Sonrió satisfecho y sus dedos bajaron hasta rozarme el pubis mientras me miraba. Parecía que estuviéramos jugando a algo agresivo, como si el esperase a que yo le dijera las palabras que le harían parar. Era un alfa, no había garantía de que se detuviera, por supuesto...

Pero tenía la sensación de que lo haría. No me obligaría.

Y que los Dioses me ayuden, no quería que se detuviera. La conexión que latía en mi pecho, acercándome inexplicablemente a él a pesar de lo cerca que ya estábamos, se volvía más y más molesta a cada minuto que pasaba.

Le deseaba. Joder, le deseaba. Necesitaba que me tocase, necesitaba...

Sus dedos se deslizaron sobre mi clítoris, y mi cabeza cayó hacia atrás contra la pared de piedra con un gemido suave y entrecortado. Mi centro estaba hinchado y sensible, y ya podía sentir mi humedad por el interior de mis muslos, mi coño totalmente excitado por el hecho de que el enemigo y yo estábamos tonteando. Tristan gimió suavemente y enterró la cara en mi cuello, arrastrando la nariz hacia arriba y aspirando mi aroma mientras sus dedos bajaban y acariciaban mi resbaladiza entrada, haciendo que un gemido desesperado escapara de mis labios entreabiertos.

—Shh, cielo —murmuró, con la voz cargada de excitación. Sentía la dura longitud de su polla, tensándose contra sus pantalones de vestir y presionando contra mi cadera, y notaba la energía frenética que crecía entre nosotros, suplicando que cediéramos. Rogándole que se desabrochara los pantalones, que enganchara mi pierna alrededor de su cadera para que pudiera colocarse en el sitio perfecto, que empujara dentro de mí y me llenara y tomara y diera y tomara...

Los labios de Tristan se posaron sobre los míos cuando por fin me introdujo un dedo hasta el fondo, la sensación me hizo jadear por lo inesperado, y entonces gemí sin poder evitarlo, rodeándole el cuello con los brazos mientras todos los pensamientos que habían estado rondando mi mente se desvanecían y la conexión en mi pecho se volvía más caliente e insistente y tiraba...

Y *encajó* en su sitio.

Los dos nos quedamos paralizados e inmediatamente nos separamos. Mi corazón latía con fuerza y la nueva conexión en mi pecho palpitaba mientras me quedaba con la boca abierta.

Pasó un momento. Luego dos.

Oh, *mierda*.

—Lo has sentido —jadeó Tristan, agrandando los ojos brillantes de placer.

Se me desencajó la mandíbula y traté de encontrar palabras. Apreté los labios y tragué con fuerza, tratando de ignorar las implicaciones de lo que me estaba diciendo.

Un vínculo. No eran poco frecuentes, obviamente. Se podían formar vínculos entre dos personas con cualquier tipo de química, y el tipo de vínculo dependía de las personas. Algunos eran débiles y se desvanecían con el tiempo y la distancia.

Sin embargo, este... no se sentía así. Volví a tragar con fuerza y tiré suavemente del vínculo en mi pecho, y sentí el placer de Tristan, con una sonrisa de satisfacción dibujándose en su rostro.

—Esto... no tenía que pasar —susurré, mirándole.

Su sonrisa se agrandó. —Al destino no le importa mucho que las cosas "deban o no suceder", cielo —bromeó.

Se inclinó y me dio un beso en los labios antes de que pudiera protestar más, y me fundí en su tacto, aunque mi mente daba vueltas.

Nunca había oído hablar de un vínculo que se formara y encajara tan rápido. Las únicas historias que había oído... eran de vínculos de parejas predestinadas.

Lo cual, por supuesto, era absurdo. Las historias de parejas predestinadas siempre incluían a reyes y héroes... y aunque Tristan definitivamente cumplía los criterios que calificarían para una pareja predestinada, yo sólo era... yo. Una espía. Una traidora.

Nada en mí sugería que mereciera algo como un vínculo de pareja predestinado.

Sus dientes me mordisquearon los labios, el escozor me hizo volver al presente, y sus manos se enroscaron alrededor de mi cara, ofreciéndome apoyo y estabilidad incluso cuando se separó de mí. —Estás pensando mucho, cielo —dijo en voz baja.

—Yo sólo... —miré por encima de su hombro y, en el fondo de mi mente, calculé cuánto tardaría en salir corriendo. Escabullirme bajo su brazo y doblar la esquina, desapareciendo de su vista sin que pudiera seguirme. Podría salir del recinto antes de que él me alcanzara, incluso con sus largas piernas, aunque no podía asegurar que no llamara a los guardias para impedirme salir...

—Oye—Tristan me agarró la cara con fuerza y yo le miré, tragando saliva. Sus ojos brillaron, como si supiera exactamente adónde había ido a parar mi mente, y murmuró roncamente—, no hay escapatoria. Ni ahora ni nunca. ¿Me entiendes?

Abrí la boca, dispuesta a protestar, pero antes de que pudiera, me pasó un dedo por los labios.

—Sólo... ¿ven conmigo? —Sus ojos brillaron con una sorprendente vulnerabilidad que me hizo parar en seco, y bajó la voz antes de continuar—. Vamos a aprovechar esta noche. De todo lo demás... podemos ocuparnos mañana, ¿vale?

Tragué saliva, ignorando todas las señales de alarma que sonaban en mi cabeza. Pasó un momento y luego, lentamente, asentí con la cabeza. Se me retorció el estómago al ver el placer que desprendían los ojos de Tristan al ver mi aprobación.

Tenía razón. Podríamos aprovechar esta noche. Todo lo demás... podría esperar hasta mañana.

Ojalá.

4

—•—

Tristan

El corazón me latía con fuerza y reprimí los pequeños gruñidos de excitación que querían escapar de mi pecho mientras tiraba de Alana por el pasillo hacia mis aposentos.

Nunca había traído a nadie a mis aposentos privados. Era la primera vez en todos los meses transcurridos desde la muerte de mi padre y mi ascenso al trono. Esa era la única razón por la que sentía esos nervios en el pecho... o eso era lo que me decía a mí mismo.

El nuevo vínculo palpitó en mi pecho, la conexión hizo que la euforia burbujease en mi interior, y miré a Alana por encima del hombro, no pude evitar sonreír cuando levantó la mirada para encontrarse con la mía. Sus ojos brillaban de incertidumbre y excitación, y yo sentía cada necesidad en su interior a través del vínculo recién nacido.

Deseaba desesperadamente saber por qué estaba tan nerviosa y qué ocultaba. Notaba el sabor de sus secretos con fuerza sobre mi lengua mientras me acercaba a ella, pero eso podía esperar.

Por ahora... por ahora sólo quería estar con ella. A solas, donde nadie pudiera interrumpir.

—Tristan… —la suave voz de Alana me detuvo en seco cuando nos acercábamos a la puerta de mis aposentos, y yo aminoré la marcha, buscando la llave en el bolsillo antes de detenerme por completo y mirarla.

—¿Sí, cielo? —desbloqueé la puerta y la abrí de un empujón, y los ojos de Alana se apartaron de mi cara, agrandándose un poco.

—Eh… —sus ojos volvieron a posarse en los míos, y la excitación y la expectación que había en sus profundidades eran ahora más fuertes que cualquier otra cosa, disipando la incertidumbre que había existido momentos antes—. Nada.

Mordió su labio inferior, y no pude evitar reírme mientras la conducía a mis aposentos, cerrando la puerta tras nosotros y echando el cerrojo por si acaso.

Mis aposentos privados tenían el tamaño de un pequeño apartamento, con una enorme sala de estar junto al dormitorio principal y el cuarto de baño adyacente. Estaba acostumbrado a la opulencia, pero cuando me volví para mirar a Alana de frente, sus ojos bien abiertos me dijeron que estaba asombrada por lo que veía a su alrededor.

Me dieron ganas de conocerla. Si estaba tan sorprendida por una muestra tan obvia de riqueza, la manada de la que provenía no podía ser muy acomodada. Pero si ese fuera el caso, ¿por qué estaba aquí en primer lugar? No había participado en los Juegos, y no parecía que conociera personalmente a ninguno de los competidores, por lo que un interés individual en el resultado tampoco parecía normal...

Los suaves dedos de Alana sobre mi pecho, por encima del traje, me sacaron de mis pensamientos y volví a concentrarme en ella. Me miraba con una sonrisa pequeña e insegura en la comisura de los labios y se inclinó hacia mí, impregnando mi nariz con su tenue aroma. —¿Tristan?

Dioses, me encantaba el sonido de mi nombre en sus labios. Mi polla, aún hinchada y dura por nuestro pequeño encuentro en la alcoba, palpitaba y me callé un gruñido mientras la rodeaba con los brazos y la acercaba a mi cuerpo.

—Disculpa, cielo —dije, con la voz ronca—. Tengo la cabeza en blanco por tu culpa.

Le brillaron los ojos y esbozó una ligera sonrisa. —Lo mismo digo— admitió. Sus hombros se enderezaron un poco y pude ver cómo se desprendía de las capas de incertidumbre como si de la piel de un lagarto se tratase. La confianza le sentaba bien, y eso sólo hacía que la deseara más.

Sonreí y acerqué mis labios hasta los suyos, besándola ferozmente mientras nos guiaba hacia atrás por mis aposentos. Ella gimió contra mi boca y sus manos se aferraron aún más a mi camisa cuando entramos en mi habitación.

El vínculo palpitaba entre nosotros, salado y dulce de excitación y necesidad, y mi polla dolía. Dioses, la deseaba.

Y no solo por esta noche. Los vínculos... puede que no fueran poco comunes, pero seguían siendo especiales. Y me di cuenta de que la conexión entre Alana y yo era aún más especial de lo normal, algo que nos acompañaría el resto de nuestras vidas.

La sola idea me hizo salivar, y besé a Alana con más fuerza mientras dábamos los últimos pasos necesarios antes de caer sobre mi cama.

Ella gimió en mi boca, y yo aumenté mi ventaja, rodando sobre ella y colocándome directamente entre sus piernas. Era tan dulce y flexible, y todo dentro de mí estaba desesperado por morderla, por reclamarla. Para sellar el vínculo entre nosotros, para que nunca más hubiera duda de a quién pertenecía.

Me separé del beso y aspiré su suave y dulce aroma mientras le acariciaba el cuello con la punta de la nariz. Le di un tierno beso en la unión entre su cuello y su hombro, el lugar donde iría mi marca cuando sellasemos el vínculo, y la mano de Alana buscó inmediatamente mi pelo, tirando con fuerza de él.

—Tristan —dijo ella bruscamente—. No. Todavía no.

Sentí un hormigueo en los dientes y deseaba clavárselos en la piel, pero acepté sus palabras, me aparté y me encontré con su mirada.

—Por supuesto, cielo —acepté sin problema—. Me estoy adelantando —le sonreí maliciosamente—. Ni siquiera sé qué sonido haces cuando te corres —me incliné y le di un besito en la comisura de los labios—. Podemos sellar el vínculo más tarde. No es urgente. Te lo prometo —me aparté un poco y volví a mirarla—. Pero me gustaría saber por qué tienes tanto miedo.

Agrandó los ojos, como si le sorprendiera que yo hubiera captado su miedo, y tartamudeó, retorciéndose un poco debajo de mí. —Eh. Yo, pues, eh...

Su vacilación hizo que saltaran mis alarmas y la abracé por la cintura para que no pudiera escaparse. —Oye —la tranquilicé—. Está todo bien, no tienes que contarme nada que no quieras todavía. Tenemos tiempo de sobra.

Me miró fijamente con sus grandes ojos y pude ver cuánto deseaba creerme. La conexión entre nosotros se estremeció y mi polla se crispó.

—Aunque, ¿quizá tengamos que centrarnos en eso en otro momento? —Sugerí, bajando la voz a un suave ronroneo. Sus pupilas se dilataron mientras me miraba. Me incliné hacia ella y aspiré el aroma renovado de su excitación.

Apreté nuestros labios en otro beso antes de que pudiera protestar más, y sólo pasó un segundo antes de que se relajara en mis brazos, suspirando suavemente. Sus labios se separaron para recibir mi lengua, y no pude evitar que mis manos vagaran, deslizándose por su cintura y rozando los lados de sus pechos, sintiendo la suave seda de su vestido bajo mis palmas al tocarla.

Sus curvas se sentían suaves y llenaban mis manos, dejó escapar un suave chillido contra mis labios mientras yo acariciaba su piel. Me reí por lo bajo antes de levantarme y mirar su hermoso rostro.

—¿No nos van a interrumpir? —preguntó en voz baja—. ¿No vendrá alguien... a buscarte? Eres el rey, después de todo.

Se me revolvió el estómago al mirarla. —No si yo no quiero —dije con voz ronca y deseosa. Señalé hacía detrás de nosotros con la cabeza, hacia la puerta cerrada de mis aposentos—. La fiesta de seguirá adelante, y tú y yo podremos pasar aquí arriba todo el tiempo que queramos sin que nadie venga a buscarnos. Te lo prometo, estamos completamente a salvo, y solos.

Vi el momento en que la insinuación se grabó en su cerebro y sus ojos se abrieron de par en par. La idea de que los dos pudiéramos estar juntos durante horas, días, sin que nadie viniera a buscarnos ni a interrumpirnos... era un pensamiento embriagador, y sentí un escalofrío recorrerme ante la idea de tener a esta hermosa beta para mí solo durante tanto tiempo.

—Tristan —susurró. Su labio inferior sobresalió, la indecisión clara en sus ojos, y solté un gruñido antes de inclinarme y volver a sellar nuestros labios.

La idea de que tuviera tanto miedo, de que quisiera irse a pesar de la clara química que había entre nosotros dos era tan insoportable como sospechosa. Pero el destino no me daría una compañera así si no estuviéramos hechos el uno para el otro. No iba a dejar que mi perturbador pasado de traiciones nos arruinara esto. La idea hizo

que mi lobo gruñera y se apretara y quisiera luchar contra ella y reclamarla allí mismo para poder demostrarle que se merecía todo lo que yo quería ofrecerle.

Tenía la sensación de que, si lo hacía, la alejaría; acababa de darme su nombre. No iba a permitir que la reclamara sin más, ya me lo había dicho.

Pero me parecía bien que el vínculo fuese despacio, siempre que eso significara que ella no iba a marcharse.

—Vamos a quitarte esto de encima —murmuré, inclinándome y dándole otro beso en los labios antes de levantarme. Rápidamente, me despojé de la chaqueta a medida de mi traje, y sus ojos se abrieron de par en par cuando me desabroché los botones de la camisa de uno en uno, tirando del dobladillo de mis pantalones antes de encogerme de hombros. Su aroma, fuerte y excitado, floreció de repente en el aire a pesar de los bloqueadores, y mi sonrisa se ensanchó, volviéndose perversa cuando la miré. Sus muslos se apretaron y pude ver la indecisión en su rostro: lo mucho que me deseaba y lo mucho que quería alejarse de mí.

No iba a escaparse de mí, eso podía asegurárselo.

—Ven aquí, cariño —le dije, agachándome y agarrándola por el tobillo. La agarré con ambas manos y tiré de ella hasta que prácticamente se cayó del borde de la cama y, antes de que pudiera volver a orientarse, empujé el dobladillo de su precioso vestido hacia arriba hasta que pude quitárselo por encima de la cabeza. A pesar del pequeño chillido de protesta que soltó, no dijo nada, y cuando la tuve tumbada en mi cama, completamente desnuda, di gracias a mis estrellas de la suerte por haber llamado la atención de la extraña de los territorios de las afueras.

—Alana, eres absolutamente preciosa —respiré, mirándola. Sus curvas eran tan suaves y exuberantes sin ropa como con ella puesta, y sus pechos eran una belleza. Tenía los pezones rosados y oscuros,

incitando a mi boca, y gemí suavemente antes de inclinarme para atrapar uno entre los labios y chupar el sensible capullo entre los dientes.

Alana jadeó, levantó la mano y la deslizó hasta mi pelo, tiró de él y los mechones protestaron ante su firme agarre, haciendo que me escociera el cuero cabelludo. No sentí que intentara apartarme, simplemente no sabía qué hacer con las manos, y me reí por lo bajo mientras seguía acariciándole el pezón con la lengua y bajaba las manos hasta enganchárselas bajo las rodillas y empujárselas hacia las caderas.

—Tristan —jadeó. Sus muslos se tensaron bajo mis manos, pero no se retorció ni intentó zafarse. Noté un repentino florecimiento de un nuevo aroma, dulce y embriagador, mucho más que todo lo que había olido hasta entonces... Me dio vueltas la cabeza, pero no tuve la fuerza ni el ánimo para preguntarme qué significaba. Ahora no.

Tiré de su pezón entre mis dientes una vez más antes de soltar su carne sensible haciendo un ruidito, y miré hacia abajo entre sus piernas, mi lobo interior se acicalaba al lado de su coño rojo e hinchado. Ya estaba resbaladizo y brillante por su humedad, y note que lo apretaba rítmicamente bajo mi mirada. Me deseaba, aunque algo le impedía entregarse por completo. Si estaba en peligro, mataría a quien la amenazara. Si se sentía insegura, me pasaría el resto de nuestras vidas demostrándole lo digna que era.

Iba a darle todo lo que quería, no todo lo que pensaba que no podía tener.

—Preciosa —respiré.

Entonces me incliné y sellé mis labios alrededor de su clítoris, y el grito de placer que me dio resonó en mis oídos, instalándose en mi pecho y haciendo que mi corazón latiera con fuerza.

—¡Joder! —Su clítoris se estremeció bajo mi lengua y sus dedos se aferraron a mi pelo, tirando de él mientras la acariciaba con la punta de la lengua y luego la succionaba profundamente en mi boca. Su sabor estalló en mi lengua, embriagador, dulce y adictivo, y los muslos de Alana se tensaron bajo mis manos, con sus gemidos desesperados y sonando ya como si estuviera cerca del puto límite.

Mi polla palpitó al oírlo y gruñí dentro de su coño, apartándome lo justo para respirar: — Qué sensible, cielo. ¿Nadie te ha hecho esto antes?

Levantó la cabeza y me miró, y por un momento el aire entre nosotros se tensó. Había bromeado con mi pregunta, pero la reserva en sus ojos mientras me observaba atentamente me dijo que había dado en el blanco un poco más de lo que esperaba.

Finalmente, tras varios segundos, negó lentamente con la cabeza. —No —dijo en voz baja—. Nunca nadie había hecho esto por mí — volvió a hacer una pausa, con duda en sus ojos, y luego terminó, con una voz tan baja que tuve que esforzarme para oírla—. Nadie me había tocado nunca.

Durante un largo momento, nos quedamos mirándonos, con el significado de sus palabras pesando entre nosotros.

Y entonces gruñí, levantándome y atrapando sus labios entre los míos. Solté sus muslos para poder abrazar su cara y la besé con un fuego que me sorprendió incluso a mí. Cada parte de mí suplicaba, la pedía a gritos y, por los Dioses, si no la tenía, podría morir.

—Por favor —exhalé. Deseaba tanto a esta mujer que estaba dispuesto a suplicar, aunque fuese el rey—. No me digas que no. ¿Puedo tocarte?

Alana asintió y me acarició la espalda con la mano, frenética, sorprendida y desesperada a la vez. —Por favor, por favor, por favor...

El sonido de sus suplicas contra mis labios encendió aún más mi fuego interior, y me enderecé para poder desabrocharme los pantalones y bajármelos por las caderas. Gemí cuando mi polla se liberó y rodeé el tronco con la mano para darle una caricia superficial. Sus ojos se abrieron de par en par al mirarme, y soltó un suspiro.

—Es jodidamente enorme— susurró—. Es una maldita arma. No hay forma de que te acerques a mí con eso.

La tensión de su voz me hizo reír y solté mi polla, inclinándome de nuevo sobre ella. —Te entrará, te lo prometo —ronroneé, burlón. Le di un beso en los labios, la punta de mi polla rozó su cadera y se movió, y ambos siseamos ante la sensación.

—No creo —dijo Alana, aunque su protesta fue débil. El deseo que podía oír en su voz era mucho más fuerte, y su mano volvió a deslizarse por mi pelo mientras yo apretaba mis labios contra los suyos, y rodé hacia un lado para que ella pudiera recuperar parte del control de la situación.

Me besó como si se estuviera muriendo, sus labios frenéticos y firmes contra los míos cuando se movió para ponerse sobre mí, y una de sus manos se deslizó por mi torso para poder rozar mi polla con la punta de los dedos. No la presioné, no le dije lo que tenía que hacer. Dejé que explorara mi pene con sus dedos, que me rodeara con su delicada mano antes de que me acariciara suavemente, explorando. La sensación era casi demasiado leve para ser placentera, y siseé, pero no dije ni una palabra mientras ella apretaba la cabeza y volvía a dejarla.

Se separó de nuestro beso con otro mordisco punzante en el labio inferior y me miró desde arriba, parecía un ángel mientras se mordía el labio y se sacudía el pelo para que le colgara en la cara.

—Nunca he.... —Volvió a morderse el labio—. Quiero decir…

—Lo sé —dije en voz baja. Alcé la mano y le pasé los dedos por el pelo, sus sedosos mechones me producían un cosquilleo en las yemas de los dedos, e indagué más, utilizando todo el de autocontrol del que normalmente me enorgullecía tanto—. No tenemos que hacer nada, pero...

Antes de que pudiera terminar la frase, sacudió la cabeza y sus pupilas se dilataron de excitación cuando se inclinó hacia mí. —Lo deseo —dijo, con voz temblorosa—. Lo necesito. Sólo... —ladeó la cabeza y terminó, con voz tranquila—. No seas duro conmigo.

Gemí al oír sus palabras y asentí frenéticamente con la cabeza antes de volver a ponerme sobre ella, apoyando mi peso en su pelvis para que mi polla rozase contra ella. El aroma de su excitación se notaba caliente y embriagador en el aire, y no pude evitar aspirarlo, arrastrando su olor a mis pulmones como una droga. Podría pasarme el resto de mi vida exactamente aquí, respirando el aroma de aquella mujer que era esencialmente una extraña, dijera lo que dijera mi biología, y sería feliz.

Demonios, podría dejar que me degollara con un cuchillo que escondiese a sus espaldas, y seguiría siendo feliz mientras su cara fuera lo último que viera antes de morir.

—Joder, cielo —gruñí. Mi polla volvió a rozar su piel y sus muslos se separaron, dejándome acomodarme entre ellos. La miré y necesité todo lo mi control para no dejarme llevar por mi lobo, para no dejarle rienda suelta para tomar lo que quisiera de ella.

—Por favor, Tristan —gimoteó, acercándose a mí. Me rodeó el cuello con los brazos y tiró de mí, cerrando los ojos mientras me olía y se relajaba—. Confío en que no me harás daño. No puedo explicar por qué lo sé, pero lo hago. Y te deseo. Por favor, te necesito dentro de mí, ahora...

Algo dentro de mí se quebró, y el gruñido que brotó de mi pecho fue suficiente para que ambos nos estremeciéramos. El vínculo ardió con

fuerza entre nosotros, fortaleciéndose con cada roce que compartíamos, cada gemido que se liberaba en el aire entre nosotros.

Subí hasta quedar suspendido sobre ella, y la imagen de ella tumbada en mi cama, con su melena de miel esparcida a su alrededor como un ángel... se grabó a fuego en mi subconsciente. Me grabé la imagen en la memoria, me incliné hacia ella y le di un beso fuerte en los labios mientras me movía y bajaba una mano para colocar mi polla en su entrada. Estaba tan mojada que tardé un segundo en encontrar el sitio, y me clavé firmemente antes de mirarla, exhalando un gemido mientras contenía el impulso de hundirme en su interior de una sola vez. Por los pelos.

—¿Segura? —grité, necesitando comprobarlo una vez más.

—Segura —gimió ella, asintiendo frenéticamente—. ¡Dioses, Tristan, fóllame!

El repentino grito de frustración se astilló en mi mente y sentí que su lobo buscaba el mío mientras yo gruñía de nuevo y soltaba la polla al meterla. El calor húmedo de su coño me rodeó, asfixiándome, y tuve que cerrar los ojos para mantener el débil control de mí mismo. Podía sentir la resistencia de su coño, los vestigios de la inocencia que había insinuado, y fui despacio, empujando un poco y sacando, dándole tiempo para adaptarse a mi tamaño mientras me hundía en su interior.

Mientras tomaba a mi alma gemela por primera vez.

El vínculo cantó cuando nuestras caderas se apretaron por fin una contra la otra y apoyé la frente en la suya, con la respiración agitada y acelerada en el pequeño espacio que nos separaba. Todo su cuerpo estaba tenso, sentía el placer combinado con el leve dolor que le sacudía el cuerpo, y esperé. Dioses, necesité todo lo que tenía, pero esperé hasta que por fin abrió los ojos, y la gratitud y el deseo que vi en sus profundidades casi me hacen caer de culo.

—¿Y bien? —susurró—. ¿Vas a moverte, o tengo que hacerlo yo?

Solté una carcajada áspera y me retiré lentamente antes de volver a entrar, escuchando su respiración entrecortada con mucha satisfacción. —Sólo quería asegurarme de que estabas bien —dije, con voz burlona, aunque las palabras iban en serio—. No quiero hacerte daño.

Entonces la besé y, en cuanto nuestros labios se tocaron, algo se desencadenó entre nosotros. Empezamos a movernos juntos suavemente, nuestras caderas se movían y empujaban una contra la otra a la vez, y Dioses, se sentía tan jodidamente bien. Tan apretada, tan jodidamente húmeda, como si su cuerpo estuviera hecho para mí y ella se hubiera aferrado a su inocencia justo para este momento.

La idea de que yo era el único que había estado dentro de ella, que yo era la única persona que estaría dentro de ella... encendió mis instintos primarios de una forma difícil de explicar, y me la follé más deprisa, entregándome por fin a mi lobo y dejándole rienda suelta.

Era perfecta. Era dulce. Era mía.

—Joder, Alana —gruñí, separando la boca de la suya y arrastrando los labios por su garganta. Le mordisqueé y chupé la piel mientras ella se aferraba a mí, clavándome las uñas en la espalda, y sus gemidos y quejidos de impotencia me llenaban la cabeza y me daban ganas de follármela más fuerte. Quería oírla gritar tanto que el castillo se cayera, para que todos los que estaban en la fiesta de abajo supieran con quién estaba, qué estábamos haciendo. A quién pertenecía.

—Tristan —gimoteó, mi nombre una plegaria sin aliento.

Era casi demasiado. Se me erizaron las pelotas y sentí en el vientre el pulso de un orgasmo inminente. Pero ella aún no se había corrido, y eso era simplemente inaceptable.

Metí una mano entre nuestros cuerpos, el punto donde nos uníamos estaba resbaladizo y sucio por su humedad. Fue muy satisfactorio ver cuánto sentía, el placer que le estaba produciendo, y mis dedos encontraron su clítoris con facilidad, moviéndolo en círculos pequeños y rápidos mientras me apartaba y la miraba a los ojos.

—Quiero sentir cómo te corres conmigo dentro—le gruñí—. Quiero sentir este coño perfecto apretarse, y quiero oírte gritar.

No le di espacio para discutir. Tenía la sensación de que lo haría si yo se lo permitía, y eso no era lo que quería oír de ella ahora mismo. No, ahora mismo, con el nuevo vínculo caliente y pulsante y con tanta complicidad en mi pecho, sólo quería oír sus sonidos de placer mientras caía en un orgasmo que siempre recordaría mientras estuviéramos los dos juntos.

Le pellizqué el clítoris y le clavé los dientes en el cuello al mismo tiempo, follándola con fuerza y rapidez. Me aseguré de no atravesar su piel, una pequeña parte de mí recordaba lo que había dicho sobre no sellar el vínculo todavía, pero el pequeño dolor fue todo lo que la mujer debajo de mí necesitaba.

—¡Joder! —su grito desesperado fue fuerte y jodidamente perfecto en mis oídos, y su clítoris se estremeció y palpitó bajo mis dedos mientras ella apretaba, inundándome con sus jugos mientras caía sobre el precipicio. Podía sentir cómo el edredón se humedecía y resbalaba bajo nuestras caderas mientras yo seguía entrando y saliendo de ella, golpeándola una y otra vez hasta que finalmente me puse rígido, ahogando mi gruñido de placer contra su piel mientras la seguía hasta el orgasmo.

Su coño se apretó y se agitó a mi alrededor mientras la inundaba con mi semen y, en el fondo de mi mente, me di cuenta de que probablemente deberíamos haber hablado de algún tipo de protección antes de acostarnos.

Sin embargo, no pude negar la satisfacción primitiva que me inundó al pensar en marcarla de esa manera, y me desplomé sobre ella con un placer que hizo que mis miembros flaquearan, separé suavemente mis dientes de su piel y lamí las marcas antes de rodar hacia un lado.

—Joder —dijo Alana suavemente, mirándome. Tenía los pezones duros y suplicantes, así que estiré la mano y le pellizqué suavemente uno, haciéndola estremecerse, y sonreí.

—Ha sido increíble —dije en voz baja. Me incliné hacia ella y le di un beso en los labios; luego suspiré y la estreché entre mis brazos, disfrutando de la satisfacción del vínculo mientras tiraba de ella.

Su cuerpo estaba un poco rígido al hacerlo, a pesar del intenso orgasmo que sabía a ciencia cierta que acababa de tener, pero aparté los destellos de inquietud. Podríamos hablar de sus problemas de confianza más tarde, cuando hubiéramos descansado un poco y pudiéramos volver a vestirnos. En algún momento tendría que volver a la fiesta para saludar al resto de los alfas que habían venido de visita y asegurarme de que todo saliera bien. Casi quería decirle a Harrison que lo hiciera, mi mejor amigo era mucho mejor en los aspectos sociales de la esfera política, pero sabía lo que diría. Daría una buena impresión y sentaría un excelente precedente para el resto de mi reinado si estaba allí para hacerlo yo mismo.

Era mi primer año en el poder, y no ignoraba el escepticismo que todos sentían. Mi padre había caído ante los juegos políticos que asolaban el trono, pero yo no iba a permitir que me ocurriera lo mismo a mí ni a nadie a quien amara nunca más. Iba a protegerlos, incluyendo a la maravillosa mujer que tenía entre mis brazos.

Alana se relajó lentamente mientras yo la sujetaba con suavidad a pesar de mis pensamientos repetitivos, y supe que lo correcto era permanecer en silencio y dejar que ella resolviera las dudas que

tuviera. Su olor se hizo más cálido, un poco más dulce de lo que había sido antes, y ahora también estaba marcada con mi olor.

Me encantaba. Podía olerme en ella, en su propia piel, y si podía elegir, mi olor no se desvanecería en mucho puto tiempo.

Apreté los labios y no podía apartar mis pensamientos del momento más oscuro de mi vida. No conocía a Alana, y traerla a mi reinado cuando acababa de empezar... iba a ser, como mínimo, problemático. La inquietud entre las diferentes facciones de lobos iba creciendo. No teníamos pruebas, aún no, pero sospechaba que una de ellas había estado detrás del ataque que había matado a mi padre y me había catapultado prematuramente al trono. Iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para descubrir quién había sido el responsable y acabar con él.

Era una vida dura y no pensaba preguntarle a Alana si quería formar parte de ella. Ella era mi alma gemela, y eso significaba que íbamos a estar el uno para el otro pasara lo que pasara. No importaban las dificultades a las que nos enfrentáramos, íbamos a estar ahí en todo momento.

El destino me había dado a alguien en quien podía confiar para que me apoyara incondicionalmente. En mi mundo, lleno de espías y traidores, era el mayor regalo que podía pedir.

La idea de tener a Alana a mi lado durante todos los años venideros me calentó por dentro y le di un beso en la coronilla, luego dejé que se me cerraran los ojos y solté un suspiro. —Un poco más y luego podemos volver a bajar, ¿vale? Si tú quieres. También podemos quedarnos aquí. Lo que quieras —murmuré. La rodeé un poco más con los brazos y la acerqué, respirando su aroma que se endulzaba poco a poco y tomando nota mentalmente de que le preguntaría qué era aquello cuando volviéramos a estar alerta.

Alana se puso un poco rígida al oír mi voz y luego, lentamente, asintió.

—Sí, vale —susurró—. Me parece… bien.

5

—•—

Alana

El aire frío de la mañana me escocía la piel mientras me escabullía por la puerta lateral y los extensos terrenos del palacio Lycan desaparecían tras de mí. El vestido se me pegaba incómodamente al cuerpo, con la tela arrugada y húmeda por la noche anterior, y los adoquines arañaban mis tacones con cada paso apresurado. Ni siquiera me había parado a cepillarme el pelo o a pensar en lo desaliñada que debía de estar. Lo único que me importaba era salir antes de cometer otro error.

¿En qué demonios estaba pensando?

La pregunta me rondaba la cabeza, cada vez más fuerte e insistente con cada paso que me alejaba del palacio. Mi corazón latía desbocado, pero no era por el esfuerzo. Era de pánico. De darme cuenta de que acababa de romper todas las reglas y todo el sentido común que había tenido.

Me había acostado con Tristan.

El rey. Mi enemigo. El hombre que podría destruirme sin pensárselo dos veces si descubriera la verdad de por qué estoy aquí.

El recuerdo de sus manos sobre mi piel, de sus labios sobre los míos, me produjo una oleada de calor que aparté de inmediato. No era el momento de pensar en lo bien que me había hecho sentir o en lo completamente deshecha que me había dejado. Nada de eso importaba ahora.

Lo único que importaba ahora era asegurarme de escapar sin que me vieran, sin que me reconocieran. Ya había traspasado tanto los límites de la misión para la que me habían enviado que podía imaginar la ira de mi padre, y si encima tenía que sumarle el dolor, la traición y la decepción de Tristan...

El vínculo me tiraba con fuerza del pecho, un dolor que no podía ignorar. Sentía como si me hubieran arrancado algo vital, dejándome un vacío que no quería reconocer. Me llevé una mano al esternón, tratando de alejar la sensación mientras me escondía detrás de unos setos cerca de la valla perimetral.

Esto era absurdo. Teníamos una conexión, por supuesto. Había... sentimientos en mi pecho que no me pertenecían, pero ¡ni siquiera habíamos sellado el vínculo que se estaba formando entre nosotros! La conexión fue espontánea y feroz, sí, pero se desvanecería con el tiempo. Las uniones de pareja predestinadas eran cuentos de los niños para ayudarles a creer en el amor verdadero.

No me ha pasado a mí. De ninguna manera. De ninguna puta manera.

No tienes tiempo para esto, me dije y saqué esos pensamientos de mi mente.

Respiré entrecortadamente y miré por encima del hombro. El palacio se alzaba en la distancia, con sus altísimas torres brillando a la luz de la mañana. Parecía tranquilo, casi sereno, pero yo sabía que no era así. Detrás de aquellos muros había una corte que me destrozaría si supiera lo que realmente estaba haciendo aquí. ¿Y Tristan? No quería ni pensar en lo que haría si me encontrara ahora.

Conseguiste lo que necesitabas, me recordé a mí misma, aferrándome a ese pequeño consuelo como a un salvavidas. Anoche había oído lo suficiente como para descifrar algunos de los puntos débiles del palacio: las rotaciones clave de la guardia, los puntos de entrada y la ubicación del ala privada del rey. No se lo contaría todo a mi padre, pero sí lo suficiente para complacerle y ocultar las verdaderas debilidades de Tristan. A mi padre le gustarían los detalles sobre los guardias y los sirvientes. Al menos, eso esperaba.

Se me revolvió el estómago al pensar en él, pero lo dejé a un lado. No necesitaba saber las... otras cosas que pasaron anoche. De todos modos, no le importaría.

Se me cortó la respiración mientras me acercaba sigilosamente al límite exterior de la propiedad. Sólo unos metros más y podría cambiar de forma en el bosque. Una vez en forma de lobo, no podría ocultar mi olor ni mi designación omega, así que no podía arriesgarme a hacerlo a campo abierto, por muy rápida que fuera. Aun así, una parte de mí deseaba cambiar de forma y huir inmediatamente.

El dolor de mi pecho no desaparecía. Palpitaba a cada paso, como si quisiera recordarme lo que dejaba atrás. A quién dejaba atrás.

No es tuyo, me dije con firmeza. *Nunca lo fue. Esta... conexión puede ser fuerte pero no completa. En unos días se desvanecerá para ambos*.

Tiene que hacerlo.

Acababa de llegar al borde de los árboles cuando un gruñido grave me detuvo en seco.

—¿Vas a alguna parte?

La voz era áspera, grave y estaba demasiado. Se me heló la sangre y me volví lentamente hacia el que hablaba. Era un guardia. Su

uniforme era inconfundible: cuero negro con detalles plateados y el emblema del linaje de Tristan bordado en el pecho. Sus ojos se entrecerraron al estudiar mi rostro, y luego se volvieron petulantes al notar mi aspecto desaliñado.

—¿Te divertiste anoche? —me preguntó, y me esforcé por parecer tímida y recatada. Podía fingir que era una chica inocente que sólo quería divertirse si eso significaba salir viva de aquí.

—Tengo que irme a casa antes de que mis padres se enfaden —dije, fingiendo un tartamudeo y negándome a mirarle a los ojos con fingida vergüenza.

Parecía estar funcionando. El guardia se rio, sacudió la cabeza y agitó la mano para despedirme. Si no hubiera estado tan alerta, no lo habría notado: el gesto que hizo con la mano y los orificios nasales que se abrieron ligeramente.

Sentí que una brisa fresca me levantaba el pelo alborotado y los ojos del hombre se dilataron al girarse bruscamente para mirarme.

—Espera un momento —dijo, su tono cambió al reconocerlo—. Tú eres...

—No, no lo soy —solté, con la voz temblorosa mientras daba un paso atrás. Ni siquiera sabía lo que estaba a punto de decir. Llevaba bloqueadores de olor. ¿Podría reconocer mi falso olor del baile con el rey? ¿Podría oler al rey en mí?

Sus ojos se clavaron en mí, su postura pasó de relajada a lista para saltar.

—Esta noche no había ningún Torvald invitado, menos aún una Torvald omega —gruñó —. ¿Qué haces aquí, traidora?

Joder.

Empecé a correr incluso antes de que terminara su frase. Sólo tenía que llegar al bosque y transformarme. Los omegas eran físicamente más pequeños que los alfas y los betas. Si lograba llegar al bosque, podría sortear los huecos entre árboles mejor que su lobo que es más grande. Sólo tenía que...

Una mano áspera me agarró el brazo con fuerza, pero mi impulso era tan fuerte que nos hizo caer a los dos al suelo. Aproveché el mayor peso del guardia para empujarlo debajo de mí, amortiguando mi caída y dándole inmediatamente una patada en la ingle mientras intentaba levantarme.

Su agarre se aflojó un momento, pero eso fue todo lo que necesité para liberar mi brazo. Casi caigo de espaldas con la fuerza que empleé, pero me sujeté con la otra pierna y me di la vuelta para correr. Ese era mi único objetivo, correr, escapar, por favor, por el amor de la Diosa de la Luna, no dejarme capturar.

Mi error fue relajarme, aunque sólo fuera un segundo, una vez que llegué al bosque. En cuanto respiré hondo, un golpe de electricidad me paralizó las extremidades. Mientras caía al suelo, me preguntaba cómo podía haber sido tan estúpida de no esconderme inmediatamente detrás de un árbol. Eran los guardias de palacio, por supuesto que tenían algo de magia con la que atacar. Esta era probablemente la menor de sus habilidades.

Dos guardias se me acercaron. El primer beta que había conocido estaba explicándole la situación al nuevo guardia, un alfa con una gran cicatriz en la cara. La parálisis empezaba a disiparse, pero fue inútil. Los guardias no tardaron en atarme los brazos y ponerme en pie.

El pánico me golpeó como un maremoto, el pecho se me apretó hasta que apenas pude respirar. Me dolía todo el cuerpo, pero el pecho me ardía como el centro de una hoguera. Poco a poco recuperé la sensibilidad y mis manos se cerraron en puños mientras

intentaba pensar, intentaba inventar alguna excusa, alguna forma de librarme de esta a través del dialogo.

—Creo que se equivocan —dije, forzando toda la calma que pude en mi voz—. Sólo soy una invitada. Me iba sin hacer ruido, por favor, no quería molestar a nadie.

El guardia resopló. —Podemos olerte claramente desde una milla de distancia, pequeña omega. Intenta huir de nuevo y no seremos tan amables.

Se me aceleró el pulso y el pánico me atenazó la garganta. Esto no podía estar pasando. No ahora. No después de todo.

El recuerdo de anoche finalmente me hizo entrar en razón. Todo lo que Tristan y yo habíamos hecho anoche, todo lo que habíamos hecho durante horas y horas... Debía de haber debilitado mis bloqueadores de olor. Si podían olerme claramente, no habría manera de salir de esto.

Mi respiración se aceleró, los bordes de mi visión se nublaron mientras el miedo amenazaba con consumirme.

El corazón me latía con fuerza cuando empezaron a tirar de mí hacia el palacio, cada paso me acercaba más al único lugar en el que no podía permitirme estar.

El dolor en mi pecho se disparó de nuevo, agudo e insistente, y por primera vez no estaba segura de si era por el vínculo o por el puro terror de lo que me esperaba al otro lado de aquellas paredes.

El segundo guardia gritó instrucciones mientras nos dirigíamos a la entrada principal, provocando una oleada de actividad y pánico. Los guardias estaban nerviosos, me lanzaban miradas y gruñidos mientras me arrastraban como a un criminal condenado a muerte.

Espía Torvald, me siseaban.

Estaba rodeada y en inferioridad numérica. Todo lo que podía hacer era esperar a que Tristan bajara.

6

—•—

Tristan

La luz del sol matutino se filtraba por las altas ventanas del palacio, proyectando largos rayos sobre el suelo del salón de baile, donde la juerga de la noche anterior acababa de terminar. Los ecos de las risas y la música se aferraban débilmente al aire, eclipsados por la tensión que se retorcía en mi pecho. Los invitados hacía tiempo que se habían ido, pero no me importaban los informes que mis asesores tenían para mí sobre el éxito del evento. Sólo tenía un pensamiento.

Se había ido.

Alana.

Cuando me desperté, la cama estaba fría, su ausencia se sentía afilada contra las sábanas. El olor que percibí antes de dormirme persistía, pero aún no era lo bastante fuerte como para que pudiera distinguir algo concreto. Lo poco que capté, tenue pero inconfundible, fue un tentador recordatorio de todo lo que habíamos compartido. El vínculo que habíamos creado latía al ritmo de mi corazón, pero se sentía distante, como un hilo deshilachado que amenazaba con romperse.

Volví al salón principal y di vueltas cerca de la gran chimenea, sin que las llamas que había detrás de mí hicieran nada por ahuyentar la tormenta que crecía en mi pecho. Mis manos se cerraron a mis costados, la frustración hervía bajo mi piel. ¿Se había marchado? ¿Sin una palabra, sin una explicación?

¿Por qué?

No podía dejar de pensarlo. Debería haberme enfadado más, debería haber estado dispuesto a destrozar el palacio para encontrarla. Y, sin embargo, cada vez que la imaginaba, la ira era absorbida por algo mucho peor: un dolor hueco que no podía nombrar, pero que sabía que odiaba.

Ya había enviado a todos mis mejores hombres a rastrear los terrenos del palacio en su busca. No quería que pareciera una cacería humana y dejé claro que no buscábamos a un criminal, pero no tenía otra opción. El miedo a que la hirieran, se la llevaran o algo peor...

Estaba pensando en mi padre y mi madre, a punto de rayarme solo, cuando Harrison entró corriendo en la habitación. Su aparición me pilló desprevenido. Harrison era mi mejor amigo y mi consejero más cercano, solía tener una actitud despreocupada y casual que ayudaba a equilibrar mi intensidad frente a los demás.

Ahora no se le veía despreocupado.

—Su Majestad —gritó desde la puerta. Su tono de voz fue duro, el tipo de tono cortante que me decía que algo no iba bien. Miró a su alrededor y se aseguró de que yo estaba completamente solo antes de continuar.

—Tristan, han encontrado a una chica huyendo por los jardines, pero... —dudó, haciendo que aumentara la tensión en mi pecho.

—¿Qué pasa? —espeté, sin molestarme en ocultar mi irritación—. ¿Es ella?

Harrison vaciló, mirándome con preocupación. No podía imaginar lo que había visto. Me había dedicado a mantener la imagen de un rey, pero ahora todo eso se había esfumado. — Sinceramente, no lo sé. Tienes que venir al salón de baile.

No perdí tiempo haciendo preguntas. Harrison nunca dudaba a menos que fuera algo grave.

Para cuando llegué a las grandes puertas del salón de baile, ya podía oír los murmullos de la gente de dentro. Los licántropos rara vez eran silenciosos, pero mis guardias y mi personal siempre mantenían un buen nivel de profesionalidad y estoicismo. Los silenciosos tonos de confusión y curiosidad sólo significaban una cosa: *alguien había alterado el frágil orden de mi corte.*

Atravesé las puertas y mi presencia silenció la sala casi de inmediato. Todos los ojos se volvieron hacia mí, pero apenas me di cuenta. Mi mirada se fijó en la escena que tenía ante mí.

En el centro de la sala, flanqueada por dos guardias, estaba *ella*. Llevaba el pelo revuelto, el vestido arrugado y sucio por su precipitado intento de huida. Los guardias la sujetaban con fuerza por las muñecas, pero fue su mirada lo que me dejó helado.

Miedo.

Me miró como si yo fuera el monstruo. Como si hubiera hecho algo malo.

Tal vez fue secuestrada o chantajeada. Tal vez no había huido.

—¿Qué significa esto? —dije, con voz fría y cortante como el acero —. ¿No fui claro cuando instruí que esto no iba a ser una cacería humana?

Uno de los guardias se adelantó y apretó con fuerza el brazo de Alana. Se me nublo la vista de rabia, pero sus palabras me detuvieron en seco. —La pillamos intentando huir de los terrenos del palacio, Majestad.

—¿Y? —Grité—. ¿Desde cuándo traemos a los invitados a rastras como si fuesen criminales?

El guardia vaciló y miró a Alana antes de volver a centrar su atención en mí. —No es sólo una invitada, señor. Es Alana Torvald. Hija de Rion Torvald. Se coló en el Baile del Vencedor bajo falsos pretextos.

El nombre me sacudió como un trueno.

Por un momento, no pude moverme ni hablar. Las palabras flotaban en el aire y cada una de ellas retorcía el cuchillo que ya tenía clavado en el pecho.

Miré fijamente a Alana y ella me devolvió la mirada, con los ojos heridos. Se mordió el labio, pero no negó nada.

Eso, más que nada, me hizo centrarme.

—¡Todo el mundo fuera! —ordené con voz tajante. Los que habían estado observando se miraron unos a otros, y supe que debería estar más preocupado por lo que mi pueblo pudiese llegar a pensar. Pero... ahora mismo, me importa una mierda.

—¡Ya!

El segundo gritó surtió efecto, y la sala se vació rápidamente hasta que sólo quedamos Alana, mis guardias y yo. Me acerqué a ella y miré a uno de los guardias que la sujetaba, el que la había acusado de ser una Torvald.

—Estás mintiendo —dije, aunque mi voz se quebró ligeramente.

—Es verdad —insistió el guardia—. La reconocí. Mintió y luchó contra varios guardias para intentar escapar.

Mi mirada se desvió hacia Alana, y la expresión de su rostro me dijo todo lo que necesitaba saber. No lo negaba. Ni siquiera lo intentaba.

—Dejadnos —ordené, con la voz más fría que el viento invernal. El personal que limpiaba el salón se marchó de inmediato, pero los guardias dudaron. Bastó una mirada penetrante para que salieran corriendo de la sala y me dejaran a solas con ella.

El silencio entre nosotros era ensordecedor.

—Me mentiste —mis palabras salieron graves, afiladas, goteando traición.

—Tristan, yo...

—*No lo hagas* —La interrumpí, acercándome un paso—. No te atrevas a intentar justificarte. Viniste *a mi* palacio, a *mi* cama, y *me mentiste*.

Se estremeció ante el dolor en mi voz, pero eso no hizo más que avivar el fuego que ardía en mi pecho.

—Me utilizaste —continué, alzando la voz—. ¿Ese era tu plan desde el principio? ¿Fingir ser una beta inocente, acercarte a mí, derribar mis muros para poder llevarle *informarción*?

Sus ojos se abrieron de par en par, sus labios se entreabrieron como para discutir, pero no le di la oportunidad.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —gruñí, las palabras apenas contenidas—. Has puesto a mi gente, a mi familia, en peligro. ¿Crees que me quedaré de brazos cruzados mientras tu padre planea cualquier traición que esté tramando?

—¡No fue así! —estalló, con la voz temblorosa—. ¡Yo no... yo no estaba aquí para hacer daño a nadie!

—¿Esperas que me crea eso? —Me burlé—. ¿Después de todo?

Su pecho subía y bajaba con respiraciones irregulares y, por un breve instante, vi algo crudo en sus ojos. Culpa. Dolor. Tal vez incluso arrepentimiento. Pero no fue suficiente.

—Confié en ti—dije, bajando la voz a un susurro peligroso—. Te dejé entrar en mi mundo y lo destrozaste.

Le temblaron los labios, pero no dijo nada.

—Vete.

Solté aquellas palabras antes de poder contenerme, pero no me arrepentí. No en aquel momento. Sabía cuál era mi reputación, sabía que se esperaba sangre, sobre todo después de haber despachado a todos los traidores que habían acabado con mi padre una vez que subí al trono.

Debería darle un escarmiento a Alana. Devolverle el mensaje a su padre de que conmigo no se jodía.

Pero con ella allí de pie, mirándome con los ojos llenos de culpa… joder. Simplemente... no podía. Incluso en ese momento, algo en ella me llamaba, tiraba de mí. Me suplicaba que la escuchara, que la trajera a mis brazos y le prometiera que todo iba a ir bien.

Pero no podía. Ya no.

—¿Qué? —susurró con voz entrecortada. Sus ojos se abrieron de par en par y volvió a aparecer el mismo destello de miedo que había visto antes en sus bonitos ojos. Parecía querer acercarse a mí, intentar defender su situación.

Casi me hizo preguntarme qué era lo que le aterrorizaba tanto en casa que me convertía a mí, por muy furiosa que estuviera, en una mejor opción.

Casi.

—Ya me has oído —me enderecé, con expresión fría e inflexible—. Ya no eres bienvenida aquí. Abandona mi palacio, mis tierras, y reza para que los planes de tu padre no tengan que ver conmigo. Porque si no...

Me acerqué y bajé la voz para que sólo ella pudiera oírme. —Si algo le pasa a mi gente, a mi familia, por tu culpa o por la suya, os cazaré a los dos. Y acabaré con esto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó rápidamente y levantó la barbilla en señal de desafío.

—Bien —dijo con voz más firme de lo que esperaba—. Si eso es lo que quieres.

Ignoré el dolor agudo y punzante que sentía en el pecho mientras la veía darse la vuelta y alejarse.

Era lo mejor. Tenía que serlo.

Pero cuando las puertas se cerraron tras ella, el vínculo que nos unía palpitó con fuerza, un doloroso recordatorio de lo que acababa de tirar a la basura.

7

—·—

Alana

El viaje de vuelta a la finca de mi padre transcurrió sin incidentes, pero eso no impidió que el pecho se me oprimiera a cada kilómetro que me acercaba. El dolor del vínculo no se había atenuado; en todo caso, se había agudizado, dejando una sensación cruda y vacía que me hacía respirar entrecortadamente. Cada paso que me alejaba de Tristan me hacía sentir mal, como si estuviera destrozando algo frágil e irremplazable.

Pero eso daba igual. Yo había hecho mi elección, o, mejor dicho, él la había hecho por mí. Me habían expulsado y no había vuelta atrás. Ahora, tenía que enfrentarme a la única persona a la que temía más que al propio rey.

Rion Torvald.

La finca se alzaba ante mí, con sus puertas de hierro y sus extensos muros de piedra tan imponentes como recordaba. Aquel lugar nunca me había parecido mi hogar: era una fortaleza, fría e inquebrantable, reflejo del hombre que la gobernaba. ¿Cuántas veces había entrado y salido de su territorio, soñando con huir solo

para volver a la realidad al recordar que escapar significaba dejar atrás todo lo que conocía?

Se me revolvió el estómago mientras subía por el camino de grava, con la cabeza martilleándome por lo que tendría que contarle.

Me detuve justo delante de las puertas y respiré hondo para tranquilizarme. *Ya has hecho esto antes, Alana. Dale la información y vete. No muestres debilidad.*

Estaba más acostumbrada a los castigos que a las recompensas. Podía sobrevivir esto y volver a ser invisible hasta que me necesitara de nuevo.

Las pesadas puertas de madera chirriaron al abrirse, y el familiar aroma a polvo y cuero llenó mi nariz. La voz de mi padre se oía desde el despacho, afilada y dominante, mientras ladraba órdenes a uno de sus consejeros. Me quedé un momento esperando que no se diera cuenta de mi presencia, pero fue inútil. Levantó la cabeza en cuanto entré en la habitación y sus fríos ojos azules se entrecerraron.

—Llegas tarde —dijo, con voz tranquila e implacable.

—Vine lo más rápido que pude —respondí, manteniendo la voz firme a pesar de los nervios que me arañaban la garganta.

—Información —exigió, echándose hacia atrás en la silla y cruzando las manos sobre el escritorio.

Tragué saliva y le conté los detalles que había reunido. Le hablé de las rotaciones de los guardias y de la escasa seguridad en el ala de los criados. Pinté el cuadro más completo que pude sin dejar ver las grietas de mi misión.

Ninguna de estas informaciones bastaría para entrar en el palacio y atacar al rey. No me atrevía a revelar la ubicación de los aposentos

privados del rey, a pesar del plano grabado a fuego en mi memoria.

Era una traidora, pero mantendría mi palabra. No iba a permitir que hirieran al rey.

Por un momento, mi padre pareció satisfecho y sus labios se curvaron en una leve sonrisa. —Bien. Esto es útil —Pero entonces sus ojos se entrecerraron de nuevo, más agudos esta vez—. ¿Y cómo saliste de palacio sin levantar sospechas?

Sentí un vuelco en el estómago. —Me… —las palabras se me enredaron en la garganta. Mantuve el rostro cuidadosamente neutro. A menudo tenía que utilizar todas las técnicas que me enseñó mi padre para evitar su ira—. Me fui en silencio, antes de que nadie se diera cuenta. Nadie me detuvo.

Una risa áspera sonó en un rincón de la habitación y me volví para ver a uno de los espías de mi padre: Deren, una comadreja que se deleitaba creando problemas—. No es eso lo que he oído —dijo con una sonrisa que me heló la sangre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rion, con la mirada fija en Deren.

—No pasó desapercibida —dijo Deren, su voz rezumaba falsa simpatía—. La atraparon. La arrastraron de vuelta al salón de baile, justo delante del rey. Las noticias vuelan.

La sala pareció inclinarse. Los únicos que lo vieron fueron los guardias y el personal. El rey no querría que esta información saliera a la luz, así que debía haber un espía involucrado.

—Eso no es... —empecé, pero el puño de Rion golpeó el escritorio, silenciándome.

—¿Te han *pillado*? —bramó, levantándose de la silla. La furia de sus ojos era palpable e irradiaba como el calor de un incendio—. Lo has puesto todo en peligro. ¿Tienes idea de lo que has hecho? ¿Has

vendido a tu familia? —Me miró con los ojos entrecerrados y volvió a hablar en voz muy baja—. ¿Qué le dijiste al rey? ¿Qué te dijo él?

Tragué saliva, con el corazón desbocado mientras intentaba pensar en algo que decir. Cualquier cosa que no me incriminara a mí o a Tristan.

—No fue culpa mía —protesté por fin, aunque las palabras sonaron vacías mientras las decía—. No quise...

—¿No *quisiste* qué? —su voz sonaba tan afilada que se podría cortar con ella—. ¡Tenías que ir a espiar y volver con información, no a que te atraparan!

—¡Te he dado la información que querías! —respondí, con la voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos por mantenerme fuerte—. He hecho lo que me pediste.

—¡Y has fracasado! —rugió, golpeando de nuevo el escritorio con la mano—. Tu *fracaso* nos pone a todos en peligro.

Su mirada se volvió más fría, más calculadora. —Tendrás que pagar las consecuencias.

—¿Qué...? —Mi voz se quebró y sentí el miedo haciéndome un nudo en el estómago.

—Guardias —gritó con un tono de voz que dejaba claro que esto ya no era una discusión. —Llevadla al tribunal. Ellos decidirán qué hacer con ella.

Se me heló la sangre cuando dos guardias entraron en la habitación y me agarraron los brazos. Forcejeé, pero fue inútil. Podía luchar contra ellos, pero ¿adónde iría? No tenía escapatoria. Nunca la he tenido.

Me arrastraron hacia las pesadas puertas dobles, y sentí la mirada helada de mi padre sobre mi en todo momento.

El tribunal de la finca de mi padre era un lugar frío y cruel. No era un verdadero tribunal, no como la justicia estructurada de las manadas vecinas. No, era un tribunal del miedo, compuesto por los consejeros de mayor confianza de mi padre, hombres y mujeres tan despiadados como él. Estaban sentados en un semicírculo de sillas de respaldo alto, con caras de desaprobación mientras me arrastraban ante ellos.

El aire estaba cargado de olor a autoridad y presión extrema, lo que dificultaba la respiración. Los guardias me empujaron hacia delante, arrastrando mis rodillas por el suelo, y me obligaron a arrodillarme en el centro de la sala.

—Alana Torvald —entonó mi padre desde su asiento a la cabeza de la corte. Su voz era fría, sin emociones—. Se te acusa de traicionar a tu manada al dejarte atrapar por el rey Lycan, poniendo en peligro las vidas de todos los involucrados en nuestra noble persecución. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Le miré, con el corazón latiéndome en el pecho. Noble persecución. Cada manada asociada con mi padre estaba formada por tradicionalistas hambrientos de poder. El sistema de manadas —pequeñas familias de metamorfos que gobernaban a su propio grupo, algunas con autoridad para guiar territorios más amplios— distaba mucho de ser perfecto. Por el amor de Dios, hacía tiempo que pensaba que la jerarquía de alfa a omega necesitaba un cambio.

Pero la gente de mi padre... eran incluso peores que aquellos que simplemente existían dentro del sistema tal y como era. Se las habían arreglado para hacerse con el poder del rey anterior, y luego se negaron a renunciar a él una vez que Tristan subió al trono. Abusaban de su poder contra su propio pueblo y querían poder para

hacer lo mismo con todos los habitantes del reino. Eran sanguijuelas, se ponían en peligro a sí mismos por codicia y orgullo.

Pero siempre me iban a culpar a mí.

—Hice lo que me pediste —dije, con la voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma—. Conseguí la información. ¿No es eso lo importante?

—Lo hubiese sido —dijo bruscamente uno de los consejeros—, si no te hubieran pillado.

—Tu imprudencia nos ha puesto en peligro —añadió otra, con un tono de desdén—. Nos has puesto a todos en peligro.

Mi padre levantó una mano, acallando los murmullos de aprobación. Se inclinó hacia delante, con la mirada penetrante—. Tu fracaso no puede quedar impune — dijo, con la voz cargada de resolución—. El tribunal decidirá tu destino.

Los momentos siguientes transcurrieron entre acusaciones y fríos juicios. Palabras como "desleal", "imprudente" y "peligro" resonaban en mis oídos, cada una de ellas se sentía como un golpe que me hacía sentir cada vez más pequeña.

Cuando llegó el veredicto, fue unánime.

—Alana Torvald —declaró mi padre, haciendo que su voz resonara por toda la cámara—. Por tu falta, recibirás diez latigazos en la espalda en presencia de tus superiores. Luego serás confinada en tus aposentos hasta que determinemos todas las consecuencias de tus actos.

Se me revuelve el estómago y se me corta la respiración. El castigo no era inesperado, mi padre era cualquier cosa menos poco predecible, pero eso no lo hacía menos horrible.

No era ni mucho menos la primera vez que me azotaban por una acción que mi padre consideraba imperdonable. Era una de sus formas favoritas de ponerme a raya. Las cicatrices de mi espalda contaban la historia de sus crueles castigos, y me preparé para la nueva ronda de sufrimiento, sabiendo que no había nada que pudiera decir o hacer para salvarme, ya no.

Dos guardias volvieron a agarrarme y me arrastraron hasta el centro de la cámara, donde me esperaba un poste de azotes. La piedra estaba fría contra mi piel mientras me ataban las muñecas por encima de la cabeza, asegurándolas con fuerza.

Cerré los ojos, intentando evitar las miradas hambrientas de todas las personas que se consideraban superiores a mí. Querían verme quebrarme. Querían romperme, ejerciendo su limitado poder sobre mí a pesar de que la reputación y la influencia de nuestra manada ya eran muy pobres.

Intenté estabilizar la respiración cuando el primer latigazo sonó en el aire sin previo aviso.

El dolor estalló en mi espalda, agudo y abrasador, robándome el aliento de los pulmones. Me mordí el labio, negándome a gritar, pero las lágrimas brotaron de todos modos, calientes e implacables.

—Uno —entonó la voz del hombre que me azotaba, tranquila y neutra. Como si estuviera hablando del clima.

Otra cosa con la que mi padre podía castigarme. Haciéndome sentir como si hasta mis castigos fueran una jodida molestia.

Los latigazos se sucedían a intervalos constantes y brutales, cada uno marcaba una nueva línea de fuego sobre mi piel. Cada vez que el látigo caía sobre mi espalda, el hombre que me azotaba contaba, y cada vez, yo luchaba por recuperar el aliento mientras mi espalda se llenaba de marcas ardientes. Sentía la mirada de mi padre, que

observaba cómo me torturaban, y me mordía la lengua con fuerza cada vez que quería gritar mi dolor, sabiendo que no le importaría.

Sabiendo que el dolor era el objetivo, y que él quería verme sufrir. Y yo no iba a darle lo que quería.

Cuando cayó el décimo golpe, me temblaban las piernas y mi vista se llenó de manchas negras.

Cuando me desataron, me desplomé en el suelo, la fría piedra se sintió como un pequeño alivio contra la ardiente agonía de mi espalda.

El tribunal observó en silencio cómo los guardias volvían a ponerme en pie y me arrastraban hacia la salida. La voz de mi padre fue lo último que oí antes de que las puertas se cerraran tras de mí.

—Que esto te sirva de lección.

Las palabras resonaron en mi mente mientras los guardias me arrastraban hasta mi habitación, me arrojaban sobre la cama y cerraban la puerta tras ellos. Ahora estaba sola, con el peso de mi fracaso presionándome mientras el dolor de mi espalda palpitaba al compás del hueco dolor de mi pecho.

8

—•—

Tristan

El sol entraba por las malditas ventanas como si fuera el dueño del lugar. Iluminaba todas las superficies con un calor radiante, lo cubría todo con un resplandor que lo hacía parecer hogareño y acogedor.

Me cabreaba. ¿Cómo se atrevía el mundo a parecer tan pacífico cuando yo sentía que me estaban destrozando por dentro?

Me recosté sobre la silla, con las botas apoyadas en el borde del escritorio, y miré al techo como si tuviera la solución a los problemas a los que me enfrentaba. El fuego crepitaba en la chimenea detrás de mí, pero no aliviaba en absoluto el escalofrío que sentía en el pecho. Ningún calor iba a arreglarlo.

No cuando no podía sacármela de la cabeza.

Llevaba fuera menos de un día, pero me había parecido una eternidad. Cada vez que cerraba los ojos, la veía: esos ojos desafiantes, la forma en que me había mirado cuando le dije que se fuera. Como si la hubiera destrozado.

Cada vez, la idea me quemaba por dentro, y mi lobo soltaba un gruñido agresivo que rasgaba el silencio del aire. La idea de haberla herido, de haber herido a mi *alma gemela*...

No. No era mi puta alma gemela. Ella era...

Joder.

No sabía lo que era, pero eso daba igual. La había echado, y en cuanto al dolor que sabía que había sentido...

Bien. Se merecía sentirlo. Me mintió, me utilizó. Ella estaba trabajando para *él*, para el bastardo que no quería nada más que destruir todo lo que yo había construido. El hombre repugnante, sobre cuya implicación en la muerte de mi padre no teníamos pruebas. Expulsarla fue la decisión correcta. Era la *única* opción. Mi gente necesitaba que fuera fuerte. Necesitaban saber que no toleraría la traición, ni siquiera de ella.

Pero ¿por qué demonios parecía que era yo quien había sido apuñalado?

Golpeé el escritorio con el puño y el sonido resonó por la silenciosa habitación. Mis papeles salieron volando, algunos cayeron al suelo, pero no me importó. No me importaba nada.

Mi pecho me recordaba constantemente que ella seguía ahí fuera. Que se suponía que era mía.

Pero no podíamos ser almas gemelas. Nuestros Dioses no serían tan crueles de darme una traidora como compañera.

—Joder —gruñí, frotándome la cara con una mano—. Esto es una mierda.

Sólo tenía que esperar. Ya la había rechazado.

Un golpe seco en la puerta cortó mi frustración. —¿Qué? ladré.

La puerta crujió y uno de mis espías, Darren, entró. Llevaba cuero oscuro y la capucha baja. Parecía la personificación de todas las sombras del palacio. Así es como tiene que ser un espía, no hermosa y deslumbrante con un vestido ajustado.

—Majestad —dijo inclinando la cabeza.

—¿Qué quieres? —le espeté, incorporándome y mirándole fijamente. No estaba de humor para charlas. Harrison se ocupaba hoy de la mayoría de mis reuniones. No debía molestarme.

—Tengo noticias sobre Alana Torvald —dijo, su tono cuidadoso, medido.

Se me oprimió el pecho. Su nombre fue como un puñetazo que me dejó sin aire. Me incliné hacia delante, mi enfado había sido sustituido por algo más peligroso. No quería que mi cara mostrase demasiado interés—. ¿Qué pasa con ella?

Darren vaciló, lo que me hizo enfadar más—. Habla —grité.

—Anoche regresó tarde a la finca de su padre —dijo, manteniendo la calma a pesar de mi mirada—. Pero las cosas no le fueron bien.

—¿Qué demonios significa eso? —Pregunté.

—La pillaron mintiendo sobre su misión —dijo, observándome atentamente—. Su padre y el tribunal de su manada... la castigaron.

Se me aceleró el pulso, pero según el corazón me latía más deprisa, sentía como si un puño me rodeara e intentara tirarme de la silla—. Castigarla, ¿cómo?

—La azotaron —dijo sin rodeos—. Públicamente. Diez latigazos.

Me puse en pie de un salto y la silla golpeó con fuerza contra el suelo—. ¿La *qué*?

Darren se mantuvo firme, aunque pude ver un destello de miedo en sus ojos. Había trabajado para mi padre y confiaba en él, pero no podía evitar que mis palabras fueran duras.

—Después, la condenaron a arresto domiciliario. Está confinada en sus aposentos hasta que decidan qué hacer con ella.

Un gruñido retumbó en mi pecho, peligroso e incontrolable. Apreté los puños y me arañé las palmas con las uñas. Pensar en ella, mi *alma gemela,* atada a un poste, azotada como si nada... Era suficiente para hacerme hervir la sangre.

—Es una traidora —murmuré, más para mí que para él—. Ella se lo buscó.

Darren no respondió, era lo bastante listo como para callarse.

Me paseé por la habitación con la mente a mil por hora. Mi lado racional me decía que lo dejara estar. Alana ya no era mi problema. Había elegido su camino y tendría que atenerse a las consecuencias.

Pero no podía quitarme la imagen de la cabeza. A cada paso que daba, el dolor de mi pecho se hacía más agudo, más insistente. Aún podía ver su cara, la forma en que me había mirado en el salón de baile: absolutamente derrotada, sabiendo que era inútil defenderse.

Ese era el comportamiento, las *reacciones*, de alguien que había aprendido hacía mucho tiempo que defenderse sólo le valdría un castigo. El instinto de supervivencia de alguien que había aprendido que su única aliada era ella misma y que no podía confiar en nadie para que la salvara o la mantuviera a salvo.

Se me revolvió el estómago al pensarlo y reprimí un quejido agresivo de mi lobo, ignorándolo por ahora. Tendríamos tiempo de sobra

para... lamentar nuestras acciones hacia Alana... más tarde.

—Vete —gruñí, sin mirar siquiera a Darren. Puede que sea un aliado de confianza, pero no podía dejar que nadie me viera reaccionar así.

Hizo una reverencia y salió de la habitación sin decir palabra, cerrando la puerta tras de sí.

Apoyé las manos en el escritorio, inclinándome hacia delante mientras intentaba recuperar el aliento. Tenía los nudillos blancos y la madera crujía ligeramente bajo la presión de mi agarre.

Ella mintió. Me traicionó.

Pero era *mía*.

Mi corazón palpitó, saltando con latidos erráticos, y golpeé con el puño el escritorio con mientras gruñía. La rechacé. Cualquier efecto que el vínculo tuviera sobre mí debería haber desaparecido.

¿Cómo demonios iba a superarlo? ¿Cómo iba a olvidarla, si todos mis putos pensamientos pensamiento me traía de vuelta a ella?

—Alana —murmuré, su nombre deslizándose por mis labios como una maldición. Como una plegaria.

La había expulsado para proteger a mi gente, para protegerme a mí mismo. Debería haberla castigado más, debería haber hecho algo para que sirviera de ejemplo. Pero pensar en hacerle algo más de lo que ya le había hecho... hacía que la conexión en mi pecho, el dolor... fuese aún peor.

Había tomado mi decisión. Pero la verdad era que no estaba completamente seguro de haber hecho lo correcto. No cuando sentía que me había arrancado el corazón para hacerlo.

9

—•—

Alana

Seis semanas.

Seis semanas mirando las mismas cuatro paredes. Seis semanas dando vueltas por mi pequeña habitación hasta casi desgastar la alfombra. Seis semanas intentando no volverme loca.

Mi padre no me había enviado a ninguna misión desde la debacle del Baile del Vencedor. Se había tomado en serio mi castigo: arresto domiciliario, sin excepciones. Guardias en la puerta. Nada de visitas, salvo el personal que venía a traer comida o a limpiar.

No es que estuviera comiendo mucho.

Empecé a tener nauseas hace casi una semana. Al principio pensé que era estrés, que mi cuerpo se rebelaba después de todo lo que había pasado. Pero no habían parado. De hecho, habían ido a peor Al tercer día, era incapaz de retener algo en el estómago. Al quinto, había dejado de intentar comer.

Y ahora, estaba harta. Estaba harta de sentir debilidad, mareo, de que todos los olores me revolviesen el estómago. Harta del dolor en

mi pecho, de la sensación de vacío que me carcomía desde que salí de palacio.

Lo abandonaste, susurró una vocecita en mi mente. *¿Qué esperabas?*

Alejé el pensamiento y me centré en la joven que estaba barriendo la esquina de mi habitación. Se llamaba Ilsa y era una de las pocas sirvientas que podía tolerar. No hablaba mucho y, cuando lo hacía, era sobre algo práctico, no como hacían los otros con su falsa simpatía y mentiras.

Odiaba a mi padre y a sus lacayos, pero no la tomaba conmigo. Mientras otros me veían como la hija privilegiada del alfa de la manada, ella veía de cerca mis condiciones de vida. No era simpática conmigo, pero al menos se mantenía neutral a mi alrededor.

—Oye —dije, sentándome en la cama y haciendo una mueca de dolor por el mareo que sentí—. ¿Puedo pedirte un favor?

Ilsa se detuvo, con la escoba aún en la mano. Se volvió hacia mí, y vi duda en sus ojos oscuros—. Depende del favor.

—Necesito un hechizo —dije, manteniendo la voz baja—. Uno de diagnóstico. Para averiguar qué me pasa.

Frunció el ceño y se enderezó, apoyando ambas manos en la escoba —. ¿Por qué no se lo pides al sanador?

—¿Crees que mi padre desperdiciaría un sanador en mí? —Pregunté, con voz seca.

Apretó los labios, pero no discutió. Técnicamente no era pobre, no como muchos miembros de la manada de mi padre, pero no podía comprar nada con el dinero que mi padre tenía acumulado. Tenía que esconder mis comidas por si no conseguía una al día siguiente.

Llevaba la cuenta de todas las monedas que ganaba y las escondía para las emergencias.

Esto se estaba convirtiendo rápidamente en una emergencia.

—Mira —dije, inclinándome hacia delante e intentando ignorar cómo se me revolvía el estómago al moverme—. Haré que valga la pena. Tengo muchas monedas ahorradas. Dime cuánto quieres y te lo daré.

Ilsa vaciló y su mirada se desvió hacia la puerta como si esperase que alguien entrara—. Si tu padre se entera...

—No lo hará —interrumpí—. Eres cuidadosa, ¿verdad? Se te da bien pasar desapercibida.

Se resistió un poco, pero me di cuenta de que no estaba en contra completamente. Ilsa era como muchos de los trabajadores de la finca de mi padre. Trabajaba para mantener a su familia.

—Por favor —añadí, suavizando mi tono—. Te daré todo lo que tengo. Sólo... necesito saber qué me pasa.

Sus ojos oscuros me estudiaron un momento más antes de suspirar y apoyar la escoba contra la pared—. Está bien —dijo—. Veré lo que puedo hacer.

El alivio me inundó—. Gracias. De verdad.

—No me des las gracias todavía —dijo ella, dirigiéndose ya hacia la puerta—. Si me pillan, tendremos problemas las dos.

No discutí. Me limité a ver cómo salía de la habitación, dejándome sola con dolor de cabeza y un nudo en el estómago.

Cuando Ilsa se fue, las horas se hicieron muy largas. Me tumbé en la cama, mirando al techo e intentando no pensar en lo mucho que

había cambiado todo.

Inevitablemente pensé en Tristan. Su voz, su tacto, cómo ardían sus ojos al mirarme. La forma en que me había echado, sacando sus propias conclusiones sobre mí y mis intenciones. Me echó un vistazo y se decidió.

Estaba acostumbrada a ese trato, así que ¿por qué me dolía tanto?

Quería odiarle. Pero sabía lo que parecía. Yo era el peón de mi padre, y me odiaba por ello. Podía haberme ejecutado o arrojado a su propia prisión. Sin embargo, la lógica no hacía que desapareciese el dolor de su rechazo. Era una tonta por haber pensado que podía pasar una noche tan increíble sin que hubiera, pero saber eso no hacía que doliera menos.

La llamada a la puerta me sacó de mis pensamientos. Me incorporé demasiado deprisa y la habitación me dio vueltas por un momento antes de que Ilsa entrara. Llevaba en una mano un pequeño libro encuadernado en cuero y un saquito de hierbas en la otra.

—He encontrado esto —dijo, cerrando la puerta tras de sí—. El conjuro es muy sencillo. Necesitarás estas hierbas para la poción, y el conjuro está en el libro.

Cogí el libro con los dedos temblorosos—. Me has salvado la vida.

—No lo conviertas en un hábito —murmuró, dejando el saquito de hierbas sobre la mesa junto a mi cama—. Y no digas que no te lo advertí; si alguien se entera, lo negaré todo.

—No lo harán —prometí, agarrando el libro con fuerza.

Asintió una vez, vigilando la puerta mientras yo recuperaba mis escasos ahorros. Me había pedido menos de lo que esperaba, pero aun así era la mayor parte de lo que tenía. Una vez que contó las monedas, salió de la habitación y me dejó a solas con las

herramientas para descubrir lo que había estado causando estragos en mi cuerpo.

Hojeé el libro y encontré el hechizo con facilidad. Era bastante básico: una mezcla de hierbas hervidas en un té, combinadas con unas pocas palabras susurradas para desbloquear sus propiedades. Tenía muy poca habilidad mágica, pero mi lado lobo era lo bastante fuerte como para conseguirlo.

Me puse manos a la obra de inmediato, moliendo las hierbas y vertiendo sobre ellas agua caliente de la tetera que Ilsa había dejado sobre el fuego en un rincón de mi habitación.

El aroma era fuerte, terroso y amargo, pero me obligué a tragarlo, haciendo una mueca mientras el líquido me quemaba la garganta.

—Allá vamos—murmuré, cerrando los ojos y susurrando el conjuro.

La magia era sutil, sentí un leve calor expandiéndose por mi pecho a medida que el hechizo hacía efecto. Me quedé quieta, esperando, y entonces llegó la respuesta, suave pero inconfundible, como un susurro en mi mente.

Se me cortó la respiración.

No. Eso no puede ser.

La palabra se repitió, esta vez más fuerte, innegable.

Embarazada.

Dejé caer la taza y el torrente de sangre en mis oídos camufló el sonido de su rotura contra el suelo.

Embarazada. De un hijo *suyo*.

Me llevé la mano al estómago, temblorosa, mientras intentaba procesar lo que me había dicho el hechizo. Las náuseas, los mareos,

la sensación de que mi cuerpo estaba raro y fuera de control... Todo tenía sentido ahora.

Me tapé la boca con una mano, con una mezcla de pánico e incredulidad arremolinándose en mi pecho.

No. Eso no era posible. No podía serlo.

Había tenido sexo una vez. *¡Una vez!* ¡Y ni siquiera estaba en celo!

Se me escapó una carcajada aguda y sin aliento, al borde de la histeria. —Sería la única omega del mundo que se queda embarazada sin estar en celo —murmuré, con la voz aguda y temblorosa.

Me puse de pie, paseando por la pequeña habitación como si moverme me ayudara a pensar. —No, no, no —susurré, pasándome una mano por el pelo—. Esto tiene que ser un error. Puede que el hechizo no funcionara. Quizá Ilsa me diera las hierbas equivocadas.

Pero incluso mientras lo decía, sabía que no era cierto. La magia había sido clara, innegable, y coincidía con todos mis síntomas. No había ningún error.

Me hundí en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Me dolía el pecho mientras el vínculo palpitaba débilmente, un cruel recordatorio de la única persona responsable de esto.

Tristan.

Sus manos sobre mí, la forma en que había gruñido mi nombre, la cruda intensidad de su mirada cuando nos perdimos el uno en el otro. Las mejillas me arden mientras una nueva oleada de pánico se apodera de ellas.

¿Qué demonios voy a hacer?

Esto no era sólo una crisis personal. Esto era más grande, mucho más grande. Mi padre no podía enterarse *nunca*. Si lo hiciera...

Me llevé una mano a la boca, tragando la bilis que me subía por la garganta. Mi padre era despiadado. Un estratega que veía a las personas como peones, a los que había que mover y sacrificar según le pareciera. Si descubría que estaba embarazada de su mayor enemigo, no quería ni pensar en lo que haría.

Y no sólo él. Los sirvientes de la casa estaban todos a su favor, leales sólo al hombre que les pagaba. No podía confiar en nadie aquí.

El corazón me latía con fuerza mientras el peso de todo aquello se asentaba en mi pecho. Era tan sencillo aceptar mi vida y el trato de mi padre cuando se trataba de mí misma. Por mucho que pensara en marcharme, en huir de la manada como había hecho mi tío tantos años atrás, no quería dejar atrás el mundo que conocía. Dejar a mi padre significaba dejar el reino por completo. Tendría que ir a los territorios humanos, tal vez encontrar el pueblo del que mi tío había hablado en una nota.

Pero nunca me había parecido lo suficientemente malo. No importaba cuántos latigazos recibiera, no importaba la humillación pública, siempre me parecía tolerable. Si me callaba y hacía mi trabajo, evitaría lo peor.

Pero imaginar a un niño, mi hijo, viviendo la misma vida...

Sólo había una opción.

Tenía que irme.

No mañana. No en una semana. Ahora mismo.

Me levanté, a punto de caer de espaldas en la cama por el mareo, pero me obligué a mantenerme erguida. Estaba poseída por una

prisa que nunca había sentido. Aceptaba mi propio encarcelamiento, pero ¿qué clase de persona sería si trajese a un niño a la misma situación? ¿Cómo podría vivir conmigo misma?

Agarré a tientas la pequeña mochila que guardaba debajo de la cama, una costumbre nacida de demasiadas misiones en las que había tenido que salir de un momento a otro. Ya estaba medio llena de cosas esenciales: una muda de ropa, un cuchillo y algunas monedas. Metí lo poco que pude encontrar: un par de botas de repuesto, una capa y un paquete de carne seca que había escondido de las últimas comidas que me habían traído los sirvientes.

Dudé antes de arrodillarme del todo y rebuscar entre mis posesiones ocultas. Tenía muy pocos objetos sentimentales y no podría llevarme ninguno, pero había una cosa que necesitaba.

Mi mano envolvió un grueso cubo de papel doblado.

Hacía años que no lo abría, pero la información volvió a mí en cuanto leí la letra pequeña y afilada de mi tío Arthur.

Me había dejado indicaciones para llegar a un pequeño pueblo humano. Nada más. Ni nombre, ni firma, ni sentimentalismo.

Fue lo más amable que alguien había hecho por mí.

10

—·—

Alana

Me temblaban las manos mientras me ajustaba la mochila a la espalda. Cada ruido al otro lado de mi puerta me cortaba la respiración, cada crujido de las tablas del suelo sonaba como una sentencia de muerte. Sabía que los guardias estaban fuera, pero ellos no eran el verdadero problema. Lo era mi padre. Si se enteraba de que me iba, o peor aún, de por qué, no quería ni pensar en lo que me haría.

O a mi hijo.

Al pensarlo, se me hizo un nudo en el estómago y me llevé una mano a él instintivamente. No había tiempo para el miedo. Tenía que irme.

Respiré hondo y pegué el oído a la puerta, intentando captar algún sonido. Los guardias de fuera iban a rotar pronto. Había memorizado el horario durante años de misiones, pero esta vez no era una misión. Se trataba de supervivencia.

Esperé, sin moverme ni un centímetro, hasta que oí el pesado repiqueteo de unas botas que se alejaban por el pasillo.

Ahora o nunca.

Me escabullí, moviéndome rápida y silenciosamente por el pasillo. Nunca había pestillo en mi puerta, lo cual era cómodo para los diversos empleados que entraban en mi habitación sin ningún respeto por mi intimidad. Mi padre dejó claro que no me creía lo bastante valiente para salir sin permiso. No era lo bastante valiente para ir en contra de sus órdenes, para romper sus reglas y salir por mi cuenta.

Y tal vez no lo era, cuando sólo se trataba de mí.

Ahora las cosas eran diferentes.

La mansión estaba inquietantemente silenciosa por la noche, con los pasillos tenuemente iluminados por candelabros parpadeantes. Las sombras danzaban por las paredes de piedra, haciendo que los relieves de los lobos parecieran vivos, con sus rostros gruñones observando cada uno de mis movimientos.

El corazón me latía con fuerza al llegar a la primera esquina. Se escuchaban unas voces de una habitación más adelante y me pegué contra la pared, conteniendo la respiración.

—...no la he visto en todo el día —decía uno de los guardias.

—Está en su habitación. Órdenes del Alfa —respondió otro, con voz desdeñosa—. ¿Dónde va a estar?

Me acerqué a la puerta y rocé con los dedos la empuñadura de mi cuchillo para tranquilizarme. La conversación continuó, pero no me quedé a escuchar el resto.

El pasillo de los criados estaba delante, oculto tras un tapiz. Me metí por la estrecha puerta y la cerré con un suave *chasquido*. La oscuridad era casi total, y me rodeaba un ligero olor a piedra húmeda y aire rancio.

Tenía un mapa de toda la finca, no por haber pasado mi tiempo libre explorando, sino por haber construido un mapa mental a partir de conversaciones y ojeadas a planos. Le hice creer a mi padre que necesitaba instrucciones para saber adónde ir cuando salía de misión, pero nunca imaginé que utilizaría esos conocimientos para esto.

El pasadizo se abrió cerca de las cocinas y salí al aire fresco de la noche, manteniéndome en las sombras mientras avanzaba hacia el muro perimetral. La finca era enorme, ocupaba hectáreas de terreno, pero yo había pasado años analizando cada centímetro. Conocía los puntos ciegos, los lugares donde los guardias no patrullaban tan a menudo.

Aun así, no podía librarme de la sensación de que me estaban observando.

El bosque se alzaba delante, la línea de árboles oscura e impenetrable. Era libertad, pero también un riesgo. Si podía llegar hasta alli, tendría una oportunidad.

No había forma de esconderme en el césped. Tendría que cruzar totalmente expuesta y ser más rápida que los guardias que me viesen.

Mientras cruzaba por el césped, oí un sonido agudo y estridente. Las alarmas.

Mierda.

Empecé a correr, la mochila me golpeaba la espalda y oía gritos detrás de mí. Las luces se encendieron a lo lejos y oí el golpeteo de unas botas que se acercaban.

—¡Detenedla! —gritó alguien.

De ninguna manera.

Los árboles estaban cerca y las sombras se hacían más profundas a medida que corría. Un hechizo pasó junto a mí y su arco incandescente chamuscó la hierba a mi derecha. El aire crepitaba con energía y me erizaba la piel. Sólo a uno de los guardias de la finca de mi padre se le daba bien la magia. Podía tener mejor estrategia que él si lograba pasar el muro y esconderme entre los árboles.

Todo me recordaba demasiado al día en que me atraparon en el palacio, pero eso no me puso nerviosa. Por el contrario, me llenó de determinación.

No me iban a pillar otra vez.

—No pares —me susurré a mí misma, empujando con más fuerza. Me ardían los pulmones y cada músculo gritaba en señal de protesta, pero no paré.

Otro hechizo se dirigió hacia mí, esta vez más cerca. Me tiré a un lado, me puse en pie y volví a correr sin mirar atrás.

El bosque estaba justo delante, el límite de la propiedad delineado con un muro bajo de piedra. Si podía alcanzarlo...

Un hechizo golpeó el suelo frente a mí, estallando en una lluvia de tierra y luz. Tropecé y la fuerza casi me hizo perder el equilibrio, pero no me detuve.

Con un último estallido de energía, salté el muro y me adentré en los árboles.

El mundo pareció contener la respiración cuando me agaché entre la maleza, sin tomarme un segundo para recuperar el aliento como hice en el palacio. El guardia no vendría a buscarme por su cuenta. Reuniría al resto de los guardias para buscarme, así que tenía que moverme rápido.

Tras una hora de viaje, me apliqué de inmediato un pequeño frasco de bloqueadores de olores de mi mochila. Encontré una espesa zarza de arbustos y me cubrí con la capa para proteger mi piel de las ásperas ramas mientras me acomodaba en el centro. Permanecí allí durante lo que me parecieron horas, con el corazón martilleándome mientras esperaba a que pasara el peligro.

Nadie se acercaba, pero no podía dormir hasta que saliese el sol. Si estuvieran mirando en esta dirección, ya habrían llegado.

Finalmente, tras sólo dos horas de descanso, me puse en pie y me ceñí más la capa. Sentía las piernas como gelatina y me dolía el pecho a cada respiración, pero lo había conseguido.

Era libre.

Miré hacia atrás una vez, asegurándome de no dejar rastro.

Ya no corres sólo para ti, me recordé, con la mano apoyada ligeramente en el estómago.

Con una última mirada, me di la vuelta y desaparecí en la noche.

11

—•—

Tristan

El informe cayó sobre mi escritorio con un golpe sordo. Me quedé mirándolo un buen rato, con los dedos crispados contra la madera lisa. No necesitaba abrirlo para saber lo que decía. Darren, con la cara, ya me había dado la noticia.

Alana se había ido.

—Anoche se escapó de la finca de su padre —dijo, con voz tranquila pero cuidadosa. Había sido el único que presenció mi arrebato cuando me enteré de su castigo. No habían surgido rumores sobre mi temperamento, así que sabía que seguía siendo digno de mi confianza—. Varios miembros de la manada de Torvald presenciaron cómo se activaba la alarma de la finca y cómo los guardias intentaban atraparla usando magia. Todos confirman que no se la ha visto desde entonces.

Se me tensó la mandíbula.

—¿Hasta dónde pudo haber llegado?

—No estamos seguros —admitió—. Es ingeniosa. Los hombres de Rion iniciaron la búsqueda de inmediato, pero no dejó rastro. Según los informes, escapó hace dieciocho horas, en plena noche. Sin saber en qué dirección fue, por el tiempo, podría estar en cualquier parte.

Me recosté en la silla, que crujió bajo la tensión de mi cuerpo. Sí que era ingeniosa. Lo había comprobado de primera mano. Pero eso no me hacía sentir mejor. De hecho, solo hacía que el nudo en mi pecho se apretara más.

Habían pasado seis semanas desde que la expulsé y rechacé nuestro vínculo. Seis semanas de presión constante en el pecho, que no hacía más que empeorar con cada día que pasaba. Y ahora esto.

Debería haberme sentido aliviado. Aliviado de que hubiera escapado de las garras de su padre, de que ya no estuviera bajo su techo ni bajo su control. Tal vez era una prueba de que no pensaba lo mismo que su padre. Tal vez estaba volviendo al palacio para arreglarlo todo.

Tenía demasiadas responsabilidades y vidas a mi cargo como para pensar de manera tan ingenua, pero, aun así, el dolor en mi pecho se aligeró un poco al pensar en esa posibilidad.

Levanté la mano para despedirme de Darren. Quería revisar el informe a solas.

Pero entonces, algo cambió.

Me mordí un gruñido y me golpeé el pecho con el puño al sentir que algo me atravesaba el corazón, como si una flecha atravesara mi piel, perforara mis huesos y alcanzara el centro de mi alma. Darren corrió hacia mi, recorriendo la habitación con la mirada en busca de algo que pudiera haber causado aquella reacción.

Pero no encontraría nada. Lo sabía, incluso mientras me arañaba desesperadamente el pecho.

—Trae al sanador —exigí—. ¡Ahora!

Darren salió disparado de mi despacho justo cuando la punzada se convirtió en un tirón doloroso. Era como si intentaran arrancarme una flecha con pinchos y cada gancho quisiera permanecer aferrado a mi carne.

Miré mi cuerpo. No había sangre. Ninguna herida. Maldita sea. Tenía que ser Alana. No había otra explicación.

El sanador irrumpió en la habitación junto a Harrison, y no perdí el tiempo con rodeos.

—Busca un vínculo —ordené, apartando las manos del pecho y clavando las uñas en el escritorio de madera.

Menos de un minuto después de que comenzara su examinación, el dolor punzante se transformó en una ligera molestia. La tensión abandonó mi cuerpo, pero me negué a desplomarme frente a mis hombres.

—Ha parado —dije, mientras un millón de preguntas inundaban mi mente.

—Tu alma gemela se ha alejado demasiado como para que vuestra... conexión lo soporte. El hecho de que no haya desaparecido del todo indica que es especialmente fuerte —dijo el sanador, aunque parecía más bien pensar en voz alta que dirigirse a mí. Ladeó la cabeza y me miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué se habría ido antes de que sellaras tu reclamación?

Gruñí, y eso fue suficiente para que volviera a ser profesional.

—Disculpe, Su Majestad. Eso fue inapropiado.

—No es mi alma gemela y no vamos a sellar el vínculo —repliqué. El sanador abrió la boca para discutir, pero enseguida la cerró. Miró hacia la puerta, hacia Harrison y Darren, dándose cuenta de que no tenía escapatoria.

—Entonces es probable que el vínculo tarde unas semanas en desvanecerse, si lo has estado alimentando durante más de un mes...

—Fuera —interrumpí.

Tardó un segundo, pero finalmente el sanador pareció comprender la magnitud de su error. Sus ojos se abrieron un poco, lanzó una mirada rápida a Harrison, agachó la cabeza y salió apresuradamente de la habitación.

—Así que se ha ido. Esperemos que eso signifique que no causará más problemas —dijo Harrison.

Su actitud relajada normalmente me tranquilizaba, pero en esta ocasión solo logró encender aún más mi furia.

Furia de que se me hubiera escapado otra vez.

Me había pasado seis semanas suplicando que el control que ejercía sobre mí desapareciera, y ahora que al fin había puesto suficiente distancia para debilitar el vínculo... me sentía perdido.

—Seguid buscando —ordené—. Quiero que la encuentren.

Harrison se mantuvo en silencio. Sentía su mirada clavada en mi rostro, y no necesitaba mirarlo para saber que pensaba que estaba cometiendo un error. Que era imprudente buscar a la mujer que me había engañado, aprovechándose de un vínculo biológico con mentiras.

Lo sabía. Sabía que no había motivo para seguir tan obsesionado con ella, sobre todo ahora que parecía haber desaparecido en territorio enemigo. No había ninguna razón para volver a verla. Ni para pensar que vendría a buscarme.

Ella había representado un instante en mi existencia. Una sola noche entre miles.

Y, aun así, no podía sacármela de la puta cabeza.

—Sí, Majestad —dijo Darren al ver que ni Harrison ni yo hablaríamos más. Hizo una reverencia y salió de la habitación, dejándome a solas con mi mejor amigo.

Me puse de pie, caminando de un lado a otro mientras trataba de encontrarle sentido a todo.

—Si los propios hombres de Rion no pudieron atraparla cuando se marchó, dudo que nosotros podamos —dijo Harrison, sentándose en el gran sofá de mi despacho. Sus ojos me seguían mientras daba vueltas en círculos, con las manos entrelazadas sobre el regazo mientras soltaba un suspiro cansado—. Tienes que dejarlo estar, Tristan.

Su voz era suave pero firme. Era obvio a qué guardaba fidelidad, y no era a mi obsesión por Alana.

Ese pensamiento me hizo cerrar los puños. Odiaba esa sensación: la impotencia, la falta de control.

Necesitaba acción.

Con un giro brusco, volví a mi escritorio y abrí de golpe los archivos.

—Hoy preparamos las tropas —dije, con voz fría y decidida—. Vamos a atacar la manada de Rion Torvald.

Harrison no se inmutó. Seguía tumbado en el sofá como si habláramos del almuerzo.

—Los consejeros de seguridad te interrogarán. ¿Por qué ahora?

—Les diré la verdad —respondí sin rodeos—. Ya hemos tolerado bastante sus planes. El incidente con la espía —no dije su nombre— fue la justificación final que necesitaba. Es hora de poner fin a sus operaciones.

—Querrás ir con una estrategia clara. Este será tu primer gran movimiento como rey. Tendrá apoyo, seguro, pero no puedes parecer impulsivo —dijo Harrison, sin ningún tono de reproche. Me apoyaba, como siempre, pero también sabía que parte de su tarea había sido protegerme de la política que yo tanto detestaba.

El resto de la reunión transcurrió entre estrategias y logística, pero mis pensamientos estaban lejos de ahí. No sentía culpa por lo que estaba a punto de hacer. Rion Torvald era una amenaza, y había esperado mucho para derribarlo.

¿Pero Alana?

No podía dejar de pensar en cómo reaccionaría si llegaba a enterarse. ¿Me odiaría? ¿Le importaría siquiera?

Aparté esos pensamientos, enterrándolos bajo la lógica fría de lo que había que hacer.

Esto no era por ella. Era por mi pueblo, por mi reino.

Claro. Pero el vacío en mi pecho no estaba de acuerdo.

12

—•—

Alana

El pueblo era tranquilo, de esos lugares por los que la gente pasa sin detenerse. Exactamente lo que un lobo fugitivo necesitaba. Aun así, no podía imaginarme al tío que conocí hace tanto tiempo estableciéndose en un lugar como este. Una oleada de temor me golpeó al preguntarme qué haría si él no estaba aquí. ¿Y si había pasado demasiado tiempo y ya no le interesaba ayudar a la hija que había criado el imbécil de su hermano?

Me ajusté la capucha de la capa, manteniendo la cabeza gacha mientras caminaba por las estrechas y sucias calles. No podía pensar así. Tanto si estaba aquí como si no, tenía que arreglármelas. La mochila me parecía más pesada de lo que debería, lastrada no por las pocas pertenencias que había conseguido coger antes de huir, sino por el peso de lo que dejaba atrás. A mi padre. Su casa. Sus planes.

Y a Tristan.

Pensar en él hacía que me doliera el pecho, pero tenía que ser mi propia mente torturándome con un dolor fantasma. Habían pasado siete semanas desde la última vez que nos vimos, y no había

ninguna razón para que me sintiera tan mal a parte del duelo de una fantasía. Me llevé la mano al estómago, intentando tranquilizarme. Era inútil pensar en él ahora. No servía de nada recordar cómo sus ojos se clavaban en los míos, cómo me había hecho sentir que era la única persona en el mundo que importaba.

Estás mejor sin él.

La voz en mi cabeza sonaba segura, aunque yo no lo sentía así. Eché un vistazo a la plaza, manteniendo la capucha baja mientras pasaba junto a los puestos del mercado y los carteles de madera desgastados. Necesitaba reunir información antes de preguntar a alguien si había visto a un hombre corpulento de unos sesenta años con mis mismos ojos. La gente parecía demasiado ocupada con sus propias vidas para fijarse en la extraña que caminaba entre ellos, y quería aprovechar eso lo máximo posible.

Eso era lo que necesitaba ahora. Ser invisible.

La posada era un edificio modesto al borde de la plaza, con las contraventanas combadas y descoloridas por los años. El cartel sobre la puerta crujía al moverse con la brisa, y dudé un momento antes de entrar.

El aire estaba cargado del olor a pan y humo, reconfortante. Detrás del mostrador había una mujer cuyos ojos afilados se entrecerraron ligeramente al verme.

—¿Necesitas una habitación? —preguntó, con un tono enérgico, pero no antipático.

—Por un tiempo —respondí, con la voz más firme de lo que sentía.

Sus ojos se detuvieron en la mochila que llevaba colgada al hombro, pero no hizo preguntas. Simplemente metió la mano bajo el mostrador y sacó una llave deslustrada.

—Tercera puerta a la izquierda. El alquiler es semanal. Sin problemas.

Asentí y le di las monedas en la mano.

—No hay problema —repetí, rozando el frío metal de la llave con los dedos.

La habitación era pequeña, con una cama individual y una ventana que daba al bosque. Pero estaba limpia, y, por primera vez en mucho tiempo, me permití respirar.

***

Resultó que no tuve que buscar a mi tío, porque el tío Arthur me encontró primero.

—¿Tan fácil era seguirme la pista? —pregunté, una vez que procesé quién había llamado a mi puerta.

Era un milagro que pudiera pronunciar palabra. Y parecía que el hombre frente a mí tenía el mismo problema. Me miraba con los ojos muy abiertos, unos ojos tan parecidos a los de mi padre que casi me asustaron. Pero había suficientes diferencias para aliviar mi ansiedad. Era seis años mayor que mi padre, pero llevaba esa edad de otra manera. Donde mi padre tenía arrugas profundas en la frente y entre los ojos, Arthur tenía líneas de expresión alrededor de la boca. Parecía más amable, aunque yo sabía que debía ser más fuerte que su hermano.

Sacudió la cabeza y soltó una pequeña carcajada antes de mirar alrededor del pasillo. Cierto, necesitábamos privacidad.

Me aparté de la puerta y él entró sin dudarlo.

—Acabo de llegar... —empecé a decir, pero la frase murió cuando Arthur me envolvió en un abrazo firme.

Debía de ser el estrés de las últimas semanas, o tal vez los años viviendo con mi padre sin una sola caricia afectuosa, pero ese abrazo, sencillo y fuerte, rompió la última pizca de fuerza que me quedaba.

No sabía si lo que decía tenía sentido, pero tampoco me importaba. Sollocé contra su pecho e intenté explicarle todo lo mejor que pude. Cómo escapé. En qué se había metido mi padre todos estos años. Mi última misión. Balbuceé un montón de detalles inútiles, pero cuando por fin nos sentamos en la vieja mesa de mi pequeña habitación, aún no le había contado lo más importante.

—Vas a estar bien, Alana —dijo, mientras yo me calmaba poco a poco.

—Ya no se trata de mí —susurré.

Esperó a que reuniera el valor. Debía de saber que algo grande había pasado para que finalmente me fuera, pero ¿esperaría esto?

—Tío Arthur, estoy embarazada.

Se apartó y me miró con los ojos muy abiertos, pero comprensivos. No me preguntó quién era el padre, ni qué había pasado para que me viera en esta situación.

Tampoco me preguntó si mi padre lo sabía. Ya conocía la respuesta.

—Ya lo resolveremos —dijo en voz baja.

Y eso fue todo.

Aquella noche, me senté en el pequeño rincón junto a la ventana, contemplando la oscura silueta de los árboles. La habitación estaba

en silencio, salvo por el débil crujido del edificio a mi alrededor. Arthur se había marchado hacía horas, pero yo no podía dormir.

Me pasé una mano por la tripa, mientras el peso de lo que había admitido se asentaba en mi pecho.

Que alguien más lo supiera lo hacía real. Había pasado la última semana alternando entre la negación y el pánico, pero ahora no podía negarlo. Arthur ya había trazado un plan. Tenía que encontrar qué trabajos podía hacer para los Lycan en los territorios de las afueras o para los humanos de aquí. Buscaríamos un lugar más grande cuando hubiera ahorrado suficiente. La posadera era una vieja amiga suya, por eso le avisó cuando llegué, y eso me permitiría quedarme unos días sin pagar, pero no para siempre.

Y tendría que seguir entrenando. Mi padre no se rendiría, y Arthur solo podría protegernos hasta cierto punto. Tenía que hacerme más fuerte si quería darle a mi bebé una vida tranquila.

La desesperación tiraba de mi corazón. Arthur no había preguntado por el padre, pero la cronología lo decía todo.

El dolor en mi pecho resurgió, como castigándome por volver a pensar en él.

Me llevé los dedos a la sien y cerré los ojos. Su nombre bastaba para que mis pensamientos se desbocaran. El tacto de sus manos, la gravedad de su voz, su posesividad...

Había sido tan estúpida. Estúpida por pensar que aquella noche significaba algo más. Estúpida por dejar que se metiera bajo mi piel y me convenciera de pasar la noche con él.

Y ahora estoy embarazada de él.

Quería tirarme en la cama y compadecerme. Una sola vez, fuera del celo, y había acabado embarazada de un hombre por el que no

debía sentir nada. No era justo, pero nunca nada lo había sido en mi vida.

Has pasado por más dificultades de las que alguien de tu edad debería haber enfrentado, pero ya no va a ser así, me dijo Arthur mientras planeábamos las próximas semanas.

Fue difícil escucharlo, no solo porque había una parte egoísta de mí que estaba cansada. Tan jodidamente cansada de luchar, de ser fuerte, de mantenerme en pie cuando lo único que quería era caer.

Todo lo que quería era que, solo por una vez, todo fuera fácil.

Pero eso ya no importaba. Ya no se trataba de mí.

Mi bebé sería lo primero. Siempre.

Me acaricié la tripa con la mano temblorosa. No sabía cómo sería ese niño, qué aspecto tendría, pero de algo estaba segura: lo protegería. Pasara lo que pasara.

Me recosté en la silla, mirando el techo mientras las lágrimas se acumulaban en mis ojos. El dolor en el pecho volvió a agudizarse y me llevé el puño al corazón como si eso pudiera calmarlo.

Le odiaba por esto. Por no salir de mi cabeza. Por hacerme sentir como si me aplastaran el corazón. Por haberme hecho sentir tan segura, tan deseada, solo para rechazarme en cuanto descubrió la verdad.

Pero me odiaba más a mí misma.

Odiaba que, después de todo, aún le quisiera.

—Lo superaré —me susurré, aunque las palabras sonaron huecas en la habitación en silencio—. Tengo que hacerlo.

Me tumbé en la estrecha cama, mirando las grietas del techo, sintiendo que ninguna distancia ni ningún tiempo serían suficientes.

Me acurruqué de lado y rodeé mi vientre con los brazos.

—No te preocupes —murmuré, en voz baja—. Estoy contigo. Te mantendré a salvo. Nadie te hará daño.

No como me hicieron daño a mí.

Cuando la habitación volvió a quedar en silencio, me hice una promesa.

Ese niño era mío para protegerlo, amarlo y cuidarlo. Y por mucho que me doliera, por mucho que los pensamientos me persiguieran en las horas más oscuras, jamás permitiría que Tristan, mi padre o nadie me lo arrebatara.

13

—•—

Alana

La casita a las afueras del pueblo no era lujosa, pero era un hogar. Una pequeña valla torcida rodeaba el patio lleno de maleza, donde Lia estaba sentada sobre una manta, con sus pequeñas manos aferradas a un lobo de madera que Arthur le había tallado el invierno pasado. Se reía suavemente, y su voz era el único sonido que me importaba en el mundo.

Cinco años.

Habían pasado cinco años desde que huí de la finca de mi padre en plena noche, aterrorizada y sola, con nada más que una nota con pocos detalles y una vida no planeada creciendo dentro de mí. Cinco años desde que dejé a Tristan, con el vínculo en mi pecho tirándome hacia él incluso mientras huía lo más rápido y lejos posible.

Muchas cosas habían cambiado en cinco años.

Estaba sentada en el porche, tallando otro juguete con mi cuchillo. El ritmo constante de la hoja contra la madera me devolvía al presente. Después de que Arthur le regalara a Lia su primer lobo de madera, siempre quería más, y yo no podía negárselo. En cierto

modo, también era algo terapéutico. Había pasado gran parte de mi vida entrenando con cuchillos, y ahora usaba ese talento para cuidar de mi dulce hija y traer alegría al mundo, en lugar de dolor. A mi padre le habría repugnado.

La risa de Lia se propagó con la brisa. Levanté la vista justo a tiempo para verla agitando el lobo de juguete en el aire, como si volara.

El corazón se me hinchó y se rompió a la vez.

Ella lo era todo. Mi luz, mi razón para levantarme por las mañanas, la fuerza que me empujaba a seguir adelante incluso cuando todo parecía estar en mi contra.

Pero también estaba enferma.

Dejé la talla y me apoyé en la barandilla del porche, observando cómo intentaba ponerse de pie. Sus piernas flaquearon y tropezó, cayendo de nuevo sobre la manta con un golpe suave.

—¡Mamá, estoy bien! —gritó, con una voz alegre, como si quisiera tranquilizarme.

Sonreí, aunque la sonrisa no me llegó a los ojos.

—Buen trabajo, pequeña —dije, tratando de ocultar la preocupación en mi voz.

Poco después de nacer, le diagnosticaron un trastorno nervioso degenerativo. Desde entonces, había sido una progresión lenta y desgarradora. La enfermedad estaba debilitando sus músculos a medida que los nervios dejaban de funcionar.

No era justo. Nada lo era.

Había probado de todo: médicos, curanderos, incluso tratamientos mágicos de dudosa eficacia que pagué con más monedas de las que podía permitirme. Nada funcionó.

Y luego estaba yo.

El dolor crónico y la fatiga que se instalaron en mi cuerpo durante estos cinco años habían desafiado cualquier diagnóstico. A veces sentía que mi cuerpo me suplicaba hacer algo, arreglar lo que estuviera mal. Pero no sabía cómo. Nunca dejé de entrenar, pero siempre sentía que no progresaba como debía. Como si algo dentro de mí estuviera atascado, por más que lo intentara.

Por suerte, no habíamos tenido noticias de mi padre ni de sus hombres, pero jamás bajaba la guardia. Mi estado me frenaba, sí, pero no me iba a impedir proteger a mi hija.

Arthur tenía sus sospechas, pero después de mi primera crisis aprendió a no sacar el tema. No me importaba lo que pensara. No podía ser culpa del vínculo con un hombre al que no veía desde hacía cinco años.

El hecho de que aún pudiera sentir esa conexión con Tristan ya era suficientemente malo. Ese vínculo que creía que se desvanecería con el tiempo había persistido, fluctuando en su intensidad para fastidiarme la vida.

Y cada vez que se intensificaba, mis síntomas empeoraban.

Pero una cosa no tenía que ver con la otra. Se lo dije a Arthur cuando se atrevió a insinuarlo, y moriría defendiendo esa idea si era necesario.

No podía pensar en él.

Él no vino a buscarme, y yo nunca me atreví a buscarlo. Esa parte de mi vida había terminado, por más que siguiera doliendo.

—¡Mami, mira! —La voz de Lia me sacó de mis pensamientos. Estaba sosteniendo su lobo de juguete, radiante de orgullo.

—Está volando, mi vida —dije, suavizando la sonrisa.

Soltó una risita y agitó el juguete de nuevo, su carita resplandeciente de felicidad.

Me puse en pie, con una mueca de dolor en la espalda. Caminé hasta ella, me arrodillé y le aparté un mechón de pelo de la cara.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunté con dulzura.

Asintió con entusiasmo.

—¡El lobo nos va a salvar a todos!

Se me apretó el pecho y le besé la frente.

—Así es, cariño. El lobo siempre es el héroe.

Me levanté para terminar de cocinar el estofado para la cena. Arthur llegaría pronto con nuestro pan favorito del mercado de los territorios de las afueras. Yo no podía volver a pisar territorio Lycan, pero no me negaba cuando él se ofrecía a traerlo. Incluso se llevaba a Lia siempre que tenía un buen día sin brotes. No quería encerrarla como lo estaba yo, pero era duro verla tropezar o llorar cuando se esforzaba de más.

—¿Otra vez preocupada? —dijo Arthur al entrar por la puerta, con una bolsa llena en una mano y la otra agarrando la manita de Lia.

—Mamá siempre está preocupada —gritó Lia, y se metió corriendo en la habitación como si no me acabara de avergonzar por completo.

—No vas a sobrevivir a su adolescencia —bromeó Arthur. Me reí, pero mi mente se llenó de pensamientos oscuros. Lia tal vez no

llegaría a la adolescencia, no si el último médico que contactamos no encontraba nada.

Arthur frunció el ceño al notar mi cambio de humor, pero antes de que pudiera decir algo, Lia volvió y se sentó a la mesa, con su lobo de madera colocado ordenadamente junto al mantel.

—¡Tío Art! ¿El rey puede jugar en los Juegos? —preguntó, continuando una conversación de la que claramente yo no formaba parte.

¿El rey? ¿Por qué hablaba del rey? Arthur me lanzó una mueca tímida al notar mi sorpresa.

—No, pequeña. Él no juega.

—Pero dijiste que todos podían jugar —insistió Lia. Poco a poco entendí de qué hablaban.

Los Juegos. El rey.

Volvía a ser la temporada de los Juegos Lycan.

Me giré hacia el fregadero justo a tiempo para ocultar la mueca. Me ardía el pecho. Me llevé la mano entre los pechos, esperando encontrar la piel ardiendo como sentía por dentro, pero no. Todo era normal, salvo el latido desbocado de mi corazón.

Tenía que calmarme. Estábamos muy lejos de todo eso. Lia sólo sabía de los Juegos Lycan por sus viajes ocasionales a los mercados. Pronto se cansaría del tema.

Tenía cosas más urgentes de las que preocuparme. La cita de mañana con el médico podía cambiarlo todo. Lo habíamos apostado todo por este especialista. Esa doctora debía tener una cura.

Me volví y crucé la mirada con Arthur. Me interrogó en silencio. Asentí. Estoy bien.

***

Aquella noche, después de meter a Lia en la cama, me senté en la mesita que había en la esquina de nuestra casa de dos habitaciones, mirando el escaso montón de monedas que había conseguido ahorrar con trabajos ocasionales en distintas partes del pueblo. No era un ingreso constante, pero era algo.

No era mucho. Desde luego, no lo suficiente para pagar más tratamientos ni para mudarnos a un lugar con mejores médicos. Mañana lo sería todo.

Me pasé una mano por el pelo, suspirando mientras el peso de todo aquello se me venía encima.

Desde el nacimiento de Lia, me había esforzado al máximo por mantenerla a salvo, por darle una vida feliz pese a todo. Pero nunca sentía que fuera suficiente.

Fui a ver cómo estaba. Dormía profundamente, con su lobo de juguete aferrado con fuerza en la mano. La imagen me hizo sonreír. Me tomé un momento, apoyada en el marco de la puerta, observando cómo su pecho subía y bajaba con una respiración tan regular que podría haberla cronometrado.

¿Qué pensaría Tristan si llegara a ver a Lia?

La pregunta me invadió la mente, sin avisar. La sola idea de que se encontraran me revolvía el estómago. Habíamos vivido en paz durante años, y hasta ahora Lia no había preguntado quién era su padre.

Pero cada año era más curiosa. Preguntaba por qué no iba al colegio, por qué siempre veía médicos nuevos. Siempre intenté no mentirle, solo simplificar las cosas según su edad. Pero ¿cómo se le dice a una niña que su padre no me quiso?

Mientras miraba su carita redonda, me costaba imaginar un mundo en el que alguien no la quisiera. ¿Se enamoraría Tristan de su carácter dulce e inteligente? ¿Lo notaría en cuanto viera sus ojos grises plateado, una réplica exacta de los suyos?

Le había jurado protegerla con todo lo que tenía, pero no pude evitar la punzada de curiosidad. ¿Qué sentirían el uno por el otro? ¿Lo vería como el héroe que imaginaba cuando hablaba de los reyes, o la verdad rompería esa imagen?

Cerré los ojos, agarrándome al marco de la puerta. No podía permitirlo. Lia merecía algo mejor que el dolor y el rechazo que yo había experimentado.

Cerré la puerta suavemente y me fui al baño para darme un baño caliente. Tal vez así lograría relajarme un poco antes de la cita de mañana.

La casa estaba en silencio mientras preparaba la bañera. Me obligué a respirar despacio, uniforme, mientras observaba cómo el agua llenaba la bañera.

Dioses, me dolía la maldita cabeza.

Cuando la bañera se llenó, volví a sentir picores y ansiedad. Me desnudé deprisa y me hundí en el agua humeante, estaba un poco más caliente de lo normal. Casi lo suficientemente incómoda para hacerme salir de la bañera, como una rana saltando de una olla, pero no tanto.

Fue perfecto. Lo justo para que mis pensamientos se asentaran, para que pudiera respirar profundamente por primera vez en toda la

noche.

Cerré los ojos y me obligué a respirar lentamente por la nariz, pero como cada vez que intentaba pensar en cualquier cosa que no fuera él... Tristan apareció en mi mente, ocupando todo el espacio.

La forma en que me había tocado. Cómo habíamos hablado en voz baja durante horas, sin decir nada importante. Solo... disfrutando la presencia del otro, hasta quedarnos dormidos cuando la madrugada ya asomaba.

Había habido algo más allá del vínculo.

Me mordí el labio, tratando de ahogar el suspiro que escapó al recordarlo La última vez que lo había visto, estaba increíblemente furioso. Haría falta un terapeuta mucho más caro de lo que yo podía permitirme para entender por qué aquel pensamiento seguía provocándome cosquilleos hasta la médula, haciendo que se me apretaran los muslos y se me endurecieran los pezones incluso cuando intentaba regañarme a mi misma.

Porque no podía pensar en él de esa manera. No podía pensar en él en absoluto. No estaba bien.

Y sin embargo...

Me hinqué los dientes en el labio inferior y, sin querer, levanté una mano hasta rodearme el pecho con los dedos y apretarlo suavemente. Mi piel estaba casi dolorosamente sensible después de haber estado a punto de hervirme viva en la bañera, y no pude evitar soltar un leve gemido mientras mis dedos acariciaban mi duro pezón.

Me dolían y mi mente divagaba aún más, a pesar de que todo en mi interior me pedía a gritos que me centrara en el presente.

La única noche que habíamos pasado juntos...

—Habrá más de esto, ¿sabes? —susurró su voz en mi memoria, mientras estábamos abrazados en su cama. Incliné la cabeza para mirarlo, disfrutando en silencio del roce de su mano sobre mi espalda.

—¿A qué te refieres? —murmuré.

Se rió suavemente y se acercó un poco más a mí. Me rozó la parte superior de la cabeza con los labios y no pude evitar gemir suavemente por el gesto. Estaba siendo tan... dulce y cariñoso. Me daba vueltas a la cabeza, haciendo que mi omega interior deseara cosas que no tenía por qué desear...

—Tranquilidad —susurró finalmente—. Paz. Tú y yo, juntos siempre que queramos.

Entonces se giró, quedando suspendido sobre mí antes de que pudiera decir o hacer nada más, y sus labios cubrieron los míos. Me hizo jadear. Me hizo gemir...

Mi mano descendió bajo el agua, buscando mi clítoris y mi cuerpo se entregó por completo a esa sensación.

No me permitía pensar en Tristan así. Era parte de un pasado que debía dejar atrás. Pensar en él solo agravaba ese vínculo roto en mi pecho.

Pero esta noche... esta noche estaba débil. Y tal vez estaba bien.

Subí el ritmo, moviendo los dedos en círculos rápidos. Con la otra mano, me apreté el pecho con más fuerza. El dolor era delicioso, exactamente lo que necesitaba, y arqueé mi cuerpo hacia mis dedos, mientras mis piernas caían. Sin embargo, al cabo de un momento, enganché las rodillas en los bordes superiores de la bañera y me hundí aún más, abriéndome bien para que no hubiera obstáculos mientras me tocaba.

Me había tocado con tanta ternura esa noche... posesivo, sí, sobre todo al descubrir que era virgen, pero también con cuidado...

Me pellizqué el clítoris y luego deslicé dos dedos hacia abajo, metiéndolos hasta el fondo sin preámbulos. Estaba caliente y húmeda por dentro, y sabía que no era sólo por el baño. El ángulo era malo, pero conseguí enroscar los dedos dentro de mí, mi cabeza se balanceó aún más hacia atrás mientras acariciaba mi punto G, haciéndome gemir aún más fuerte.

—Joder... — gemí, empujando mis caderas contra mis dedos. El agua de la bañera se derramó por los lados y paré a tiempo antes de revolverme como un pez y armar un desastre en el baño.

Me había llenado tan perfectamente aquella noche, incluso aquella primera vez... Fue dulce conmigo, relativamente, pero yo no había querido que lo fuera, ni siquiera en aquel momento...

—Tristan... —jadeé, moviendo los dedos más rápido. Metía y sacaba los dedos y aplastaba el clítoris con la palma de la mano mientras me retorcía.

Podría haberme salvado. Era una verdad que no me permitía pensar a menudo, pero lo sabía. Si hubiera sido sincera desde el principio, él me habría ayudado. Me habría protegido. Las cosas podrían haber sido tan diferentes estos últimos cinco años si él hubiera estado a mi lado, ayudándome a criar a nuestra hija. Ayudándome a ser feliz, y saludable, y amada por mi alfa...

—Oh, joder, Tristan...

El orgasmo me sacudió por sorpresa. Solté mi pecho justo a tiempo para cubrirme la boca y sofocar los sonidos que escapaban. Me empujé contra los dedos, sosteniendo la ola de placer, pero cuando me desplomé contra la pared de la bañera, la culpa ya entraba, borrando el brillo que me quedaba.

Hice una mueca, saqué los dedos y agradecí en silencio que el agua se llevara todo rastro. Ignoré las marcas rojizas que había dejado en la piel de mis pechos mientras me tocaba. Evité mirarme en el espejo mientras salía del baño y vaciaba la bañera, mirando como el agua se iba por el desagüe.

Habían pasado cinco años. Cinco años en los que no había podido dejar de pensar en Tristan, por mucho que lo intentara. Cinco años en los que no había entrado en celo ni una sola vez, algo en lo que no me permitía pensar demasiado.

Yo era una omega. Entrar en celo y necesitar los cuidados de un alfa era... parte del trato. Y el hecho de que no lo hubiera hecho... el hecho de que mi cuerpo se hubiera negado a esa parte más primaria de mi biología desde que había dejado a Tristan...

Exhalé un suspiro tembloroso, con la culpa parpadeando en mi interior, y con la misma rapidez con la que se me había ocurrido el pensamiento, lo apagué. De la misma forma que lo había hecho cada vez que me pasaba en los últimos cinco años.

Tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparme. Tristan no formaba parte de mi vida y no lo iba a hacer, simplemente iba a tener que lidiar con las consecuencias de ello... fueran las que fueran.

14

—•—

Alana

El olor a antiséptico se sentía en el aire mientras me sentaba en un rincón de la consulta del médico, retorciendo el dobladillo de mi túnica con los dedos. Lia estaba sentada en el suelo, cerca de mis pies, jugando una vez más con su lobo de madera, haciendo saltar por el suelo de baldosas con sus manitas. Soltó una risita, un sonido que normalmente me iluminaba el corazón, pero que hoy apenas percibía.

No podía apartar la vista de la carpeta sobre el escritorio del médico. Se veía muy simple: un montón de papeles unidos por un clip. Pero yo sabía la verdad. Esa carpeta contenía todo mi mundo.

Habíamos llegado temprano por la mañana y le habían hecho a Lia más pruebas de las que podía entender. La especialista que había realizado los exámenes fue muy amable y profesional, y me explicó lo mejor que pudo qué estaba buscando.

No era culpa suya que yo no pudiera entenderlo, y creo que ella lo sabía. Pude ver la compasión en sus ojos mientras Lia pasaba por varias máquinas que le escaneaban el cerebro, la columna, los nervios y cualquier otra cosa que estuvieran buscando.

Pero yo no quería su compasión. Ni tampoco la del médico que estábamos esperando, con quien habíamos venido a hablar. Las pruebas habían durado más de una hora y, aunque sabía que el análisis llevaría algún tiempo... me estaba poniendo ansiosa.

Moví el pie hacia arriba y abajo en el suelo, mirando el reloj, y solo el delicado sonido de un pie contra el suelo al otro lado de la puerta me advirtió de que alguien se acercaba.

La puerta se abrió y entró la doctora, con una expresión cuidadosamente neutra. Era una mujer de mediana edad, de ojos amables y voz suave, pero hoy su presencia tenía un peso que me revolvía el estómago.

—Alana —dijo con suavidad, sentándose tras el escritorio. Sus ojos se desviaron hacia Lia, que estaba demasiado absorta en su juego como para notar la tensión en la sala—. Gracias por venir.

Asentí, con la garganta demasiado apretada como para formar palabras.

La doctora abrió la carpeta, hojeó algunas páginas y luego volvió a mirarme.

—Hemos realizado las últimas pruebas para... su condición.

Ambas dirigimos una mirada a Lia, aún ajena a la conversación. La doctora me miró a los ojos e hizo un gesto hacia el pequeño despacho al fondo de la sala de espera. Sentí que el corazón se me congelaba al darme cuenta de que quería que tuviéramos una conversación en privado. ¿Eso significaba malas noticias?

—Lia, cariño, voy a hablar un momento con la doctora, pero enseguida vuelvo, ¿vale? —dije, agradecida cuando Lia me regaló una amplia sonrisa antes de volver a su juego imaginario.

—Yo la vigilaré. No se preocupe, señora Heart —dijo la recepcionista al notar que me quedaba quieta.

Asentí y murmuré un agradecimiento, aunque apenas podía hablar. Todo parecía surrealista; incluso el uso del apellido falso que tenía desde hace cinco años hacía que esta situación pareciera un sueño. O una pesadilla.

Seguí a la doctora hasta el despacho y me estremecí cuando la puerta se cerró tras de mí.

—¿Cómo han salido las pruebas? —mi voz salió ronca, apenas un susurro.

Dudó, y eso bastó para sentir cómo se me hundía el corazón.

—Me temo que los resultados no son los que esperábamos —dijo, midiendo su tono—. La enfermedad ha progresado significativamente. Sus habilidades motoras se están deteriorando más rápido de lo previsto y... nos hemos quedado sin opciones.

La habitación pareció inclinarse, los bordes de mi visión se volvieron borrosos.

—¿Sin opciones? —repetí, y las palabras me supieron a ceniza.

La doctora asintió, con una expresión apesadumbrada.

—Por favor, siéntese —señaló la silla frente a su escritorio.

Me dejé caer como una marioneta a la que le habían cortado los hilos.

—Hemos agotado todos los tratamientos convencionales. Las terapias experimentales todavía están a años de ser viables y, aunque lo fueran, su coste sería astronómico.

Me llevé una mano al pecho, notando la piel sensible y amoratada justo encima del corazón.

—Tiene que haber algo —dije con voz temblorosa—. Lo que sea. Haré lo que sea.

La doctora negó con la cabeza.

—En este momento, lo único que podemos hacer es mantenerla cómoda. Controlar los síntomas lo mejor que podamos.

No podía respirar. El peso de sus palabras me aplastaba, sacando todo el aire de mis pulmones.

—Lia es una luchadora —continuó la doctora en voz baja—. Pero esta enfermedad... es implacable. Lo siento mucho, Alana.

Apreté las manos formando un puño, hundiendo las uñas en mis palmas mientras luchaba por no derrumbarme allí mismo.

—Gracias —logré decir, con la voz tensa—. Por todo lo que ha hecho.

La doctora asintió con simpatía y se levantó, recogiendo sus papeles.

—La verdad es que nunca recomendaría esto a nadie, pero si están dispuestos a intentarlo, he oído hablar de sanadores que pueden hacer más de lo que ha conseguido la ciencia. No quiero que se rindan. Si alguna vez necesitan hablar, o si tienen preguntas, saben dónde encontrarme. Si lo desea, tómese un momento a solas. Nosotros vigilaremos a Lia en la recepción.

Asentí de forma automática. Era raro que un médico humano recomendara a sanadores que trabajaban con magia, pero su mentalidad abierta no cambiaría nada. Ya había llevado a Lia a todos los sanadores y usuarios de magia posibles. Habíamos gastado todo lo que teníamos. Este especialista era nuestra última esperanza, nos lo había recomendado un curandero Lycan que dijo que la magia

necesaria para curarla estaba más allá de sus capacidades. Habíamos hecho todo lo posible, y no sirvió para nada.

Mis ojos se clavaron en Lia cuando regresé a la sala de espera. Seguía jugando con su lobo de madera, tan inocente como siempre. No entendía lo que pasaba. Todavía no.

Me dejé caer en el suelo junto a ella y la abracé. Me miró con sus ojitos brillantes, llenos de curiosidad.

—Mamá, ¿qué te pasa? —preguntó, agarrando mi manga con sus manitas.

Tragué saliva, forzando una sonrisa.

—Nada, cariño —dije, apartándole un mechón de la cara—. Nada de lo que debas preocuparte.

Pero mientras la abrazaba, mi mente no dejaba de maquinar. La doctora debía de estar equivocada. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Me negaba a aceptar que era el final.

Arthur pensó lo mismo que yo cuando hablamos de ello en casa. La visita al médico había dejado exhausta a Lia, que dormía plácidamente la siesta en nuestra habitación. Aun así, Arthur y yo susurrábamos en la cocina, demasiado conscientes de lo delgadas que eran las paredes y de lo pesado que era el tema.

—Podrías viajar más lejos —dijo—. Tiene que haber especialistas en las grandes ciudades que usen métodos distintos.

—Su consulta tiene la última tecnología. Si hubiera algo más, nos lo habría dicho —susurré. Era fácil mantener la voz baja cuando me sentía tan agotada. Había funcionado en piloto automático todo el camino de vuelta a casa, sonriendo junto a Lia y aguantando hasta ahora.

Ahora, no quedaba nada de mi.

Arthur soltó una maldición por lo bajo. La vela en el centro de la mesa iluminaba su rostro, revelando la profundidad de sus arrugas. Hacía todo lo posible por ayudarnos: nos enviaba dinero cuando escaseaba, cuidaba de Lia cuando yo tenía algún trabajillo que se alargaba más de lo habitual. Pero él también había huido. Luchaba por sobrevivir sin una manada, y el esfuerzo le pasaba factura a su cuerpo envejecido.

No era lo suficientemente fuerte para protegernos.

Tenía que hacerlo yo.

Tuve que enfrentarme a la última opción que nos quedaba.

—Me voy a inscribir en los Juegos Lycan—dije con fuerza, ignorando cómo los ojos de Arthur se abrían con incredulidad ante mi declaración. Las palabras me quemaban en la lengua como veneno, pero no tenía otra elección.

Las opciones eran escasas. No tenía dinero para tratamientos experimentales, y aunque lo tuviera, las probabilidades de éxito eran escasas. Los sanadores del pueblo ya me habían rechazado, atados por los límites de su conocimiento.

Mi hija lo era todo para mí. Había dejado atrás todo lo que conocía, había abandonado el futuro que había pensado tener, por horrible que fuera.

Todo había valido la pena. La vida que llevaba con Lia no la cambiaría por nada. Y no iba a permitir que una enfermedad, un capricho de los dioses, me la arrebatara cuando apenas habíamos empezado a vivir.

Tragué saliva, apartando la vista de Arthur, centrándome en la llama temblorosa de la vela.

Los Juegos Lycan.

El premio: un Deseo concedido por el mismísimo rey.

Cualquier cosa.

Las reglas eran claras: el Deseo debía poder conseguirse mediante magia. Nada más.

Había algunas excepciones evidentes, por supuesto. No se permitía la nigromancia ni resucitar a los muertos. Tampoco podía regalarse o quitarse la magia si alguien no tenía la habilidad innata. No se podía obligar a nadie a enamorarse o desenamorarse.

Pero más allá de eso, no había límites. Había visto vencedores pedir la curación de sus cuerpos y mentes; incluso un amputado logró que le regeneraran la pierna. Había oído hablar de personas que pidieron riquezas más allá de sus sueños más salvajes. Incluso un beta, décadas atrás, solicitó cambiar su designación para convertirse en alfa y desafiar al jefe abusivo de su manada.

Las posibilidades... eran casi infinitas.

Si ganaba, podría pedir por la vida de Lia. Que sus nervios se curaran, que su cuerpo se restaurara.

No era solo una posibilidad: era mi única opción.

El silencio era asfixiante. Levanté la mirada y vi cómo Arthur abría y cerraba la boca, como si quisiera decir algo, pero no supiera cómo. Intenté esbozarle una pequeña sonrisa tranquilizadora, pero solo logré empeorar las cosas. Sus ojos se llenaron de lágrimas y parpadeó antes de que llegaran a caer.

Lo entendía.

—Eres tan fuerte, Alana... pero ojalá no tuvieras que serlo. Si pudiera ocupar tu lugar, lo haría —susurró, con los hombros encorvados bajo el peso de la situación.

—Lo sé. Pero no puedes, y no me gustaría que lo hicieras. Yo puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.

Pero eso significaría volver. Volver a la capital. Volver a él.

Mi pecho palpitó bruscamente y apreté los puños sobre la mesa. No quería volver a enfrentarme a Tristan.

Pensarlo... era una agonía.

Pero por Lia... por ella, me enfrentaría a cualquier cosa.

—Entonces te prepararás bien, porque vas a ganar —dijo Arthur. La confianza en su voz me sobresaltó, pero me recordé a mí misma que tenía razón. Iba a ganar. No permitiría que ocurriera otra cosa.

Pasamos la siguiente hora planeando la logística. ¿Cómo iba a entrar en los Juegos? ¿Cuánto costaban los bloqueadores de olor? A los omegas no se les permitía participar —una mierda patriarcal, algo sobre no poner en riesgo a las "madres" de la humanidad metamorfa—, pero mientras hiciera el juramento de sangre, nadie podría echarme.

Solo necesitaba asegurarme de que nadie me reconociera antes de prestar juramento. Imaginaba que los guardias habían cambiado desde la última vez que estuve allí, pero no podía confiarme. Podía usar una peluca. Los bloqueadores de olor ocultarían mi estatus.

Tenía que mantenerme lejos de Tristan. Al menos hasta que ya no pudiera expulsarme. Otra vez.

Al final de la noche, estaba exhausta, pero llena de una energía vibrante. Arthur se marchó y apagué la vela, sumiendo la casa en la

oscuridad. Caminé de puntillas hasta la habitación y me deslicé en la cama sin despertar a Lia.

Me recosté de lado, observando cómo su pequeño pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración. Tenía el rostro tranquilo, los labios ligeramente entreabiertos mientras soñaba.

Le aparté un mechón de cabello de la frente, con los dedos temblorosos.

—Vas a estar bien —susurré, con la voz quebrada—. Te lo prometo.

Los Juegos eran brutales. Lo sabía. No eran solo un concurso de fuerza: eran una prueba de resistencia, astucia y pura fuerza de voluntad.

Los desafíos del pasado habían sido tan variados como los reyes que gobernaban la tierra: carreras de obstáculos, combates contra criaturas mágicas, luchas a muerte entre concursantes y pruebas de estrategia y profundidad emocional, diseñadas para hacer fallar incluso al guerrero más curtido.

Los participantes serían lo mejor de lo mejor: alfas y betas que habían entrenado toda su vida para tener una oportunidad de ganar. Competir en los Juegos Lycan era el honor de toda una vida para muchos, algo que podían señalar como un logro, incluso si eran eliminados en la primera ronda. Entrar ya era una insignia de honor, una marca de fuerza y coraje imposibles.

Y yo solo era... yo.

Los Juegos demostraban la lealtad del pueblo al rey, pero ¿cuántos otros desesperados estarían allí por el Deseo? ¿Cuántos buscarían la gloria y cuántos necesitarían la magia para cambiar sus vidas?

¿Cuántos iban a perder la vida por ese Deseo? Era habitual que los Juegos cobraran vidas. Los desafíos estaban diseñados para ser

mortales, especialmente en las últimas fases.

Y eso sin contar los rumores de que, en el pasado, algunos Juegos habían sido saboteados, amañados para eliminar a enemigos del rey o mandar un mensaje a manadas indeseables.

Hacía años que no ocurría nada parecido, claro, pero el miedo seguía ahí.

Dioses... ¿realmente podría hacerlo?

Cerré los ojos, sintiendo cómo el dolor en mi pecho se extendía por todos mis músculos, burlándose de mí. Si era la única forma de salvar a mi hija, que así fuera. Lucharía, ganaría, y usaría el premio para salvar su vida.

Incluso si eso significaba ver a Tristan de nuevo.

Incluso si eso significaba abrir viejas heridas que nunca terminaron de sanar.

—Haré esto por ti —susurré, la voz temblorosa—. Pase lo que pase.

15

Tristan

La sala del trono estaba más silenciosa que de costumbre, pero la tensión lo impregnaba todo. Faltaban pocas semanas para los Juegos Lycan y cada detalle era importante. Mis consejeros estaban de pie frente a mí, rodeando la mesa larga, estudiando con atención mapas, listas de organizadores y la disposición de La Arena. Sus murmullos llenaban el aire como si fuera ruido estático, un sonido de fondo para mi mente errática.

Me recosté en la silla y dejé que sus palabras me atravesaran mientras mis pensamientos vagaban. Un dolor familiar latía dentro de mí, un eco de un pasado que se negaba a desvanecerse, de algo que había quedado inconcluso.

De ella.

Habían pasado cinco años desde la última vez que vi a Alana, pero seguía en mi cabeza, por mucho que intentara expulsarla. Me había dicho a mí mismo que no me importaba, que su traición había roto cualquier vínculo entre nosotros.

Yo era el único que sabía que estaba mintiendo.

—Su Majestad —dijo la voz de Harrison, divertida, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Quiere unirse a nosotros en este lado de la realidad?

Le lancé una mirada, pero se limitó a sonreír, sin inmutarse. Sus ojos afilados volvieron al mapa desplegado sobre la mesa.

—Estábamos debatiendo la configuración de La Arena para la segunda prueba —dijo, señalando el mapa con un dedo largo—. La cobertura forestal es más densa que en años anteriores. Podría beneficiar a los competidores que sepan mantenerse ocultos.

—Será un buen espectáculo —añadió Emmett, uno de los grandes organizadores de los Juegos este año. Se reclinó en su silla, cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con la barbilla en alto, como desafiándome.

Entrecerré los ojos. Emmett era uno de los consejeros que se había quedado tras la muerte de mi padre y, al principio, había sido de gran ayuda para que mi transición al trono fuera tranquila y pacífica.

En los últimos años, sin embargo, parecía... inquieto. Había *insistido* en participar en la planificación de los Juegos de este año, y solo accedí porque no encontré ningún motivo oculto convincente que me llevara a rechazarlo.

Harrison me había dicho que también era una buena forma de vigilarlo, cuando le compartí mis dudas. Tenía razón, por supuesto, así que me mordí la lengua cuando Emmett me sostuvo la mirada.

Entre los recuerdos de Alana, el estrés de los Juegos y el del resto de mis responsabilidades... no me quedaban fuerzas para discutir.

—Bien —dije con tono seco, forzándome a volver al presente y dirigiéndome de nuevo a Harrison. Había aprendido que Emmett odiaba que lo ignorasen, así que trataba de hacerlo siempre que podía, solo para recordarle quién estaba al mando—. Necesitamos

que los Juegos sean un desafío real. Este año no hay lugar para exhibiciones tibias.

—Estoy de acuerdo —dijo Harrison, con un tono reflexivo—. Se perfila como una de las competiciones más brutales en décadas. Hay alfas de todas las casas importantes. Incluso algunos contendientes de los territorios de las afueras. Será... entretenido.

El brillo en sus ojos dejaba claro que estaba deseando ver sangre.

—Esto no es solo entretenimiento —dije, con una dureza en la voz que no había planeado—. El Deseo es lo que está en juego. Hay que recordarles a todos quién tiene el poder aquí y qué se puede hacer con él. La gente sólo es leal mientras recuerde exactamente quién está al mando. Necesitamos que nuestras alianzas sean sólidas. No solo para nosotros, sino para toda la región.

Hubo un cambio en la habitación cuando los murmullos se apagaron y el peso de mis palabras cayó sobre todos los presentes.

—Por supuesto, Majestad —dijo Harrison con suavidad, aunque su sonrisilla no desapareció.

Podía sentir la mirada de Emmett clavada en mi cara, como si algo que hubiera dicho le hubiera molestado, pero seguí ignorándolo. Eso lo enfurecía, y francamente, me aliviaba un poco sacarlo de sus casillas en días como este.

Planear los Juegos esta vez... había sido más difícil que la primera. Los últimos Juegos se celebraron poco después del asesinato de mi padre, cuando yo acababa de ascender al trono, y apenas pude enfocarme en otra cosa que no fuera estabilizar el reino.

Esta vez, sin embargo, el reino era estable, mi gobierno avanzaba... y cada decisión que tomaba, cada conversación, me recordaba a él.

Le echaba de menos. Estábamos muy unidos antes de que lo mataran, y cada día me preguntaba si estaría orgulloso de cómo tomé las riendas y vengué su muerte, de cómo dirigía las cosas.

Ser rey era solitario. Podía confiar en muy pocas personas. Y entre los recuerdos de mi padre y los pensamientos que no dejaban de arrastrarme hacia Alana... joder, era un desastre.

Pero no podía mostrarlo.

La reunión se alargó. Mis asesores debatían todo desde la disposición del estadio hasta las medidas de seguridad para la ceremonia de apertura. Intervine cuando fue necesario, recordándoles que estos eran mis Juegos y que yo tomaba las decisiones, pero mi mente seguía regresando a ella.

Alana.

¿Estaría a salvo? ¿Sería feliz? ¿Pensaría en mí como yo pensaba en ella?

Negué con la cabeza, frunciendo el ceño ante mi propia debilidad mientras la reunión llegaba a su fin. No se merecía que pensase en ella. Me había mentido, me había utilizado, me había traicionado. Cualquier vínculo entre nosotros no bastaba para justificar lo que había hecho.

Pero por más que me lo repitiera, no podía dejar de pensar en ella. Ni evitar que mi cuerpo reaccionara a su recuerdo, incluso después de todos estos años.

Cuando la reunión terminó, los consejeros salieron de la sala murmurando en voz baja. Solo Harrison se quedó, apoyado con naturalidad en la mesa mientras yo recogía mis papeles. Lo ignoré a propósito, sabiendo que hablaría cuando él lo creyera oportuno y que adelantarme no servía de nada.

Y, como esperaba, no tardó mucho.

—Estás distraído —dijo, con un tono ligero pero incisivo.

—Estoy bien —respondí secamente, sin mirarlo. Acomodé la pila de carpetas bajo mi brazo, ajustándolas con un clip para tenerlas perfectamente ordenadas. Cualquier cosa con tal de no tener que levantar la vista y enfrentarme a la conversación con mi amigo.

—Siempre estás bien —replicó con una sonrisa burlona—. Excepto cuando no lo estás.

Me enderecé, fulminándolo con la mirada.

—¿Tienes algo que decir, Harrison? ¿O solo disfrutas del sonido de tu propia voz?

Se rio entre dientes, sin inmutarse por mi irritación.

—Solo una observación. Los Juegos son importantes, pero tú no estás del todo presente, ¿no? —ladeó la cabeza y sus ojos oscuros brillaron—. Estás más distraído de lo habitual, y eso ya es decir mucho.

No respondí. Apreté la mandíbula.

—Es por ella, ¿verdad? —dijo, bajando un poco el tono—. ¿Todavía te afecta después de todo este tiempo?

—No me está afectando —espeté, aunque hasta yo oí lo huecas que sonaban las palabras. La irritación hervía dentro de mí, volviendo mi voz más afilada de lo normal—. Ella no importa.

Harrison ladeó la cabeza, estudiándome con una mirada que me hacía querer golpear algo. Su voz fue suave y empática cuando respondió.

—Sabes que eso no es cierto.

Cerré los puños, clavando las uñas en mis palmas mientras me giraba. Ya había tenido esta conversación demasiadas veces.

Después de que echara a Alana y regresara con su manada, intenté sacarla de mi mente, aunque tenía espías vigilándola. Luego, cuando *dejó* su manada, redoblé el esfuerzo. La distancia ayudaba, pero los pensamientos sobre ella y la amenaza que representaba su manada persistían.

Eventualmente, reuní a mis hombres y lanzamos un ataque contra los terrenos de los Torvald. No lo vieron venir. El factor sorpresa funcionó perfectamente: asaltamos su palacio y capturamos a tantos traidores como pudimos. Mis espías me habían informado de sus planes para actuar contra mí, y eso era todo lo que necesitaba para justificarlo.

Sabía que Alana no estaría allí. Aun así, la busqué mientras capturaban a los enemigos, y su ausencia dolió aún más cuando finalmente miré a su padre a los ojos.

Estaba furioso, claro. Me dijo que no podía hacerles eso, que no tenía autoridad en sus tierras.

Estuve a punto de arrancarle la garganta allí mismo. No solo por su falta de respeto, sino por lo que le hizo a Alana.

En vez de eso, ordené encarcelarlo y registramos el palacio en busca de toda la información que tuvieran. Me sorprendió —y perturbó— encontrar finalmente las notas de Rion. Especialmente las que hablaban de la última misión de Alana en la capital.

Y allí vi... que no le había contado nada. Al menos, nada importante. Solo cosas básicas, del tipo que cualquier visitante curioso podría descubrir.

Me había molestado durante mucho tiempo. Había venido a palacio a espiarme, lo *había admitido*.

Entonces, ¿por qué no cumplió su misión? ¿Por qué no reveló todo lo que sabía?

Resoplé, molesto con el recuerdo. Desde el otro lado de la sala, Harrison alzó una ceja, como si supiera lo que estaba pensando.

Después de descubrir lo poco que había contado Alana, Harrison dejó de considerarla una amenaza. Estaba claro que no quería ayudar a su padre, o lo habría contado todo. Había desaparecido. Para él, la pieza había salido del tablero. Siguió adelante.

Pero para mí... no era tan simple. Claramente.

—Déjalo, Harrison —dije, soltando un suspiro y apartando la mirada. Estaba harto de esa conversación.

Él también suspiró, pero no insistió.

—Los Juegos te distraerán —dijo—. Concéntrate en eso. El vínculo... sabes que no va a desaparecer. Pero tienes un reino que dirigir.

—No necesito tus consejos —repliqué en seco.

Odiaba cada vez que señalaba lo obvio. Sabía que el vínculo no desaparecería. Los años ya lo habían dejado claro.

—Tal vez no —dijo encogiéndose de hombros—. Pero igual te los voy a dar.

Se apartó de la mesa y se dirigió a la puerta, dejándome solo en la silenciosa sala del trono.

Me quedé allí un buen rato, mirando por las enormes ventanas que daban a la capital. La ciudad se extendía abajo, las calles llenas de vida mientras continuaban los preparativos para los Juegos.

El primer día marcaría el inicio de dos semanas de celebraciones en todo el reino, y la capital se preparaba para la llegada de visitantes.

Era una buena época: traían comercio, dinero, movimiento. Todo marchaba bien. Los visitantes eran *buenos*.

Tal vez ella fuera uno de ellos, pensé, antes de poder deshechar esa idea estúpida. El corazón me latió más deprisa y me pasé una mano por el pecho, ignorando el dolor.

Estaba ahí fuera, en algún lugar. No sabía dónde. Y me decía que no me importaba. Pero sí me importaba.

Me importaba cada maldito minuto de cada maldito día.

Había pasado demasiados años con esta mujer en la cabeza. Aquella única noche que compartimos me perseguía, apareciendo una y otra vez cuando menos lo esperaba.

Ni siquiera Harrison lo sabía, pero poco después del asalto a la manada, me tomé unos días libres y salí a buscarla. De incógnito, por supuesto. Había preguntado por ahí, usando un hechizo que uno de mis magos me había proporcionado como disfraz, y busqué todo lo que pude justificar antes de tener que volver a mi trono.

No la había encontrado. Claro que no. Y en los años transcurridos desde entonces, no había podido dejar de buscarla. Todas las mujeres que venían al palacio o que veía por la calle tenían su cara, y más de una vez creí oír su voz entre la multitud.

Era patético, pero no podía evitarlo.

Ni siquiera me había acostado con nadie desde entonces. Por más que mis consejeros —e incluso Harrison— insistieran en que debía elegir una compañera, una mujer a la que reclamar, para que el pueblo supiera que el trono era fuerte y que los herederos llegarían pronto.

Solo pensarlo me ponía violento. Y aquí estaba, cinco años después. Soltero, y aún perseguido por el fantasma de una mujer a la que

rechacé... y que decidió que yo no era digno de la verdad.

Y me odiaba por ello.

Me aparté de la ventana. El eco de mis botas resonó en el suelo de piedra pulida mientras me dirigía a la sala de guerra.

Si no podía controlar mis emociones, me enfocaría en lo único que sí podía controlar: los Juegos.

Cualquier fantasma del pasado que rondara por mi mente... tendría que esperar.

Porque cuando comenzaran los Juegos Lycan, no habría espacio para la debilidad.

16

Alana

La capital era sofocante y electrizante a la vez.

Mirara donde mirara, había estandartes carmesíes y dorados ondeando en ventanas y farolas. Las multitudes pululaban por las calles, sus voces formaban una cacofonía de emoción mientras los vendedores gritaban por encima de ellas, ofreciendo de todo, desde carnes asadas hasta amuletos hechos a mano con el emblema del rey Lycan. El aire olía a pan tostado al fuego, a especias y, ligeramente, a magia: un extraño sabor metálico que se me pegaba a la garganta.

Apreté las riendas del carro mientras nos abríamos paso entre el caos. Lia estaba sentada a mi lado, entre Arthur y yo, prácticamente vibrando de emoción, con su lobo de madera fuertemente agarrado entre sus pequeñas manos. Sus grandes ojos recorrían cada rincón, absorbiendo cada detalle de la bulliciosa ciudad.

—Mamá, mira eso —dijo, señalando a un artista que hacía malabares con antorchas encendidas. La multitud que lo rodeaba rugía de aprobación mientras lanzaba las llamas más alto, haciéndolas girar en intrincados patrones.

Forcé una sonrisa, aunque el estómago se me revolvía.

—Es impresionante, ¿verdad?

—¿Crees que algún día podría aprender? —preguntó, con la voz llena de asombro.

—Tal vez —dije, aunque la idea de que sus delicadas manos hicieran malabares con fuego me causaba dolor en el pecho. Lia era demasiado pequeña, demasiado frágil para el caos del mundo, y mucho más para algo así de peligroso.

Pero ella no tenía por qué saberlo. Podía disfrutar de las fiestas sin ver la oscuridad que había detrás.

El reino ya estaba en modo festivo. Los Juegos Lycan se extendían durante dos semanas, desde la ceremonia de apertura hasta el Baile del Vencedor, y cientos de visitantes acudían a la capital para disfrutar de la energía, aunque no tuvieran acceso a ver las pruebas en directo.

Hoy era el último día para inscribirse. Después de los juramentos de sangre de mañana, los Juegos comenzarían oficialmente. Nos habíamos aplicado bloqueadores de olor en los territorios de las afueras y durante todo el viaje hasta aquí. Nadie me miró dos veces cuando me inscribí con nuestro apellido falso.

Era más pequeña que la mayoría de la gente en la cola de inscripción, pero no llamaba la atención. La primera prueba se consideraba la más segura, y muchos lobos se inscribían solo para reafirmar su lealtad al rey antes de ser eliminados de inmediato. El mero hecho de que estuvieran dispuestos a morir para ganarse el Deseo del rey era suficiente para demostrar no solo su lealtad, sino también la fuerza de su manada, y ese estatus significaba mucho para la mayoría, incluso si no ganaban el premio al final de los Juegos.

Probablemente, los guardias que tomaban los datos asumieron que yo formaba parte de ese grupo.

Y eso estaba bien. Mejor que me subestimaran.

—¿Está aquí el rey? —preguntó Lia, desviando su atención hacia las imponentes torres de la arena—. ¿Crees que está mirando?

La pregunta me golpeó más fuerte de lo esperado y no supe qué responder.

—Estará muy ocupado, cariño —dijo Arthur, salvándome una vez más—. Pero sí, estará viendo los Juegos.

—¿Lo veremos?

—Estarás en casa con tu tío, cariño, ¿recuerdas? —dije, aunque el estómago se me retorció al pensarlo. Arthur se quedaría con Lia en el apartamento que alquilamos mientras yo competía. Estaría más segura allí que en las gradas.

—¡Pero quiero verte ganar, mamá!

La franca confianza de Lia en mí me alegró el corazón. Arthur y yo nos reímos de sus gestos entusiastas mientras describía cómo derrotaría a todos los monstruos. No entendía del todo que los Juegos no eran solo peleas contra monstruos, ni que existía la posibilidad real de que yo no sobreviviera.

Pero no podía pensar en eso. Tenía que llegar hasta el final, y tenía que hacerlo pasando desapercibida. No creía que pudiera evitar completamente la atención de Tristan, pero esperaba que hubiese pasado suficiente tiempo como para que ya no le interesase demasiado y pudiera salir ilesa de esta.

Lia seguía fingiendo luchar contra monstruos, y yo le agradecía en silencio su alegría y su imaginación, que cortaban la oscuridad en la

que me había sumido desde que llegamos a la capital. Ella era mi luz. Solo con ver sus mejillas sonrojadas y su sonrisa llena de dientes renovaba mi determinación.

No importaba que el dolor en mis músculos aumentara a medida que nos acercábamos al palacio. No importaba que el pecho me ardiera y el corazón me latiera más rápido cada vez que miraba hacia allí.

Eran solo nervios, y no se interpondrían en mi camino para proteger a mi hija.

***

El apartamento que alquilamos a nombre de mi tío estaba en una calle tranquila, cerca de La Arena. Modesto pero limpio, era una bienvenida liberación del ruido y el caos de la ciudad. Lia se adelantó corriendo en cuanto entramos, sus piececitos resonando contra el suelo de madera mientras exploraba. Tenía que agarrarse a los muebles al moverse de una pared a otra, pero en general fue un buen día para ella. Sin tropezones ni caídas.

—¡Tío Art, mira! —gritó desde la sala de estar, con la voz llena de emoción—. ¡Hay una gran ventana! ¡Veo a la gente entrenando!

Arthur y yo nos acercamos, mirando por la ventana hacia el bullicioso patio de abajo. Varios competidores practicaban, con movimientos bruscos y deliberados. El sonido sordo de los puños golpeando carne llegaba débilmente hasta nosotros, y sentí una punzada de duda.

Esa gente eran guerreros, entrenados y perfeccionados para este momento. Y aunque era cierto que mi padre se había asegurado de que yo recibiera suficiente entrenamiento para poder defenderme mientras espiaba para él... yo ya no era la misma persona de hace cinco años.

Mi cuerpo estaba más débil. Mi entrenamiento, oxidado.

Pero nada de eso importaba. Iba a ganar. Tenía que hacerlo.

Arthur también frunció el ceño mientras miraba hacia abajo. Era un estratega de corazón, y había dado todo de sí para ayudarme a entrenar en las últimas semanas, desde que decidí que iba a ganar el Deseo. Pero estaba segura de que no le reconfortaba ver el tamaño de los alfas contra los que tendría que enfrentarme.

—Mamá, ¿vas a pegarles? —preguntó Lia, volviéndose hacia mí con los ojos muy abiertos.

Me reí, contenta de que mis lecciones sobre la no violencia hubieran calado en su cabecita. Le aparté un mechón de pelo de la cara.

—Solo si es necesario —dije en voz baja.

Soltó una risita y volvió a mirar a los demás concursantes. Sus manitas dejaban manchas en el cristal mientras se inclinaba tanto que su naricita golpeaba la ventana. Su fascinación y energía contagiosa eran exactamente la razón por la que estaba haciendo esto. Ella merecía ver el mundo con esos ojos tan abiertos y experimentar todo lo que la vida podía ofrecer.

Esa noche, después de que Arthur y Lia se durmieran, me senté junto a la ventana, contemplando la ciudad iluminada. Las luces de La Arena bañaban las calles en un cálido resplandor, y las risas y vítores flotaban en el aire.

Para todos los demás, estas dos semanas serían una gigantesca celebración y fiesta.

Para mí, todo estaba en juego.

Algo tiró de mí hasta que tuve la frente apoyada sobre el cristal, tan cerca como había estado Lia esa tarde, absorta mirando a la gente

de abajo. Pero yo no miraba a las personas. Cerré los ojos y, por primera vez en años, me concentré en la débil conexión que sentía en el pecho. Esta noche, esa conexión era cálida; apenas dolía. Era la molestia más leve que había sentido nunca, aunque solía pasar la mayor parte del tiempo desesperada por ignorarla.

Esta vez, me permití sentirla. El dolor disminuyó, convirtiéndose en un suave tirón en lugar de una tensión agónica, y no pude evitar soltar un pequeño suspiro de alivio. ¿Se sentía diferente porque estaba más cerca de él?

Me obligué a abrir los ojos y me pellizqué la piel sobre el corazón, frunciendo el ceño como si eso pudiera detener el nuevo anhelo que sentía. Habían pasado cinco años. Era ridículo pensar que esa sensación en el pecho pudiera ser un vínculo. Me negaba a reconocerlo. Todo... Dioses, todo sería tan diferente si de verdad lo *fuera*.

Era simplemente que mi mente estaba obsesionada con aquella noche que lo cambió todo. Eso era todo. Una vez terminara esto, volvería a ignorarlo hasta olvidar todo lo que había dejado atrás.

Esta noche, sin embargo, me resultaba imposible desprenderme de esos pensamientos. Miré hacia el castillo, hacia La Arena que habían montado para los Juegos... y una pequeña parte de mí tembló. Me imaginé que podía sentirle observándome, aunque la idea era absurda.

Ni siquiera sabía que yo estaba *aquí*, por el amor de Dios.

Aunque pronto lo sabría.

Joder.

Odiaba que la sola idea de volver a verlo acelerara mi pulso. Odiaba cómo mi estómago se retorcía en una mezcla de excitación y temor.

Estás aquí por Lia, me reprendí con fiereza. *No por él. Nunca por él.*

Los Juegos eran una oportunidad para salvar a mi hija. Esa era la única razón por la que estaba aquí.

Al menos, eso me repetí mientras cerraba las cortinas y me metía en la cama, con el zumbido en el pecho negándose a dejarme dormir.

***

A la mañana siguiente, la emoción de Lia era imposible de contener. Me tiraba de la manga mientras yo me preparaba en el baño.

—¿Ya empiezan los Juegos? —preguntó, saltando sobre las puntas de los pies.

—Todavía no —dije, manteniendo la voz firme—. Falta un poco para la ceremonia de apertura.

—¿Podré verlo?

—Quizá el tío Art lo ponga en la tele si te portas bien —dije, aunque mi mente ya estaba saturada de "y si...". ¿Y si Tristan me veía? ¿Y si me atrapaban antes de poder hacer el juramento de sangre? Me jugaba mucho si conseguía pasar desapercibida el primer día.

Lia me abrazó fuerte y me dio un beso de buena suerte antes de irme. Arthur me dio una palmada firme en el hombro, en silencio, diciendo todo a través de su mirada: Cuídate. Asentí, devolviéndole el gesto, mientras Lia, ajena, miraba la televisión.

Sabía que Arthur protegería a Lia mientras yo no estuviera, pero eso no significaba que estuviera menos decidida a volver a casa con mi hija.

Sin previo aviso, Arthur me atrajo hacia sí en un abrazo, sujetándome la nuca con una mano.

—Tú puedes —dijo en voz baja—. Solo asegúrate de que no te descubran antes de hacer el juramento. Después, estarás dentro.

Tragué saliva y asentí, rodeándolo también con los brazos y abrazándolo con fuerza. Esta era la parte más arriesgada de nuestro plan: si descubrían que era una omega antes de hacer el juramento de sangre, todo estaría perdido.

—Lo sé, tío —dije suavemente.

Me separé un poco para mirarlo a los ojos y sonreír.

—Solo asegúrate de que no atraviese la ventana mientras lucha contra sus monstruos imaginarios, ¿vale?

Él soltó una risa grave, y los dos miramos a Lia, que seguía en el sofá, abrazando su pequeño lobo de madera mientras veía los primeros debates sobre los Juegos en la televisión.

La calidez y el amor me invadieron una vez más al mirarla. Todo lo que hacía, todo el riesgo que corría era por ella.

Superaría el proceso de selección, entraría en los Juegos, ganaría el maldito Deseo... y curaría a mi hija.

Sin importar quién se interpusiera en mi camino.

Volví la mirada hacia Arthur, que me observaba con satisfacción, sin duda al ver la nueva determinación en mi rostro.

—A por ellos —ordenó, sonriendo.

No dije nada más. Solo asentí, estreché su mano una vez más, y agarré mi mochila antes de salir del apartamento.

17

—•—

Alana

El bloqueador de olor estaba funcionando. Al menos, eso parecía. El leve escozor de la poción persistía en mi nariz, un consuelo que me recordaba que mi olor de omega estaba enmascarado y que, al menos por el momento, estaba a salvo e ignorada.

Aquí nadie debía saberlo, no hasta que no me quedara más remedio. Agarré con fuerza la correa de mi bolso, rozando con los dedos el cuero desgastado, mientras me unía a los concursantes que esperaban para ser registrados, prestar juramento y participar en la ceremonia de apertura. Inmediatamente después tendría lugar la primera prueba, y la emoción que impregnaba el ambiente era difícil de ignorar.

El lugar vibraba con energía y parecía estar vivo. Desde fuera, La Arena parecía una fortaleza: sus muros de piedra reforzados con vigas de hierro captaban la luz de las antorchas parpadeantes que cubrían todo el perímetro. Había estandartes carmesíes y dorados colgados de cada superficie, cada uno con el emblema del rey licántropo: un lobo coronado por llamas.

Era hermoso, imponente, y cada parte de mí quería dar media vuelta y marcharse. Pero Lia me necesitaba aquí.

—¿Nombre? —ladró el guardia, sus ojos fijos en mí con un desinterés practicado que aún así se sentía como un escrutinio.

Me sobresalté levemente, aparté la mirada de los muros y respiré hondo.

Recuerda por qué estás aquí. Relájate y mantén la calma.

—Alana Heart —dije, manteniendo firme la voz—. De los territorios de las afueras.

Él echó un vistazo a su pergamino, frunció levemente el ceño antes de asentir y hacerse a un lado.

—Todo bien. Siga.

Me alejé de él, conteniendo el aliento mientras cruzaba las puertas hacia el interior de la arena.

El rugido de la multitud me golpeó como una ataque físico. El interior de la arena era gigantesco, con paredes que se curvaban hacia arriba para sostener filas interminables de espectadores. Las antorchas alineadas en las paredes proyectaban sombras danzantes sobre el público. La magia crepitaba débilmente en el aire, un recordatorio de que aquel lugar no era solo piedra y cemento: estaba vivo, cargado de siglos de sangre y tradición.

La zona de espera para los participantes estaba justo al margen de la pista principal, debajo de las gradas. Aunque aquí había más tranquilidad, el eco distante de los vítores seguía colándose por las paredes. El espacio estaba abarrotado de competidores, cada uno más imponente que el anterior.

Los alfas dominaban la sala, su presencia era abrumadora. Se movían con la confianza que solo se consigue cuando toda la vida te han dicho que eres invencible. Sus posturas irradiaban autoridad. Estar rodeada de ellos me hacía querer encogerme sobre mí misma. Rara vez estaba entre tantos alfas, y menos aún sin bloqueadores de olor, y el impulso instintivo de rendirme era casi insoportable.

Joder. Céntrate.

Seguí observando a mi alrededor, evaluando a mis competidores. Los betas se mezclaban entre los alfas, calculando riesgos y amenazas con sus miradas afiladas. Los más tranquilos —los que solo venían para prestar el juramento de sangre y pasar la primera prueba— se relajaban cerca de las paredes.

Y luego estaba yo.

También me mantuve pegada a los laterales, apoyada contra la fría piedra, observando. Mi bloqueador de olor parecía funcionar: nadie me prestaba demasiada atención. Perfecto. No quería destacar. Con mi tamaño, todos asumirían que sería eliminada tras la primera prueba, y eso jugaba a mi favor.

—¿Primera vez? —dijo una voz a mi lado, sobresaltándome.

Me giré y vi a una beta de pelo corto y una cicatriz irregular en la mejilla. Sonreía de forma burlona mientras me examinaba.

—Sí —respondí con cautela.

—Lo imaginaba —dijo, apoyándose en la pared junto a mí—. Tienes esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La de *"¿Qué demonios estoy haciendo aquí?"*

Solté una risa suave, más por reflejo que por verdadera diversión.

—¿Tan evidente?

Ella se encogió de hombros.

—Todos la tienen el primer año. No te preocupes. Se pasa... justo cuando estés esquivando las garras de alguien.

Su tono era juguetón, aunque no logró calmar del todo los nudos en mi estómago. Me miraba como si esperara verme avanzar a las siguientes rondas.

Antes de que pudiera contestar, una voz atronadora resonó por la sala, llamándonos a todos a reunirnos.

La beta me lanzó un saludo fingido y se perdió entre la multitud.

Corrimos hasta el borde exterior de la arena. Los asistentes nos organizaron en grupos para la ceremonia del juramento de sangre. Agradecí que me tocara uno de los primeros grupos: significaba menos tiempo para que alguien descubriera mis mentiras y me echara.

Me di cuenta de que me estaba frotando el pecho para calmar el cosquilleo que sentía bajo la piel. El dolor habitual subía y bajaba como olas rompiendo contra la orilla.

El presentador empezó a llamar a los participantes, uno a uno. Cada nombre provocaba gritos, abucheos o murmullos de curiosidad. Desde donde estaba, no podía distinguir los detalles del ritual, pero todo transcurría rápido.

Hasta que pronunciaron mi nombre, y el mundo pareció detenerse.

—¡Alana Heart, de los territorios de las afueras!

El público reaccionó con algo de ruido, algunos vítores dispersos, pero sobre todo con indiferencia. Mis piernas avanzaban solas, cada paso me parecía más pesado que el anterior, mientras me dirigía al centro de La Arena.

El vínculo que había enterrado tan profundamente durante años... *latía*. No con dolor, como solía ser, sino con una *anticipación* feroz, con *deseo*.

Tragué saliva, me detuve en medio del estadio y levanté una mano de plomo para saludar al público y mirar a mi alrededor. Los rostros se desdibujaron, la gente me miraba con distintos toques de desinterés, pero una cara estaba nítida como el cristal. La cara que mi naturaleza había estado reclamando durante… durante *años*.

Tristan.

Sentado en un estrado elevado, observaba todo desde su trono. Llevaba un traje impecable que marcaba cada línea de su musculatura, y una camisa color rojo sangre que resaltaba incluso a la distancia. La corona brillaba en su cabeza, dramática, como todo en él.

Había envejecido. Para bien. Dioses, seguía siendo devastadoramente apuesto. Tenía nuevas arrugas en las comisuras de los ojos, y su mandíbula se tensaba mientras sujetaba las rodillas con fuerza. Su cuerpo transmitía la tensión contenida de un depredador listo para saltar.

Junto a él, su mismo consejero de siempre le susurraba algo al oído. Tristan asintió con un movimiento apenas visible, sus ojos grises recorrieron la multitud... hasta que se encontraron con los míos.

Todo el estadio desapareció. Solo quedábamos él y yo. El ruido, la multitud, los demás participantes... todo desapareció bajo el peso de su mirada.

Su rostro no mostró cambio alguno, pero el aire entre nosotros se volvió eléctrico. Lo sabía. Sabía que era yo.

—Alana —repitió el presentador, devolviéndome bruscamente a la realidad.

La gente de las gradas gritaba cada vez más, preguntándose qué estaba pasando. No habían pasado más de unos segundos, pero ya era demasiado. Tenía que hacer el juramento de sangre antes de que alguien me detuviera.

Los ojos de Tristan se clavaron en mí y tragué saliva antes de apartar deliberadamente la mirada de él. Había llegado hasta aquí. Ahora no podía tropezar en la línea de meta.

Aproveché mi nueva energía para trotar hacia el presentador que me miró con extrañeza. No podía darle tiempo para dudar de mí. Le tendí la mano y asentí.

Volvió a su guion y yo le seguí. Pronunció el juramento ceremonial, cada palabra destilaba magia, y yo lo repetí a la perfección.

Mientras hablaba, el aire empezó chispear y a empañarse a mi alrededor, y eché un vistazo a la magia visible con el rabillo del ojo. Había visto magia antes, por supuesto, pero era magia normal y corriente. Encender las luces con un hechizo, curaciones, magia de ataque.

Esto... esto era algo diferente. Algo antiguo. Podía sentir su energía calándome hasta los huesos, vigorizándome y drenándome al mismo tiempo. Mi corazón latía con fuerza, e incluso la sensación del vínculo se desvaneció ante el todopoderoso hechizo del juramento de sangre.

—Lo juro —susurré al concluir.

El cuchillo cortó mi pulgar. La sangre brotó enseguida, y siseé de dolor mientras goteaba sobre la piedra que había debajo de mí, salpicada ya con la sangre de los contendientes que me habían precedido. Un sabor metálico surgió en el fondo de mi garganta y, con la misma rapidez con la que había aparecido, la señal visual de la magia desapareció a nuestro alrededor y otra vez lo único que veía era la multitud y La Arena.

Estaba hecho.

Me vendó el pulgar con un pequeño paño y agradeció mi juramento Me di la vuelta para volver a mi lugar en la fila con los demás concursantes. Fue tan rápido que no parecía real, pero el escozor de mi mano era la prueba de que lo había hecho.

Estaba oficialmente en los Juegos, y ni siquiera Tristan o el vínculo podrían impedirme jugar.

Me quedé sin aliento cuando me puse al lado de los demás. Caminar hasta el centro había sido fácil. El vínculo me había hecho sentir que podía volar hacia él. Alejarse había sido más difícil, con mis músculos protestando cada movimiento.

Sobre todo, ahora que sabía que estaba aquí, y no importaba hacia qué parte de la arena mirara. Podía sentir sus ojos clavados en mi cara, dándome ganas de agachar la cabeza y acobardarme. Quería someterme a él, aunque no había hecho nada para ganarse mi sumisión.

El instinto bastó para enderezarme la columna vertebral y me obligué a ignorarlo, por difícil que fuera. Estaba aquí por una razón, y no era el puto rey.

El resto de la ceremonia transcurrió como un borrón. Los principales líderes de manada pronunciaron discursos y, de vez en cuando, se nos pedía que volviéramos a declarar nuestra lealtad al unísono; nuestras voces resonaban en La Arena. Todo parecía distante, como

si le estuviera ocurriendo a otra persona, aunque yo estuviera en el centro de todo.

Todo lo que podía sentir era a él. No importaba cuánto intentara ignorarlo.

Llegó el final de la ceremonia y Tristan habló por primera vez. Por el rabillo del ojo, le vi levantarse, y La Arena enmudeció de inmediato.

—Gracias a todos nuestros nuevos participantes en los Juegos. No me cabe duda de que el espectáculo que ofreceréis por el bien de la Manada y del Reino será digno de ser recordado.

Su voz sonó extrañamente entrecortada, a pesar de la grandiosidad de sus palabras, y supe que era por mí. Tragué saliva, bajé la mirada y escuché atentamente mientras continuaba.

—Ahora, los concursantes irán a prepararse. La primera prueba comenzará en breve. Desde el fondo de mi corazón, os deseo la mejor de las suertes. ¡Bienvenidos a los Juegos Lycan!

El rugido del estadio marcó nuestra salida de vuelta a las salas de entrenamiento, y yo mantuve la cabeza alta mientras todos salíamos del estadio, ya preparándonos mentalmente.

Hoy era el día más largo, y no podía distraerme viendo a Tristan. El rey daría otro discurso después de la primera prueba, y mi intención estar preparada para situarme en primera fila mientras nos felicitaba por clasificarnos para la siguiente prueba

Él sabía que yo estaba aquí, y yo sabía que no me dejaría pasar desapercibida por mucho tiempo. Pero ahora mismo, todo giraba en torno a las pruebas y ninguno de los dos podía cambiar eso.

18

—•—

Tristan

La ceremonia de inauguración debía transcurrir sin contratiempos. Había planeado todos los detalles posibles, delegado las demás responsabilidades y confiado en mis asesores para que se encargaran de la logística. Esta era mi Arena, mis Juegos, y yo lo controlaba todo dentro de estos muros. Eso era lo que debía mostrar a todos los depredadores de mi corte.

Ya no era mi primer año en el trono. Había crecido y tenía el control absoluto. Puede que hubiera llegado al trono en una época de inestabilidad, pero ese caos ya había terminado. No permitiría que lo que le ocurrió a mi padre me pasara también a mí o a mis seres queridos.

Los Juegos de este año eran los primeros desde que estabilicé la región, desde que logré controlar a todos mis aliados. Los últimos Juegos habían salido bastante bien, eso era cierto, pero este año... este año debía ser la prueba definitiva del verdadero poder de mi trono.

Y durante todo ese tiempo, en la planificación y las reuniones, había estado ignorando la incipiente presión en mi pecho. Había estado

ignorando esa sensación de presentimiento que me invadía, que me advertía que algo... *algo* se acercaba.

Obviamente, fue un error.

Porque *ella* apareció.

Alana Heart.

No había reconocido el nombre en la lista, porque no era su verdadero nombre. La chica en el centro de la arena —más mayor, más delgada y mucho más cansada del mundo que la última vez que la había visto— era Alana Torvald, el último miembro con vida de la manada Torvald.

Estaba furioso. Estaba jodidamente *enfurecido*. ¿Cómo se *atrevía* a presentarse aquí, en mis Juegos? Sí, había sido —más o menos— exonerada de toda culpa tras el asalto al palacio y a la manada de su padre, que había demostrado, aunque su manada había conspirado contra mi trono, ella había tenido muy poco que ver.

Y *sí*, llevaba años desaparecida, sin molestarme, sin hacer nada que se opusiera a mi reinado. A todos los efectos, se había convertido en un fantasma. Una criatura de mi pasado, cuyo único crimen era el hecho de que yo no podía dejar de pensar en ella.

Y ahora... aquí estaba. En mi Arena. En *mis* Juegos.

Frente a mí por primera vez en años.

Aparte de mis manos, apretadas en puños sobre mis rodillas, logré mantener mi fachada de calma hacia el exterior.

¿Qué hacía ella aquí?

¿Por qué se había inscrito en los Juegos?

La furia amenazaba con apoderarse de todos mis sentidos mientras la veía avanzar para prestar juramento. Su expresión era decidida, fija en el maestro de ceremonias, no en mí, aunque sabía que me había visto.

No podía permitirlo. Tenía que detenerla. Mi corazón se aceleró mientras me levantaba de un salto del trono. Tenía que ordenar al presentador que se detuviera. Tenía que hacer que los guardias la trajeran hasta mí, tenía que...

La mano de Harrison me agarró el hombro con fuerza, clavándose en mis músculos como un grillete de hierro. Gruñí por instinto, listo para arrancarle el brazo por detenerme.

—La gente está mirando, Majestad —susurró, pero no fue suficiente para romper mi trance hasta que me sacudió el hombro con la suficiente brusquedad como para casi dislocarlo—. Contrólese.

Tragué saliva y me zafé de su agarre.

—Estoy bien —murmuré.

Ayudó que Alana rompiera nuestro contacto visual trotando hacia el maestro de ceremonias. El ritual apenas duró unos segundos y después se perdió entre la multitud de concursantes. Mi cabeza se despejó lo suficiente como para girarme hacia Harrison y apartar su mano de mi hombro.

—Ven conmigo —dije entre dientes, descendiendo del estrado, consciente de que todas las miradas ahora estaban sobre nosotros en vez de sobre La Arena. Harrison dedicó una de sus sonrisas características a la multitud y murmuró algo sobre asuntos urgentes y que regresaría en breve. Yo ya estaba paseando furiosamente por el interior de la arena cuando me alcanzó.

—¡Maldita sea! —gruñí, pasándome las manos por el pelo y tirando de las puntas, como si eso pudiera aliviar el dolor que me golpeaba

el pecho.

—Supongo que era ella, entonces.

—No hay duda. No deberías haberme detenido. Es una omega, y una traidora. No tiene derecho a estar aquí —espeté.

—Ni hablar —contestó, cerrando la puerta tras él—. Alguien tenía que evitar que le dieras munición a todos los cabrones de ahí fuera. ¿Te imaginas el escándalo si se enteraran de que un omega se infiltró en los Juegos y tú lo sabías? —Rodó los ojos y apartó mi mano de mi cabeza—. Y deja de tirarte del pelo. Como sigas así, te va a estallar una vena, y no pienso ser yo quien limpie el desastre.

Me volví hacia él, con una mirada que habría cortado acero.

—No debería estar aquí.

Harrison se encogió de hombros, imperturbable.

—Y, sin embargo, aquí está.

—No tiene nada que hacer en los Juegos —gruñí, recorriendo de nuevo la habitación—. Es imprudente, engañosa...

—¿Astuta? —me interrumpió.

Me detuve en seco, entrecerrando los ojos.

—¿A dónde quieres llegar?

—Ha prestado el juramento, ¿no? —dijo, en un tono exasperantemente casual.

—Sí —bufé.

—Entonces está aquí para competir, igual que todos los demás. —Se cruzó de brazos, apoyándose contra la pared—. Y no puedes hacer

nada al respecto. El juramento es vinculante.

—Me importa una mierda el juramento —espeté—. Es peligrosa. Está ocultando algo. Puedo sentirlo.

—Quizá —dijo Harrison, encogiéndose de hombros—. O quizá sólo quiere una oportunidad de conseguir el premio como todos los demás. En cualquier caso, no puedes sacarla. Y montar otro escándalo sólo te haría quedar como débil, y lo sabes.

Odiaba que tuviera razón. Apreté la mandíbula, la tensión en el pecho me dificultaba respirar.

—Es un lastre.

—Es una entre cientos de participantes —replicó Harrison—. La prueba de hoy es más ceremonial que otra cosa. Será eliminada enseguida, especialmente siendo una omega contra los mejores del reino. Si por algún milagro pasa a las siguientes pruebas, entonces nos ocuparemos de ella. Pero ahora mismo, no estás pensando con claridad.

—Mintió para entrar —escupí, amargamente.

—Y sigues cabreado porque te mintió hace cinco años. Lo entiendo —Harrison se enderezó, su sonrisa suavizándose en algo casi comprensivo—. Pero tienes que dejarlo ir. Tienes cosas más importantes de las que preocuparte.

—No fue así —dije, aunque el vínculo en mi pecho ardía en protesta.

—Claro que no —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Mira, Tristan, lo entiendo. Te irrita. Pero tú eres el rey. Compórtate como tal.

Le lancé una mirada asesina. Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un desafío. Finalmente, respiré hondo y dejé que la tensión abandonara lentamente mis hombros.

—Está bien —dije entre dientes—. Pero voy a vigilarla.

—No esperaba menos —dijo Harrison, recuperando su sonrisa—. Ahora vamos. Tienes que hablar antes de la primera prueba.

La Arena vibraba de expectación, pero apenas fui consciente mientras pronunciaba mi discurso ensayado ante los concursantes, una vez que todos habían prestado juramento. La primera prueba siempre era la favorita del público: una brutal carrera de obstáculos diseñada para poner a prueba la fuerza, la estrategia y la resistencia. Era el único desafío donde el fallo no implicaba la muerte, pero eso no significaba que fuera fácil.

Al final de la jornada, solo quedarían veinticinco de entre más de cien. Alana debía ser una de las eliminadas. No había alternativa.

Desde la plataforma de observación tenía una vista despejada del recorrido. El trazado era cruel a propósito: muros con pinchos, cuchillas oscilantes, pozos de barro y agua, todo culminando en un muro imponente con apenas asideros visibles.

No morirían en esta prueba, era cierto. Pero eso no la hacía menos dura.

Los participantes se reunieron al borde del campo, sus rostros una mezcla de determinación y nerviosismo. Recorrí la multitud con la mirada hasta encontrarla, el tirón en mi pecho me lo puso fácil incluso cuando su cuerpo quedaba oculto entre los concursantes más grandes.

Se mantenía cerca del fondo, rígida pero controlada. No me miraba, ni se acercaba al estrado, pero podía sentir cómo el vínculo entre nosotros latía débilmente.

—Parece... tranquila —comentó Harrison a mi lado.

—Parece temeraria —murmuré, sin apartar la mirada de ella.

Harrison soltó una risa suave.

—Te vas a volver loco si sigues así.

No respondí.

19

—•—

Alana

Mi corazón palpitaba de nervios mientras me encontraba en el borde de La Arena, rodeada por el enjambre de concursantes que habían venido a competir en el primer desafío. Era fácil distinguir quiénes estaban allí por la gloria de participar y quiénes habían venido con la firme intención de ganar.

Me fijé en estos últimos. Eran mi competencia.

Un tipo, un alfa alto y pelirrojo, estaba solo balanceándose sobre sus pies con una expresión asesina en el rostro. ¿Esa era su cara habitual? Si lo era, era aterradora. Me estremecí un poco y su mirada se cruzó con la mía. Entrecerró los ojos antes de apartarla y seguir balanceándose. Su pecho, desnudo, brillaba ya con una fina capa de sudor, y la ansiedad se encendió en mi interior mientras lo observaba.

No era el único que imponía. La misma beta que me había saludado antes estaba de pie a un lado, con la mirada firme y serena mientras vigilaba a la multitud. Jugaba con una pequeña navaja, deslizándola entre los dedos con soltura. Cuando notó que la miraba, me guiñó un ojo antes de volver a centrar su atención en los demás.

Había más, por supuesto. Pero ellos dos fueron los que captaron mi atención, sobre todo cuando el locutor anunció que era hora de formarnos.

Tenía la garganta seca al tomar mi lugar en la fila. La pista de obstáculos estaba parcialmente oculta por árboles que parecían más altos y frondosos de lo habitual. Una parte de mí se preguntó si eso era intencional, pero otra parte se concentraba en los obstáculos que sí *podía* ver desde allí.

Un pozo con pinchos. Barro con cuchillas oscilantes sobre él. Una pared alta con apenas unos asideros visibles en la cima. Eso indicaba que superar el recorrido no sería cuestión de velocidad, sino de pura fuerza bruta.

Cada obstáculo parecía más intimidante que el anterior, y no pude evitar tragar saliva con fuerza, con el corazón un poco agitado en la garganta.

Todos a mi alrededor eran más grandes. Más fuertes. Mis bloqueadores de olor habían funcionado, ocultando mi designación, pero ahora que estaba aquí, ahora que realmente estaba en los Juegos... era aterrador enfrentarme a un desafío pensado para cualquiera menos para mí. Yo era pequeña y rápida, pero más allá de eso...

Joder.

Me temblaban las manos. Las sacudí mientras el presentador seguía tronando sobre nuestras cabezas y el ruido del público crecía. Hoy era un buen día para mi enfermedad crónica, al menos; el dolor era más leve de lo habitual y mi corazón no latía de forma tan errática. Me sentía más fuerte de lo que me había sentido en años... pero eso no cambiaba el hecho de que estaba mucho mejor equipada para algo así hace cinco años.

Antes de conocer a Tristan. Antes de tener que esconderme. Antes de tener a Lia, y de que el estrés por su enfermedad, sumado a mis propios problemas de salud, me convirtiera en una sombra de lo que fui.

Todo... *todo* lo que se torció en mi vida me llevaba de vuelta hasta el puto Tristan. Y ahora estaba en *sus* Juegos, algo que claramente lo había cabreado si la mirada en sus ojos, cuando me atreví a mirarlo de reojo, era una señal.

No voy a negar que me dio cierto placer saber que mi presencia lo molestaba, que despertaba mi lado más obstinado. Y eso, más que nada, me dio el valor de sonreír y plantarme con firmeza en el suelo cuando el locutor enmudeció y comenzaron los pitidos de la cuenta regresiva para la primera prueba.

Estaba aquí por Lia. Iba a ser finalista y pasar a la segunda ronda. Iba a vencer a todos esos cabrones que me veían y asumían que bastaba un solo golpe para dejarme fuera.

Esto era *real*.

La bocina sonó en lo alto, indicando el inicio de la prueba. Y mientras salía corriendo, rodeada de otros concursantes que se esforzaban tanto como yo... sentí una presión en la nuca. Unos ojos que me quemaban el cráneo, como si quisieran sacarme de la pista con solo mirarme.

Tristan me estaba observando. *Tristan me estaba observando*.

Y, aunque no debía, ese pensamiento me impulsó.

Estuve a punto de ser arrollada a menos de seis metros de la línea de salida por un alfa que tropezó conmigo, rozándome cuando me lancé hacia un lado. Mi tamaño y mi velocidad eran mi ventaja, la *única*, y pese al ardor en los pulmones y el temblor de las piernas,

me impulsé más allá del contendiente y me escabullí entre los árboles.

Un gruñido apagado y furioso a mis espaldas me dijo que aquel alfa había querido eliminarme de un zarpazo. Me permití una sonrisa fugaz mientras zigzagueaba a toda velocidad entre la vegetación.

Había otros tan rápidos como yo. La beta que me había dado la bienvenida me pasó como un rayo antes de que hubieran transcurrido cinco minutos. Me saludó con la cabeza, en un gesto casi respetuoso, antes de desaparecer entre los arbustos. Aquello me animó a correr más rápido, sobre todo al oír los gruñidos y el sonido inconfundible de golpes detrás de mí.

Algunos ya sabían que no llegarían al final y parecían convencidos de que pelearse entre ellos era mejor uso de su tiempo. Pero yo no iba a ser uno de ellos. No iba a permitir que nadie me tocara.

Si alguien me atrapaba... estaría perdida.

Respiré con control y mantuve la concentración. Podía hacerlo. Claro que *podía*.

El primer obstáculo no tardó en aparecer y me hizo detenerme de golpe. Una viga alta, suspendida precariamente sobre un estanque enorme. Era tan profundo que no podría tocar el fondo si caía. Delante de mí había una escalera que llevaba hasta una plataforma, y la escalé con rapidez, con el corazón desbocado.

Desde la cima, sentí cientos de ojos sobre mí, mirándome con interés. Pero no miré a los lados. Necesitaba concentrarme. Saber que había gente ahí fuera deseando que fracasara me desestabilizaría.

Joder.

Una ráfaga de viento sacudió la plataforma y *me* sacudió. Respiré hondo, extendí los brazos para mantener el equilibrio y salté sobre la viga. Era estrecha, no más de quince centímetros. Tropecé en el primer paso y estuve a punto de caer. El corazón me dio un vuelco mientras me tambaleaba, pero logré estabilizarme justo cuando un gruñido agresivo me sobresaltó.

Me arriesgué a mirar por encima del hombro, y el estómago se me encogió al ver al enorme alfa pelirrojo. Me miraba con furia, claramente ofendido de que yo hubiera llegado antes que él al primer obstáculo, sobre todo siendo una de las pocas que lo había hecho. Me mostró los dientes y volvió a gruñir, aún más alto, aún más amenazante.

Su enfado me ponía nerviosa... pero también me encendía. Le dediqué una sonrisa dulce antes de volver a concentrarme. Esta vez avancé con mucha más seguridad, crucé la viga y salté con ligereza a la plataforma del otro lado, descendiendo al suelo.

El aullido de frustración y las palabrotas ininteligibles me arrancaron una sonrisa. Volví a correr.

Podía enfadarse cuanto quisiera. Yo iba a *ganar*.

Escuché el murmullo de la multitud a mi alrededor mientras avanzaba entre los árboles, más ligera tras superar el primer obstáculo. Más o menos confirmaba mi teoría: habían dejado crecer los árboles al inicio del recorrido para reducir la visibilidad y eliminar cualquier ventaja que pudieran tener los concursantes más altos. Eso me permitió llegar aún más rápido al segundo obstáculo.

Una piscina de barro. Con unas putas *cuchillas* oscilantes sobre él. Las rocas situadas en el centro estaban claramente pensadas para que alguien saltara de una a otra mientras esquivaba las cuchillas, que se balanceaban de un lado a otro. Por un momento, el miedo me paralizó. Me sentía demasiado intimidada para seguir avanzando.

Sabía que la primera prueba no era mortal, así que las cuchillas no podían matarme. Lo confirmé al acercarme: el zumbido suave y mágico que envolvía el metal me indicó que estaban encantadas. Conocía suficiente magia defensiva para saber que, si tocaba una, su filo se volvería romo y resbaladizo, incapaz de cortar, aunque su aspecto dijera lo contrario.

Pero podían golpearme y hacerme perder el ritmo. Y eso... eso me dejaría un moratón del tamaño de mi ego. No podía permitírmelo.

No podía saltar sobre las piedras. Era rápida y ágil, sí, pero las cuchillas eran rápidas e impredecibles. Algunas se movían más rápido que otras. Si calculaba mal... no saldría de este tramo.

Un gruñido resonó detrás de mí. No hacía falta mirar para saber que el alfa pelirrojo se acercaba. Otros gruñidos, más suaves, lo seguían. Me estaban alcanzando.

Hora de moverse.

Sin pensarlo dos veces, me lancé al obstáculo. Pero no salté sobre la primera roca como estaba diseñado.

No, en lugar de eso, me zambullí directamente en la piscina de barro, con cuidado de mantener la cabeza fuera del lodo espeso que me cubría de pies a cabeza.

Inmediatamente, empecé a arrastrarme con determinación. Era lo bastante pequeña para pasar desapercibida entre las cuchillas. El rugido de la multitud se hizo más fuerte. Nadie esperaba *este* enfoque. Casi podía imaginarme a Tristan apretando la mandíbula al ver cómo arruinaba su pista de obstáculos supuestamente infalible.

Pero eso no significaba que no fuera duro. El barro se me pegaba, húmedo y frío, y cuanto más avanzaba, más pesaba sobre mis músculos, más me temblaba el cuerpo. El peso del fango maloliente me estaba robando las pocas fuerzas con las que había empezado el

recorrido, y sabía que completar el último obstáculo —el muro que había visto desde el principio— iba a ser un milagro para mí.

Oí un gruñido por encima de mi cabeza y, cuando levanté la vista, vi al alfa pelirrojo corriendo por las piedras a mi lado. Me fulminó con la mirada mientras me adelantaba, moviéndose con más agilidad de la que habría esperado, y cuando llegó al otro lado del recorrido, se marchó sin volver a mirarme. Su hostilidad irradiaba de él como un horrible miasma, y sacudí la cabeza mientras seguía avanzando, ignorando el ardor de mis músculos.

Cuando llegué al otro lado de la piscina de barro, tenía unas pintas horribles, pero había salido ilesa. No miré a los otros lobos que iban llegando mientras salía corriendo, moviéndome mucho más despacio que antes. El barro seguía pegado a mí, ralentizando mis movimientos, e intenté quitarme todo lo que pude mientras corría. Estaba segura de que daba pena verme, pero no estaba allí para estar guapa. Estaba allí para ganar.

Y, por los Dioses, lo estaba haciendo mejor de lo que esperaba. Una oleada de orgullo me invadió y pensé en Arthur y en Lia en casa, quizá viendo los Juegos. Al imaginar a mi hija animándome y gritando por mí, se me dibujó una sonrisa en la cara y mis piernas se impulsaron con más fuerza al pensar en el orgullo de mi tío.

Estaría orgulloso de mí, maldita sea. Me aseguraría de ello.

El alfa pelirrojo ya estaba a medio camino de la pared cuando por fin llegué al último obstáculo, y a la mujer beta no se la veía por ninguna parte. Me quedé impresionada, aunque solo por un breve instante. Era jodidamente rápida.

El alfa me miró, y la misma irritación que antes brillaba en sus ojos volvió a resplandecer. Se apartó de mí, escalando más deprisa. Los músculos de su espalda y brazos se tensaron mientras subía, mano sobre mano, y me invadió la mayor oleada de inquietud que había sentido hasta entonces.

Mis músculos ya estaban exhaustos. No era ni de lejos tan fuerte como antes. Yo... Dioses, no podía *hacer* esto.

Pero tenía que hacerlo. No había otra opción. Especialmente con los ojos de Tristan clavados en mí, el lazo en mi pecho pulsando más fuerte de lo habitual, señalando su irritación conmigo. No le gustaba que estuviera allí, eso estaba claro.

Pero él no iba a detenerme. No podía detenerme. Ni mi salud, ni mi designación, ni mi *puto* padre, sin importar dónde estuviera.

Una nueva determinación me invadió y respiré hondo antes de acercarme a la pared y agarrarme a los asideros. La piedra era áspera y fría, y apreté los dientes mientras empezaba a subir.

Había acertado en mi suposición inicial: la pared estaba pensada más para la fuerza de los brazos que para la de las piernas. Había muchos asideros ocultos en los ásperos riscos de piedra, pero ninguno lo bastante grande como para meter los pies, especialmente con las zapatillas gastadas que llevaba. Las suelas de goma, empapadas y cubiertas de barro, resbalaban cada vez que intentaba apoyarme, y eso solo conseguía agotarme más, hasta que abandoné la idea.

Así que tuve que usar los brazos y el impulso para balancearme de un lado a otro, ascendiendo lentamente por la pared con los dientes apretados. Me ardían los músculos y oía a algunos concursantes acercándose por debajo, aunque cuando miré hacia abajo no vi a ninguno. La distancia entre el segundo y el tercer obstáculo no era grande, lo que me indicaba que más de uno estaba teniendo dificultades para sortear las cuchillas oscilantes y el foso de barro.

Eso estaba bien. Me daba un poco más de tiempo. Sabía que pasaría a la segunda prueba siempre que estuviera entre los veinticinco primeros, pero... no podía evitar que una parte de mí, esa vocecita en el fondo de mi cabeza no quisiera simplemente pasar.

Quería *ganar*. Sabía que no iba a quedar primera, ni de lejos... pero quería estar lo más arriba posible. Quería mostrarle a Tristan exactamente lo que pensaba de su burla, de todos los que pensaban que no tenía derecho a participar en los Juegos.

La determinación por demostrarme a mí misma me hizo moverme más rápido a pesar del ardor en los músculos, y a mitad de camino hacia la cima, el vínculo en mi pecho palpitó. Esta vez, en lugar del dolor y la irritación habituales... sentí calor y ligereza, tanto que casi me caigo de la pared del susto.

Sentí conmoción y un orgullo peligrosamente cálido. Era una calidez que no había sentido... prácticamente *nunca*. Y mucho menos a través de la conexión que compartía con Tristan.

Esa sensación me arrastró hasta la cima de la pared, y cuando por fin me impulsé sobre el borde y me dejé caer de espaldas, solo por un momento, me permití sentir la cálida oleada de orgullo.

Casi había terminado. La prueba casi había terminado. Casi lo había conseguido, joder.

Solo quedaba un poco más... otro puente... y, a unos treinta metros más allá, pude ver las banderas que marcaban el final del recorrido, así como a unas cuantas personas arremolinadas, esperando la llegada de los concursantes.

El alfa pelirrojo y la mujer beta ya estaban al otro lado de las banderas, y la esperanza cobró vida en mi pecho mientras me puse en pie y empecé a esprintar de nuevo.

El tercer puesto era bueno. El tercer lugar... el tercer lugar demostraría que pertenecía. Que no estaba allí sin motivo, que no estaba allí sin un *propósito*.

Mi corazón latía con fuerza mientras corría, y estaba a punto de lanzarme sobre el puente que llevaba al otro lado del barranco poco

profundo, cuando un fuerte y furioso silbido me sobresaltó y me detuvo en seco.

Un sudor frío me recorrió la nuca y, antes de poder disuadirme, me asomé por el borde del puente para ver qué había hecho ese ruido.

Solo para retroceder, tropezar y caerme de culo, soltando un grito ahogado.

Pues claro. Por supuesto que el último tramo del recorrido sería sobre un pozo de jodidas *serpientes*. Serpientes de cascabel, cobras y serpientes rayadas, todas retorciéndose juntas en una masa de carne escamosa que me ponía la piel de gallina.

Había pocas cosas en el mundo que me dieran miedo, pero las serpientes estaban en lo más alto de esa lista, y durante un largo momento me quedé paralizada. No podía moverme, ni siquiera apartarme del borde para dejar de verlas.

Se me hinchó la garganta y sentí los destellos de un ataque de pánico asomándose en los bordes de mi conciencia. El calor en mi pecho palpitaba, recordándome la presencia de Tristan, aunque ahora con un amargo tinte de preocupación.

Aquello, más que nada, me sacó de mi estupor. Me obligué a ponerme en pie, respirando hondo. El miedo inundaba mis músculos, haciendo que palpitara la adrenalina, y observé el último tramo del recorrido con objetividad.

Sí, había un puente. Sí, había serpientes en un pozo debajo, a menos de metro y medio. Sí, el puente se balanceaba ligeramente, lo que significaba que tendría que ser rápida y cuidadosa para cruzarlo sin caerme.

Pero tenía que hacerlo. Por mí. Por Lia. Para demostrarle a Tristan que estaba equivocado.

No es que fuera a *morir* si caía en el pozo. Esa era la promesa de la primera prueba: sin muertes.

Pero eso no significaba que no pudiera resultar herida. No tenía ninguna duda de que allí abajo había serpientes venenosas, y si caía, podría hacerme mucho daño.

Y eso solo demostraría a todos los que me observaban que tenían razón en dudar de mí. Que no pertenecía allí.

Eso no podía permitirlo.

Respiré hondo y eché a correr.

Atravesé el puente a toda velocidad, sin apenas notar cómo los tablones temblaban y se agitaban bajo mis pies. Crucé volando, apenas inmutándome cuando una serpiente saltó y trató de morderme el tobillo antes de caer al otro lado del puente. No me di tiempo para mirar por encima del hombro y ver cuál había sido. Estaba convencida de que, si dudaba un solo segundo, todo terminaría.

Cuando mi pie tocó tierra firme al otro lado del foso, no me permití celebrar nada. Solo corrí, esprintando tan rápido como mis agotados músculos me permitieron, y cuando crucé al otro lado de las banderas, solo entonces me permití doblarme, apoyando las manos en las rodillas y respirar con fuerza, intentando despejarme el sudor y el barro que aún se me pegaban.

—Vaya, has estado impresionante —dijo la suave voz de la mujer beta, y me obligué a enderezarme, viendo la expresión desconcertada en sus ojos. Me tendió una botella de agua y me hizo un gesto para que la siguiera, llevándome hasta un banco donde pude sentarme y beber.

—No tenías que esforzarte tanto, ¿sabes?

Puse los ojos en blanco y bebí sin responder. No me conocía. No pretendía insultarme. Simplemente... no entendía lo que tenía que demostrar. Lo que tenía que *perder*.

Tenía que esforzarme tanto. Y había demostrado a todos allí que era tan digna como cualquier alfa o beta.

Ninguno de ellos sabía que era omega. Pero yo sí. Y estaba jodidamente orgullosa de mí misma.

El resto de los concursantes fueron llegando rápidamente. Parecía que los otros dos y yo habíamos quedado bastante por delante de la chusma, pero en cuanto empezaron a llegar los demás, lo hicieron en oleadas. Menos de quince minutos después, se anunció que el último participante del grupo de los veinticinco primeros había cruzado la línea de meta, y que pasaríamos a la siguiente fase, mientras se agradecía al resto su dedicación a la región y a los Juegos.

Las palabras me entraron por un oído y me salieron por el otro, porque mi atención estaba en otra parte. Tragué saliva cuando Tristan apareció al final del campo, con el traje y la corona tan impecables como siempre, y cruzó hasta el centro del grupo. Su amigo —el mismo lobo con el que lo había visto una y otra vez— me lanzó una mirada curiosa, pero no tuve tiempo de reflexionar sobre ella antes de que Tristan hablara, y todos se callaron.

—Gracias por cómo habéis participado en los Juegos. Enhorabuena a todos los que han superado la línea de meta, ha sido un espectáculo impresionante.

La sonrisa en su rostro era fría, y su mirada pasó de lobo en lobo, reconociendo a cada uno por turno.

El vínculo palpitó, y entonces la mirada de Tristan se posó en mí, y, si cabe, sus ojos se volvieron aún más fríos.

—Pero, por desgracia —continuó, con la voz sedosa por la ira—, ha habido un pequeño percance. Lo siento por todos aquellos que no lo sabían, pero los Juegos se han visto comprometidos por un participante... que no tenía por qué estar aquí.

Sus ojos ardían, y mi estómago se hundió mientras me ponía lentamente en pie, incluso antes de que pronunciara las palabras.

—Alana Heart —siseó—. Acércate y enfrenta tu maldito crimen.

20

—•—

Tristan

Tener a todos los competidores comenzando en el mismo campo de juego era una decisión estratégica, una manera de aumentar el drama para la gente que observaba, y de hacer que cada persona que participara en los Juegos de Lycan fuera mucho más consciente de lo que estaba en juego.

Fue todo un *éxito*. El público rugía con cada logro y cada fracaso, y su entusiasmo crecía con cada competidor. Yo había supervisado la creación de ese recorrido, aprobado cada obstáculo y conocía todas las sorpresas que escondía, pero nada se comparaba con verlo en acción. Mantuve el rostro neutro mientras concursantes de todas las edades se herían, algunos obligados a detenerse a mitad de camino.

Mi cara no mostraba nada, salvo un ligero interés. Como debe comportarse un rey.

El único momento en el que no logré mantener la neutralidad fue cuando Alana llamó mi atención, lo cual ocurrió... más veces de las que hubiera querido. Al principio de la carrera, su pequeña estatura hizo que no solo yo me fijara en ella. Pude oír a algunas personas en las gradas debajo de mí cuchicheando sobre «la mujer diminuta»

que estaba compitiendo, y la idea de que otros hablaran de ella hizo que la rabia estallara dentro de mí.

Aun así, no podía decir nada. No sin delatarme a mí mismo y a Alana. Así que tuve que guardar silencio y observar mientras sonaba la campana que marcaba el inicio de la carrera.

Era más rápida de lo que esperaba. Podía cambiar de dirección en un instante, sus pies se movían tan rápido que casi no noté la maniobra. Cuando decidió agacharse y arrastrarse por el barro bajo las cuchillas, me quedé helado solo por un momento, sorprendido por el arrebato de orgullo que sentí ante su ingenio.

Era lista. Siempre lo supe, pero una cosa es saberlo y otra muy distinta verlo con tus propios ojos en una situación de alto riesgo.

Odiaba admitirlo, pero... lo estaba haciendo bien. Era veloz e inteligente; avanzaba cuando podía, y cuando no, trabajaba con inteligencia en lugar de fuerza bruta. La forma en la que cruzaba el puente oscilante me hizo abrir los ojos de par en par, y el público a mi alrededor se entusiasmaba cada vez más al verla avanzar por el recorrido, superando con facilidad a la mayoría de los otros concursantes.

Los músculos de mi mandíbula se tensaron por la fuerza con la que apretaba los dientes. Era imposible. Me dolía la cabeza por la cantidad de pensamientos contradictorios que me invadían. Quería que fracasara y abandonara la competición, pero al ver su cuerpo temblar frente al muro de piedra, me di cuenta de que deseaba aún más que estuviera a salvo. Parecía derrotada, pero aun así forzó sus brazos temblorosos hacia la pared.

Tenía que dejarlo. Tenía que rendirse. Llevaba la cabeza gacha y el impulso de antes parecía haberse desvanecido.

Debería alegrarme por eso. No merecía estar aquí, mucho menos ganar. Pero en cuanto pensé eso, el vínculo se activó. Algo en lo más

profundo de mí tiró con fuerza y vi cómo Alana cuadraba los hombros y miraba el muro como si no fuera más que una colina que escalar.

Nada iba a detenerla. Ni la fuerza que requería escalar esa pared vertical, ni la piedra lisa que no ofrecía puntos de apoyo y la obligaba a usar únicamente los brazos. Ni siquiera los otros concursantes que se acercaban al muro por debajo de ella y la observaban, como si también estuvieran fascinados con esta mujer diminuta que estaba pateando el trasero de algunos de los mejores del reino.

Un profundo gruñido brotó de mi pecho, pero el murmullo emocionado del público lo cubrió por completo. Colgó precariamente del borde, solo por un segundo, y juraría que podía oler su sangre incluso desde el estrado. No sé cuándo ocurrió, pero enseguida me puse de pie, sobresaliendo por encima de La Arena, como si una mejor vista pudiera ayudarla de alguna manera.

Me acerqué un paso más al borde de nuestro mirador, con el cuerpo tironeado por una cuerda invisible atada a mi corazón, justo antes de que ella volviera a moverse. Respiré hondo y los latidos de mi corazón retumbaron en mis oídos.

El mundo volvió a enfocarse cuando Harrison volvió a apretarme el hombro. Sus ojos, preocupados, iban de mí al recorrido, donde Alana se detuvo de golpe en el nido de serpientes y cayó hacia atrás. Incluso con la distancia, vi cómo abría la boca en un grito de sorpresa, vi el destello de verdadero miedo cruzando sus bonitas facciones mientras se alejaba del borde.

Eso me detuvo en seco. Después de todo lo que había soportado para llegar tan cerca del final, habría pensado que el último pequeño desafío —ni siquiera me atrevería a llamarlo obstáculo, era tan insignificante— sería pan comido. Al fin y al cabo, era solo un puente.

Pero entonces la vi asomarse por el borde, su expresión palideció aún más antes de obligarse a levantarse, y lo comprendí.

Las serpientes. No le gustaban las serpientes.

Ajá. Bueno, estaba bien saberlo.

El resto del público y yo observamos a Alana mientras recorría los últimos treinta metros del circuito y finalmente cruzaba la línea de meta. Sentí cómo se me retorcía el estómago entre el orgullo y la incredulidad mientras ella se encorvaba sobre sí misma.

Ella... lo logró.

Joder.

Harrison se colocó a mi lado y ambos permanecimos de pie durante el resto del recorrido. No éramos los únicos. La mayoría del público también estaba de pie. Era la carta sorpresa que nadie esperaba.

—Es buena —dijo Harrison, con un tono impresionado a regañadientes.

No respondí.

Observamos cómo el resto de los jugadores atravesaban lentamente los desafíos finales hasta cruzar la línea de meta, y conté concursantes en mi cabeza mientras pasaban. Solo veinticinco pasarían a la segunda prueba y, por desgracia para mí, Alana ya formaba parte oficial de ese grupo.

No si yo tenía algo que decir al respecto.

—¿Puedes bajar ahora mismo? —susurró Harrison. Podía oír la preocupación en su voz, y aunque podría haber pensado que solo se debía a mi bienestar, como amigo, sabía que era algo más.

Los mejores y más brillantes del reino estaban aquí para presenciar las pruebas inaugurales de los Juegos. Cada uno de mis movimientos estaba bajo estricta vigilancia. Un error aquí... podría costarme caro.

Quise gritarle. Estaba bien, más que bien. Puede que Alana hubiera pasado la primera prueba, pero iba a sacarla de ese campo y de mi reino. Tenía que hacerlo.

—No hagas ninguna estupidez, Tristan —continuó Harrison, pero sus palabras no pudieron atravesar el plan que se estaba formando en mi mente.

Mientras bajábamos y nos enfrentábamos a los ganadores, ignoré a Harrison, que iba a mi lado intentando hacerme entrar en razón. Dejé que mi voz retumbara.

—Alana Heart. Acércate y enfréntate a tu maldito crimen.

Alana vaciló solo un segundo antes de dar un paso al frente con la cabeza en alto. Su expresión era neutra, pero todo en ella parecía burlarse de mí. ¿Cómo se atrevía a enfrentarme sin un ápice de vergüenza? ¿Cómo se atrevía a mantenerse en pie, después de casi matarme de preocupación, torturarme con su traición y ahora deshonrar los Juegos que tanto me costó perfeccionar?

Toda La Arena quedó en silencio, esperando, conteniendo el aliento, a que alguno de los dos hablara.

—¿De qué delito se me acusa, Majestad? —dijo, rompiendo la tensión. Mi cuerpo reaccionó de forma involuntaria ante su voz entrecortada, aún áspera y desigual por el esfuerzo. Mi cerebro hizo cortocircuito al recordar la última vez que oí su voz así, sin aliento y temblorosa mientras yo...

Cerré los puños. Me estaba volviendo loco. Tenía que sacarla de ahí.

—Has roto las antiguas reglas de los Juegos Lycan. Tu nombre no es Alana Heart, y no eres una beta como afirmaste cuando te registraste.

El público reaccionó como esperaba. Gritos de asombro resonaron por todo el estadio. Oí a Harrison murmurar una palabrota mientras los miembros del tribunal que me rodeaban comenzaban a cuchichear.

—¿Lo niegas? —pregunté.

Alana estaba tan inmóvil como una estatua, y todo en mí necesitaba que se moviera, que se defendiera, que me demostrara lo mentirosa que era.

En lugar de eso, sus ojos se nublaron, miró por encima de mi hombro y negó con la cabeza. El estadio rugió en respuesta. La misma gente que aplaudía a la competidora sorpresa ahora la abucheaba y exigía respuestas.

—Así que admites que eres Alana Torvald, hija del traidor Rion Torvald. No una beta, sino una...

Dudé al mirar su rostro impasible. No mostraba emoción alguna, pero había algo en su comportamiento que me inquietaba. Parecía desesperada y asustada, como un animal enjaulado.

Harrison carraspeó. Todos esperaban que terminara la frase. No podía echarme atrás ahora, no cuando necesitaba que abandonara los Juegos.

—Una omega —anuncié.

Si antes pensaba que la multitud era ruidosa, estaba muy equivocado. Todos a nuestro alrededor estallaron en indignación. El cuerpo de Alana se encogió, como si intentara protegerse físicamente de los abucheos y las miradas lascivas.

Mis instintos lo odiaban. Me gritaban que me interpusiera, que la protegiera de la furia de la multitud. Todo en mí se rebelaba contra esta escena, especialmente sabiendo que era yo quien la había provocado.

Debería estar protegiéndola.

—Ha infringido las normas —dijo con voz cortante la esposa de uno de mis asesores, una mujer de rasgos afilados. Sus palabras atravesaron el murmullo general—. No tiene derecho a estar aquí. Esto no solo va contra el protocolo, es un insulto a los Juegos.

Todo el cuerpo de Alana se estremeció.

—Debería ser expulsada inmediatamente —gruñó Emmett, con una voz tan pesada como su presencia—. Tiene que haber consecuencias por esto. No podemos dejar que se quede.

Su voz era despiadada y, cuando miré hacia él, estaba fulminando a Alana con la mirada. Uno de sus ojos se crispó y una vocecita en mi cabeza me dijo que estaba reaccionando con demasiada intensidad para la situación.

Sin embargo, esa era la reacción que esperaba. Era la que quería. Alana necesitaba sentir la indignación de todos y retirarse ella misma de los Juegos.

Entonces, ¿por qué cada célula de mi cuerpo estaba llena de arrepentimiento?

—No... no tuve elección —dijo finalmente, con voz temblorosa pero audible.

—¿No tuviste elección? ¿Qué razón podría justificar eso? —pregunté, con una voz lo bastante potente como para silenciar a todos los que me rodeaban.

Una vez formulada la pregunta, me di cuenta de que era algo que llevaba años queriendo preguntarle. No se trataba sólo de los Juegos, sino de todo. ¿Por qué me había traicionado? ¿Por qué huyó?

Alana vaciló, abrió la boca como si fuera a contestar, pero la cerró de nuevo y negó con la cabeza. Al verla, se me revolvió el estómago y me recorrió una sensación amarga de traición, insidiosa y persistente.

Tenía un secreto, igual que hacía años. Seguía siendo una mentirosa.

Tragó saliva antes de hablar.

—Sólo quiero una oportunidad para el premio. Estoy aquí para participar en los Juegos limpiamente, como todos los demás.

—Una oportunidad —repetí, con un tono tan frío que apenas reconocí mi propia voz—. Mentiste. Rompiste las reglas. ¿Y crees que eso te da una *oportunidad*?

Una vez más, Alana me sorprendió. Se enderezó, lenta y deliberadamente, como si cada movimiento le costara, y me sostuvo la mirada. Esta vez, cuando habló, sus palabras no vacilaron.

—Hice lo que tenía que hacer.

El vínculo entre nosotros me sacudió como un rayo. No pude hablar, demasiado consciente del creciente malestar que nos rodeaba. Alana me miraba fijamente, y me di cuenta de que el público murmuraba y especulaba. No hacía falta ser un genio para percibir la historia entre nosotros, y sabía que Harrison me destrozaría más tarde por este momento.

—No puede seguir en los Juegos. Es una violación clara, y socava todo lo que defendemos —intervino de nuevo Emmett, con una voz

aún más fría que antes.

—Lo hizo bien, pero es sólo una omega. La matarán.

—Si pierde la vida compitiendo, será un castigo justo por la vergüenza que ha traído.

Ese último comentario me puso al borde del abismo. La idea de que Alana resultara herida, o incluso muriera, era demasiado para mí. Levanté la mano para silenciar a todos los que nos rodeaban. Las gradas de La Arena seguían vibrando de sonido, pero sólo necesitaba que una persona me oyera con claridad.

—Este no es tu sitio. Has roto las reglas de los Juegos. Renuncia a tu puesto antes de ponerte en ridículo —dije, llenando mi voz con cada gramo de autoridad que tenía.

La miré fijamente, rogando desesperadamente que oyera la advertencia en mis palabras. Sí, estaba enfadado, pero más que eso... no podía soportar verla herida.

Dioses, estaba jodido.

Pasó un minuto. Un lobo menor se habría inclinado, pero Alana sólo agachó la cabeza. Parecía tan cansada. Era imposible que no se rindiera.

—No voy a dimitir —dijo, con una voz tan suave que tuve que forzar el oído para oírla.

Antes de que pudiera presionarla, levantó la cabeza y miró directamente a los miembros del tribunal.

—No voy a dimitir, así que, si eso es todo por hoy, sugiero que dejéis que todo el mundo se marche para descansar y prepararse antes de la próxima prueba.

Algunos jadearon, algunos guardias gruñeron ante su arrogancia, pero todos esperaban a que yo respondiese.

Me llevó un momento. Nunca mostraría mi debilidad diciendo esto en voz alta, pero ella me había sorprendido tanto como a los demás. Estaba *seguro* de que se inclinaría, de que aceptaría la salida con elegancia y se escabulliría con el rabo entre las piernas, como había hecho todos estos años.

No esperaba que me desafiara. En realidad, no esperaba que me excitara, ni que mi polla se estremeciera contra mi muslo.

—El juramento de sangre que hiciste me impide eliminarte —empecé. Era mi última oportunidad. No podía soportar verla continuar—. La magia es vinculante, y no le importan tus mentiras. Pero si continúas compitiendo, serás castigada por tus crímenes en cuanto salgas de los Juegos. Te enfrentarás a las consecuencias por mentir.

La expresión de Alana no cambió.

—Entiendo, Majestad. Arrésteme después de los Juegos si es necesario. Iré de buena gana, siempre y cuando tenga derecho a jugar —respondió con voz cansada.

No intentó refutar los cargos ni convencerme de lo contrario. Nos miró a todos con una aceptación sombría. Sus ojos mostraban una determinación que jamás había visto en nadie.

Me confundió. Dioses, me confundió.

¿Qué podría valer todo esto?

Harrison intervino y permitió que el presentador señalara el final de la jornada. Las preguntas volaban a mi alrededor. Algunos concursantes se marcharon de inmediato, mientras otros se quedaron comentando lo ocurrido.

Alana se dio la vuelta y se alejó, y todo dentro de mí gritaba que la siguiera. Observé su retirada y tragué saliva, y cuando mire a Harrison, vi la simpatía en sus ojos.

Él sabía lo que yo quería hacer, igual que ambos sabíamos que ese no era el momento. Yo era el rey. No podía lanzarme tras una omega rebelde, no después de haberme esforzado tanto en señalar su estatus y humillarla ante el resto de los competidores.

Ahora no.

Había demasiados ojos puestos en mí. Tuve que dejarla ir.

***

No volví a dirigirle la palabra a Harrison antes de marcharme, abandonando La Arena con un movimiento de mi capa. Fue la salida dramática que el público habría esperado tras la debacle con Alana, y actué para mis súbditos casi sin pensarlo.

Sin embargo, al regresar a mi habitación, pude despojarme de todas las expectativas que pesaban constantemente sobre mí. La rabia que sentía latiendo dentro de mí, junto con el dolor del vínculo, que se intensificaba con cada metro que poníamos de distancia entre Alana y yo.

Contuve un gruñido y empecé a pasearme, antes de dirigirme al baño.

No había tenido intención de ayudar a Alana durante la primera prueba. Enviarle energía a través del vínculo... había sido tan natural como respirar. Ahora que tenía un poco de tiempo para pensar y descomprimirme, podía tomar distancia y darme cuenta de que había cometido un error.

Si quería ser sincero conmigo mismo, hoy había cometido muchos errores. Pero... era de esperar, supuse.

Nunca había tomado las decisiones más racionales cuando se trataba de Alana Torvald.

Abrí el grifo e hice una mueca. La idea de que Alana hubiera sido eliminada, de no poder volver a verla ahora que la tenía de nuevo al alcance de la mano... era tan insoportable como tenerla cerca.

Golpeé la pared con el puño, el yeso crujió ligeramente bajo el impacto mientras cerraba los ojos. El impulso de perder el control, de cambiar de forma y correr hasta lograr escapar del torbellino de sentimientos en mi pecho, era fuerte.

Pero tenía un deber. Una responsabilidad con mi gente. No podía levantarme e irme, por mucho que eso facilitara las cosas.

El cuarto de baño se llenó de vapor, y solté un largo suspiro, pasándome la mano por el cabello.

Tenía que afrontarlo. No existía solución que no terminara con la muerte de uno de los dos, o de ambos, y si Alana estaba tan desesperada por participar en los Juegos, si estaba dispuesta a mentir y enfrentarse a las consecuencias legales después...

Odiaba tener que dejarla. Pero no tenía elección.

Me desnudé rápidamente, dejando la ropa amontonada cerca de la puerta, y me metí bajo el agua casi hirviendo. La piel me ardió de inmediato en señal de protesta, y agradecí ese leve dolor mientras me echaba el pelo hacia atrás y dejaba que el calor se llevara el estrés del día.

Sin embargo, el agua no podía hacer nada contra la irritación que bullía en mi interior, sobre todo cuando, de repente, la imagen de

Alana subiendo al escenario de los ganadores se apoderó de mi mente.

Incluso sucia, cansada y nerviosa, seguía siendo jodidamente hermosa. Delicada, pero con curvas, exactamente como la recordaba, aunque ahora parecía algo más delgada que hacía cinco años. Sus mejillas estaban un poco más hundidas, sus huesos más marcados y, a pesar del agotamiento, sus ojos seguían siendo igual de afilados.

Me dieron ganas de atraparla con la mano. De empujarla contra la pared más cercana y rodearle el cuello con los dedos, sólo para que no se moviera cuando acercara mi nariz a su piel y aspirara su aroma...

El gruñido que vibró en mi pecho me sorprendió, y mi polla se endureció rápidamente siguiendo el rumbo de mis pensamientos. El estallido de excitación fue tan repentino que me hizo jadear, y no me detuve a pensar en lo adecuado de mis actos antes de llevar una mano hasta envolverme la polla.

El contacto de mi mano contra la carne sensible fue casi demasiado, y me giré para recostarme contra la pared, dejando caer la cabeza hacia atrás con un golpe sordo mientras me acariciaba, lento y apretado. Normalmente no solía dejarme llevar de esta manera, pero ahora...

Ahora mismo, la rabia que se retorcía en mi vientre hacía que cada movimiento de mi mano contra mi polla se sintiera prohibido, tabú de una manera que me excitaba profundamente, a pesar de todo. A pesar de cómo me había traicionado, a pesar de cómo seguía mintiéndome, tanto en público como en mi mente...

Dioses, todavía la deseaba.

Me apreté la polla, casi demasiado fuerte para resultar placentero, y solté un siseo mientras comenzaba a masturbarme con

determinación. Retorcía la palma contra la cabeza hipersensible en cada subida, y detrás de mis párpados, nadaban recuerdos que había intentado enterrar.

Cómo se había sentido cuando la tomé por primera vez, arrebatándole su inocencia. La forma en que había gritado mi nombre, arañando mi espalda como si su único propósito fuera sostenerse.

La forma en que sus labios susurraban sobre mi piel, besándome con demasiada ternura para alguien que me estaba mintiendo de forma tan descarada. Haciéndome creer que me deseaba tanto como yo a ella. Haciéndome pensar que el vínculo que crecía en nuestros pechos significaba algo.

Mostré los dientes en un gruñido y mi mano aceleró el ritmo. La conexión ardía dentro de mí, deseando que Alana estuviera allí conmigo, ahora mismo, pero eso no iba a pasar. Esto tendría que bastar.

—Joder... —susurré entre dientes apretados mientras sentía que el orgasmo se acumulaba en lo más profundo de mi vientre.

Me acaricié más fuerte, más rápido. Me aferraba a mi polla mientras me apoyaba contra la pared, con demasiados recuerdos, pensamientos y sensaciones agolpándose en mi mente y haciendo imposible pensar en otra cosa.

Alana sonriendo.

Alana luchando.

Alana corriendo.

Alana gimiendo mi nombre mientras la follaba y la hacía correrse sobre mi puta polla...

—¡Joder! —Mis ojos se abrieron de golpe y apenas tuve tiempo de apoyar una mano contra la pared antes de que mis rodillas cedieran bajo mí.

Mi polla se estremeció en mi mano y disparó semen con tanta fuerza que pinté la pared de enfrente. El placer fue tan abrumador que mi visión se nubló unos instantes, y el gemido que solté resonó entre las paredes antes de desvanecerse, quedando sólo el sonido del agua corriendo.

—Hijo de puta —siseé, acariciándome la polla reblandecida una vez más, estremeciéndome ante la sensibilidad.

Vi cómo el agua de la ducha arrastraba mi semen, y me metí bajo el chorro para limpiarme, con una creciente sensación de terror oprimiéndome el pecho.

Esto iba a ser un desastre.

Si esto era lo que sentía por ella después de un solo día... aún quedaban dos semanas más de pruebas.

Y yo conocía personalmente cada uno de los desafíos que Alana tendría que soportar para llegar hasta el final y tener una oportunidad de ganar el premio.

No podía soportarlo. No podía verla pasar por todo eso.

Tenía que averiguar por qué estaba aquí, para poder encontrar la forma de mandarla de vuelta a casa.

Por mi cordura... y por la suya.

21

—•—

Alana

Las puertas de la arena estaban muy lejos, pero no lo suficiente.

Apenas dormí en toda la noche, atormentada por la humillación pública a la que me enfrentaba, por las crueles palabras que me escupían y por los ojos plateados que seguían cada uno de mis movimientos. Cuando volví al apartamento, estaba hecha un desastre, conteniendo las lágrimas y desesperada por sacudirme la opresión del pecho que me dificultaba la respiración.

Mi única salvación fue que Arthur ya había acostado a Lia. Había apagado la retransmisión en directo de las pruebas en cuanto Tristan pronunció mi nombre, a pesar de la curiosidad de Lia.

Incluso pensar en su nombre me revolvía el estómago. Le conté a Arthur lo sucedido lo mejor que pude, pero mi cuerpo me estaba fallando y me arrastré hasta la cama sin responder a ninguna de sus preguntas. No sabía si fue la tensión física o mental lo que me hizo correr hacia el dormitorio, pero daba igual. Mi cuerpo estaba cubierto de moratones, y mi corazón también.

Cuando cerré la puerta de la habitación tras de mí, me apoyé en ella mientras mis rodillas amenazaban con ceder. Respiraba entrecortadamente y me agarré al marco de la puerta para intentar estabilizarme.

El pánico fue repentino, agudo y desbordante. Se me oprimió el pecho y se me nubló la vista al deslizarme por la puerta, con la espalda pegada a la fría madera.

Había cerrado las manos en puños, clavándome las uñas en las palmas mientras intentaba llenar los pulmones de aire. Cada respiración era una batalla, superficial, irregular. Me apreté el pecho con una mano temblorosa, como si pudiera evitar que la conexión entre nosotros tirara de mí hacia él.

Mis pensamientos se desbordaban y mi respiración empeoraba.

Tristan no dejaba de indagar. Quería saber qué hacía aquí, lo vi en sus ojos. No dijo nada, pero fue capaz de sentir mi desesperación, simplemente lo sabía.

Cuanto más tiempo pasara aquí, más probabilidades había de que me descubrieran.

De que él lo descubriera.

Lo sabrían. Investigarían mi pasado y lo sabrían, y él la trataría con la misma crueldad con la que me trató a mí.

Pensar en Lia me hizo reaccionar, y me colé en su habitación para ver cómo estaba. Dormía, inocente e inconsciente. No sabía nada de la tormenta que había desatado. Ver su carita dormida calmó mi corazón acelerado.

Estaríamos bien. Todo... estaría bien.

Suspiré y me tumbé junto a Lia, rodeando su pequeño cuerpo con los brazos. Me dormí casi al instante.

***

Lo que no te cuentan sobre dormir junto a una niña de cuatro años con demasiada energía es que se despiertan pronto, y que mientras *duermen*, siguen contoneándose como si sus diminutos cuerpos no pudieran contener toda su energía, ni siquiera dormidos. Dormir bien en esas condiciones es casi imposible para los adultos que los cuidan.

Ni que decir tiene que, durmiendo junto a Lia, no descansé mucho, y me desperté con el cuerpo todavía pesado por el cansancio.

Ahora, la niña pacífica que dormía se había transformado en un torbellino de energía, rebotando por el apartamento y suplicando salir a ver la ciudad. Por suerte, no se había dado cuenta de mi crisis de anoche.

—¡Mamá, podemos volver a ver esos mantabaristas!

—Se llaman malabaristas, mi vida —respondí, ya sin excusas para no salir del apartamento.

Teníamos un día de descanso entre la primera y la segunda prueba, y lo único que yo quería era dormir, pero Lia se había despertado sin dolor y quería mejorar su forma de caminar.

Normalmente habría dejado que Arthur la llevara solo, pero esto no era un simple mercado en los territorios de las afueras. Estábamos en la ajetreada capital del reino. Salir solos pondría un blanco en sus espaldas, y estar con ellos sería un blanco aún mayor... pero al menos, si iba con ellos, podría cumplir mi papel en la protección de mi hija.

—Puedes decirle que no, ¿sabes? —susurró Arthur para que Lia no lo oyera. Había visto el desastre que fui anoche. Sabía lo que me esperaba ahí fuera.

—No puedo tenerla encerrada. Esa no es forma de vivir —dije.

Los dos sabíamos a qué me refería. Yo había vivido encerrada toda mi vida. Aunque fuera por preocupación más que por malicia, no iba a hacerle eso a mi niña.

Terminamos de prepararnos. Lia ya estaba acostumbrada a llevar un bloqueador de olores, así que no protestó. Dudé en ponerme uno, pero decidí no hacerlo. Ya no tenía sentido, no con mi apellido y mi condición de omega revelados al reino. Era mejor ahorrar los que nos quedaban.

Vacilé frente a la puerta. Lia parecía estar bien ahora, pero ¿y si se caía o tenía un episodio? ¿Y si el odio que recibí en la arena me seguía fuera de los Juegos? No podía echarme atrás, aunque la ansiedad me asfixiaba.

Nos quedaríamos cerca del apartamento y sólo estaríamos fuera poco tiempo, me repetí. Podría mantenerlos a salvo.

Abrí la puerta y Lia tiró de mí con toda la fuerza de una niña pequeña, con una mano firme en la mía y la otra sujetando su lobo de madera favorito. Arthur soltó una risita leve y pronto estábamos en medio del caos de la calle.

La calle estaba llena de artistas y puestos. Nos dirigimos en dirección opuesta a La Arena, alejándonos también de la parte más concurrida.

Lia señalaba todo lo que veía, desde los músicos que cantaban canciones tradicionales hasta las comidas más extrañas. Arthur le explicaba todo mientras yo mantenía un oído en su conversación y el otro atento al murmullo de la multitud.

La gente hablaba de los Juegos, pero aún no había oído mi nombre. De vez en cuando, alguien se burlaba del temerario omega o comentaba su preocupación por el destino de los competidores, pero la mayoría especulaba sobre la prueba de mañana. Parecía que la emisión no captó todos los detalles de mi enfrentamiento con Tristan, así que no tenían mucho de qué hablar.

Tampoco escuché ninguna mención a la manada de Torvald, lo cual fue un alivio. Mi padre no se atrevía a poner un pie en la capital cuando la seguridad estaba tan reforzada por los Juegos. Por eso me envió de incógnito hace tantos años.

Un dolor agudo me hizo frotarme el pecho de forma automática mientras intentaba borrar esos recuerdos de mi mente. La ansiedad se disparó al pensar en mi padre. Hacía años que no lo veía, desde que me escapé, y siempre rondaba en mi mente la idea de que pudiera encontrarme.

Sin embargo, era extraño. Al concentrarme en la molestia que latía bajo el esternón, me di cuenta de que no sentía el dolor abrumador que esperaba tras lo de ayer. Giré los hombros y noté un dolor sordo por los hematomas, pero nada parecido al dolor crónico con el que solía despertarme cada día. Inexplicablemente... me sentía mejor.

No completamente, no entera, pero mejor que en años.

El malestar se convirtió en un zumbido bajo mis costillas y apreté los dientes. Odiaba lo que significaba, lo que no podía ignorar después de sentir cómo el vínculo cobraba vida en cuanto lo vi.

Era por Tristan, por mucho que no quisiera admitirlo. Me sentía mejor, tanto física como emocionalmente. No era sólo físico. Los años de dolor y fatiga se habían apagado, lo suficiente como para notarlo, lo suficiente como para hacerme desear más.

No podía permitírmelo. No lo permitiría.

No se trataba de él.

No podía ser.

Necesitaba una distracción.

Vi un puesto de muñecas de madera y se lo señalé a Lia. Chilló de alegría y tiró de mí hacia allí, abriéndose paso entre la multitud con determinación absoluta. No pude evitar reírme en voz alta por su entusiasmo, y mientras ella se acercaba a mirar los juguetes, hice un cálculo mental del dinero que teníamos. No nos sobraban las monedas, pero tal vez podría negociar el precio lo suficiente como para permitirnos un pequeño capricho.

—¡Mamá, mira, el lobo la está protegiendo! —dijo Lia, colocando su lobo de juguete delante de una delicada muñeca de madera con coletas—. ¡No se preocupe, señorita, ahora nada le hará daño!

Sonreí disculpándome a la vendedora, pero ella me devolvió una sonrisa amplia y agitó la mano en el aire. Sin duda, Lia sabía cómo encandilar a cualquiera.

Estaba a punto de preguntarle cuánto costaba la muñeca, cuando noté que su mirada se desviaba por encima de mí y su ceño se fruncía. Me giré de inmediato, siguiendo su mirada, en guardia antes incluso de entender lo que veía.

Dos hombres grandes estaban al borde de la calle, inmóviles, observando con dureza a todos los que pasaban. Se me erizó el vello de la nuca al ver su postura, y mis hombros se encorvaron un poco en un intento de protegerme y pasar desapercibida. Tenían que ser guardias, aunque no lo parecieran por su ropa. No tuve tiempo de pensarlo más antes de que la tensión creciente en el pecho me diera la pista.

Tristan apareció junto a sus guardias, y sus ojos encontraron los míos de inmediato. Se entrecerraron, y el pánico estalló en mi

interior cuando miré a Lia. Seguía jugando con la muñeca que había elegido, y Arthur estaba junto a ella, protegiéndola del gentío con su cuerpo.

Joder.

¡Joder!

No podía estar aquí. No podía verla. Esto no podía estar *pasando*.

—Art, lleva a Lia a comer un helado, por favor. Nos vemos allí en un minuto —dije en voz alta y cortante, intentando sonar normal, aunque supe que había fallado cuando Arthur me miró con preocupación. Le susurré un *«por favor»* sin voz y él asintió a regañadientes.

Lia aceptó enseguida cuando oyó la palabra «helado» y le confirmé que sí, podía tomar dos bolas. Los vi caminar hacia el otro extremo del mercado antes de girarme en dirección contraria, hacia Tristan.

Tenía que mantenerlo alejado de ella. Podía manejar a Tristan, pero... Lia no. Ella no podía saberlo.

Sí, sabía que no era justo evitar que conociera la verdad sobre su padre. Igual que no era justo mantener a Tristan alejado de Lia.

Pero el dolor que me provocó con su rechazo seguía estando tan fresco como entonces, incluso después de todos estos años, y Lia era lo único que tenía en mi vida que era sólo mío.

Y fuera rey o no, no iba a dejar que Tristan me lo quitara.

Cuando por fin me acerqué a él y a sus guardias, el estómago se me cayó. Estábamos a un paso del caos de la multitud, pero se sentía como si estuviéramos los dos solos en medio de la nada.

Tristan estaba de pie bajo el sol, su presencia claramente más imponente que la de cualquiera a su alrededor. No habló de inmediato, sus ojos grises plateado escudriñaron mi rostro, mi postura. El aire entre nosotros era denso, el vínculo chispeaba violentamente, tirando de mí hacia él. Lo quería, quería tocarlo.

No tocarlo ahora que estaba a un paso... era casi tan doloroso como haber estado lejos.

Tragué saliva con fuerza y crucé los brazos sobre el pecho para poner distancia entre nosotros.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz más baja de lo que pretendía.

No respondió de inmediato. En su lugar, hizo un gesto a sus guardias y estos se alejaron sin decir palabra, dejándonos realmente solos a pesar del bullicio que nos rodeaba.

—He venido a hablar —dijo finalmente, con voz áspera.

Los dos susurrábamos, aunque no había nadie cerca que pudiera oírnos. Era más íntimo, como si no estuviéramos en público.

—No hay nada de qué hablar —dije rápido, con el corazón a mil—. Dije todo lo que tenía que decir en la ceremonia.

Una emoción brilló en sus ojos, pero desapareció antes de que pudiera identificarla. Fuera lo que fuera, quedó ahogado rápidamente por la ira que recordaba del final de la prueba.

—No me mientas, Alana —dijo, con la mirada entrecerrada—. Otra vez no.

Me estremecí ante la insinuación de sus palabras. No quería enfrentarme al pasado del que había intentado huir con tanta fuerza.

Aun así, no podía dar un paso atrás. No iba a hablar de nuestro pasado, pero tampoco iba a empeorar las cosas más de lo necesario.

—Te dije a ti y a todos los que estaban ahí fuera por qué estoy aquí. Quiero ganar los Juegos limpiamente. Eso no ha cambiado. No sé qué más quieres que te diga.

Sus ojos se clavaron en los míos y me encendieron por dentro, por completo.

—No —dijo en voz baja, acercándose—. Ha cambiado. Todo ha cambiado.

22

Tristan

Alana me fulminó con la mirada, pero no me eché atrás. No podía. Ahora estábamos en una bulliciosa plaza pública, pero en nuestra propia burbuja. Podía sentir los ojos de la gente a nuestro alrededor, observando cómo el rey hablaba con la humilde omega que había irrumpido en los Juegos Lycan.

Debería preocuparme más por cómo se veía esto. Estaba seguro de que Harrison me echaría la bronca por esta pequeña excursión cuando volviera al palacio. Pero por ahora...

Por ahora, no me importaba.

Alana estaba cerca de mí por primera vez en años, la tensión entre nosotros era altísima incluso mientras el antagonismo hervía a fuego lento. Ninguno de los dos gritaba, ninguno intentaba arrancarle la cabeza al otro...

Todavía no.

Desplacé la vista por encima de su cabeza y observé todo lo que nos rodeaba. Mis guardias hacían su trabajo manteniendo a la gente

alejada, y me incliné para poder hablar en voz baja, lo suficiente para que Alana me oyera.

—¿Podemos ir a otro sitio? ¿A hablar en privado?

Los ojos de Alana se desviaron hacia un lado y luego volvieron a mirarme, casi demasiado rápido para que lo notara. Pero lo vi, y seguí su mirada, viendo de inmediato en qué se había concentrado.

El hombre alto y mayor con el que había hablado antes de cruzarse conmigo y una niña pequeña estaban de pie cerca de un puesto de helados.

La niña no tendría más de cinco años, con el cabello oscuro recogido en una dulce media coleta que dejaba ver el rubor alegre de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Un flequillo le cubría la frente y fingía dar de comer helado con la cuchara a un lobito de juguete que tenía en la mano, riéndose a carcajadas mientras el hombre mayor la miraba sonriendo con indulgencia.

No entendí. No…

Me volví hacia Alana, y sus ojos se abrieron de par en par, llenos de pánico cuando me miró. Había miedo en su mirada, uno que antes no existía, lo que me confundió aún más.

—No... no puedo —consiguió decir finalmente Alana, con un temblor en la voz apenas perceptible—. Y en realidad no quieres que lo haga, Tristan. No me vengas con esas tonterías.

Escupió las palabras, y la ira volvió a brotar en mi interior, quemando la curiosidad que había sentido por esos dos desconocidos.

—No me digas lo que siento —le espeté, entrecerrando los ojos y fulminándola con la mirada.

—Entonces no seas un imbécil —me respondió, devolviéndome la mirada multiplicada por diez, y la conexión entre nosotros se tensó, rogándome que alargara la mano y la acariciara. Para sentir su suave piel bajo mis dedos por primera vez en demasiado tiempo.

Dejé escapar un gruñido frustrado, levantando las manos para pasármelas por el pelo. Apenas era consciente de que estaba en público, y era una de las primeras veces que lo estaba sin que se tratase de un evento oficial en años.

Mi gente me estaba mirando, viendo a su rey actuar de una forma completamente impropia...

Y no me importaba una mierda.

No cuando Alana estaba tan cerca. Un enigma, un hermoso rompecabezas que me frustraba como ninguna otra cosa.

No ayudaba que, de vez en cuando, el viento me trajera su aroma real.

Se me revolvía el estómago, y el lobo que habitaba en mí gruñía, se paseaba y suplicaba salir para reclamar lo que era nuestro. Era toda la fuerza de esa dulzura tenue que había percibido años atrás, y lo único que deseaba era hundir la nariz en su cuello y absorberla toda.

Alana cruzó los brazos sobre el pecho, mirándome con una expresión que fue como una bofetada. Di un paso atrás. De ninguna manera permitiría que la tocara, mucho menos que la marcara descaradamente.

Tuve que recordármelo una y otra vez. Recuperé la compostura, suavicé mi expresión y la miré con frialdad.

—Dime por qué estás aquí, Alana —dije con firmeza, llevando la conversación al verdadero motivo por el que la necesitaba—. Porque

hay una razón. No habrías vuelto, no te habrías arriesgado a verme... si no hubiera un maldito buen motivo.

La expresión de Alana vaciló apenas un instante, pero suficiente para despertar mi curiosidad.

—Te lo dije —dijo finalmente tras un pesado silencio—. Sólo quiero la oportunidad de competir en los Juegos para ganar el premio. No sé por qué sigues preguntando, como si estuviera mintiendo...

—Porque mientes —solté, perdiendo el poco control que me quedaba—. Me has mentido. Así que perdóname por pensar que serías capaz de hacerlo otra vez.

Alana se echó hacia atrás, los ojos moviéndose de un lado a otro antes de volver a fijarse en mí.

Era ligeramente consciente de que mis guardias mantenían a la gente alejada, pero yo sólo veía a Alana.

Sus mejillas se tiñeron de rabia y continué:

—¿Pensaste que podrías entrar en mis Juegos sin que te viera? ¿Que podrías escaparte sin que me diera cuenta?

Tragó saliva y negó lentamente con la cabeza.

—Sabía que te vería —susurró—. Tenía que correr el riesgo.

Solté una carcajada amarga, metiendo las manos en los bolsillos.

—¿En qué clase de lío te has metido para que esto valga la pena, Alana? —me burlé—. Creí que eras más lista. Lograste ocultarte de mí durante cinco años. Esto no se parece en nada a tu patrón.

Se encogió como si la hubiera abofeteado, y asentí, sabiendo que toda la rabia y frustración de esos años estaba escrita en mi rostro.

—¿De verdad pensabas que te dejaría escapar tan fácilmente? Te he estado vigilando, pequeña. Eras increíblemente difícil de seguir.

Su rostro palideció, sus labios se entreabrieron y se cerraron varias veces, hasta que su expresión se endureció.

—¿Por qué? —escupió—. ¿Por qué te importa tanto? ¿Qué podías ganar siguiéndome como un maldito acosador?

—Soy el rey, Alana —repliqué—. Es mi deber saber todo lo que ocurre en mi reino. Incluido si alguna bonita omega, demasiado sigilosa y con poco instinto de supervivencia, iba a venderme a mis enemigos.

Las palabras cayeron pesadamente entre nosotros, y su expresión titiló con culpabilidad.

—No iba a hacerlo —murmuró finalmente, apartando la mirada—. Yo... te lo dije. Tenía que espiarte. Mi padre...

Asentí con gravedad, cerrando los puños en los bolsillos, lejos de su vista.

—Oh, sé todo lo que hizo tu padre. Habló mucho en cuanto lo encerré en mis mazmorras.

Su mirada se alzó, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

Ladeé la cabeza. Así que no lo sabía. Interesante.

—¿No lo sabías? —Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro, aunque me sentí incómodo—. Asalté su finca. Después de que desaparecieras. Necesitaba saber si me habías vendido, y tu misión fue la gota que colmó el vaso. Lo capturé a él y a todos los que le eran leales.

Sus ojos se agrandaron mientras me miraba, y se pasó la lengua por el labio inferior, gesto que provocó un estremecimiento bajo mi estómago.

—¿Está... quiero decir... —tragó saliva— ¿Le hiciste daño?

Solté una carcajada sin humor.

—¿De verdad crees que te dejó sola todos estos años por pura bondad? Vamos, Alana. Eres más lista que eso.

—Está muerto —lo dijo como un hecho, y me revolvió el estómago.

La miré buscando tristeza, culpa o ira, pero lo que encontré me dejó anonadado: gratitud... y alivio.

—Siempre me pregunté por qué me había dejado en paz —murmuró.

Bajó la mirada a nuestros pies y luego me miró otra vez. Su expresión se suavizó por primera vez desde que nos volvimos a encontrar, y ese gesto me desarmó.

Me dieron ganas de envolverla en mis brazos y protegerla de todo.

—Gracias —susurró.

Volvió a mirar hacia el hombre mayor y la niña, luego a mí.

—Realmente no sabes cuánto peso me quitas de encima.

Tragué saliva. Su gratitud tenía sentido, sobre todo tras saber, por boca de Rion, cómo la había tratado.

La horca había sido un destino demasiado piadoso para él.

Sin embargo... algo no encajaba. La intensidad de sus palabras no era normal. No después de tantos años.

Volví a mirar al hombre mayor y a la niña. La niña... tenía su mismo cabello oscuro, la misma redondez en la cara.

—¿Quiénes son, Alana? —pregunté, mi voz era suave, pero en el fondo era una orden.

Alana se tensó, y toda la suavidad desapareció de su rostro, reemplazada por una protección feroz.

—No es asunto tuyo, Tristan —espetó, cruzando los brazos sobre el pecho.

Su actitud defensiva me irritó.

—Estás en mi reino. En mis Juegos, Alana. Todo lo que hagas es asunto mío.

Di un paso hacia ella, y volví a mirar a la niña más de cerca.

Incluso desde lejos, el parecido era innegable.

—¿Ella es...? —Las palabras salieron de mi boca antes de poder detenerlas.

Alana soltó un sonido estrangulado y me tapó la boca con la mano.

El contacto repentino me silenció de inmediato.

Se acercó, susurrándome con voz baja:

—No la mires, Tristan. No le hables. No pienses en ella. Estoy aquí para competir. Y después de ganar, desapareceré de tu vida perfecta y podrás seguir como si yo nunca hubiera existido. ¿Está jodidamente claro?

Había un brillo salvaje en sus ojos que despertó mi lado más primitivo. Quería discutir, quería apretarla contra mí, quería besarla...

Pero antes de que pudiera hacer nada, soltó mi boca y se alejó corriendo. Se acercó a la niña y al hombre mayor, la tomó en brazos, y desaparecieron entre la multitud.

El hombre mayor me lanzó una breve mirada cargada de algo familiar... pero no tuve tiempo de identificarlo antes de que también se desvaneciera.

Me quedé allí, en medio de la plaza, siendo un amasijo de emociones: anhelo, deseo, frustración.

Uno de mis guardias se acercó, pero hice un gesto para que me dejara en paz y me di la vuelta para regresar al palacio.

Necesitaba pensar. Necesitaba... Bueno, necesitaba a Alana, pero estaba claro que no iba a tenerla.

Terca. Maldita. Omega.

23

—•—

Alana

Aquella noche, el ruido de la ciudad se escuchaba a través de mi ventana y yo daba vueltas en la cama, mordiéndome el labio una y otra vez mientras miraba al techo. Lia dormía en la otra habitación y no había hecho ninguna pregunta cuando volvimos a casa, a pesar de que me sentía como si me hubiera atropellado un camión emocional.

Pero Arthur lo sabía. Él tampoco preguntó nada, pero lo sentí en la forma en que me miraba. En la manera en que me abrazó antes de ayudar a Lia a acostarse, y en la forma en que me miró antes de desaparecer de mi vista. Puede que no supiera exactamente qué había pasado mientras no estaban, pero sabía que, fuera lo que fuese, me había afectado más que cualquier otra cosa en los últimos cinco años.

Me palpitaba el vínculo en el pecho e hice una mueca mientras me frotaba el punto sobre el esternón. Cada vez me resultaba más difícil ignorarlo. Cada vez que me encontraba con Tristan, cada vez que estaba en su campo de visión y él me observaba... se hacía más difícil alejarme de él.

Y eso era un pensamiento aterrador. Porque ¿qué pasaría cuando ganara las pruebas, y me llevara el premio al final? ¿Qué pasaría cuando curara a Lia y me llevara a mi hija —su hija— lejos, sin volver a verlo nunca más?

Joder.

Me dolía el corazón. Y no quería pensar en el futuro, ni en las cosas aterradoras que aún estaban por venir. Todavía tenía que superar las pruebas antes de enfrentarme a esa posibilidad, así que por ahora... por ahora no iba a preocuparme por ello.

Me iba a dormir.

***

Estábamos otra vez en la habitación de Tristan. Sabía que estaba soñando porque todo tenía esa sensación brumosa y demasiado suave. Todo lo que no miraba directamente parecía desvanecerse en la oscuridad, y lo único en lo que podía concentrarme era en él, de pie frente a mí, mirándome como si yo hubiera colgado la luna.

—Ven aquí, Alana —dijo, tendiéndome la mano.

No pensé. No consideré las consecuencias. Simplemente fui, dejándome rodear por sus brazos y levantando la cabeza hacia él en señal de súplica.

El primer contacto de sus labios con los míos me hizo gemir, y me hundí en su contacto, rodeándole el cuello con los brazos y rindiéndome. Era inútil resistirse, no aquí.

Aquí podíamos estar el uno con el otro. No teníamos que lidiar con los sentimientos complicados y las situaciones del mundo real. Podíamos simplemente existir y ceder a los impulsos que durante

tantos años habíamos estado demasiado lejos como para permitirnos.

Me mordisqueó el labio inferior con los dientes y gemí de nuevo, clavándole los dedos en la nuca, sacando las garras mientras me aferraba a él. Gruñó, y ese sonido de alfa me revolvió el estómago. Cuando se separó de mí, sus pupilas estaban completamente dilatadas, desesperadas y necesitadas de todo lo que podía darle.

—No vas a volver a huir de mí —gruñó. Sus brazos me rodearon la cintura y su firme tacto me hizo sentir enraizada de una forma difícil de explicar—. Nunca más.

Sus dedos se clavaron en mis costados, el dolor despertó la excitación entre mis piernas, y gemí antes de asentir con impotencia, apretándome más contra él, desesperada por que siguiera tocándome. Que me amara. Que hiciera más.

—Nunca más —susurré, con la voz entrecortada y necesitada—. Por favor, Tristan.

Cuando se apartó, sus ojos intensos y embriagadores me hicieron gemir mientras me guiaba de espaldas hacia la cama, empujándome suavemente hasta que caí sobre las sábanas, mis extremidades indefensas. Observé, hambrienta, cómo se subía la camisa por la cabeza, dejando al descubierto los músculos definidos de su torso, y luego bajó la mano para desabrocharse los pantalones sin esperar.

Se me hizo la boca agua y, al parecer, notó mi impaciencia, porque sus movimientos se ralentizaron y una pequeña sonrisa curvó la comisura de sus labios.

—Desnúdate, nena —susurró. Sus manos se detuvieron en el cinturón y solté un gemido involuntario mientras me esperaba—. Ahora.

Hice un puchero y, de repente, los dos estábamos desnudos, nuestras extremidades enredadas entre sí sobre el colchón. La piel de Tristan era suave contra la mía, cálida y sensual mientras nos deslizábamos juntos, y una de sus manos acarició mi columna vertebral, haciéndome arquear hacia él mientras sus labios recorrían la columna de mi garganta, mordisqueándome y dejando marcas ardientes, proclamando su presencia a cualquiera que mirara.

Era posesivo y delicioso, y lo amaba y lo odiaba a partes iguales.

—Joder... —jadeé, mis muslos se deshicieron cuando su otra mano se deslizó por mi cadera y luego entre mis piernas. Sus yemas acariciaron el interior de mis muslos apenas un segundo, y se incorporó, suspendido sobre mí, con una sonrisa aún más amplia que antes.

—Eso es, nena —arrulló—. Haz esos dulces y sexys sonidos para mí. Recuérdame que eres mía. No importa lo lejos que huyas de mí, siempre serás mía.

Se inclinó y volvió a juntar nuestros labios, y nada habría impedido que rodeara su cintura con mis piernas. Su peso cálido y pesado sobre mí era reconfortante de una forma que no sabía que deseaba, y gemí en su boca cuando frotó la dura longitud de su polla contra mi cadera.

Lo quería dentro de mí. Lo quería tan cerca como fuera humanamente posible. Quería que el dolor en mi pecho por el vínculo insatisfecho desapareciera, aunque fuera por un segundo...

—Joder, nena —gimió Tristan.

Se apartó para mirarme, como todo un alfa, y sentí a su lobo extendiéndose hacia el mío, rogándome que jugáramos. Me contuve. Me negué; sólo haría las cosas más difíciles y confusas si dejábamos que nuestros lobos se aparearan como la naturaleza había planeado.

Pero eso no significaba que no pudiera tenerlo ahora.

—Por favor, Tristan —suspiré. Enganché mi pierna alrededor de su cintura, acercándolo, y la cabeza de su polla rozó mi entrada sensible mientras nos acomodábamos—. Por favor, te necesito. Te necesito dentro de mí, por favor.

Su sonrisa se ensanchó y bajó para rozar la punta de su nariz con la mía.

—Debería hacerte suplicar —murmuró—. Por hacerme esperar todos estos años. ¿Te mereces mi polla, nena?

Solté un pequeño gruñido omega, patético en comparación con su rugido alfa, pero no importaba. Su comportamiento cambió al instante, volviéndose más animal y embelesado, y se movió apenas un poco, encajándose bien contra mí, antes de empujar con un movimiento suave de caderas.

—¡Joder! —Mis manos encontraron su espalda, arañando y buscando cualquier tipo de apoyo mientras él marcaba un ritmo brutal. Hacía tanto tiempo que no estaba con alguien que la sensación de que me llenara era casi demasiado, abrumadora, y solté un grito impotente mientras me apretaba contra él, enterrando la cara en su cuello para respirar su aroma.

—Fóllame... —gimió Tristan, y sus dedos se clavaron en mi espalda donde aún me sostenía, mientras la otra mano encontraba mi muslo para mantenerme levantada y abierta para él. Indefensa, mientras me follaba y nos daba a ambos lo que necesitábamos.

—Mmm... —No podía hacer otra cosa que gemir y suplicar, y el vínculo en mi pecho era tan, tan feliz. Palpitaba, contento de estar junto a nuestra alma gemela, rogando por que diésemos un paso más para completar el vínculo...

—Por favor, Tristan —jadeé, clavando las uñas en su nuca. Si le dolía, no me lo dijo. Ya ni siquiera sabía por qué suplicaba. El placer acumulándose entre mis piernas era delicioso y abrumador de la mejor manera, y, por los Dioses, quería, necesitaba...

—Está bien, nena —gruñó, separándose lo justo para mirarme a los ojos. Apenas tuve tiempo de ver el destello posesivo y ligeramente desquiciado en su mirada cuando terminó—: Sé exactamente lo que necesitas.

Entonces mostró los dientes, sus ojos centellearon en un plateado aún más brillante, y se inclinó para morderme en la garganta, rompiendo la piel justo cuando el orgasmo que había estado conteniendo estalló en mi interior y me hizo gritar...

Toc. Toc. Toc.

Me incorporé bruscamente en la cama, y la brillante luz matinal que se filtraba por la ventana me hizo estremecerme y fruncir el ceño mientras me cubría los ojos.

—Alana. Cariño, tienes que empezar a prepararte para la segunda prueba. Necesitarás estar a pleno rendimiento —dijo Arthur desde el otro lado de la puerta con voz suave. Mi estómago se retorció mientras sacudía la cabeza e ignoraba firmemente la excitación que todavía zumbaba en mi cuerpo a causa de aquel maldito sueño.

—Gracias. Estoy despierta. Saldré en breve.

Escuché los pasos de Arthur alejándose y solté un suspiro tembloroso, apartándome el sudoroso cabello de la frente. Todo mi cuerpo seguía vibrando por el sueño, y podía oler el dulce aroma de mi excitación impregnando el aire de la habitación como hacía mucho, mucho tiempo que no ocurría. Era perturbador, y no podía pensar en ello ahora. No cuando tenía que prepararme para una prueba y enfrentarme al origen de mi sueño al llegar al palacio.

—Si hoy pudiera no presentarse, sería estupendo —murmuré, sacando las piernas por el borde de la cama y dirigiéndome al baño. Me duché rápidamente, permitiéndome disfrutar de mi mezquina satisfacción interna solo por un momento. Por supuesto, sabía que las posibilidades de que Tristan no estuviera en cada una de las pruebas eran nulas, pero sin duda me haría la vida mucho más fácil si no estuviera allí.

Cuando me duché y me vestí, con el pelo bien recogido y apartado de la cara para que no me estorbara en la prueba a la que tenía que enfrentarme, ya me había tranquilizado. El sueño sobre Tristan estaba firmemente guardado en una cajita en el fondo de mi mente, bien compartimentado para que no interfiriera en la tarea que tenía por delante.

Tristan había dejado más que claro su desprecio hacia mí, y lo mucho que deseaba que me marchara y saliera de su vida otra vez. Iba a superar las pruebas, ganar el premio para poder curar a Lia, y después iba a hacer exactamente eso.

Lia estaba sentada en la mesa de la cocina con Arthur cuando salí a la zona principal del pequeño apartamento, comiendo cereales con los ojos pegados al televisor. Me asomé y vi que un par de comentaristas hablaban de los Juegos Lycan, y los ojos de Lia se desviaron hacia mí, cada vez más abiertos y excitados al verme.

—¡Mamá! Están hablando de ti —dijo, con una voz dulce y aguda, tan emocionada que no pude evitar sonreír.

Seguí el gesto de su pequeño dedo y vi que, efectivamente, estaban repasando la última prueba, y una imagen mía —cubierta de barro y sudorosa, pero con una determinación que nunca había visto en mí misma brillando en mis ojos— llenaba la pantalla.

—Quiero verte hoy, mamá —continuó Lia, con voz dulce y cantarina —. ¡Quiero verte ganar!

Me miró con sus enormes ojos de cachorro y no pude evitar suspirar un poco, cruzando una mirada significativa con Arthur por encima de su cabeza. Su expresión reflejaba las mismas dudas que yo sentía; ninguno de los dos sabíamos cuál sería la prueba de hoy, y no quería arriesgarme a que mi hija me viera herida, especialmente cuando era por ella.

Tenía algunas sospechas de cómo iba a transcurrir la jornada, claro, tras haber estudiado las grabaciones de años anteriores. Sin embargo, las pruebas cambiaban cada año, y no había garantía de que esta vez siguieran el patrón anterior.

Y ahora las consecuencias podían ser mortales.

—Pero hoy tenía planes para los dos, cariño —intervino Arthur, llamando la atención de Lia.

Le sonrió ampliamente cuando ella lo miró, y el brillo de su expresión no se apagó ni siquiera cuando Lia hizo un mohín y cruzó los bracitos sobre el pecho.

—Pero apuesto a que a tu madre le parecerá bien que todos veamos esta noche la recapitulación de sus juegos, cuando terminen —añadió.

Me aferré al salvavidas que me ofrecía, asentí y me agaché junto a Lia para poder mirarla a los ojos.

—Eso es, cariño. Cuando esté en casa esta noche, y haya ganado, podemos ver los Juegos juntas para que yo pueda ver todas tus reacciones mientras me ves. ¿De acuerdo? Realmente me gustaría pasar ese tiempo contigo, si tienes paciencia.

Contuve la respiración mientras ella me miraba, frunciendo el ceño. Pedirle paciencia a una niña de cuatro años era una locura, pero confiaba en que Arthur la mantuviera entretenida, aunque decidiera

ponerse difícil. Porque yo no iba a ceder. Mi hija no vería cómo me hacían daño si podía evitarlo. Jamás.

Finalmente, asintió, y su expresión se iluminó de nuevo.

—Entonces, ¿podemos comer palomitas cuando los veamos? Tú haces las mejores palomitas, mamá.

Suspiré y asentí antes de inclinarme hacia adelante y presionar mis labios contra su frente.

—Claro que sí, nena —murmuré, aspirando su dulce aroma por un instante antes de levantarme y arreglarme la ropa.

Le sonreí.

—Ahora tengo que irme, pero pórtate bien con tu tío, ¿vale?

Ella asintió, pataleando un poco, y yo miré a Arthur de forma significativa antes de darme la vuelta y salir del apartamento. Iba a llegar temprano al registro para la segunda prueba si me marchaba en ese momento, pero presentía que iba a necesitar cada segundo disponible para prepararme para volver a ver a Tristan.

Joder.

24

—•—

Tristan

Era mediodía cuando empezó la segunda prueba y, mientras los competidores se colocaban en posición, deseé no haberme enfrentado a Alana.

Pensaba que la rabia y la frustración que sentía hacia ella eran pura tortura, pero los sentimientos que tenía ahora eran peores. La confusión y la preocupación libraban una batalla en mi cabeza. Ni siquiera Harrison sabía qué decir para calmarme. Su argumento original —que ella estaría fuera de los Juegos antes de que se volvieran mortales— ya no servía. Ambos sabíamos cómo estaba diseñada esta prueba. Ambos sabíamos que correría sangre.

Escudriñé las gradas del estadio, sin darme cuenta de a quién buscaba hasta que no les encontré. Ni el anciano ni la niña estaban entre la multitud. No había nadie relacionado con Alana.

Pero cuando el presentador la llamó para que se pusiera en fila, los espectadores estallaron en gritos, tanto negativos como positivos. Un calor posesivo se desató en mi interior al oír las cosas que esos desconocidos decían de ella. Contuve un gruñido. Hoy no podía montar otro espectáculo. Mi reputación se resentiría si lo hacía.

Así que tuve que sentarme en silencio, viendo cómo su pequeño cuerpo era engullido lentamente por los concursantes más grandes que iban tomando posiciones.

El presentador explicó las reglas. Hoy tenían que atravesar un terreno accidentado para llegar a la meta. La diferencia con respecto a la primera prueba era que se presentarían en su forma de lobo y empezarían todos a la vez. Eso significaba que también serían obstáculos los unos para los otros. La lucha no solo estaba permitida, sino que se esperaba.

Un lobo omega no sería capaz de ganar una pelea uno a uno con un alfa.

Alana tenía que saberlo, pero no mostró ni una pizca de nerviosismo al escuchar las reglas. Se estiró junto al resto de concursantes y mis ojos siguieron cada movimiento de su ágil cuerpo.

Cuando sonó la señal, me fijé en cada detalle de la transformación de Alana. Su lobo era tan pequeño como ella, pero en esa forma era incluso más rápida que antes. Se adelantó a todos los demás competidores, tomando ventaja mientras la mitad de los lobos comenzaban a pelear y la otra mitad corría tras ella.

Nunca había visto al lobo de Alana, y me quedé hipnotizado. Su pelaje marrón cobrizo era más claro que su cabello humano, y se me retorció un poco el estómago. Me recordaba a la niña con la que había estado, aquella que no había logrado sacar de mi cabeza, a pesar de la orden descarada de Alana de olvidarla.

Había una razón por la que sentía algo tan vehemente por esa niña. Había algo obvio que se me escapaba sobre ella, y también sobre el hombre que las acompañaba. Si supiera cuál era la pieza que faltaba en el rompecabezas, todo encajaría.

Me sacudí ligeramente y volví a concentrarme en los Juegos. Ya habría tiempo para pensar en eso.

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para quedarme sentado y no inclinar el cuello buscando su figura escabulléndose entre los árboles. Ni siquiera estaba seguro de poder seguirla, aunque estuviera de pie al borde. Era más rápida que una flecha y se movía entre las estructuras naturales como un hilo a través de una aguja.

Donde otros lobos se veían obligados a reducir la velocidad y buscar aberturas, ella se colaba por espacios imposibles. Por supuesto, la prueba no estaba pensada para estorbar a cuerpos tan pequeños como los de los omegas, un hecho que sabía que irritaba a Emmett, sentado unos asientos más allá. Para los betas, con complexiones medianamente grandes, pero menos fuerza bruta que los alfas, el recorrido era aún más difícil. Los alfas arrasaban con los arbustos a su paso.

Alana no se dejó limitar por esas estrategias. Usó su tamaño a su favor, una vez más.

—Es increíble —susurró Harrison con asombro.

Gruñí antes de poder evitarlo. Me miró entornando los ojos, pero luego soltó una risa y negó con la cabeza. No perdí ni un segundo más en mirarlo, no cuando podía observar los pasos de Alana.

—¡Eso tiene que ser una violación de las reglas! Es imposible que el diseñador del juego haya tenido en cuenta su tamaño —se quejó uno de mis asesores militares, un beta mayor llamado Angus.

Algunos de los asesores a su alrededor estuvieron de acuerdo. Ignoré sus palabras hasta que Angus continuó:

—Esa pequeña omega es una vergüenza. Cuanto antes la alcance uno de los verdaderos líderes y la elimine, mejor.

Vi rojo. Cuando hablé, lo hice con una violencia contenida en cada palabra.

—Los Juegos miden todo tipo de fuerza para honrar al guerrero más completo. Deberíamos aprender de esto, no quejarnos como críos.

Los hombres se callaron de inmediato, pero eso no calmó la rabia que me habían provocado. Porque, en cierto modo, tenían razón. Alana lideraba ahora gracias a su velocidad, pero bastaba con que un alfa la alcanzara para que la incapacitaran.

O algo peor.

Volví a centrarme en la prueba, pero había apartado la vista lo suficiente como para perderla. El pánico se apoderó de mi pecho mientras mis ojos volaban en todas direcciones. Había un grupo de cuatro lobos peleando a mitad de pista. Vi cómo uno le arrancaba un trozo de carne del costado a otro, y cómo el aullido de dolor retumbaba en la arena e incitaba al público.

Alana tenía que estar más adelante, pero la línea de meta seguía vacía.

Vi a la beta favorita, Selene, corriendo por una zona abierta con una mala cojera, su sangre manchando la arena. El alfa más grande de los juegos, un viejo guardia llamado Cassian, la acechaba por detrás, el hocico chorreando sangre. No pude mantener la vista en ellos lo suficiente como para saber si la atrapaba. Lo único que podía hacer era seguir escaneando la arena, buscando al lobo de pelaje marrón cobrizo.

No fueron mis ojos los que la encontraron primero. Fue la presión creciente en mi pecho la que me indicó que mirara hacia un saliente rocoso. Esa presión se rompió cuando la vi, temblando al borde de una gran roca con un macho alfa gruñéndole en la cara.

La tenía acorralada. Se lanzó hacia ella, pero ella saltó a un lado justo a tiempo para evitar el chasquido de sus mandíbulas. Evitó su ataque, pero ese movimiento la acercó más al borde. Su pata trasera

casi no tocó suelo firme al quedarse sin espacio en la roca. Tendría que luchar, pero ¿cómo?

Se abalanzó de nuevo, pero esta vez no fue lo bastante rápida. Le mordió un trozo de la pata delantera y le arrancó la piel.

Me puse de pie de un salto, con su nombre como un grito silencioso en mi boca. Tenía que sacarla de allí. Iba a conseguir que la mataran.

Pero cuando yo esperaba que se defendiera y perdiera, ella tomó una decisión que ni siquiera sabía que existía. Toda la arena pareció contener el aliento cuando Alana fingió una embestida y luego se arrojó voluntariamente desde la roca, golpeando el suelo con una brutal caída. Su pierna derecha se dobló bajo ella por el impacto.

Se había retirado estratégicamente, pero ¿se había roto la pierna en el proceso?

Si lo había hecho, no se notó demasiado. No tardó ni un momento en recuperarse antes de lanzarse hacia la línea de meta, cojeando, pero sin perder velocidad.

El otro lobo se quedó atónito en lo alto de la roca y luego descendió corriendo por la pendiente que habían utilizado para llegar hasta allí. Ese desvío bastó para consolidar la ventaja de Alana.

Cruzó la línea de meta en primer lugar, el macho alfa en segundo y Selene, cojeando, en tercer lugar, con el hocico cubierto de sangre.

El público estalló en vítores, pero yo solo podía concentrarme en Alana, que volvía a su forma humana con el brazo derecho doblado en un ángulo antinatural.

Los tres primeros recibieron atención médica mientras los demás lobos seguían luchando por llegar a la meta. La mayoría de los que se quedaron atrás estaban gravemente heridos. La estrategia de

Alana, adelantarse y evitar a los demás el mayor tiempo posible, era la forma de ganar.

Lo comenté en voz alta cuando se me acercó el diseñador de juegos de esta prueba. Marcus era uno de los pocos diseñadores en los que confiaba plenamente. Era más joven y evitaba las viejas rivalidades y la política en la que caía mucha gente de mi tribunal. Había recibido críticas cuando lo elegí, pero era exactamente el tipo de persona de la que pensaba rodearme poco a poco.

—De hecho, ese era el objetivo —dijo Marcus—. Poner a todos los concursantes juntos los tentaría a enfrentarse al que veían como su mayor rival y eliminarlo desde el principio, pero así perderían de vista el verdadero objetivo. Esto no iba de capacidad ofensiva. Todo estaba en la estrategia y la defensa, y la pequeña omega lo ejecutó mejor que nadie.

—¿No estás enfadado porque rompió tu diseño? —bromeó Harrison. Se hacía eco de mi conversación, aunque mi mente no dejaba de volver a las heridas de Alana.

—No lo rompió. Lo utilizó a su favor. Aunque diré que, a partir de ahora, todos los diseñadores de juegos deberán tener en cuenta una estatura tan pequeña. Sinceramente, es vergonzoso que no lo hayamos hecho desde el principio.

Estuve de acuerdo, aunque no tenía ganas de reírme como Marcus y Harrison. Marcus notó mi seriedad y se excusó con una risita. Los últimos competidores se arrastraban hacia la línea de meta, con el rojo sobreponiéndose a los colores naturales de sus pelajes.

—Tienes suerte de que sea Marcus quien haya venido a hablar contigo —dijo Harrison. Su voz sonaba inusualmente seria, pero lo que dijo a continuación cayó en saco roto cuando miré a Alana. Estaba sentada a un lado, con el brazo en cabestrillo y una expresión de profunda satisfacción.

—¿Cuándo podemos bajar? —pregunté, ignorando sus palabras en favor de averiguar cuándo podría ver a Alana por mí mismo.

Harrison suspiró.

—Estás siendo demasiado obvio, Tristan. Solo hace falta que la persona equivocada te vea así para que empiece un rumor que podría arruinarlo todo.

—Entonces ayúdame a encontrar la forma de sacarla de estos Juegos —respondí, pero seguí su consejo y volví a adoptar una expresión y postura neutras. Aparté los ojos de La Arena y me volví hacia él.

—Sabes que, si hubiera una forma, ya lo habríamos hecho. Yo tampoco quiero verte así, preocupado porque tu alma gemela salga herida, ya sabes...

—No es mi alma gemela —lo interrumpí, consciente esta vez de quién estaba a nuestro alrededor y podía estar espiando—. Pensé que habías acordado dejar eso.

—Estuve de acuerdo hace años, cuando pensábamos que desaparecería, pero ahora es diferente. Tienes que darte cuenta...

Harrison se interrumpió cuando la gente empezó a moverse y a pasar por nuestro lado. Nos miramos a los ojos y asentimos. No podíamos hablar de esto aquí, aunque yo tampoco quería hacerlo.

—Es hora de bajar a felicitar a los ganadores —dijo en su lugar.

Asentí, asegurándome de que todo, desde mi forma de andar hasta mi postura, reflejara poder.

25

—•—

Alana

Me había y valió la pena.

Por el momento no lo parecía, mi hueso estaba cicatrizando rápidamente en su escayola improvisada y las náuseas me revolvían el estómago por el dolor, pero así era.

Sabía que saltar desde el borde de la roca me rompería un hueso, o al menos me lo fracturaría, y hace unas semanas eso habría sido un riesgo que no podía correr. Hace unas semanas, un pequeño hematoma habría tardado semanas en curarse y mis huesos crujirían solo de caminar.

Pero ahora me estaba curando bien, tal vez incluso más rápido que antes. Los Lycan sanábamos rápido por naturaleza, pero, aun así, tendría suerte si esto se curaba del todo antes de la próxima prueba. Sin embargo, no tenía elección. El alfa que me había acorralado me habría hecho mucho más daño si me hubiera quedado.

Llevaba burlándose de mí desde antes de que empezara la prueba. Casi todos los concursantes restantes habían hecho algún comentario grosero y amenazante mientras esperábamos la señal,

pero este era diferente. No estaba enfadado porque me hubiera colado en la competición. Era como si se tomara como algo personal el hecho de que yo, una omega, hubiera quedado por encima de él en la primera prueba.

Así que, cuando me gruñó sobre aquella roca, supe que no iba a limitarse a incapacitarme y correr hacia la meta. Estaba planeando algo mucho peor.

El locutor empezó a enumerar a los cinco primeros concursantes. Me ajusté la escayola improvisada y me preparé para subir, ignorando las miradas que me lanzaban.

—Ahora te crees muy valiente. Espera a que tengas un celo y te veas obligada a abandonar, a ver si eres fuerte entonces —me espetó desde su asiento un beta que había terminado casi en último lugar.

Lo ignoré. Su burla no me servía de nada.

Hacía años que no tenía celo, y no pensaba tenerlo ahora.

Ya me estaba acercando cuando el presentador dijo mi nombre, todavía usando Alana Heart a pesar del gran espectáculo que hizo Tristan después de la primera prueba. Lo agradecí. Nunca me sentí un Torvald, y, a todos los efectos, la manada Torvald había muerto.

Selene me dedicó una sonrisa cansada al pasar junto a ella. Estaba en peor estado que yo, con vendas cubriendo varias partes de su cuerpo. Aparte de una pequeña mordedura y un brazo roto, yo había salido ilesa.

Y no gracias al alfa gilipollas que quedó en segundo lugar. Evité su mirada y me alejé todo lo que pude. Su actitud me repugnaba, pero estaba segura de que él interpretaba mi distancia como una señal de miedo en vez de asco.

Murmuró algo en voz baja, pero estaba demasiado ocupada manteniendo el rostro neutro mientras Tristan bajaba para poder entender lo que decía. Tristan parecía tan poderoso como siempre, rodeado de sus consejeros y varios miembros de la corte. Su rostro no mostraba ni una sola emoción, nada que ver con el día anterior, cuando podía leer en él la ira y la frustración.

—Enhorabuena a los fuertes guerreros que están ante mí. La prueba de hoy no solo ha puesto a prueba la resistencia, sino también la agilidad, la estrategia y la fuerza de voluntad. Habéis asegurado vuestra plaza en la próxima prueba, mientras que los demás avanzarán en función de los puntos acumulados. Como siempre, os agradezco vuestra lealtad y dedicación a la fortaleza de nuestro reino.

Todos inclinamos la cabeza al unísono. Era un discurso genérico, y esperaba poder salir de la prueba sin dramas.

—A los que estáis aquí legítimamente, estoy deseando veros demostrar vuestro talento en la tercera prueba —terminó Tristan, y no tuve que encontrarme con su mirada para saber que estaba lanzando una indirecta sobre mi participación en los juegos.

Me pareció bien. Evité sus ojos y mantuve la boca cerrada. La rápida curación de mi cuerpo no aliviaba la sensación de tener los pulmones perforados por el dolor.

Solo quería volver con Lia.

Entonces, el alfa que me había atacado soltó una carcajada y atrajo la atención de todos.

—Entonces quítale el rango a la perrita en la prueba de hoy. Tal vez no sea tan...

El alfa se vio obligado a callarse cuando Tristan le rodeó la garganta con una mano y lo levantó del suelo. Me quedé con la boca abierta

mientras la multitud gritaba enloquecida.

—Hablar en contra de la decisión de vuestro rey es una violación directa de nuestras reglas. Faltarme al respeto es aún peor. ¿Debería quitarte tu rango de segundo? —La voz de Tristan sonó contenida, aunque no sabía qué emoción estaba reprimiendo.

El alfa hizo todo lo posible por sacudir la cabeza. Tristan lo soltó y el hombre cayó de rodillas, jadeando.

—Me alegro de que todos lo tengamos claro. Gracias por vuestra participación hoy.

El presentador repitió la frase final con un matiz de asombro en la voz. Al principio, todos se quedaron quietos, esperando a que pasara algo más, pero no ocurrió. Poco a poco, la gente empezó a marcharse. El alfa me lanzó una última mirada despiadada antes de alejarse.

Me quedé pegada al sitio. La impresión me invadió y bajé la mirada a mis zapatos, incapaz de atender a las miradas que sentía clavadas en mí.

Tristan... acababa de defenderme. Públicamente. Después de todo el espectáculo que había montado sobre mi participación ilegítima, y la indirecta que acababa de lanzar segundos antes de que el alfa hablara...

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué se esforzaba tanto en intentar colarse de nuevo en mi corazón?

Tragué saliva, conteniendo las lágrimas que amenazaban con picarme en las comisuras de los ojos. No podía venirme abajo aquí. No solo sería ridículo, sino que... bueno, tenía una imagen que mantener.

Y aun así... no podía moverme.

Lo único que rompió mi trance fue un fuerte tirón en el vínculo. Sin mirar, supe que Tristan me estaba observando fijamente.

Intenté obligarme a marcharme sin mirarlo, pero no pude resistirme. Lancé una rápida mirada hacia atrás y me encontré con sus ojos. A pesar de lo frío que había sonado antes, sus ojos parecían... compungidos. Abrió la boca y negué con la cabeza.

No podía soportarlo. No hoy, no con tantas miradas puestas en nosotros. Además, una parte de mí temía oír lo que tuviera que decir. No podría manejar una disculpa. Necesitaba que las cosas siguieran siendo blanco o negro entre nosotros. Él era mi pasado, no mi futuro. Él era mi villano, no mi...

Tragué saliva, cortando de raíz el resto de ese pensamiento. Hoy no. Hoy no podía lidiar con eso.

Corrí el resto del camino hasta el apartamento, ignorando la sensación de ser observada a cada paso.

Cuando por fin llegué, el apartamento estaba en silencio, salvo por el zumbido bajo de la televisión en la esquina. Arthur dormía sentado en el sofá. Lia estaba sentada al otro lado, acurrucada en su manta favorita. Tenía el pelo alborotado en rizos suaves y los ojos brillantes pegados a la pantalla, parpadeando bajo el resplandor de la repetición.

La segunda prueba.

Observé mi forma de lobo recorriendo el terreno accidentado, con el pelaje idéntico al de Lia cuando el sol le daba en la cabeza. Las imágenes no hacían justicia al dolor de mis piernas, al ardor en mis pulmones, a las ganas que tuve de detenerme y no pude. A la forma en que los ojos de Tristan me siguieron en todo momento, sin importar cuántos árboles y rocas esquivara.

Sacudí la cabeza, intentando centrarme en el presente. Lia soltó una risita y aplaudió torpemente, negándose a soltar su lobo de madera mientras los locutores elogiaban mi actuación.

—¡Has sido muy valiente, mamá! —dijo sonriendo. Alzó su juguete favorito como si imitara lo que hacía en la pantalla.

Valiente.

Si ella lo supiera. Puede que me hubiera visto acorralada por el lobo alfa, pero no había sentido mi pánico. No había sentido el miedo paralizante justo antes de tomar la decisión de saltar. Apenas pude mantenerme en pie.

Forcé una sonrisa y me senté a su lado, apartándole un rizo de la frente. Me llevé un dedo a los labios y señalé el cuerpo dormido de Arthur. Lia, asombrada, se tapó la boca, y luego me imitó, llevando su pequeño dedo a los labios para ocultar una risita.

—Estaba nerviosa —admití en un susurro—. No sabía si podría lograrlo.

—¡Pero lo hiciste! —exclamó, para inmediatamente taparse la boca con ambas manos. Saltó en su asiento antes de repetir en voz baja —. ¡Fuiste la mejor, mamá! ¡Venciste a todos esos lobos grandes y aterradores!

Su orgullo me calentó el corazón, pero también me retorció algo en el pecho. Ella no lo entendía, ¿cómo podría? Para ella, todo esto era una gran aventura, algo por lo que alegrarse. No sabía lo cerca que había estado de perderlo todo.

De perderla.

La pantalla cambió y se me cayó el estómago. No era la repetición completa. Solo mostraban los mejores momentos.

Tristan apareció en la retransmisión, bajando con su corte para saludar a los ganadores. Incluso a través de la pantalla, su presencia era imposible de ignorar.

—¡Mamá, mira! ¡Es el rey! Te estaba mirando —jadeó Lia, señalando la pantalla.

Me quedé helada, con la respiración entrecortada.

Lia ladeó la cabeza, el ceño fruncido por la curiosidad. Se inclinó hacia mí y me susurró:

—¿Por qué siempre te mira así?

Se me revolvió el estómago. Los niños eran tan observadores, captaban cosas que incluso los adultos pasaban por alto. ¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo podía responder a una pregunta que ni siquiera yo sabía cómo formular?

—A veces parece enfadado —continuó Lia, apartándose de mí para volver a mirar la pantalla.

Lo miraba con tanta intensidad que estuve a punto de apagar el televisor. Pero no pude hacerlo, no cuando sabía que estaba mirando a su propio padre.

—¿Has hecho algo malo? —preguntó.

Me dolió el corazón ante su inocencia. ¿Cómo explicarle que el vínculo entre Tristan y yo era tanto una carga para mí como para él? ¿Que había sentido su rabia, su frustración y algo más, no dicho, en cada mirada?

—No —respondí con cuidado, aunque la palabra me supo a mentira —. No he hecho nada malo.

—Entonces ¿por qué sigue mirándote? —insistió, frunciendo la carita en una expresión de desconcierto.

¿Qué podía decirle?

Suspiré y la subí a mi regazo. Se acomodó contra mí, apoyando la cabeza en mi hombro mientras la abrazaba. Su calor me reconfortaba, me anclaba, pero no aliviaba la presión en mi pecho. Ya no era una bebé, eso estaba claro. Era lista, observadora y confiaba en mí. No podía mentirle por completo y seguir viéndome al espejo.

—El rey Tristan y yo... —dudé, las palabras se me atascaban en la garganta—. Nos conocimos una vez. Hace mucho tiempo.

Ella echó la cabeza hacia atrás, sus enormes ojos fijos en los míos.

—¿Conocías al rey? ¿Erais amigos?

Amigos.

Casi me reí. La palabra era demasiado pequeña, demasiado simple para lo que Tristan y yo habíamos sido... o no habíamos llegado a ser.

—No exactamente —dije con cautela—. Simplemente... nos conocimos. Es un hombre muy importante, Lia. Tiene muchas responsabilidades.

Ella frunció el ceño.

—Si no erais amigos... ¿por qué parece que quiere hablar contigo?

Señaló la pantalla con su pequeño dedo meñique, y seguí su gesto: Tristan me miraba intensamente mientras yo desviaba la vista. Se me retorció el estómago y volví a centrarme en Lia.

Me mordí el interior de la mejilla, buscando las palabras adecuadas.

—A veces los adultos no entienden bien sus sentimientos —dije al fin —. A veces miran a las personas porque intentan averiguar qué significan para ellos.

—¿Como cuando miro el brócoli y no sé si lo odio o me encanta?

Sonreí, presionando un beso en la parte superior de su cabeza.

—Exactamente así.

Lia se quedó en silencio, jugueteando con el borde de su manta mientras la televisión zumbaba de fondo.

Las imágenes cambiaron, mostrando las celebraciones en todo el reino. A la gente le iba bien bajo el mandato del rey Tristan, y muchas manadas aprovechaban esas dos semanas para expresar su gratitud. Los ojos de Lia se abrieron como platos al ver en pantalla manadas de todo tipo: ciudades costeras, montañas áridas. Observaba, fascinada, la diversidad de vida que desfilaba ante sus ojos.

Toda su vida había visto el mundo a través de una pantalla. Oír sus risitas de alegría me hizo prometerme que, cuando todo terminara y estuviera sana, la llevaría a ver el mundo. Le debía eso. Le debía mucho más.

—¡Mamá, en la tele dijeron que después de la próxima prueba nos mudaremos al palacio! ¿Es verdad? —preguntó, acurrucándose más contra mí y aferrándose a mi camisa.

La abracé con fuerza, sintiendo un nudo en el pecho. Lo había olvidado. Después de la tercera prueba, a los concursantes se les ofrecía alojamiento en el palacio como premio por haber llegado tan lejos. Si no quisiera mantenerme tan lejos de Tristan, aceptaría la oferta sin dudar. El apartamento nos estaba costando todo lo que teníamos.

—¿Mamá?

—Lo siento, cariño. No, no nos quedaremos en el palacio. ¿No te gusta aquí?

—Está bien... pero quiero conocer al rey, mamá.

Su declaración quedó flotando en el aire, pesada, sofocante.

¿Quería conocer a Tristan?

Tristan me había rechazado, me había roto de formas que aún no sabía cómo reparar. Lo odiaba: su arrogancia, sus palabras afiladas, la forma en que me miraba, como si fuera tanto un enigma que resolver como un error que olvidar.

Y, sin embargo...

El recuerdo de sus ojos se negaba a desvanecerse: cómo se suavizaban, apenas, al encontrarse con los míos. Cómo el lazo entre nosotros se tensaba cada vez que estaba cerca.

¿Sería capaz de mostrar esa misma ternura a su hija? Me odiaba por lo que le hice, pero Lia era inocente. ¿O también la castigaría por mis pecados?

—No lo sé —dije finalmente, con la voz temblorosa—. Veremos qué pasa después de la próxima prueba.

A Lia no pareció importarle mi respuesta poco detallada. Se limitó a acurrucarse aún más contra mí, confiando en mí de una forma que yo no sentía merecer.

Bostezó.

—Tengo sueño —murmuró, con esa vocecita dulce.

—Hora de irse a la cama —le dije, levantándola en brazos.

No protestó. Apoyó la cabeza en mi hombro mientras la llevaba a su habitación.

La arropé con cuidado, alisando las mantas sobre su pequeño cuerpo. Sonrió somnolienta y cerró los ojos cuando le di un beso en la frente.

—Buenas noches, mamá —susurró apenas audible.

—Buenas noches, cariño —le devolví el susurro, con la voz quebrada.

Me quedé un momento mirándola mientras se dormía. Su respiración era suave y regular, su manita aferrada al borde de la manta.

Parecía tan tranquila, tan ajena al peso del mundo.

Ojalá pudiera mantenerla así para siempre.

26

—•—

Alana

Llegó la mañana de la tercera prueba, y apenas pude obligarme a desayunar con Lia mientras Arthur me revisaba el brazo, asegurándose de que estuviera lista para salir.

Estaba tan sorprendido como yo de que mi brazo se hubiera curado tan rápido —y tan bien—, y flexioné la muñeca mientras me quitaba la escayola, apenas haciendo una leve mueca de dolor.

—Alana... —murmuró Arthur, con los ojos brillando con algo desconocido mientras me incorporaba y me balanceaba sobre los pies.

—No —Me aparté de él y busqué mis zapatillas, metiendo los pies en ellas y recogiéndome el pelo en una coleta alta sobre la cabeza—. No vamos a hablar de esto, Arthur.

Suspiró, pero no protestó; no tenía por qué hacerlo. Las pruebas estaban servidas: la forma en que estar cerca de Tristan de nuevo afectaba a mi cuerpo. No me sentía tan bien desde hacía años, y el hecho de que mi curación de metamorfa por fin volviera a funcionar como debía...

No. *No*. No íbamos a hablar de esto. No íbamos a *pensarlo*. No cuando tenía la tercera prueba por delante, y una sospecha bastante razonable de lo que me esperaba hoy.

Las dos primeras pruebas habían sido individuales. Al menos una de las pruebas solía ser un deporte en equipo, y normalmente era la tercera. Era lógico que hoy me emparejaran con otros competidores para intentar vencer a un equipo contrario, y que tuviera que lidiar con el vitriolo y la fealdad de quienes pensaban que me había colado en los Juegos haciendo trampas.

Tenían razón, claro, pero eso no significaba que no mereciera estar allí.

—¡Mamá! —La voz aguda de Lia sonó alegre cuando me llamó, y apenas tuve tiempo de abrir los brazos antes de que se lanzara sobre mí, rodeándome el cuello con sus pequeños brazos y aferrándose fuerte—. ¡Buena suerte! ¡Hoy lo vas a hacer muy bien!

La abracé con fuerza, respirando su dulce aroma y memorizando la sensación de su cuerpecito contra el mío. Odiaba admitirlo, pero estar en la capital y pasar más tiempo entre otros lobos, entre otras personas... también parecía estar haciéndole bien a mi hija.

No iba a considerar la posibilidad de que también estuviera reaccionando positivamente a la cercanía de Tristan. Eso era... absurdo y ridículo. Y absolutamente algo que no estaba sucediendo.

—Gracias, cariño —le dije, dándole un beso en la mejilla antes de dejarla suavemente en el suelo, haciendo una pequeña mueca cuando tropezó antes de recuperar el equilibrio. Me sonrió dulcemente y corrió hacia Arthur tan rápido como le permitieron sus piernecitas. Le cogió la mano y tiró de ella, llamando su atención.

—Tío Art, ¿podemos ir al parque hoy mientras mamá está en su prueba? ¿Y luego podemos volver a verlo todos juntos cuando vuelva a casa esta noche?

Arthur me lanzó una mirada, y vi en sus ojos la vacilación que reflejaba también mi propia incomodidad. Lia no lo sabía... pero nosotros sí. Las pruebas se volvían más y más mortales a medida que avanzaban los días, y había muchas posibilidades de que hoy fuera el día en que me eliminaran.

Metafóricamente, claro. No iba a entretener la idea de que me eliminaran... literalmente.

Por otra parte, aunque no muriera, si me sacaban de las pruebas y perdía la oportunidad del Deseo...

Mi vida se acabaría igualmente. Perder a Lia me cambiaría de una forma de la que no podría recuperarme.

Por eso ni siquiera iba a considerar esa posibilidad. No me importaba cuán hostiles fueran los demás concursantes; iba a ir, iba a dar lo mejor de mí, e íbamos a *ganar*, joder.

—Vamos a ver cómo me siento después de las pruebas de hoy —dije finalmente con suavidad, inclinándome para ponerme a su altura.

Sus ojos, grandes e inocentes, se clavaron en los míos, y una dulce sonrisa se dibujó en su carita.

—¿Porque estarás cansada, mamá?

No pude evitar la sonrisa que se dibujó en mi rostro.

—Sí, cariño. Porque estaré cansada —acepté—. Así que vamos a ver cómo me siento, y si tengo energías, podemos ver las pruebas juntos. ¿Te parece bien?

Asintió con la cabeza.

—¡Está bien!

Luego dio media vuelta y salió corriendo hacia la habitación que rápidamente se estaba convirtiendo en la suya, y Arthur y yo nos quedamos solos en el salón. Me miraba con simpatía, y sabía que mi agotamiento y mi aprensión se reflejaban claramente en mi rostro.

—Lo harás muy bien —me dijo en voz baja—. Mantén la cabeza baja y haz lo que mejor sabes hacer. Sé rápida, y gana.

Tragué saliva y lo abracé. La sensación de fatalidad inminente era especialmente fuerte hoy, y me permití unos segundos más de abrazo antes de separarme.

—Gracias por cuidar de ella. Y por ayudarme. Y... por todo —sonreí, y él soltó una risa suave antes de darme un pequeño empujón hacia la puerta.

—Vas a volver hoy, Alana. No aceptaré otra cosa. Ahora vete.

***

Cuando llegué a La Arena, los demás concursantes se arremolinaban con el cuerpo en tensión, e ignoré las feas miradas que me dirigieron la mayoría de los alfas. También algunas betas, aunque en principio siempre me había llevado mejor con los betas.

Pero esto era diferente. El ambiente de competición se había intensificado, y todos sabíamos que ya todo estaba decidido. Si estaba en lo cierto, y hoy era la prueba por equipos, la mitad de nosotros se habría ido de la competición antes del final del día.

La idea me revolvió el estómago. Siempre había sido independiente, y depender de otros para llegar a la ronda final... no me sentaba nada bien. Pero esas eran las reglas de los Juegos.

Fui una de las últimas en llegar, y cuando el último concursante beta —un hombre rubio, más bajo, con una mirada salvaje— entró dando

tumbos, las puertas de La Arena se cerraron y el público enmudeció.

Tristan se levantó de su sitio en la cabina y alzó la voz, que retumbó en La Arena mientras hablaba:

—Gracias a todos por venir hoy a la tercera prueba. Como sabéis, la fuerza individual no es la única que se pone a prueba en los Juegos. Saber trabajar juntos, confiar en sus compañeros lobos cuando los tiempos se ponen difíciles... es una de las cualidades más importantes para el liderazgo de una manada bien dirigida. Y es lo que vamos a poner a prueba hoy.

Tragué saliva mientras la multitud vitoreaba. Había acertado. Un reto de grupo.

Tristan volvió a sentarse y los hombres que dirigían los Juegos nos dividieron rápidamente en dos grupos iguales. Selene, la beta de la primera prueba que había sido amable conmigo, terminó a mi lado, con una expresión cuidadosamente neutra mientras se colocaba un poco por delante de mí.

Protegiéndome.

Se me revolvió el estómago de calor ante el gesto y, aunque todo en mí quería protestar, decirle que podía cuidar de mí misma... había una parte no insignificante de mí que se sentía agradecida. Estaba rodeada por todas partes de betas más grandes y alfas asesinos, hombres y mujeres por igual que me miraban como si fuera un insecto bajo sus botas. Puede que hubiera rendido bien en las dos primeras pruebas, pero el desprecio hacia mí y mi diminuta figura no podía ser más claro ahora mismo.

Y, por desgracia, en esta prueba, podrían tener todo el derecho a estar molestos por tenerme en su equipo.

Los organizadores explicaron rápidamente el juego. El campo de juego estaba dividido por la mitad, y a cada lado de la línea divisoria

había un tesoro escondido en el territorio del equipo contrario. Las reglas eran sencillas: capturar el tesoro y llevarlo de vuelta a nuestro lado. Si alguien del otro equipo nos atrapaba o lograba tocarnos, quedábamos fuera. El equipo que consiguiera primero el tesoro —o capturara a todos los jugadores contrarios— sería declarado vencedor, y el equipo derrotado sería enviado a casa.

Sentí las miradas de reojo de los demás concursantes mientras se explicaban las reglas, y en cuanto los organizadores se alejaron, informándonos de que teníamos cinco minutos para organizar, todos se apartaron de mí y empezaron a hablar entre ellos.

No me importó... demasiado. Sabía que mi tamaño era una desventaja, aunque era lo bastante rápida como para ser una gran baza. Sin embargo, estos alfas y betas sólo veían lo pequeña que era, y sus cerebros de mono les decían que no tenía nada que aportar.

Ignoraban por completo el hecho de que ya me había fumado a la mayoría en las dos primeras pruebas. Y, admitámoslo, esa era probablemente otra gran razón por la que estaban resentidos conmigo. Una omega no debía poder enfrentarse a un alfa o un beta y salir victoriosa.

Tragué saliva, y Selene me lanzó una mirada mientras dos de los alfas de nuestro equipo empezaban a discutir.

—¿Estás bien? —susurró, bajando la voz.

Tragué saliva, apenas notando el suave calor en el pecho mientras asentía.

—Un poco nerviosa —admití, también en voz baja.

Nadie nos prestaba atención, claro, pero decirlo en voz alta seguía siendo como admitir debilidad.

Selene asintió, sin necesidad de más explicaciones, y las dos observamos cómo los alfas y betas que nos rodeaban finalmente dejaban de discutir y elaboraban un plan viable.

—Necesitamos un equipo alrededor del tesoro —dijo el alfa pelirrojo y alto de la primera prueba, cuyo nombre aún no me había molestado en aprenderme—, mirando a su alrededor como si eso fuera a revelar de repente la ubicación del tesoro en cuestión—. Tres alfas, todos lo bastante grandes como para detener a cualquiera que intente acercarse.

Otro alfa, un hombre moreno con más músculos que cerebro, o por lo menos eso parecía, dio un paso al frente, hinchando el pecho.

—Yo lo haré. Le arrancaré una extremidad a cualquiera que se acerque, si es necesario.

Mostró los dientes, haciendo reír a algunos de los otros alfas que le rodeaban, y no pude evitar poner los ojos en blanco. Dioses, estos alfas y sus malditas ínfulas.

—¿Y su tesoro? —preguntó Selene, su voz suave y controlada—. ¿Cuál es el plan? ¿O pensáis que bastará con eliminar al otro equipo uno a uno, sabiendo que en algún momento quedaremos todos estancados, cada equipo en su propio lado?

Mentalmente aplaudí las palabras de Selene, aunque racionalmente sabía que esta tregua entre nosotras sería efímera. Ahora éramos aliadas, pero en la próxima prueba, si todos sobrevivíamos, volveríamos a ser enemigas. Tendría que eliminarla.

El alfa que había hablado la miró con furia, pero Selene no se acobardó. Apretó los labios, y aunque sabía que tenía razón, ninguno de los otros ofreció un plan para capturar el tesoro enemigo.

Abrí la boca y hablé antes de pensarlo mejor.

—Yo lo haré. Iré a por su tesoro.

Todos se giraron para mirarme, y sentí la atención de Tristan clavada en el costado de mi rostro. Aunque era imposible que me oyera desde tan lejos, notaba su desaprobación. Deseaba que no estuviera allí.

—¿Tú? —se burló el alfa moreno, mientras el pelirrojo entrecerraba los ojos—. Eres una omega.

Dejé que el insulto me resbalara, aunque doliera un poco. Arqueé una ceja y apoyé las manos en las caderas.

—Sí, y soy la más pequeña y rápida aquí. Si cualquiera de vosotros intenta atravesar su defensa, será eliminado de inmediato sólo por su tamaño. No sois sutiles, y acabáis de demostrar que todos me subestiman. Soy la mejor para el trabajo, y lo sabéis.

—Iré con ella —dijo Selene, acercándose inmediatamente a mí con una pequeña y alentadora sonrisa—. La llevaré hasta el tesoro.

Mostró los dientes y me estremecí un poco. Las reglas decían que, si alguien del equipo contrario te tocaba en su territorio, quedabas fuera. Pero también implicaban que, si lograban incapacitarte, poco importaba de qué lado estuvieras.

Selene podría protegerme arrancándole la garganta a quien se acercara. Esto iba a ser un maldito baño de sangre.

Asentí con la cabeza y esbocé una pequeña sonrisa.

—Todos los demás pueden servir de distracción. Todo lo que necesito es llegar al tesoro y volver sin que se den cuenta. Es el mejor plan. No podéis decirme que no lo es.

Me miraron, pero uno a uno, acabaron asintiendo. El calor me inundó al ver que aceptaban mi plan, y entonces, la bocina que sonó

en lo alto indicó que era hora de ocupar nuestros puestos.

—Muy bien, ya habéis oído a la mujer —Selene me sonrió de nuevo, aplaudiendo una vez—. Defiendan y distraigan, y la omega traerá a casa el tesoro.

27

—•—

Alana

En cuanto sonó la alarma que indicaba el comienzo de la prueba, todos los miembros de nuestro equipo se dispersaron.

Miré a Selene, que me dedicó una sonrisa alentadora mientras a nuestro alrededor se oían ruidos de guerra y gritos de conflicto.

—Vamos —me instó—. Vámonos. Tienes el mejor plan, llevémoslo a cabo.

Me tragué los nervios mientras asentía, y entonces las dos nos pusimos en marcha hacia un lado, escondiéndonos entre los arbustos y los árboles mientras nos abríamos paso lentamente alrededor de los alfas y betas que ya estaban peleándose entre sí, con las garras y los dientes extendidos.

Hice una mueca al ver que uno de los alfas de nuestro bando le arrancaba literalmente la garganta a un beta del otro bando, y el chorro de sangre impregnó el aire con olor a cobre. Me estremecí y Selene me agarró de la mano, arrastrándome más lejos, fuera de la vista de la masacre. Sacudí la cabeza, volviendo a concentrarme en

el juego, y las dos nos arrastramos lentamente hasta la línea que separaba las dos zonas para luego cruzarla de puntillas.

—Vale, si es como donde escondieron nuestro tesoro, estará cerca de la parte de atrás —señaló Selene, tomando inmediatamente las riendas, y no pude evitar agradecérselo.

Los nervios revoloteaban en mi interior y, aunque ese había sido mi plan, no podía evitar sentirme terriblemente expuesta ahora que estábamos en territorio enemigo.

Tragué saliva y la seguí, sin hacer ruido mientras nos abríamos paso entre los árboles. A nuestro alrededor se oían fuertes gruñidos, y en lo alto escuchaba a los presentadores comentando el derramamiento de sangre que se producía en el campo de batalla.

La exaltación en sus voces me pareció de muy mal gusto, pero me guardé mis palabras mientras finalmente salíamos de entre los árboles hacia el claro. Estábamos más cerca de la parte trasera de su zona y, cuando entrecerré los ojos, vi a un par de betas de pie, paseando, vigilando una caja colocada sobre un pedestal al fondo de su territorio.

Era un lugar obvio para esconderlo, y por un momento me vi juzgándoles. Luego recordé que tampoco había visto dónde estaba escondido nuestro tesoro. Era muy posible que estuviera igual de expuesto, a la vista de todos si no hubiéramos decidido defenderlo.

—Ahí —señalé, y Selene asintió, acercándose un poco más a mí.

Su cabeza se movía de un lado a otro, atenta por si alguien se cruzaba en nuestro camino, pero, por suerte, parecía que habíamos pasado desapercibidas. Mi plan estaba funcionando.

Las dos continuamos, y parecía que podríamos llegar hasta el final de su territorio sin encontrarnos con nadie de su equipo...

Pero por supuesto, en cuanto pensé eso, oí un gruñido que veía del norte.

El alfa apareció de la nada, con su pelo largo y suelto alrededor de los hombros y los dientes al descubierto. Tenía las garras fuera y me miró fijamente, con la rabia inundándole la cara al verme. Sus fosas nasales se encendieron y sus pies se movieron rápido, casi demasiado rápido para que pudiera esquivarlo, ya que eludió por completo a Selene y se lanzó directamente hacia mí.

—¡Joder! —conseguí apartarme justo a tiempo, pero sentí el remolino de aire que provocaron sus garras al rozar demasiado cerca de mi estómago.

Si hubiera conseguido tocarme, no me cabía duda de que habría estado recogiendo mis tripas de la hierba.

—¡Imbécil! —gruñó Selene y se abalanzó sobre su espalda.

Era lo bastante ligera y rápida como para aferrarse bien antes de que él pudiera quitársela de encima. El alfa soltó un aullido de furia antes de que sus garras relucieran y Selene le desgarrara la garganta de lado a lado salpicando de sangre.

—¡Vamos, Alana! —gritó Selene, saltando del cuerpo muerto del alfa.

Sus brazos chorreaban sangre, sus ojos brillaban mientras me miraba y gritaba:

—¡Ve!

Mis pies se movieron antes de que mi cerebro pudiera reaccionar, y corrí hacia el tesoro, ignorando a los dos betas que lo custodiaban, que ya sacaban las garras y me miraban con cara de asesinos.

Sabía que tenía que evitar a toda costa que me pusieran las manos encima. No sólo porque un simple toque me eliminaría de la competición, sino porque ninguno de los alfas o betas, de ninguno de los equipos, a decir verdad, estaba conteniéndose. Si alguien me atrapaba, estaba acabada. Cocinada. Masacrada, con mi sangre derramada y mis entrañas entre los dientes de alguien.

El pensamiento fue feroz y brutal, y me disparó la adrenalina por las venas. Selene se mantenía cerca, aunque yo era más rápida, y podía oír su respiración agitada mientras nos acercábamos a los betas y al tesoro que protegían.

—¡Atrápenla!

Al igual que el alfa, ninguno de los betas miró a Selene ni por un segundo. Ambos se lanzaron hacia mí, y solté un gemido bajo al esquivar primero a uno y luego al otro. Un aullido de dolor resonó a mi alrededor cuando Selene logró clavar sus garras en los muslos de uno, que cayó de rodillas mientras ella saltaba sobre la espalda del otro beta y lo embestía.

Sin embargo, a diferencia del alfa al que había derribado antes, este beta parecía preparado: estiró el brazo por encima del hombro y la arrancó de un tirón antes de que pudiera clavarle los dientes o las garras. La lanzó al suelo con un crujido que me hizo estremecerme.

Por un momento, me quedé paralizada, esperando a que Selene se moviera, hablara o hiciera algo que me indicara que seguía bien. Que seguía viva.

Pasaron los dos segundos más largos de mi vida antes de que gimiera y se moviera. Tragué saliva justo cuando mis instintos me forzaron a esquivar al beta que había vuelto su atención hacia mí durante ese instante de distracción.

—¡Maldita zorra! ¡Vienes aquí a destruir los Juegos! ¡No deberías estar aquí! —la voz del beta era salvaje y desquiciada.

Apenas sentí el aguijón de sus palabras cuando volvió a abalanzarse sobre mí. Esta vez lo vi venir y pude esquivarlo con facilidad, saltando sobre su compañero, que seguía tendido en el suelo, sangrando abundantemente por las marcas de garras que Selene le había hecho en los muslos.

Parecía que había alcanzado una arteria. No iba a recuperarse.

Pero no podía sentirme culpable. Afiné el oído y percibí cómo algunos de los demás empezaban a dirigirse al fondo de la arena. La técnica de distracción había funcionado por un momento, pero sentía que la ventaja se desvanecía poco a poco mientras corría y esquivaba los ataques del beta.

Cada vez que no lograba atraparme, su frustración crecía, y mi presentimiento oscuro se hacía más intenso con cada segundo que pasaba.

Tenía que conseguir el tesoro. Tenía que irme. Tenía que volver al otro lado y acabar con esta locura antes de que llegaran sus refuerzos. No había forma de que pudiera con más, ni siquiera con Selene levantándose lentamente con cara de asesina.

Se llevó una garra ensangrentada a la boca mientras se enderezaba y me miraba fijamente para asegurarse de que lo había entendido. Incliné la cabeza en un minúsculo gesto de asentimiento y volví a centrarme en el beta, que se levantaba de un salto del lugar donde había caído en su último intento de atraparme.

No estaba atento para anticiparse al ataque de Selene, que soltó un gruñido despiadado y se abalanzó sobre él desde un lado, con las garras fuera. Le atravesó el torso antes de que él pudiera emitir algo más que un gruñido de sorpresa y protesta, y entonces sus entrañas se esparcieron por el suelo, sus ojos se abrieron de par en par antes de que la luz de su conciencia se apagara y cayera lentamente al suelo.

Se me retorció el estómago al ver la sangre delante de mí y sentí cómo me subían las náuseas. En mi pecho, el consuelo palpitaba a través del vínculo, pero apenas era consciente de ello entre las sensaciones que nadaban por mi cuerpo y mi mente, abrumándome.

—¡Vamos! —De repente, Selene estaba frente a mí, con los ojos abiertos, agresivos y despiadados, y me cogió la mano con una de las suyas, arrastrándome hacia el tesoro.

Abrimos la caja y busqué en su interior el cristal del tamaño de la palma de la mano, lo agarré con fuerza y lo apreté contra mi pecho. Tragué saliva, con la sensación de la sangre resbaladiza y pegajosa contra mi piel, mientras Selene empezaba a apartarme, y sólo la visión de otros dos alfas del equipo contrario acercándose hizo que mi cerebro volviera a centrarse.

—Joder, joder, joder —murmuré.

Mis piernas se aceleraron y corrí más rápido que nunca, mientras los dos alfas lanzaban aullidos de rabia. Sentía a Selene pegada a mi lado, murmurándome suaves palabras de aliento mientras huíamos de la carnicería que había dejado tras de sí.

En ese momento, sentí una profunda punzada de pesar: era la única vez que íbamos a trabajar juntas en los Juegos. En el próximo desafío volveríamos a ser enemigas, luchando por el mismo objetivo, un objetivo que sólo podía tener una persona.

Me podía caer bien, pero si su vida y la de Lia estuvieran en juego, le arrancaría la garganta sin pestañear.

Bueno, vale. Pestañearía. Y me sentiría mal por ello. Pero no había nada que no haría por mi pequeña.

Las dos desaparecimos entre los árboles, cerca de la línea divisoria entre territorios, y dejé escapar un pequeño grito de alivio al sentirme a cubierto. Aferré con más fuerza el cristal entre mis manos

y Selene soltó una carcajada cuando oímos un aullido de rabia y angustia detrás de nosotras.

—¡Vamos, Alana, vamos! ¡Ya casi estamos!

Mis piernas se movieron más rápido y casi me caigo de bruces cuando mi pie se enganchó en una raíz rebelde. Di un traspié y casi se me cayó el cristal. Selene soltó una carcajada sin aliento al cogerme de la mano y evitar que me estrellara contra el suelo.

Corrimos juntas, y en un abrir y cerrar de ojos estábamos en campo abierto, cruzando de nuevo a nuestro territorio con el cristal en alto sobre mi cabeza.

La multitud rugía a nuestro alrededor y oía gritar mi nombre esporádicamente entre los espectadores. El resto de nuestro equipo, alfas y betas por igual, se abalanzó sobre mí y sus ojos se abrieron de par en par al ver el cristal que tenía en la mano. Estaba claro que ninguno de ellos había esperado que llevara a cabo el plan, y me habría sentido insultada si no me sintiera tan jodidamente bien por mi éxito.

—¡Hemos ganado! —exclamé, arrojando el cristal a sus pies.

Selene y yo intercambiamos amplias sonrisas, chocando los cinco a pesar de la sangre que aún resbalaba y se secaba en sus brazos y manos.

Iba a necesitar una ducha urgente después de todo esto.

—El ganador... ¡es el Equipo Norte! —anunció la voz en lo alto, haciendo que la multitud enloqueciera aún más.

Sentí un pulso de aprobación, y algo peligrosamente cercano al orgullo, a través del vínculo.

Aparté ese sentimiento. No me importaba lo que Tristan pensara de mí en ese momento. Estaba orgullosa de mí misma. Yo había ideado el plan que llevó a mi equipo a la victoria en la prueba, y no había nada que nadie pudiera hacer para cambiar ese hecho. Había conducido a este equipo a la victoria, y si algún maldito alfa intentaba hacerme sentir menos simplemente por mi designación después de esto...

El vínculo se tensó con una sensación que sólo podía describirse como de alarma, pero antes de que pudiera descifrar qué significaba, quedó meridianamente claro.

El alfa de pelo oscuro, el mismo que había proclamado con orgullo que estaría dispuesto a cometer agresión con tal de ganar la prueba, se abalanzaba sobre mí, y la intención en sus ojos no podía describirse de otra forma que no fuera asesina.

28

—•—

Alana

Mi cuerpo reaccionó casi antes de que mi mente comprendiera lo que estaba ocurriendo, escabulléndose de las garras del alfa cuando éste cargó contra mí con un fuerte rugido.

—¡Joder!

Se dio la vuelta y volvió a cargar antes de que lograra recuperar el equilibrio, y esta vez consiguió engancharme la muñeca, doblándola hacia atrás con brusquedad y arrancándome un grito de sorpresa.

El vínculo me latía en el pecho y, aunque no podía oírle por encima del rugido de la multitud, tuve la clara impresión de que Tristan estaba... ¿gritando mi nombre?

Sin embargo, no podía preocuparme por eso. Estiré el pie y logré asestar una patada sólida a la rodilla del alfa. Se dobló bajo la presión y aullé cuando su agarre en mi muñeca se hizo aún más fuerte. Mi loba se retorció dentro de mí, desesperada por salir, pero me gruñó antes de que pudiera hacer algo más que soltar un quejido ante el pico repentino de dolor que irradiaba de mi muñeca.

—Ya está bien, pequeña omega —espetó.

Llevaba el odio grabado en la cara y me sorprendió tanta vehemencia, hasta el punto de que casi tropecé mientras me agarraba.

—Hasta aquí has llegado, joder. Para empezar, ¡nunca deberías haber estado aquí! Ocupaste el lugar de un *verdadero* lobo que podría haber competido. Estúpida, inconsciente, maldita...

Volví a atacar, intentando zafarme de su agarre, mientras el alboroto a mi alrededor aumentaba. Ninguno de los alfas o betas que nos rodeaban intentó intervenir en el altercado entre el alfa y yo, y traté de no sentirme herida al ver a Selene de pie a un lado, con simpatía en el rostro, pero el cuerpo completamente inmóvil.

Sabía lo que estaba pensando; si me eliminaban ahora, no habría posibilidad de enfrentarnos en las pruebas finales. No tendría que cargar con la culpa de eliminarme.

Entendía su razonamiento, de verdad... pero eso no significaba que no doliera igual.

—¡Estás... jodidamente... loco! —Golpeé con manos y pies como pude, haciendo contacto donde fuera mientras intentaba alejarme.

El alfa me agarró de la camisa y tiró de ella. Ignoré el desgarro de la tela y aproveché su distracción momentánea para apartarme de él. Un hilo de sudor me bajó por la nuca y el rugido de la multitud me golpeó los oídos.

Era todo... demasiado, joder. El dolor, la sobreestimulación, el agotamiento de mi cuerpo, el insistente tirón en el pecho...

—¡Ya... es... suficiente!

La voz de Tristan fue un rugido y, de repente, el alfa que me atacaba fue empujado hacia atrás tan rápido que casi me arranca el brazo con su agarre. Apenas logré quitármelo de encima y retroceder, y Selene estaba allí para sostenerme en cuanto dejé de estar en peligro.

Mierda... ¿cómo había llegado Tristan hasta mí antes que los guardias? Se había movido tan rápido...

—¿Estás bien? —La voz de Selene era grave e intensa.

Puse los ojos en blanco mientras la miraba, sacudiéndome para apartarla y enderezándome.

—Como si te importara —espeté, dando un paso atrás.

El buen rollo que habíamos formado durante la tercera prueba había desaparecido, y vi un destello de arrepentimiento cruzar su rostro cuando suspiró y asintió.

Ambas dirigimos la atención hacia Tristan y el alfa, que se enfrentaban cara a cara. Tristan tenía las garras desplegadas y los ojos brillaban con el fulgor de su lobo, y sentí un súbito golpe de excitación en el vientre al verlo desafiar al lobo que me había atacado.

Selene, alguien que al menos me consideraba amistosa, no había movido un dedo para defenderme. ¿Pero Tristan? El rey, el hombre con más que perder en esta Arena... ¿él me estaba defendiendo?

Se me revolvió el estómago y el alfa pareció darse cuenta de la gravedad de la situación. Levantó las manos, retrocedió lentamente, con la mirada y el rostro tensos, buscando visiblemente un aliado. O una escapatoria.

—¿Qué coño está pasando aquí abajo? —bramó Tristan con un gruñido agresivo en la voz.

Sus ojos brillaban, sus garras se extendieron aún más, y el pulso de su poder me hizo estremecer, una respuesta instintiva que odié *en el acto*. Desvié la mirada hacia mis zapatos.

—Su Majestad. Tiene que intervenir —dijo el alfa.

Aunque se había echado atrás físicamente, su voz seguía siendo fea y llena de odio. Vi que me señalaba con el dedo por el rabillo del ojo, aunque yo seguía con la vista clavada en el suelo—. Ella no puede estar aquí. No es correcto. No es *justo*.

—¿Y tú eres el que va a decidir lo que es justo y correcto en mis Juegos, Cassian? —replicó Tristan con voz áspera.

Vaya. Cassian era un nombre bonito. Una pena que fuera un jodido imbécil.

—¡Es una omega! —exclamó Cassian.

Señaló hacia mí, lanzándome una mirada fulminante, y cuando volvió a mirar a Tristan, casi gimoteaba.

—No debería estar aquí, diciéndonos qué hacer y llevándose todo el puto mérito...

Tristan levantó las manos y su expresión se torció en una de absoluta incredulidad.

—A ver si lo he entendido bien —dijo, con voz grave e intensa de repente.

Todos a mi alrededor y yo, nos giramos, percibiendo el cambio inmediato en el tono de la conversación.

—¿Me estás diciendo que estás cabreado porque tu equipo ganó, pero no gracias a la fuerza o la violencia? ¿Que te molesta que Alana tuviera un plan... y que ese plan fuera el que os hizo ganar la

prueba? ¿Y que te enfada que fuera ella quien llevara el cristal de vuelta a tu territorio, a pesar de que todos os beneficiáis de su velocidad y resistencia? —Tristan arqueó una ceja—. ¿Me estás diciendo que eres tan poca cosa, que tu ego es tan frágil, que no puedes aceptar la victoria si no eres el centro de atención?

Cassian se burló, volviendo la atención hacia mí. Sus ojos brillaban con odio y soltó una risita cruel.

—No importa. De todos modos, tarde o temprano quedará fuera de los Juegos. No hay forma de que lo consiga sin entrar en celo. Es solo cuestión de tiempo antes de que se agache y suplique...

Antes de que pudiera terminar la frase —y cualquier insulto que hubiera planeado escupir—, la mano de Tristan se alzó y le rodeó la garganta. Tristan gruñó, un sonido fuerte y agresivo que hizo que incluso el público en las gradas enmudeciera, y otro hilo de sudor me bajó por la nuca.

El corazón me dio un vuelco ante la muestra de agresividad alfa de Tristan, aunque reprimí la reacción antes de que pudiera transformarse y calentarse y volverse excitación en la parte baja del vientre.

Lo último que necesitaba, rodeada de todos esos alfas, era empezar a apestar aún más a feromonas omega.

—Eres un puto perdedor, Cassian, y eso ya es mucho decir, considerando que tu equipo ganó —gruñó Tristan.

Luego lo lanzó sin contemplaciones varios metros más allá, haciendo que el alfa se estrellara quedando con las extremidades enredadas.

—Espero que quejarte y atacar a una omega haya valido la pena. Estás acabado. No participarás en la próxima prueba.

Se hizo el silencio y el corazón se me subió a la garganta. Seguramente... no acababa de decir eso, ¿verdad...?

—¿Qué? —Cassian se puso en pie de un salto, con la expresión desencajada y los ojos muy abiertos, como si no estuviera seguro de haber oído bien a Tristan.

Ya somos dos, amigo.

—Ya me has oído, joder —gruñó Tristan—. No voy a tener a un mal perdedor en mis Juegos. Ninguno de nosotros puede cambiar el hecho de que Alana compita, y quejarte de ello te hace quedar como un gilipollas. Quizá no pueda echarte de los Juegos, pero sí puedo evitar que ganes. Sigue al Equipo Sur fuera de mi estadio. No quiero volver a ver tu cara en mi palacio, y si sabes lo que te conviene, te irás lo más lejos posible antes de que decida cambiar de opinión y darte una puta lección en condiciones.

Las palabras de Tristan eran despiadadas y afiladas, y bastó mirarle la cara durante dos segundos para que Cassian se diera cuenta de que hablaba en serio. Tragó saliva, la garganta le temblaba, y luego giró sobre sus talones y echó a correr sin dedicarme una segunda mirada. A pesar de mi irritación hacia ella, no pude evitar lanzarle una mirada interrogante a Selene, que parecía tan desconcertada como yo por la extraña reacción de Tristan.

Todo el mundo se quedó en silencio, incluso los pocos funcionarios de los Juegos de Tristan que se habían acercado detrás de él, y vi a su consejero lanzarle una mirada afilada, que Tristan ignoró por completo.

¿Cómo podría hacerle caso? Estaba demasiado ocupado mirándome.

Tristan se acercó a mí, extendió una mano y me hizo un gesto con los dedos para que se la diera. Mi mano se movió, casi sin permiso consciente, y observé, aturdida, cómo la tomaba entre las suyas y la

giraba suavemente hacia delante y hacia atrás, comprobando la flexibilidad de mi muñeca.

—¿Estás bien? —preguntó con voz grave.

Tragué saliva, incapaz de encontrar palabras para decirle que sí. Tenía el cerebro revuelto, y el esfuerzo de la prueba y la pelea posterior me había dejado acalorada y sin aliento.

Los ojos de Tristan se clavaron en mi cara cuando no respondí, y entonces negó con la cabeza, soltando una leve carcajada.

—Te vienes conmigo —dijo.

Giró sobre sus talones y empezó a tirar de mí antes de que pudiera hacer algo más que soltar un chillido de protesta. Habló con su consejero mientras me arrastraba.

—Voy a llevar a Alana con el sanador. Id terminando aquí y preparaos para trasladar a los ganadores al palacio de inmediato.

Me echó una mirada por encima del hombro, y la forma en que sus ojos grises me quemaban me dijo que nosotros también íbamos a tener esa conversación.

Joder, no sabía cómo iba a decirle que no podía mudarme al palacio. El vínculo en mi pecho zumbaba, encantado de que Tristan me estuviera tocando de verdad, y sabía que no iba a ser una conversación fácil. Me sentía nerviosa y fuera de mí, y Tristan estaba claramente en pie de guerra.

Solté un suspiro tembloroso y me armé de valor. Esto iba a doler.

29

—•—

Alana

La habitación a la que Tristan me llevó en el palacio era tranquila y ordenada, con una cama en el centro y una mujer de pie al pie de esta, colocando un puñado de cosas en una bandeja sobre las mantas.

—Estoy muy bien, Majestad —insistí, con un poco de dificultad al usar el título formal de Tristan.

Estaba tan acostumbrada a llamarlo por su nombre que tuve que hacer un gran esfuerzo para no descubrir nuestra tapadera, para no revelar que nuestra relación era mucho más íntima y antigua de lo que la mayoría sabía. Si Cassian ya pensaba que había recibido un trato injusto en los Juegos solo por ser omega, mi situación no mejoraría en absoluto si la gente supiera que Tristan y yo teníamos una... historia.

—Rina. Necesito que le eches un vistazo a Alana —dijo Tristan con voz nítida y profesional.

La mujer junto a la cama se enderezó al oírlo, se volvió hacia nosotros y le hizo una reverencia breve pero cortés.

—Por supuesto, Majestad. Siéntate, cariño, y dime cuál es el problema.

—No hay ningún problema —refunfuñé, aunque me senté en la cama.

No me había bajado la temperatura desde que entramos en el edificio, y estaba a punto de pedirle a Tristan que mandara a alguien bajar el aire acondicionado para estar más cómoda. Pero me mordí la lengua; no iba a pedir favores aquí, y mucho menos a Tristan.

Rina me lanzó una mirada y esbozó una pequeña sonrisa mientras se ponía el estetoscopio.

—Lo dudo sinceramente, querida. Sé cómo sois los concursantes. Ahora, respira hondo para mí.

Me auscultó el corazón y los pulmones, luego me pidió que abriera la boca, me revisó los ojos y también los oídos. Me palpó el cuello y me hizo preguntas sobre cómo me sentía. Mientras respondía, sentía la mirada de Tristan clavada en mí, como si me tocara físicamente.

Estar tan cerca de él era casi demasiado intenso para soportarlo. La única otra vez que habíamos estado a solas desde que volví fue cuando fuimos al mercado, y entonces su energía había estado dispersa, distraída, suavizada por las docenas de personas que nos rodeaban y evitaban que nuestra atención mutua se intensificara demasiado.

Pero esta vez no había nada que distrajera mi concentración. Nada que distrajera la suya tampoco. Y cuando Rina me revisó la muñeca y dijo que estaba bien, la tensión entre nosotros aumentó.

—Gracias, Rina —dijo Tristan, con una voz mucho más suave que cuando habíamos entrado a esa pequeña ala de recuperación—. ¿Podrías darnos un momento a Alana y a mí?

Si el consejero de Tristan hubiera estado allí, estoy segura de que habría pensado que era una idea terrible y desastrosa. Pero Rina no conocía mi historia con él. Hizo otra reverencia y salió sin decir palabra.

La tensión que dejó su ausencia era demasiada, demasiado pesada. Tragué saliva, bajé la vista al suelo y empecé a jugar con mis manos. En el fondo de mi mente, me preguntaba cómo estarían Arthur y Lia; si Arthur habría decidido dejarla ver los Juegos al final.

Esperaba que no. Las pruebas de hoy habían sido jodidamente sangrientas, y eso no era algo que quisiera que mi hija viera con sus dulces ojos inocentes.

—Alana —dijo Tristan en voz baja, rompiendo el silencio.

Me estremecí. El vínculo palpitaba y lo ignoré con firmeza mientras me obligaba a levantar la vista y encontrarme con su suave mirada gris.

—Tristan.

Mi voz sonó áspera, mucho más de lo que esperaba, y Tristan ladeó la cabeza, soltó un suspiro y se pasó una mano por el cabello.

—Alana. Tienes que abandonar.

Sus palabras fueron tajantes, y puse una mueca al escucharlas. Al oír su tono, suave y casi suplicante. Tan distinto al de cuando intentó hacerme desistir de los Juegos la primera vez que se enteró de que me había inscrito.

—No —negué con la cabeza, crucé los brazos sobre el pecho y levanté la barbilla para mirarlo—. No puedes decirme lo que tengo que hacer, Tristan, y solo porque tú quieras, no voy a renunciar.

No sabía de dónde me salía esa actitud de niña malcriada, y el leve ensanchamiento de los ojos de Tristan me dijo que él pensaba lo mismo. Apretó los labios con fuerza y soltó un suspiro frustrado.

—No te digo que lo dejes porque crea que eres incapaz —empezó.

Resoplé.

—Sí, claro —murmuré, con las palabras de Cassian todavía frescas en la memoria. Me pasé una mano por la frente, limpiando el sudor y sacudiéndolo al costado.

—No, Alana —Tristan me agarró la mano, solo por un segundo para captar mi atención, y luego me la soltó.

Tragué saliva y volví a mirarlo. Sus ojos, si era posible, eran aún más intensos que antes, y me apretó la mano con suavidad mientras continuaba:

—Pero yo ayudé a planear estos Juegos. Sé lo que va a pasar. Y te van a hacer daño. Mucho daño.

Tragué saliva, y la preocupación real que vi brillar en sus ojos acabó con cualquier protesta que pudiera haber tenido. Estaba claro que le preocupaba mi bienestar y que no quería que me hirieran más de lo que ya lo habían hecho.

Odiaba que se preocupara por mí, pero no podía negar que tenía motivos. Todavía me dolía la muñeca por el enfrentamiento con Cassian, y sentía los músculos y huesos recomponiéndose tras la tensión que habían sufrido por su trato brusco y por los propios Juegos.

Tragué saliva. Pensar en lo que podría haber pasado si hubiese sido un poco más lenta, si no hubiese tenido a Selene cubriéndome las espaldas... El enfrentamiento con Cassian dejó claro que esos alfas y

betas aceptaban mi ayuda mientras creyeran que mejoraba su estatus, pero en cuanto se sentían amenazados...

Me dolía el pecho y bajé la cabeza con un gemido bajo. Se me retorció el estómago y, tras un momento, Tristan se dejó caer a mi lado en la cama.

—No intento complicarte la vida, Alana —dijo por fin, con voz frustrada.

Por el rabillo del ojo vi que una de sus manos se movía hacia mí, como si se esforzara por no tocarme. El aire estaba cargado con nuestros olores mezclados, y en el fondo de mi mente me sentí vagamente agradecida de que Tristan hubiera echado a Rina.

No necesitaba testigos de este... momento entre nosotros, fuera lo que fuera.

—Qué curioso que ni siquiera necesites intentarlo —mordí sin pensar.

Todo mi cuerpo se tensó de inmediato y Tristan soltó un suspiro.

—Alana...

Extendió la mano y, en cuanto sus dedos rozaron el dorso de la mía, mi ritmo cardíaco se disparó. Se me escapó un gemido de sorpresa y aparté la mano de golpe, cuando la sensación hizo que mis pezones se endurecieran y el calor entre mis piernas se volviera tan húmedo que me mareé.

Mi olor estalló entre los dos y Tristan gruñó con sorpresa al respirarme por primera vez.

No llevaba bloqueadores. Estaba cerca. Estábamos en un espacio cerrado y...

Oh. Oh, no. No, no, no, no...

Me puse de pie de un salto e intenté poner distancia entre nosotros. La última hora se mezcló en mi cabeza con una nueva y horrenda revelación, y tropecé al alejarme de Tristan.

Me miró con las pupilas dilatadas en sus ojos grises, los colmillos ligeramente expuestos, y se levantó lentamente.

—Alana...

—¡No! —La palabra estalló, aguda y chirriante, seguida de inmediato por un gemido cuando se me encogió el estómago y mis manos volaron hacia los músculos de esa zona.

Mi coño se apretó y los leggins que llevaba para las pruebas empezaron a mojarse vergonzosamente entre mis piernas. El sudor me corría por la nuca y se me pegaba a la piel más rápido que cuando estábamos fuera, y Tristan se acercó lentamente, con las manos en alto.

—Alana, estás...

—¡No lo estoy! —me quejé—. ¡*No* lo estoy, joder, y si te acercas y me tocas, Tristan, juro por los putos Dioses...!

—¿Qué me vas a hacer? —Tristan ladeó la cabeza, aunque se detuvo para poder mirarme. Sus fosas nasales se dilataron y soltó un gruñido bajo antes de morder—: ¿Qué vas a hacer, omega?

El sonido de mi designación en su áspero y sensual gruñido de alfa me hizo gemir, y el deseo que se encendió en mi interior fue jodidamente *doloroso*.

Esto no podía estar *pasando*. No había tenido un celo en años, no había literalmente nada diferente que pudiera haberme llevado a esto...

Pero sí que lo hay, y sabes lo que es, y te estás mintiendo a ti misma.

Otro retortijón me sacudió el estómago y me acurruqué sobre mí misma mientras me dejaba caer al suelo, dejando escapar un pequeño gemido estrangulado. La agresividad de Cassian hacia mí después del partido tenía mucho más sentido ahora, junto con el hecho de que todos los alfas del campo solo parecían tener ojos para mí.

No era solo porque yo fuera una amenaza, y sabían que estaba allí para asegurarme de que mi equipo ganara. Era porque mi biología, sin que yo lo supiera, había estado emitiendo una puta señal para los alfas a mi alrededor.

Era un milagro que no me hubieran destrozado literalmente durante la prueba, sabiendo esto ahora.

—Alana...

En la voz de Tristan se notaba una preocupación genuina, junto con una evidente capa de excitación. Su olor se esparció por el aire cuando se arrodilló frente a mí, extendiendo los brazos y sujetándome por los hombros.

Fue un gesto inocente, relativamente casto y seguro a simple vista, pero a mi cuerpo no le importó. Me puse rígida y me arqueé, y el gemido que solté fue desesperado, necesitado, mientras mi mente se nublaba y, de repente, lo único en lo que podía concentrarme era en los puntos donde mi alfa me tocaba, donde mi compañero me tocaba.

—Joder. Para...

La palabra no llevaba reproche mientras forcejeaba para zafarme del agarre de Tristan. Me alejé de él, ignorando cómo protestaban el vínculo y mi cuerpo por la distancia que interponía. Me obligué a

abrir los ojos y lo miré. Su expresión era desgarradora. Pude ver el impulso de alfa de cruzar la habitación y lanzarse sobre mí, lo mismo que yo quería hacerle a él. Pero la frustración empezaba a ganar terreno a la lujuria.

—Alana —mordió—. Estás entrando en celo. Tienes que dejar que te ayude.

—No tengo que dejarte hacer nada, joder —espeté.

Ignoré el pánico que me llenó por dentro al oír esas palabras porque... *joder*. Tenía razón. Tenía razón, y yo no iba a poder detener esto. Y esto era justo lo que todos esos alfas de mierda estaban esperando, y ahora no iba a poder demostrarles que estaban equivocados porque la próxima prueba era en unos días...

Joder, joder, *joder*...

—Alana.

Ya no había dudas sobre la preocupación en su voz. Me puse de pie, empecé a dar vueltas e ignorarlo. Se me revolvía el corazón, el estómago se me apretaba y mi mente comenzaba a nublarse con una necesidad que conocía desde hacía mucho tiempo. Se me escapó un gemido antes de poder contenerlo.

—Joder... —gimió Tristan.

Sentí sus pasos hacer vibrar el suelo mientras se acercaba por detrás. Por el rabillo del ojo vi sus manos, suspendidas en el aire, como si quisiera tocarme otra vez, pero sin estar seguro de si lo castraría por intentarlo.

Hombre listo.

—Tengo que irme —logré decir al fin, dándome la vuelta y mirándole a los ojos.

Sabía que debía de parecer un desastre: acalorada, ruborizada y sudorosa. Incluso *yo* podía oler las hormonas que estaba despidiendo a raudales, y Tristan apretó la mandíbula al oírme.

—No puedes —agitó la mano delante de mi cara—. Te van a destrozar en cuanto uno de esos cabrones te huela, Alana. Tu eres lista, venga.

Mi mente se volvía más borrosa a cada segundo y, siendo sincera, *no* estaba segura de ser inteligente ahora mismo. Todo lo que sabía era que mi cuerpo prácticamente salivaba con la idea de que Tristan volviera a ponerme las manos encima. Su olor me llenaba la nariz, el vínculo latía y se excitaba en mi pecho, y...

Dioses, no podía *hacer* esto.

—No me importa —me oí decir—. Yo... no puedo hacer esto contigo. No otra vez. Ahora muévete, joder. Tengo que ir a casa... y esconderme.

Intenté pasar a su lado, pero me sentía como si me moviera dentro del agua. Cada movimiento era más lento, y los músculos me temblaban del esfuerzo cuando todo lo que realmente quería era caerme al suelo y ofrecerle mi coño a mi alma gemela.

No es. Mi. Jodida. Alma gemela.

Se me escapó un gruñido bajo y, por un momento, no supe contra qué gruñía. Pero entonces, con creciente horror, me di cuenta de que mi loba se *rebelaba* contra mis pensamientos. Dejaba muy claro lo que pensaba de la situación entre Tristan y yo.

Y ella *lo* deseaba.

—Tristan...

La palabra se volvió un gemido y prácticamente caí de rodillas frente a él, apoyándome contra la cama a mi espalda. Podía sentir su excitación, frustración e impotencia irradiando de su cuerpo. Entonces se alejó de mí, cruzó la habitación y se pasó ambas manos por el pelo.

—Alana —gruñó, el sonido atravesó la habitación y se giró hacia mí con los ojos abiertos como platos—. Estás...

—Estás tan lejos —murmuré.

Apenas era consciente de lo que decía, y mi coño se apretó, arrancándome un gemido desesperado. Racionalmente sabía que tenía que levantarme e irme, alejarme de Tristan antes de cometer un error enorme. Otro más, al menos.

Pero mi loba no me dejaba ponerme de pie, no me dejaba irme, y ahora mismo era ella quien controlaba mis sentidos. Mi mente estaba borrosa, mi cuerpo *ardía*, y quería, quería, quería...

—Necesito mantener el control. Tú necesitas... ayuda, no que me lance encima de ti como una puta bestia salvaje —la voz de Tristan ya era más de alfa que de hombre, y me costó todo lo que tenía dentro no gemir y suplicar hasta que me diera lo que quería.

Porque, por supuesto, tenía razón. Esto... esto no podía pasar. No podía quererlo, no podíamos *hacer* esto...

—Por favor...

Al parecer, quejarse y gemir no estaban permitidos, pero suplicar sí. *Jesús*.

Tristan se giró para mirarme, y sus ojos ardían. Más que el calor que me devoraba por dentro.

—¿Qué acabas de decir? —gruñó.

Gemí y abrí las piernas. No podía evitarlo. Estaba desesperada, mojada, me ardía...

—Por favor, Alfa —gimoteé, y una de mis manos bajó hasta mi muslo.

La fina tela de los leggins estorbaba y solté un gemido frustrado al arañarla, desesperada por quitármela. Por refrescarme de cualquier forma. Tenía tanto *calor*...

Tristan estuvo frente a mí en un instante, sujetándome la mano con firmeza. Me apretó los dedos, el vínculo vibró con el contacto, y me lanzó una mirada tan intensa que me sorprendió no derretirme ahí mismo.

—Tú... no puedo... tú no quieres...

Cada palabra salía de su boca entrecortada, como si pensar le costara tanto como a mí. Gemí, cediendo al fin, y le tendí la mano. Apreté su camisa con el puño y tiré de él hacia mí. Solo su rápido agarre en la colcha evitó que nos golpeáramos la cabeza.

—Yo... Tristan —forcé los labios para pronunciar su nombre, mi mente dominada por el instinto animal.

Pero esto era importante, necesitaba ser racional... solo unos segundos más.

—No debería querer esto —logré decir, las palabras arrastradas y desesperadas—. Tú y yo... no funcionamos. No podemos funcionar. Pero... no puedo... tienes razón. No puedo irme. No puedo salir, y si tengo que quedarme aquí, y mi loba sabe que estás cerca y no estás conmigo...

Tristan soltó un gruñido bajo de frustración, y yo asentí, abrazándolo con más fuerza.

—No me hagas daño —susurré por fin—. Por favor. Es todo lo que puedo pedirte. Por favor, solo cuida de mí... y luego podremos volver a ser enemigos.

Tristan negó con la cabeza, y supe que no estaba *para nada* de acuerdo con eso de ser enemigos. Pero no era el momento de discutirlo. Su aliento era cálido sobre mi rostro, me daba vueltas la cabeza, y Dioses, estaba tan cerca. Tan cerca y no me estaba besando.

¿Por qué no me besaba?

—Pídemelo —exigió por fin, con voz ronca—. Pídeme lo que necesitas, así sabré que no estoy cruzando ningún límite, Alana.

Gemí, abrí las piernas y me moví.

—Bésame —supliqué.

Gimió, el vínculo latió entre nosotros... y nuestro autocontrol se rompió.

30

—•—

Alana

Tristan volvió a gemir al oír mi declaración, y entonces su boca descendió sobre la mía, apretando nuestros labios mientras sus dedos se deslizaban por mi pelo. Me aferré a él, con la temperatura cada vez más alta, y al cabo de un momento se separó de mí.

—No podemos estar aquí —gruñó.

Se agachó y me rodeó la cintura con los brazos, tirando de mí hasta que me puse de pie, y luego me cogió en brazos.

—Tenemos que… ir a un sitio más privado. Vamos.

Me aferré a él cuando se dio la vuelta y salimos del ala médica, y apenas presté atención mientras avanzábamos por los pasillos, casi corriendo. No nos cruzamos con nadie mientras avanzábamos por su palacio, y me pregunté ligeramente si se debía a que él conocía los caminos secundarios o a que todo el mundo estaba en otra parte, ocupándose de los Juegos.

En cualquier caso, me daba igual. Lo único que me importaba era el aroma de Tristan en mi nariz y el calor de su cuerpo contra mi

mejilla, sus brazos estrechando mi cuerpo contra el suyo mientras nuestro entorno cambiaba. Entonces irrumpió en una nueva habitación antes de cerrar la puerta tras nosotros y echar el cerrojo.

Levanté la cabeza lo justo para mirar a mi alrededor, y se me retorció el estómago al ver los familiares aposentos de Tristan. Los mismos en los que habíamos estado... la primera vez que estuvimos juntos.

Se me apretó el corazón y, si hubiera estado un poco más consciente, me habría apartado y habríamos tenido que hablar de ello.

Pero entonces Tristan me acompañó al dormitorio y me dejó en el suelo, y en cuanto volví a ponerme en pie, mi mente se nubló y tiré de él para que volviera a acercarse a mí. Nuestros labios chocaron en una embriagadora y desesperada unión, y tiré de él hasta que me siguió, haciéndome retroceder lentamente hasta que mis rodillas chocaron con el borde de su cama.

Me recordaba tanto al sueño que había tenido la noche anterior que estuve a punto de pellizcarme para asegurarme de que estaba despierta, pero no me atrevía a soltar las manos de Tristan. Acaricié sus firmes pectorales, gimiendo mientras su lengua se deslizaba por mi labio inferior, rogándome que le dejara entrar, y luego tomando cada centímetro de paso que le daba cuando me abría para él.

—Tú. Sabes. Tan. Jodidamente. Bien —gruñó Tristan, cada palabra entre beso y beso.

Sus dedos se clavaron en mi pelo, tirando de él, y mi celo ya estaba más avanzado de lo que había pensado, porque no podía sentir el dolor punzante cuando tiraba de mi cuero cabelludo.

El celo disminuía la sensación de dolor. Las hormonas que inundaban mi sistema hacían que todas las sensaciones fueran placenteras, fueran dañinas o no. Era algo contra lo que se advertía a todos los

omegas al crecer; confiar en el alfa equivocado durante un celo podía provocar lesiones irreparables, cuyo verdadero alcance no se percibiría en medio de la neblina hormonal.

Todo dentro de mí gritaba que Tristan no abusaría de mi confianza. No me haría daño de ninguna forma que no me gustara, y se aseguraría de cuidarme y mantenerme a salvo durante este momento tan vulnerable. No tenía ni idea de si mis instintos me decían la verdad, o si mi confianza en él estaba fuera de lugar, pero mi mente ya estaba nublada por el deseo y la humedad empapaba la tela de mis pantalones de entreno, así que no tenía muchas opciones.

—Por favor, alfa... —gimoteé, inclinando las caderas hacia arriba frotándome contra el bulto duro de su polla.

La ropa de gala que se había puesto para los Juegos se ajustaba deliciosamente sobre sus músculos, y era un deleite mirar desde lejos, pero ahora mismo me impedía hacer lo que quería. Y lo deseaba, joder.

—Paciencia, omega —gruñó, apartándose.

Sus pupilas se abrieron de par en par, y se alejó un segundo después, con las fosas nasales ensanchadas mientras empezaba a desabrocharse la camisa de vestir. Gemí al sentir su ausencia, pero luego bebí con avidez cada centímetro de piel que dejaba al descubierto, y me picaban las manos por las ganas de tocarlo. El sudor me recorría la frente y gemí ante el impulso de necesidad que me hacía estremecer el coño.

No podía ser paciente. Necesitaba que me tocaran. Y si él no iba a hacerlo...

—Ah, ah.

Me cogió la mano justo cuando empezaba a derivar hacia el vértice entre mis muslos, mi ropa se sentía caliente e incómoda contra mi piel demasiado sensible. Tristan enlazó nuestros dedos y tiró de mí hasta que estuve de pie, con su pecho ahora desnudo mientras me empujaba contra él, de frente.

—Eso no se toca, omega. Eso es mío.

El gruñido posesivo de su voz hizo que algo en mi interior se calmara, incluso cuando la bruma de mi celo se hizo más intensa.

—Pero...

Me hizo girar y me rodeó la garganta con la mano, apretando suavemente y cortándome el habla. No me estaba cortando el aire, no lo haría, pero eso no me impidió derretirme contra él, relajarme en su abrazo y entregarme a lo que quisiera hacerme.

Era mi alma gemela. Mi alfa. No me haría daño. Él cuidaría de mí.

—Buena chica —me susurró Tristan al oído.

Su mano libre se deslizó por mi frente mientras la otra permanecía alrededor de mi cuello, y tiró del dobladillo de mi camiseta de entreno, levantándola.

—Vamos, nena. Deja que te ayude a desnudarte. Así. Con cuidado. Cuidaré de ti, omega, te lo prometo.

El deseo áspero de su voz me hizo retorcerme y levanté los brazos para que me quitara la camiseta por la cabeza. Le siguió el sujetador deportivo, y soltó un gruñido grave y posesivo cuando mis pechos se liberaron, con los pezones ya duros y deseando que los tocara.

—Joder, nena —gruñó.

Sus manos se alzaron para acariciar mi carne sensible, sus pulgares rozando mis pezones, y mi cabeza cayó hacia atrás contra su hombro, mis muslos apretándose con más fuerza mientras otra oleada de calor me golpeaba. Me quedé con la boca abierta y gemí sin poder evitarlo, apretando el pecho contra sus caricias, suplicando en silencio que me diera más.

Mi olor se hizo más denso en el aire que nos separaba y sentí cómo su polla se agitaba contra mi culo mientras me apretaba los pezones con los dedos, una sensación que me hizo jadear. Gruñó, y otra oleada de humedad entre mis piernas mojó la tela de mis pantalones. Estaba segura de que me había salido una mancha vergonzosamente grande ahí abajo, pero en aquel momento no me importó lo más mínimo.

Mi olor se hizo más intenso, y Tristan finalmente gimió en mi oído, soltándome los pezones y haciéndome girar para que volviera a estar frente a él.

—Quítatelos —gruñó.

Sus manos cayeron hasta la cintura de mis pantalones y me los bajó de un empujón. A duras penas conseguí mantener el equilibrio lo suficiente para quitármelos sin caerme, y entonces estaba completamente desnuda delante de él, con el interior de mis muslos húmedo y brillante por mis jugos.

Sus pupilas, si cabe, se dilataron aún más, y se inclinó para volver a juntar nuestros labios sin decir ni una palabra más. Sus dientes se hundieron en mi labio inferior, y gemí mientras alzaba las manos, entrelazándolas en su pelo. Quería bajarle los pantalones para que estuviera completamente desnudo, igual que me había hecho a mí, pero no me atrevía a separarme de su boca para pedírselo. La neblina en mi cabeza era intensa y me entregué por completo a la sensación de que me tocara, me besara, me poseyera.

Llevaba cinco años deseándolo, aunque sólo fuera a nivel subconsciente, y ya estaba harta de alejarme de lo que quería.

—Por favor —jadeé, apartándome y mirándole con los ojos entornados.

Formó una sonrisa que se podría calificar como siniestra si él fuese cualquier otra persona, pero en él parecía seductora y atractiva, e hizo que mi estómago se revolviera de expectación.

—¿Sí? —preguntó, inclinándose hacia mí.

Sentí su aliento en mi cara y su mano se deslizó por mi espalda, bajando por mi columna vertebral y poniendome la piel de gallina a su paso.

—¿Me deseas, nena?

Asentí con la cabeza tan rápido que casi se me tensó un músculo del cuello, y su sonrisa se ensanchó aún más.

—Tendrás que esperar, entonces —ronroneó.

Antes de que pudiera protestar por el repentino cambio de tono, me volvió a girar y me inclinó sobre su cama, separándome las piernas con su pie para que quedaran abiertas, dejándome vulnerable frente a él. Se acercó a mí, rozándome el culo con las caderas mientras me sujetaba, y me estremecí al sentir el roce de su polla contra el vértice de mis muslos.

—Me dejaste —dijo, su voz baja y seductora incluso a través de la acusación en sus palabras—. Me mentiste. Hace cinco años, fingiste ser una beta normal, fingiste que no eras mi pareja, sólo para poder meterte en mi cabeza, en mi corazón. Creaste un vínculo entre nosotros, y luego no me dejaste sellarlo.

Sus palabras fueron duras y me golpearon en lo más hondo, aunque en el fondo sabía que no eran ciertas. No del todo. Pero no pude protestar, porque al momento siguiente, su mano se deslizó por mi culo y desapareció antes de que una fuerte cachetada resonara en la habitación.

Una pizca de dolor floreció contra mi piel, mucho más leve de lo que habría sido si no me hubiera curado, si no estuviera en celo, y gemí con fuerza, moviendo las caderas hacia atrás para intentar recibir más de su tacto.

Se rio entre dientes y sonó otra bofetada en el aire mientras me azotaba de nuevo.

—Algún día haré esto cuando no estés en celo —murmuró—. Quiero que sientas todo el castigo que merecen tus actos, Alana. Mereces ser castigada por haberme dado esperanzas, por la forma en que me engañaste —hizo una pausa y luego, bajo la voz—: Por la forma en que hiciste que me preocupara por ti.

Tragué con fuerza, y cualquier protesta que pudiera haber tenido se desvaneció. Mi coño se apretó y el vínculo que había dentro de mí lo anhelaba. No importaba que unirnos no hubiera sido mi intención, ni crear esta conexión que seguía uniéndonos después de años separados. El hecho era que lo había hecho, lo habíamos hecho y teníamos que pasar página.

Abrí la boca para decírselo, pero entonces sus dedos se deslizaron un poco más abajo, rozando los resbaladizos pliegues de mi entrada, y lo único que pude hacer fue gemir sin poder evitarlo.

—Estás tan jodidamente mojada —jadeó, metiendo un dedo dentro de mí, luego dos.

El segundo dedo me hizo sisear, y me sacudí hacia atrás, empujando mis caderas contra sus dedos y rogándole en silencio que me tocara

más. Que me llenara más. Que me diera su polla, cuando la estaba deseando tan desesperadamente.

—Me encanta verte así —dijo Tristan en voz baja, sin censura alguna.

Sólo tenía tono suave y asombrado, y siguió metiéndome los dedos, mientras el sonido resbaladizo de mis jugos me hacía arder las mejillas un poco más que el calor.

—Tan dulce. Tan vulnerable para mí —terminó Tristan, susurrando.

Mi coño se abrió deliciosamente y él introdujo un tercer dedo junto a los dos primeros. Fue casi suficiente para saciar la persistente necesidad de mi interior, pero no del todo. Gemí, empujando hacia dentro sus dedos, y él soltó una suave carcajada ante mi impaciencia, su voz apenas penetró la bruma de necesidad y excitación que palpitaba en mi cuerpo.

—¿Más? —preguntó, burlándose ahora—. ¿Es este coño tan codicioso que incluso tres dedos no son suficientes?

Hizo más presión y luego introdujo un cuarto dedo en mi interior, arrancándome un gemido por primera vez desde que me había inclinado sobre su cama. Sentí que el edredón que había bajo mis caderas se mojaba con mis jugos y me impulsé contra sus dedos, saboreando el leve ardor que me producía la forma en que ensanchaban mi entrada.

—Más —supliqué sin pensar—. Más, alfa, por favor.

Siseó y me metió los dedos con más fuerza y rapidez.

—Mira cómo te abres a mi alrededor —suspiró.

Su voz estaba cargada de lujuria, dándole a mi cerebro omega la satisfacción de complacer a mi alfa.

—Apuesto a que podría meter mi puño entero si te abriera lo suficiente. Y me lo suplicarías, ¿verdad? Estarías desesperada por que te lo hiciera, antes de que finalmente te diera mi polla. Pero sólo después de que me lo suplicaras.

—Ahora, ahora, ahora —jadeé.

La mención de su polla hizo que mi coño palpitara de necesidad. De repente, era lo único de lo que era consciente, la forma en que su polla palpitaba donde estaba presionada contra mi cadera. Sentí cómo se retorcía mientras me movía contra él, rechinando, y él soltó una carcajada fuerte y brillante, ligeramente desquiciada.

—No debería —reflexionó—. Debería dejarte aquí, a salvo y protegida, y marcharme. No debería dejar que siguieras hundiendo tus garras cada vez más en mí. ¿No crees, cariño?

Volvió a meterme los dedos profundamente antes de que pudiera responder, y dejé escapar un gemido desesperado ante la idea de que me dejara sola. No podría soportarlo, no sería capaz de soportarlo si se alejara de mí ahora mismo.

—No —gemí.

Hizo una pausa, y el momento se hizo pesado entre los dos. Sentí sus ojos clavados en mi nuca, su mano suavemente apoyada en la parte baja de mi espalda. Finalmente, después de un momento que me pareció eterno, suspiró y sacó los dedos de mi coño, con mucha más suavidad que antes.

Me tumbó boca arriba y le miré fijamente, con una mirada abrasadora, tierna y desesperada a la vez.

—No podría —susurró, inclinándose hacia mí.

Sus ojos se clavaron en mí y sus siguientes palabras me revolvieron el estómago.

—No importaría si fuera la única forma de salvar mi reino, dejarte aquí y ahora. Necesito estar contigo, Alana. Eres mía, y necesito que lo entiendas. No hay absolutamente nada que pueda alejarme de ti ahora mismo.

Me miró tan intensamente que la niebla de mi cabeza se despejó un poco y, por un segundo, pude ver a través de la creciente necesidad que sentía en mi cuerpo. Me miraba con tanta seriedad, tan devastadoramente guapo y vivo, y mío, y alcé la mano para rozarle el pómulo con los dedos, tragando saliva contra su repentina oleada de emoción.

No podía hablar, así que me limité a gemir. Y ésa fue la única respuesta que pareció necesitar. Gruñó en voz baja y luego se inclinó para presionar sus labios contra los míos. Gemí dentro de su boca, me alcé y le rodeé el cuello con los brazos mientras él nos empujaba más arriba en la cama, colocándose encima de mí y apretando la dura longitud de su polla contra mi coño vacío y necesitado.

Apenas tuve tiempo de preguntarme cuándo se había quitado los pantalones para liberar su polla antes de que bajara la mano y me acariciara el clítoris con rápidos y ligeros círculos que no eran ni de lejos suficientes para hacerme terminar. La distracción funcionó y me hizo soltar un chillido repentino y desesperado, con las manos agitándose contra su espalda mientras intentaba agarrarme.

Se apartó y me sonrió, con un brillo ligeramente loco de nuevo en sus ojos.

—¿Qué quieres, nena? —se burló—. Dímelo. Necesito tus palabras. Tu dulce cuerpo no es suficiente.

No podía hablar, la lengua me pesaba en la boca, y él se acercó aún más, rozando con su nariz la mía.

—Si no me hablas, Alana, si no me dices lo que necesitas y lo que quieres de mí ahora mismo... —su sonrisa se ensanchó y su voz se

transformó en un rugido seductor que yo debería odiar, pero que sólo hizo que mi coño se apretara y que mis jugos goteara aún más entre mis muslos—. Te tocaré y jugaré contigo así toda la noche. Jugaré contigo, y sólo te daré lo que creo que necesitas, no lo que tu cuerpo pide desesperadamente. Te irás completamente satisfecha, habiéndote corrido tantas veces con mi lengua y mis dedos que no sabrás ni por dónde empezar, pero no te daré mi polla.

Se me escapó un sonido desesperado y su sonrisa se amplió aún más. Parecía un loco, mirándome con los dedos en el clítoris, pero no le tenía miedo. No tenía miedo del lobo alfa que podía ver brillar en sus ojos, desesperado por cambiar de posición y reclamarme por completo, por tomarme de verdad.

—Así es —canturreó—. Sólo tendrás mi polla si la pides. Usa tus palabras, nena. Ruega por mí.

Se me escapó otro gemido desesperado, y las palabras salieron de entre mis labios antes de que pudiera pensar en lo condenatorias que iban a ser.

—Oh Dioses, por favor, Tristan —supliqué—. Lo necesito. Necesito tu polla, necesito que me folles. No he podido dejar de pensar en ti en cinco putos años, y no he dejado de pensar en ti ahora tampoco. Eres lo único que quiero. Eres lo único que necesito. No me lo niegues, no alejes tu polla de mí. Puedo portarme bien, alfa, sólo dame una oportunidad. Por favor, por favor, por favor...

Sus ojos brillaron ante mi desesperada súplica y soltó un gruñido mientras sacaba los dedos de entre mis piernas y, sin más aviso, empujó su polla completamente dentro de mí de un rápido empujón.

Los dos jadeamos y gemimos al unísono cuando la sensación de que me llenaba llegó a mi mente. Calmó cada gramo de desesperación que había en mi interior, me envolvió como una brisa fresca y

suspiré feliz mientras acurrucaba mi cara contra su cuello, acercándolo más para poder pellizcar los tendones que sobresalían.

—Alfa —murmuré.

Gimió y giró las caderas, moviéndose ligeramente dentro de mí, apretando la polla contra mi punto G. El placer que me recorrió fue intenso, pero sobre todo fue un alivio. Era todo lo que no me había permitido soñar durante años, sobre todo cuando me di cuenta de que no había estado en celo en tanto tiempo por su culpa.

—Ahí, ahí —respiré, haciendo rodar mis caderas contra las suyas.

Apreté, el sonido de nuestra unión me avergonzó, y él gimió, apretándose aún más contra mí y mordiéndome suavemente el cuello.

—Omega. Mía —gritó, apartándose para poder mirarme a los ojos.

Puso las manos a ambos lados de mi cabeza y los dos contuvimos la respiración cuando empezó a moverse en serio.

Fue casi demasiado, la forma en que me folló. Era cruda y emocional, y áspera y animal al mismo tiempo. Empezó despacio, metiéndome y sacándome todo el jugo con cada movimiento de sus caderas, pero pronto no fue suficiente. Se apoderó de él un frenesí y empezó a follarme con más fuerza y rapidez.

Me encantaba. Lo rodeé con los brazos y me aferré a él lo mejor que pude. Su polla me rozaba el punto G con cada embestida, haciéndome rodar los ojos hacia la nuca, y no pude contener los gemidos que brotaban de mi garganta sin reservas. Si había alguien cerca, podría oír cómo su rey se ocupaba de mí, de su omega, y a una pequeña parte posesiva de mí le encantaba.

—Por favor... —gemí.

Su nariz me rozó el cuello y, por instinto, estiré la cabeza hacia un lado, mostrándole la extensión de mi garganta. Aquel gesto innato me hizo saltar las alarmas, pero no habría podido parar a mi loba en aquel momento, aunque hubiera sido lo único que me salvara la vida.

Puede que no entendiera la motivación, pero Tristan había dicho una cosa cierta: habíamos formado un vínculo, y yo le había impedido completarlo, en detrimento de ambos. Y ahora, mi loba lo quería. Quería completar el vínculo y lidiar con las consecuencias después de hacerlo.

Tristan gruñó, y su aliento resopló contra mi piel sensible mientras me acariciaba el cuello, sus labios apenas rozaban mi piel mientras me penetraba con más fuerza. El sudor cubría nuestra piel, haciéndola resbaladiza donde estábamos apretados el uno contra el otro, y sentí cada centímetro de él mientras entraba y salía de mí, cada molécula de él mientras respiraba contra mi cuello...

Y no me mordió.

Me di cuenta de que lo deseaba. Me acarició el cuello con la boca, arrastrando la lengua por la piel y dándome un tierno beso en el lugar donde me latía el pulso, pero no me hincó el diente como yo habría pensado que haría si se lo hubiera ofrecido. Era lo bastante omega como para que el gesto me doliera un poco, incluso cuando mis gemidos se hicieron más fuertes y me retorcí debajo de él, el orgasmo que se acumulaba en mi vientre llegó rápido y fuerte, lo bastante fuerte como para aniquilarme.

—Alfa —gemí, mi clítoris palpitaba al ritmo de mi necesidad.

—Sí, nena, puedo sentirlo —gritó.

Se apartó lo suficiente para que pudiera mirarle a los ojos, y no se trataba solo de lo físico de nuestros cuerpos en ese momento, aquí y ahora. El vínculo palpitaba entre nosotros, y podía sentir que se

hacía más fuerte a cada minuto de nuestra conexión. Los dos íbamos a salir de esto doloridos y necesitados, pero mi mente estaba ida y mi cuerpo tan jodidamente desesperado que simplemente no podía importarme.

—Por favor —gemí—. Por favor, por favor, necesito correrme. Necesito sentir cómo te corres dentro de mí. Dioses, lo necesito. Quiero sentir tu polla palpitando, llenándome, follándome, ¡alfa...!

El orgasmo se apoderó de todo mi cuerpo y fue demasiado. Se me nubló la vista y el grito que solté habría hecho que lobos menores vinieran corriendo a asegurarse de que estaba bien.

Pero no había nadie. No había nadie más que Tristan y yo, y a él no le interesaba detener el placer que sacudía mi cuerpo en oleadas imparables. Gruñó y me folló con más fuerza, mirándome con ojos brillantes mientras se acercaba a su propia liberación. Apreté los ojos, aferrándome a él mientras aguantaba mi orgasmo, y pude sentir cómo su cuerpo temblaba mientras contenía su cambio, su lobo tan desesperado por salir y encontrarse con el mío que, si Tristan fuera cualquier otra persona, creo que ya me habría unido a mi alfa y me habría perseguido.

Pero él no era cualquiera. Era el rey, y la cantidad de autocontrol que tenía era, como mínimo, impresionante. Monumental, si era sincera, y aunque mi mente suplicaba y gritaba que me tomara, mi cuerpo suplicaba de la única forma que sabía pedir, en el fondo de mi mente sabía que le agradecería su contención cuando por fin entrara en razón.

—Joder —gimió, y sus caderas volvieron a golpearme una vez más antes de que su polla se sacudiera dentro de mí y se corriera.

Me enterró la cara en el cuello con un gemido, besándome la piel una y otra vez como si estuviera convenciéndose a sí mismo de no hundir los dientes donde debían estar, y yo lo rodeé con mis extremidades aferrándome a él sin poder evitarlo mientras su nudo

se hinchaba en la base de su polla, y luego, con un pequeño movimiento, lo introdujo dentro de mí y se encajó detrás de mi pubis.

La nueva plenitud fue suficiente para que las telarañas de mi calor se despejaran, al menos por un momento, y la satisfacción que me llenó cuando finalmente se desplomó, envolviendo cuidadosamente sus brazos y haciéndonos rodar a los dos hacia un lado mientras estábamos abrazándonos... fue indescriptible. Todo mi cuerpo se sentía tan ligero, ingrávido por primera vez en años, y yo...

No me dolía. El vínculo estaba contento y zumbaba, y todas las molestias y dolores musculares con los que había tenido que lidiar durante años... habían desaparecido.

—¿Tristan? —Finalmente carraspeé, con la voz ronca de tanto gritar.

Sabía que este respiro, este momento de claridad, sólo iba a ser temporal. Ya podía sentir la necesidad creciendo en mi vientre de nuevo, y no iba a pasar mucho tiempo antes de que me abrumara la necesidad de ser follada y reclamada por mi alfa de nuevo.

Tristan tarareó, y sus brazos se apretaron a mi alrededor.

—¿Sí, Alana?

Sonaba somnoliento y saciado, y las preguntas que me había hecho murieron rápidamente en mi lengua. No quería perturbar la frágil paz en la que nos encontrábamos, encerrados juntos y con nuestros cuerpos zumbando de placer tras los orgasmos.

Así que, en vez de eso, apreté mi mejilla contra su pecho y le susurré:

—Gracias.

Asintió, pero no dijo nada más, y descansamos, preparándonos para la siguiente oleada de mi celo.

31

—•—

Alana

Volví a la tierra lentamente.

La bruma del celo se disipó poco a poco, dejando tras de sí un dolor leve en mi cuerpo y un gran peso en el pecho. Lo primero que percibí fue la suavidad de la cama bajo mis pies y el olor de Tristan entre las sábanas. Sentía las extremidades tan pesadas como plomo, los músculos doloridos y sin cooperar cuando intentaba moverme.

—Cuidado —dijo su voz profunda y familiar.

Giré la cabeza lentamente y mis ojos se clavaron en Tristan, que estaba sentado en una silla junto a la ventana. Su mirada, siempre tan penetrante, se suavizó ligeramente al encontrarse con la mía. Estaba recostado, con una pierna cruzada sobre la otra, pero su postura gritaba tensión.

—Llevas inconsciente casi dos días —dijo, con un tono tranquilo pero cargado de significado.

Dos días.

Se me revolvió el estómago.

—Tengo que volver...

—Tu equipo ganó la última prueba —me interrumpió, poniéndose de pie mientras yo luchaba por incorporarme. Al instante me puso la mano en el hombro estabilizándome, aunque el contacto me hizo estremecerme—. No tienes que preocuparte por irte. A partir de ahora, todos los concursantes tienen un lugar en el palacio.

Luché contra su agarre en mi hombro, pero mi cuerpo aún estaba demasiado débil para resistirme. No podía revelar demasiado, pero ya sentía la culpa, royendo los bordes de mis pensamientos.

Exhalé temblando, intentando mantener la calma a pesar de que el nudo en mi pecho no se calmaba. Lia estaba a salvo con Arthur, pero llevaba dos días sin ver a su madre. Tenía que volver con ella.

—Debería habérselo dicho, a la familia que traje. Debí...

—¿Qué? ¿Avisarles de que planeabas entrar en celo durante las pruebas? —Sus palabras eran cortantes, pero su tono no era cruel.

Mis mejillas se sonrojaron y desvié la mirada.

—No tienes que decirlo así.

—¿De qué otra forma debería decirlo, Alana?

Ahí estaba, ese tono de voz que siempre se me molestaba. Apreté las sábanas con los puños, reprimiendo la afilada respuesta que quería soltar. Lo que compartimos durante el celo volvía lentamente a mí, y no quería hacer otra cosa que salir corriendo.

En lugar de eso, tragué saliva y dije:

—Gracias. Por cuidar de mí. Pero tengo que volver pronto. No nos quedaremos en el palacio.

Abrió la boca como para responder, pero enseguida volvió a cerrarla. Se quedó callado un momento antes de suspirar.

—Deberías comer algo.

El silencio que siguió fue pesado, sofocante, mientras se dirigía hacia la puerta para sacar unos platos de una bandeja. Pensé que me dejaría comer sola, pero en lugar de eso, me entregó un plato con huevos y se apoyó en la pared, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No te quedarás en los Juegos.

Sus palabras me devolvieron a la realidad y lo fulminé con la mirada. Me estaba hartando de esta conversación.

—¿Perdón?

—Ya me has oído —se acercó y su expresión se endureció—. Se ha terminado. Con o sin juramento de sangre, encontraré la forma de sacarte. No deberías haber estado aquí en primer lugar, y desde luego no deberías estar compitiendo ahora.

—No.

Frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¿Cómo que no?

No entendía por qué parecía tan sorprendido. Actuaba como si una noche más juntos, por increíble que fuera, me hubiera hecho cambiar de opinión. No lo entendía, pero, aunque quería luchar, también quería ayudarle a entenderlo de una vez.

—Quiero decir que no me voy —dije con firmeza, sentándome más erguida a pesar de que mis músculos doloridos protestaron—. Ya te lo dije. Te lo dije después de hacer el juramento de sangre, y te lo dije en la plaza, y te lo dije antes de entrar en puto celo. Yo. No. Me

voy. Tengo una razón para estar aquí, Tristan. Y no me voy a rendir sólo porque hayas decidido jugar al alfa sobreprotector.

Gruñó por lo bajo, con clara frustración.

—No se trata de jugar a nada. Casi consigues que te maten en la última prueba. No puedes seguir haciendo esto, Alana.

—Tengo que hacerlo —espeté, cortándole. Tenía la explicación en la punta de la lengua, pero no podía dársela por mucho que lo intentara. Había visto a Lia. Sabía que me quedaba familia que me importaba. ¿Sería mejor una verdad a medias que nada?

—¿Por qué?

La pregunta flotaba en el aire entre nosotros, pesada y afilada. Sus ojos buscaron los míos, su frustración atenuada por algo más, algo que no quería nombrar.

—Necesito el premio —dije finalmente, con la voz más baja ahora.

—¿Para qué? —insistió, acercándose.

—Eso no es asunto tuyo —dije por instinto. Mis sentimientos se agitaban en mi interior. Pensé en Lia queriendo conocer al rey, en su acalorado reclamo sobre mí. Ya no tenía ni idea de cuál era la opción correcta.

Su mandíbula se tensó y pude ver los músculos de su cuello flexionarse mientras luchaba por mantener su temperamento bajo control.

—¿No es asunto mío?

—No —dije, poniéndome en pie a pesar del temblor de mis piernas —. No lo es. No puedes venir aquí y decidir lo que puedo o no puedo hacer, Tristan. No soy tu omega.

Su expresión se ensombreció y sus ojos plateados brillaron.

—No se trata de controlarte. Se trata de mantenerte con vida.

—Bueno, tal vez deberías dejar que yo me preocupe de eso.

La habitación parecía demasiado pequeña, el aire demasiado cargado mientras nos mirábamos fijamente. El vínculo que tanto me dolía en el pecho ahora zumbaba con una agradable electricidad. Quería irme antes de aceptar que algo había cambiado entre nosotros. Miré anhelante hacia la puerta y él siguió mi mirada y soltó una burla frustrada.

—Eres imposible —murmuró, pasándose una mano por el pelo.

—Y tú eres exasperante —respondí, cruzando los brazos sobre el pecho.

Algo cambió entonces en su expresión, la ira dio paso a algo más suave, algo que no supe cómo manejar.

—Alana —comenzó, su voz más tranquila ahora—. No se trata sólo de los Juegos. Se trata de ti. Sobre nosotros.

Parpadeé, sorprendida por el cambio de tono.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros —se acercó más, su presencia abrumadora—. ¿Crees que he sido capaz de olvidarte? ¿Que he seguido mi vida como si no hubieras dejado huella en mí?

Sus palabras eran tan parecidas a las del celo, pero esta vez ambos estábamos plenamente presentes. No había ningún aroma embriagador ni ninguna necesidad incesante que nublara nuestros pensamientos.

—Tristan...

—No puedo —interrumpió, con voz áspera—. No puedo dejar de pensar en ti, por mucho que lo intente. Y créeme, lo he intentado.

Sentí el vínculo en mi pecho como un segundo latido.

—Los dos llevamos demasiado tiempo intentando ignorar lo que es esto —admitió, su voz ahora era casi un susurro—. Pero sé que no va a desaparecer. Para mí no. Y si tampoco va a desaparecer para ti, quizá nos debamos a nosotros mismos dejar de luchar contra ello y aceptarlo.

Se me cortó la respiración, sus palabras se hundieron en mi interior mientras buscaba en su rostro. Ya no había ira, ni frustración. Sólo sinceridad.

Mi primer instinto, el más *fuerte*, fue decirle que no. Podía tener la culpa de lo que había pasado entre nosotros por mi falta de honestidad, pero... seguía dolida. Y la idea de permitir que me hicieran más daño... era casi impensable.

Pero, al mismo tiempo... se estaba mostrando vulnerable. Me estaba diciendo que había pensado en mí, que lamentaba lo que había hecho. Tal vez no con tantas palabras, pero ¿seguiría pensando en mí todos estos años después —habría persistido la conexión entre nosotros durante todo este tiempo— si no sintiera una pizca de arrepentimiento por la forma en que me había tratado?

Quiero decir, demonios. Se había llevado a mi padre, lo había encarcelado e interrogado, y luego lo había ahorcado por sus crímenes. Sabía que mi padre era culpable de muchas más cosas a parte de maltratarme, pero había una pequeña parte de mí que susurraba que Tristan tenía que haberse preocupado por mí lo suficiente como para que el maltrato de mi padre fuera también un factor motivador.

Recordé las sugerencias dudosas de Arthur todos aquellos años. Recordé mis propios pensamientos infantiles sobre parejas

predestinadas.

Tristan estaba reconociendo de frente lo que yo había intentado evitar durante años. Teníamos un vínculo que no desaparecía, que no se rompía ni siquiera cuando él me rechazaba. Todo apuntaba a que éramos almas gemelas predestinadas, pero incluso pensar en esas palabras me provocaba pánico. No estaba preparada para decirlas en voz alta.

—No lo sé —dije finalmente, con la voz temblorosa—. No sé si puedo soportarlo, Tristan. No sé si estoy preparada.

—Quizá no tengamos que resolverlo todo de golpe —dijo en voz baja.

La vulnerabilidad en su tono me desarmó, haciendo temblar mis muros.

—Hemos desperdiciado años, Alana. No quiero desperdiciar más —continuó—. Así que dejemos de huir de lo que sea esto y... veamos qué pasa. Pero para eso tienes que estar viva. Por favor, Alana, te ruego que dejes las pruebas.

La súplica vulnerable en su voz, la forma en que me ofrecía lo que mi biología ansiaba desesperadamente, incluso cuando me pedía lo único que yo no podía darle...

Sentía que me partían en dos. Estaba frustrada, llena de *anhelo*...

—Por favor, Alana —susurró Tristan—. Hazlo por mí. Sálvate, para que podamos... intentarlo.

—Está enferma —solté, las palabras se sentían extrañas. No creía que fuera capaz de admitirlo, pero no quería seguir luchando contra Tristan. Quería que estuviera de mi lado.

Necesitaba que estuviera de mi lado.

—La niña que estaba conmigo en el mercado —empecé de nuevo, intentando ser más coherente esta vez. Seguía sin poder decirle su nombre. Lia, su hija—. Está enferma, tan enferma que todos los curanderos y médicos humanos dijeron lo mismo. No le queda mucho tiempo.

Los ojos de Tristan se abrieron de par en par ante mi arrebato de sinceridad. Controló rápidamente su rostro, siempre fuerte cuando todo a su alrededor era un caos, pero pude ver cómo le afectaba la noticia. Puede que no supiera quién era Lia, pero nadie podía ignorar la tragedia de un niño enfermo.

—Mi padre me trataba peor que a la basura, y no iba a dejar que ella pasara por la misma tortura. Por eso me fui y la alejé de él. Pero no podemos escapar de una enfermedad neurológica.

Agaché la cabeza y me quedé mirando mi plato de comida sin tocar. No podía mirarle. Después de tantos años escondiéndome, no sabía qué hacer ahora que había sacado a la luz tantas cosas. No era toda la verdad, y fui lo bastante cuidadosa con mis palabras como para que él supusiera que Lia era mi hermana menor o una pariente.

Pero era más de lo que había planeado decirle.

—Lo siento mucho, Alana —dijo, su voz quebrándose a medio camino y revelando la vulnerabilidad que mantenía oculta—. Debe haber algo que pueda hacer para ayudar.

Yo ya negaba con la cabeza.

—Solo el vencedor de los Juegos puede usar El Deseo, y como rey, no podrías competir, aunque te lo permitiera. Lo único que me queda es ganar.

Dejó caer la cabeza sobre la mano, una postura que parecía tan derrotada que me sorprendió.

—Perdí a mi familia porque mi padre era el rey y la gente quería su poder. No quiero que pierdas a la familia que amas, por ningún motivo —susurró entre sus manos, tan bajo que no estaba segura de si debía oírlo.

Al cabo de un segundo, su actitud cambió y volvió a ser pura fuerza.

—Arreglaremos las cosas entre nosotros. Después de las pruebas.

—Después de las pruebas —repetí, con voz suave por la sorpresa que me produjo su comprensión.

Asintió con la cabeza, con la mirada fija.

—Poco a poco.

Exhalé lentamente y la tensión de mis hombros se relajó ligeramente.

—De acuerdo —dije finalmente—. Poco a poco.

El silencio que siguió fue casi reconfortante, el peso de nuestras palabras se asentó sobre nosotros como una paz tentativa. Nos habíamos confesado muchas cosas, pero ambos sabíamos que aún quedaba mucho por hablar. Pero por ahora, esto era lo mejor que podíamos hacer.

Después de las pruebas, volveríamos a intentarlo.

Ya no éramos enemigos... si es que alguna vez lo habíamos sido.

Tampoco estábamos juntos todavía, pero... éramos algo.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía respirar.

Terminamos de comer sin decir mucho más, y luego, a pesar de que veía que quería discutir conmigo sobre quedarnos en el palacio,

mantuvo la boca cerrada. Me acompañó a la salida y, en el umbral de la puerta, nos miramos.

No hablamos durante un momento, y el silencio entre nosotros lo decía todo.

—Cuídate —dijo finalmente Tristan, con voz grave.

Tragué saliva y asentí, y sentí los ojos de Tristan en mi nuca mientras giraba sobre mis talones y me marchaba sin decir una palabra más.

Simplemente... no podría. No ahora mismo.

Mientras caminaba hacia casa, me negué a sucumbir a la paranoia que me decía que alguien me vigilaba. Me había enfrentado directamente a Tristan por ello antes de irme.

Deja de enviar guardias tras de mí si quieres que confíe en ti.

Pero parecía realmente confuso. Insistió en que no se había ordenado a ningún guardia de palacio que me vigilara y, si quería que esto funcionara, tenía que creer en su palabra. Me preocupaba que no me costara demasiado creerle. Pero me preocupaba más que ahora no tuviera ni idea de quién me vigilaba, si es que alguien lo hacía.

Respiré hondo mientras me acercaba a mi apartamento.

Las pruebas aún no habían terminado, y por mucho que quisiera aferrarme a este frágil momento, sabía que no duraría.

Por Lia. Por el premio. Por lo que fuera que había entre nosotros.

Tenía que seguir luchando.

Y Tristan tendría que entenderlo.

32

—•—

Tristan

La luna colgaba pesada en el cielo nocturno, su luz plateada se filtraba por las ventanas de mi despacho. En cualquier otra época del año, la capital estaría tranquila, pero como la cuarta prueba se celebraba al amanecer, la gente seguía de fiesta y celebrando en las calles.

Tres pruebas superadas, sólo quedaban dos. Había visto a Alana soportar mucho dolor y sobreesfuerzo. Debería estar acostumbrado.

En cambio, estaba perdiendo la cabeza.

Los papeles que tenía ante mí se mezclaban mientras ojeaba los planos de La Arena, las notas sobre los competidores más fuertes y sus alianzas, todo lo que había repasado meses atrás de principio a fin.

Pero ahora todo era diferente. Ninguna nota llevaba su nombre. Ningún diseñador de juegos había tenido en cuenta las fuerzas inesperadas de una omega. Y cuando miraba los papeles, lo único que veía era que nada salía como lo había planeado.

Esos papeles contenían la clave de mi futuro y el de Alana. Había una posibilidad —la más remota— de que pudiéramos estar juntos, pero primero tenía que esperar a que se desarrollaran los planes cuidados al detalle que tenía delante.

Golpeé la mesa con el puño, esparciendo los papeles.

—Maldita sea.

No podía concentrarme en nada más. Lo único que quería era volver a abrazarla, llegar al final de los Juegos con ella viva.

La cuarta prueba era mañana, y sabía que, por muy fuerte que fuera Alana, estaría en desventaja. Puede que su equipo trabajara unido, pero yo sabía cómo habían cambiado de opinión después de que entrara en celo. Me enfurecía que se hubiera filtrado la información, pero era inevitable. Había desaparecido para estar con ella durante días, y era la única omega en las pruebas.

Lo oí de todos mis consejeros y sus socios. Lo oí de los cotillas del personal de palacio.

Cuando todos deberían ver lo fuerte que era Alana, volvían a verla débil.

La siguiente prueba era la oportunidad perfecta para que los concursantes que la despreciaban se vengaran. Apreté los dientes mientras pensaba en cualquier cosa que pudiera hacer que no fuera sentarme impotente en aquel maldito estrado.

Pero los Juegos Lycan estaban impregnados de magia, magia antigua que ataba el destino de los concursantes a algo más grande y antiguo que mi reinado. El poder de la magia que alimentaba el Deseo se construía durante años entre Juegos hasta que estaba listo para liberarse, una bomba de tiempo que creaba milagros para el lobo que fuera lo bastante hábil, poderoso e inteligente como para vencer a todos los demás.

Y, sin embargo, una parte infantil de mí quería hacer trizas las reglas. Quería robarle la magia y regalársela yo mismo. Era un metamorfo fuerte gracias a mi linaje, pero no podía usar la magia como lo hacían los dotados de ese poder innato. El Deseo era el único momento en que podía canalizarlo, y deseaba desesperadamente poder utilizar ese poder de forma egoísta, sólo por una vez.

La apertura de la puerta de mi despacho me sacó de mi locura.

Harrison entró como si fuera el dueño del lugar, enarcando una sola ceja al ver el estado del despacho. Había papeles por el suelo, algunos arrugados, otros rotos, pero no hizo ningún comentario.

—Te has levantado tarde —dijo.

—Podría decirte lo mismo —refunfuñé. No estaba de humor para socializar, pero tampoco tenía motivación para recomponerme.

Harrison soltó una risita, usando el pie para apartar los papeles del suelo mientras revisaba su contenido.

—No se puede cambiar nada de las pruebas en este momento. Las reglas ya están ligadas a la magia.

—¿Crees que no lo sé? —solté. Mi voz sonó más dura de lo que pretendía. La falta de sueño me estaba afectando.

Harrison no reaccionó a mi enfado. Se agachó para recoger los esquemas de la cuarta prueba. Hojeó las páginas, mirándolas con la misma intensidad que yo.

Dejé escapar un suspiro. Estaba de mi parte, pero a veces sentía que era yo contra el mundo. Murmuré una disculpa a medias, pero Harrison se encogió de hombros.

—No me estás escuchando, Tristan. Si no vas a prestar atención a nada de lo que digo, al menos deja que esto te entre en la cabeza. Has estado obsesionado con Alana, pero centrarte sólo en ella podría estar poniéndola en más peligro.

Eso captó mi atención.

Harrison notó mi renovado interés y soltó un suspiro resignado.

—¿Qué me dijiste cuando estábamos decidiendo a los diseñadores de juegos para este año?

Busqué en mi mente el recuerdo de meses atrás. Habíamos pasado noche tras noche trabajando en los Juegos, pero recordaba claramente mi propósito.

—Los Juegos Lycan no son sólo un espectáculo —recordé—. Son una herramienta.

—Aún tenemos traidores y espías en tu tribunal. Diste selectivamente a algunas personas el poder de diseñar las pruebas para poder observarlas más de cerca. El hecho de que sus planes hayan sido aprobados no significa que esas personas estén absueltas. La reacción de cada persona en el estrado con nosotros podría ayudarnos a averiguar quién es leal a la corona y quién conspira a tus espaldas.

Apreté los dientes con frustración. Todo lo que decía era cierto, pero no quería aceptarlo.

—¿Así que me estás diciendo que debería dejarla luchar por su vida mientras yo me siento a vigilar traidores?

Harrison me lanzó una mirada poco impresionada.

—No. Lo que digo es que tienes que mirar más allá de ella y prestar atención al juego en su totalidad. Si alguien te ataca durante los

Juegos porque estás demasiado ocupado concentrándote en Alana, no podrás protegerla en absoluto.

Apreté los labios en una fina línea, con la mente acelerada por lo que estaba sugiriendo. Los Juegos Lycan siempre habían sido algo más que una competición: eran una herramienta política, una forma poderosa de forjar alianzas y medir a los enemigos.

Tenía que mantener la mente centrada por el bien del reino. Había manadas que querían que me apartara para poder nombrar a un nuevo rey que nos devolviera a la Edad Media. Aún quedaban alfas que simpatizaban con el padre de Alana. Querían el control absoluto sobre sus manadas, sin justicia ni leyes que limitaran su poder.

Pero todo mi cuerpo se tensó al imaginar lo que podría ocurrirle a Alana en cuanto dejara de vigilarla.

—Lo único que veo es a ella, viva o muerta en esa Arena —susurré, mirando los papeles de mi escritorio. Harrison no respondió, pero sabía que me escuchaba—. No puedo perderla, Harrison. No otra vez.

—No es una niña indefensa, Tristan. Es una luchadora. Lo demuestra cada vez que entra en la arena.

Apreté los puños para no estallar. Tenía razón, pero lo odiaba. Volví la vista a los esquemas de la Arena frente a mí. Mañana no había lugar para la debilidad, ni para la duda. Ni para mí ni para Alana.

Levanté la vista y me encontré con los ojos de Harrison. Asentí. Tenía que ver mi determinación en los ojos.

—Voy a descansar un poco. Te sugeriría que hicieras lo mismo, pero los dioses saben que nunca me haces caso —dijo, dejando los papeles que había recogido sobre la mesa.

—Espera —dije, dándome cuenta de que podía ayudarme a resolver otra cosa que me atormentaba—. ¿Enviaste a algún guardia a seguir a Alana?

Ladeó la cabeza mientras procesaba la pregunta.

—¿Guardias? ¿Como los de palacio?

—Cualquiera. Seguridad, espías. Alana dijo que sentía que alguien la seguía después de cada prueba.

Harrison rara vez mostraba preocupación abiertamente, así que cuando frunció el ceño, sentí cómo la inquietud se reconstruía en mi pecho.

—Todos nuestros hombres están siguiendo sus instrucciones originales para los Juegos, que incluyen vigilar la seguridad general de la capital —dijo tras pensarlo unos segundos.

—Alana no habría sacado el tema si se tratara de simple seguridad general. Has visto sus instintos, su capacidad de observación. ¿Crees que...?

—Tenemos que revisar los informes de seguridad fuera del palacio. Luego entrevistar a los que están cerca de la Arena. Nadie debería estar rastreando a los concursantes así.

Todos los pensamientos sobre una buena noche de descanso se desvanecieron. Harrison y yo nos pusimos manos a la obra. Había querido pasar por alto el comentario de Alana, pensando que se trataba de la paranoia de Harrison o de nuevas rutas de seguridad.

Pero nunca era tan sencillo.

Tenía que mantenerme centrado. Tenía que ver el panorama completo. La seguridad de Alana también dependía de ello.

33

—•—

Alana

Cuando por fin volví a casa, Lia, gracias a Dios, no me hizo ninguna pregunta que yo no estuviera dispuesta a responder. Estaba tan contenta de verme y de contarme todas las aventuras que había vivido con Arthur, que estaba casi segura de que solo había notado mi ausencia de vez en cuando, cosa que agradecí.

Arthur, por otro lado...

—No —murmuré, levantando la mano cuando abrió la boca para decir algo después de acostar a Lia. Cerró la boca de golpe, con un brillo de simpatía en los ojos, y tragué saliva con fuerza, negando con la cabeza—. No puedo hablar de esto, Arthur. Por favor, no me lo pidas.

Suspiró y me abrazó.

—Sé que esto es duro para ti, Alana, pero no estás sola —murmuró.

Le devolví el abrazo, pero no contesté.

Porque en esto... estaba casi dolorosamente sola.

Tuve un día entero de descanso y, luego, la noche anterior a la cuarta prueba, dormí como un muerto, sabiendo que al día siguiente tenía que volver al palacio. Sabiendo también que las cosas iban a ser mucho más difíciles para mí una vez allí, porque, aunque nadie me hubiera visto desmayarme o entrar en celo, era consciente que todo el mundo ya lo sabía.

Me pregunté si Tristan también estaría llevándose la bronca por haber estado conmigo durante mi celo. Esa idea me hizo sentir culpa, pero me lo quité de la cabeza.

Él había tomado sus decisiones, igual que yo las mías. No había nada que pudiéramos hacer al respecto... aparte de asumir las consecuencias.

***

Combate cuerpo a cuerpo. La cuarta prueba enfrentaba a los concursantes entre sí, en un grupo de cinco y otro de cuatro. Los dos mejores de cada combate, por sistema de puntos —como si no fuera ya suficiente barbarie—, pasaban a la prueba final y tenían la oportunidad de ganar el Deseo.

Se me revolvió el estómago mientras me sentaba en un rincón de la sala donde nos habían acorralado a todos, vendándome las manos como Arthur me había enseñado para el cuerpo a cuerpo, sabiendo que había muchas posibilidades de que aquel fuera la prueba de la que no saliera.

Ahora entendía por qué Tristan había intentado prevenirme. No es que le hubiera hecho caso, por supuesto —había demasiado en juego para hacerlo—, pero sentada allí, separada de los demás concursantes, me permití un momento de incertidumbre.

De miedo.

Tragué saliva, observando a los demás mientras se preparaban. Selene estaba apartada del resto de alfas y betas, por supuesto, pero los demás estaban siendo bastante... sociables, sería una buena palabra. Amistosos y divertidos, aunque cada pocos minutos uno de ellos me lanzaba una mirada que me dejaba claro lo que realmente pensaban de mí.

¿Cuántos de ellos me culpaban de que hubieran echado a Cassian antes incluso de llegar a esta prueba? Fue su mal comportamiento lo que lo sacó de la competición, pero a muchos de ellos parecía importarles una mierda la realidad.

O el hecho de que yo me había librado del mismo destino. Si alguno empezaba a pensar demasiado en mi favoritismo en comparación con el de Cassian...

Joder, habría un problema.

—De acuerdo —Tristan entró en la sala con su asesor —que me dirigió una mirada de simpatía antes de volver a centrar su atención en la sala grande— y otro hombre a su lado. Iba impecablemente vestido, como siempre; sus pantalones y su camisa abotonada se ajustaban perfectamente a sus músculos esculpidos, y todo mi cuerpo se tensó cuando sus ojos se desviaron hacia mí, solo por un segundo.

No hizo ni dijo nada, por supuesto. Eso era lo que habíamos acordado. La gente probablemente tenía sus sospechas sobre mi celo y cómo lo habíamos pasado —¿cómo no iban a tenerlas, si ambos habíamos desaparecido durante días, y yo era la única omega en los Juegos? —, pero habíamos acordado no confirmarlo ni desmentirlo. Tampoco íbamos a mostrarnos afecto en público, no hasta después de los Juegos... y puede que ni siquiera entonces, dependiendo de cómo fueran las cosas.

No quería darles más motivos para odiarme de los que ya tenían.

—Me alegro de veros a todos. Enhorabuena por haber llegado tan lejos en las pruebas —la voz de Tristan era fría y nítida, y cruzó los brazos sobre el pecho mientras nos miraba a todos. Una vez más, sus ojos pasaron brevemente sobre mí, provocando una fuerte reacción en mi interior, y flexioné las manos, apenas logrando no reaccionar mientras continuaba—. Como ya sabéis, la prueba de hoy es una prueba de combate. Así llegaremos a los cuatro finalistas que pasarán a la quinta y última prueba. Cada uno de vosotros ha llegado hasta aquí en virtud de distintas habilidades, y ahora esas habilidades se pondrán a prueba unos contra otros.

Dio un paso atrás, señalando al hombre que tenía a su izquierda.

—Emmett os emparejará a todos, y el primer grupo empezará la prueba.

Tristan se acercó a su consejero mientras el otro hombre, Emmett, se adelantaba y nos observaba con una especie de excitación desquiciada.

—Muy bien. Entonces...

Tragué saliva cuando los dos grupos se formaron rápidamente, y bajé la vista al suelo cuando Tristan volvió a darnos las gracias y se marchó sin decir nada más. Mis tontos instintos de omega se agitaron, dolidos porque no me había prestado más atención, aunque eso era literalmente lo que habíamos acordado en nuestro pequeño pacto.

Selene me dirigió una mirada comprensiva antes de salir de la sala con su grupo, y entonces me quedé con un alfa y dos betas que me miraban como a una presa fácil.

Ajusté la cinta en mis dedos y les devolví la mirada. Desde fuera se oía a la multitud enloquecida por el combate, y mi estómago se retorcía de ansiedad.

Puedes hacerlo. Puedes. Tienes todo lo que necesitas para salir de esta con vida y llegar a la última prueba.

Pero mientras estaba allí sentada en un rincón, con tres miradas hostiles clavadas en mí y el cansancio de mi cuerpo —que aún se recuperaba del celo— pesando sobre mis huesos, no estaba segura de que eso fuera verdad.

***

No sabía quién había ganado la primera ronda, y no me importaba. Cuando los cuatro de mi grupo salimos al campo de la arena, delimitado por un gran círculo con varias torres que marcaban las "esquinas", lo único en lo que pensaba era en ganar.

—Enhorabuena a Selene y Warren, los campeones del equipo uno —anunció el presentador. Se me retorció el estómago, aunque sentí una especie felicidad y respeto por la mujer beta que, contra todo pronóstico, parecía ser la que debería vencer para conseguir el Deseo. Me pregunté qué pediría como Deseo si ganaba.

—Y ahora... ¡nuestro segundo equipo! Como recordatorio, las reglas son simples. Cualquier concursante que sea empujado fuera del círculo sufrirá una penalización de cinco puntos. Golpear a tus compañeros, sea como sea, suma dos puntos. Ser el último concursante en pie supone una victoria automática, y el segundo clasificado, determinado por el número de puntos, pasará también a la ronda final.

Los cuatro ocupamos nuestras posiciones, uno en cada torre, e ignoré la pesada sensación de la mirada de Tristan sobre mí mientras observaba a cada uno de mis contrincantes. Todos tenían su atención fija en mí, y en ese momento supe que no solo ninguno iba a ser indulgente... sino que harían todo lo posible por eliminarme primero.

Y, por primera vez, no sabía si iba a ser capaz de salir de esta. Había ganado las tres primeras pruebas con velocidad, estrategia e ingenio, pero esta iba a ser cuestión de fuerza y resistencia.

Dos factores que... reconozcámoslo, no tenía. Mi resistencia estaba por los suelos y, aunque había dormido bien la noche anterior, mi cuerpo seguía agotado por el celo. Además, el estómago revuelto no me había permitido comer.

Lo único que tenía a mi favor ahora eran agallas y pura determinación. No iba a dejar que estos cabrones me derribaran por la naturaleza de mi designación.

Todos iban a mirarme y a darse cuenta de su error al subestimarme.

El claxon sonó en cuanto terminaron los anuncios, y apenas tuve tiempo de prepararme antes de que los otros tres se abalanzaran sobre mí.

El alfa fue el primero y se lanzó hacia mí con una mirada asesina. Conseguí esquivarlo, pero por los pelos, y solté un grito cuando uno de los betas me asestó un golpe fuerte en la parte baja de la espalda, haciéndome caer al suelo.

Fui vagamente consciente de que el presentador anunciaba los puntos a medida que se acumulaban, pero no podía prestarle atención. Estaba demasiado ocupada esquivándoles, con los brazos sobre la cabeza para protegerme de los pisotones de una de las betas, una rubia de aspecto agresivo cuya expresión parecía ya medio enloquecida.

Joder, no voy a salir de esta.

Por un momento, dejé que la desesperación me invadiera. Me puse en pie de un salto y esquivé otro ataque, consiguiendo de algún modo asestar una patada a la beta que me hizo ganar unos cuantos

puntos, y darme cuenta de que probablemente no iba a salir viva de esta casi me hizo caer al suelo de nuevo.

El vínculo tiró de mi pecho, recordándome la presencia de Tristan, y tragué saliva antes de lanzar mi primera ofensiva.

A pesar de que sin duda me superaban en fuerza y altura, mi velocidad volvió a salvarme. Fui capaz de asestar tres golpes al alfa —uno en la rodilla, otro en las costillas y el último en uno de sus riñones— antes de que se diera cuenta de que estaba lo bastante cerca como para tocarlo, y el rugido que soltó mientras me alejaba meneándome fue suficiente para que mi sangre se estremeciera de satisfacción y miedo a la vez.

Se giró hacia mí, gruñendo.

—Pequeña zorra.

Se abalanzó, con las garras extendidas, y uno de los betas le atacó antes de que pudiera llegar hasta mí. No para salvarme, lo sabía. El beta rubio claramente vio esto como una oportunidad decente para derribar al alfa, cuando estaba distraído por una presa mucho más pequeña.

El beta y el alfa se enzarzaron en un choque de garras, dientes y gruñidos, pero no tuve la oportunidad de retroceder y ver cómo se enfrentaban. En su lugar, tuve que esquivar inmediatamente otro ataque y apartarme antes de que el segundo beta pudiera agarrarme.

—Lo siento —dijo el beta, con los ojos muy abiertos y agresivos, mientras se abalanzaba de nuevo sobre mí. El regocijo en su voz me dijo que en realidad no lo sentía, y su sonrisa de loco se extendió—. Es sólo un juego, ¿sabes? Necesito el Deseo tanto como tú.

Consiguió rodearme el brazo con la mano y me dio un tirón, lo bastante fuerte como para que me doliera el hombro. Sentía la

extremidad completamente muerta, lo que me decía que probablemente me la había dislocado, pero sus palabras me hicieron gruñir y arrancarme de su agarre.

—Nadie necesita ese puto Deseo más que yo —grité.

Y entonces le di la vuelta a la tortilla... y ataqué. Extendí las garras y le di un zarpazo, a pesar de que hasta ese momento había intentado evitar el derramamiento de sangre, y sus ojos se abrieron de par en par para decirme que no se lo esperaba.

Su sorpresa me permitió lanzarme sobre él. Gruñí y me abalancé sobre sus piernas, haciéndonos caer a los dos al suelo con un ruido sordo, y luego me puse encima de él, a horcajadas sobre sus hombros, mientras él seguía lo bastante aturdido como para no poder apartarme inmediatamente. Le agarré la cabeza y se la golpeé contra el suelo con un movimiento firme y brusco. En cuanto se le pusieron los ojos en blanco y su cuerpo se quedó inerte, volví a ponerme en pie, yendo a por el beta y el alfa que seguían peleándose.

Sabía que era una locura intentar meterme en medio de un juego de poder entre dos lobos mucho más grandes y agresivos, así que por un momento me quedé mirando. Se movían el uno contra el otro con hermosa violencia, desgarrándose y gruñendo tan fuerte que hacía vibrar mis tímpanos.

Podría intentar acabar con uno de ellos ahora, pero no sería aconsejable. Si uno de ellos dirigía su atención hacia mí cuando la sed de sangre era tan intensa como ahora, había muchas posibilidades de que me arrancaran un miembro antes incluso de darse cuenta de que era a mí a quien estaban atacando.

Me dolía el pecho y pensé en Lia en casa mientras me tomaba medio segundo para recuperar el aliento. Arthur me había prometido que hoy no la dejaría ver los Juegos, aunque se había enfadado por ello

cuando salí del apartamento. Quería "ver ganar a mamá" y no entendía la posibilidad real de que yo no lo hiciera.

Su dulce inocencia y la manera en la que dependía de mí... eso, combinado con la presión en mi pecho, el calor que no dejaba de fluir entre Tristan y yo debido al vínculo... todo se combinó para darme una pizca más de fortaleza y resistencia, y solté un gruñido bajo antes de lanzarme a la pelea.

Ni un segundo antes de tiempo. Justo cuando bramé y lancé un grito de guerra, la mano con garras del alfa se extendió y agarró al beta por la garganta, desgarrando los tendones, la piel y los músculos como si fueran mantequilla. La sangre brotó a borbotones, el público gimió, abucheó y vitoreó a su vez ante el signo de violencia flagrante, y antes de que el alfa pudiera disfrutar adecuadamente de su victoria, yo estaba detrás de él.

—¡Qué *cojones*! —el alfa gruñó y se lanzó hacia atrás, y yo apenas, apenas logré mantenerlo agarrado. Mis garras estaban extendidas, aferradas con fuerza alrededor de su cuello, y sabía que podía cortarle la garganta aquí y ahora, y yo sería la ganadora de esta batalla en particular.

Pero la idea de quitar una vida de esa manera me revolvía el estómago. Hasta ahora había salido de estas pruebas sin quitar ninguna vida, y quería que siguiera siendo así.

Agarré con más fuerza al alfa, soltando un aullido cuando sus garras salieron disparadas y me rastrillaron la pantorrilla, abriéndome la piel y los músculos por donde me agarraba. El dolor fue inmediato e intenso, y sentí que la ira se encendía a través del vínculo.

Saber que Tristan estaba mirando, y que probablemente le estaba matando quedarse sentado y dejar que intentara encargarme de esto yo sola... eso me animó, y gruñí, extendiendo los dientes y bajándolos hasta el cuello del alfa.

Mis dientes se clavaron en su hombro en una imitación retorcida de un mordisco de apareamiento y rasgué la piel del músculo, sintiendo cómo la sangre me salpicaba la cara al hacerlo. Me aferré con más fuerza al lobo, mucho más grande que yo, y él echó la cabeza hacia atrás y aulló, cortando el agresivo sonido de la multitud que nos rodeaba.

Salté de su espalda justo cuando sus rodillas se doblaron y se desplomó, y estuve a punto de caer con el cuando me puse pie y mi pierna cedió inmediatamente debajo de mí. El dolor de la herida en mi pantorrilla era cegadoramente intenso y necesité todo lo que llevaba dentro para mantenerme en pie.

El alfa se desplomó hacia delante, con una de sus manos apretada contra el cuello, donde le había mordido, y por un momento pareció que el tiempo se detenía.

Entonces mi cerebro volvió a funcionar y sintonicé con los gritos del público, que me aclamaba. Oí mi nombre en la cacofonía de sonidos y, en lo alto, oí de fondo al presentador declarando mi nombre, a mí, como ganadora.

Estaba entumecida. No sabía si quería llorar de felicidad, de terror o de agotamiento. Me temblaban los músculos, el dolor me volvía un poco loca, y sólo los hilos de sensación que se filtraban a través del vínculo me mantenían lo bastante centrada en el momento como para levantar el puño y lanzarlo al aire en señal de victoria.

No sentí alegría por mi éxito, sólo una especie de resignación tranquila y satisfecha. Una prueba más.

Sentí un pulso de orgullo de Tristan mientras el presentador seguía diciendo estadísticas, y volví mi atención al alfa en el suelo mientras se revolvía y luego se levantaba lentamente.

Se volvió hacia mí y se me revolvió el estómago. Sin embargo, no había rabia ni enfado en su rostro, y cuando su mano se apartó del

punto del cuello donde le había mordido, vi que la herida ya estaba cicatrizando.

Se acercó lentamente a mí y me tendió la mano. Me quedé mirándola un momento, sin saber si era un truco, y él me ofreció una pequeña sonrisa de mala gana.

—Buen trabajo —dijo finalmente, con voz ronca—. No dejas de sorprenderme.

La confesión me revolvió el estómago y, por un momento, no estuve segura de que fuera sincera. Pero luego, cuando no dijo nada desagradable o fuera de lugar, me sentí bien, extendí la mano y la puse sobre la suya.

—Eh…Gracias.

Me estrechó la mano con firmeza y luego se apartó de mí, saliendo del estadio, dejándome en medio del campo con la multitud coreando mi nombre.

34

Alana

El baile era enorme y opulento, lleno de docenas de personas vestidas de punta en blanco, y la sensación de déjà vu era tan intensa que me daba vueltas la cabeza.

Mi vestido era suave, de seda morada oscura que se ceñía a cada una de mis generosas curvas y se hundía en mi espalda. Tenía una copa de champán en la mano izquierda, aunque no había bebido ni un sorbo desde que se la cogí a uno de los camareros que iba paseando; una costumbre de toda la vida, supuse, que me hacía sentir como si no pudiera disfrutar de algo así.

El baile era una celebración habitual, que tenía lugar entre la cuarta y la quinta prueba de los Juegos Lycan. Era para celebrar a los pocos concursantes que llegaban a la última prueba, porque en muchos casos, el único que sobrevivía a la prueba final era el ganador.

Siempre me había parecido de mal gusto celebrar a la gente antes de enviarla al matadero, pero ¿qué sabía yo de la gestión de un reino? Tal vez la moral que otorgaba el baile era suficiente para contrarrestar la violencia de los Juegos.

Suponiendo que la violencia de los Juegos no fuera, precisamente, el objetivo.

Suspiré, apretando un poco más el brazo contra mi costado y encogiéndome sobre mí misma. No había querido venir al baile esta noche. Quería quedarme en casa con Lia y leerle un cuento, dormir un poco más antes de tener que presentarme ante el público una vez más para ganar el premio final. Venir aquí esta noche... no sólo me parecía de mal gusto, teniendo en cuenta la razón por la que participaba en los Juegos para empezar...

También sentía que me traería demasiados recuerdos de la última vez que estuve en este salón de baile. Todo lo que había pasado la última vez que Tristan y yo nos habíamos arreglado y metido juntos en la misma habitación.

Incluso ahora, no podía evitar mirarle cada pocos segundos. Estaba de pie en un rincón con sus asesores y algunas otras personas con las que claramente tenía que hablar. Llevaba un traje deliciosamente entallado, de un gris claro que esta vez hacía juego con sus ojos. Llevaba el pelo bien peinado hacia atrás, los dedos firmes alrededor del vaso de whisky que sostenía, y cada pocos segundos ofrecía una sonrisa cortés y una risita a lo que le dijeran.

Se me retorció el estómago al mirarle y el vínculo se tensó. Eso era lo más importante que había cambiado. La última vez que estuve aquí, la última vez que asistí a un baile en palacio y estábamos jugando a este juego... no estábamos unidos. Ni siquiera de forma superficial. No sentía esta necesidad abrumadora y dolorosa de estar cerca de Tristan.

Uf.

—Oye.

Salí de mis cavilaciones y me volví hacia Selene, que se había acercado a mi lado. Iba vestida con un vestido plateado ceñido a sus

curvas y llevaba el pelo recogido y apartado de la cara. Tenía un corte cicatrizado en el interior de uno de los brazos, cosido a conciencia por los sanadores del palacio, y ver lo que había tenido que soportar para llegar a la prueba final, me hizo hacer una mueca de dolor.

También fue el hecho de que íbamos a enfrentarnos en la siguiente prueba, y que, en al final, la ganadora iba a ser ella o yo.

Lo odiaba. Me caía bien Selene, y me gustaba pensar que yo le caía bien a ella, al menos lo suficiente como para no querer matarme.

Pero si se daba el caso, sabía que me mataría, igual que yo le arrancaría la garganta si eso significaba que al final me llevaba el premio por encima de ella.

—Hola —saludé.

Sin pensar, di un sorbo a mi champán y luego estuve a punto de escupirlo. Me costó mucho recordarme a mí misma que no tenía que escupir el champán, que mantener la cabeza despejada esta noche no era lo más importante porque esta vez no era una espía.

Se me permitía disfrutar, si podía relajarme lo suficiente para hacerlo.

—Estuviste realmente impresionante en la cuarta prueba —dijo Selene, tras un momento de incómodo silencio.

Asentí con la cabeza.

—Gracias. Estoy segura de que estuviste igual de impresionante, pero perdóname por no mirar.

Se rio entre dientes, miró a la multitud y se acercó un poco más a mí.

—No pasa nada. Entiendo por qué no lo hiciste. La violencia es un gusto adquirido.

Hice una mueca.

—He visto más violencia de la que te imaginas —murmuré, dando otro sorbo a mi champán.

Volví a mirar a Tristan y vi que me estaba mirando. Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa y levantó su vaso de whisky para brindar por mí antes de volver a centrar su atención en su consejero, cuyo nombre aún desconocía.

Tendría que preguntarle la próxima vez que estuviéramos juntos. Si íbamos a hacer de esto... algo real, tal vez, con el tiempo, debería conocer a las personas que eran importantes en la vida de Tristan.

¿Verdad?

—De eso no me cabe duda —asintió Selene, devolviéndome al presente—. Nadie tiene el instinto de supervivencia que tú tienes sin haber visto alguna mierda.

Resoplé con la bebida.

—Sí, podría decirse que sí —murmuré, bajando aún más la voz y cediendo a las ganas de beberme el resto del champán.

—Así que... —la voz de Selene adoptó un tono nuevo, ligeramente socarrón y un poco reservado. Cuando la miré, había un brillo en sus ojos—. ¿Qué hay entre tú y el rey?

Se me revolvió el estómago y forcé mi expresión para no reaccionar a sus palabras.

—¿Quién dice que hay algo?

Selene arqueó una ceja.

—¿A parte de todos los que trabajan en palacio porque son unos cotillas incorregibles? —preguntó secamente.

Asentí, sin poder evitar reírme.

—Ahí tienes razón —admití.

Se rio y, por unos segundos, me permití disfrutar del momento. Solo éramos dos mujeres, cotilleando sobre los rumores que circulaban.

El hecho de que los cotilleos tratasen sobre mí era intrascendente al final del día. Yo iba a ganar, y eso significaba necesariamente que Selene iba a tener que perder.

Sólo esperaba no tener que masacrarla para conseguirlo.

—Entonces... ¿el rey? —Selene ladeó la cabeza con curiosidad cuando volví a mirarla—. No voy a decirle a nadie nada de lo que me digas —aclaró—. Sólo tengo curiosidad. Los dos... parecéis orbitar el uno alrededor del otro. Como que él se mueve, y luego tú te mueves, y no creo que ninguno de los dos sea consciente de que lo hace.

Uf.

Tenía razón. No sabía que hacíamos eso.

Aun así, no podía revelar nada. O, lo que es más importante, no quería revelar nada. Puede que Tristan y yo hubiéramos acordado que después de los Juegos intentaríamos algo, pero por ahora, seguíamos siendo sólo un rey y su súbdita. Yo participaba en sus Juegos, intentando ganar el codiciado Deseo, y él era el rey.

Sacudí la cabeza.

—A pesar de los rumores que corren entre el personal de palacio —dije secamente—, no hay nada entre el rey y yo. Él es el rey y yo

sólo soy... yo.

—¿Así que no pasasteis tu celo juntos?

Una vez más, Selene no me juzgó. Su expresión era neutra cuando volví a mirarla, y cuando enarqué una ceja, se encogió de hombros.

—Rumores.

Rumores dolorosamente reales.

Suspiré y decidí contarle... un poco.

—Lo hicimos, pero no de la forma que piensas. Entré en celo después de la tercera prueba, y el rey estaba allí. Le preocupaba lo que pudiera pasarme si intentaba salir del palacio mientras estaba bombeando feromonas del celo, así que me llevó a un lugar privado donde pudiera pasarlo sola.

La mentira me supo a ceniza en la lengua y me retorcí un poco mientras ella asentía.

—Eso tiene sentido —ladeó la cabeza, apartó la mirada de mí y un brillo apareció en sus ojos—. *Eso* también tiene más sentido.

La confusión se retorció en mi interior y me volví a mirar a Tristan.

Solo para que la rabia pura y dura me inundara al ver a otra mujer encima de Tristan.

Era despampanante, con el pelo largo, rubio y brillante sobre los hombros. Llevaba un vestido ajustado de color verde oscuro que se ceñía a todas sus curvas, y era alta y ágil, la personificación de una figura femenina perfecta.

Estaba inclinada sobre Tristan, con la mano posada posesivamente en su brazo mientras le acercaba los labios a la oreja, y su expresión

ni siquiera se inmutó mientras asentía y luego volvía la cabeza para seguir hablando con otro de los hombres que lo rodeaban.

La irritación hervía en mi interior al verle tan despreocupado cuando había otra mujer tocándole, y necesité todo lo que llevaba dentro para encogerme de hombros y luego mirar a Selene con una sonrisa tensa.

—Sí, bueno. Tengo que irme. Voy a intentar acostarme temprano.

Los ojos de Selene se abrieron un poco, pero giré sobre mis talones y me alejé de ella antes de que pudiera decir nada más.

Me abrí paso entre la multitud, ignorando las curiosas pulsaciones que me llegaban de Tristan a través del vínculo, y no pude respirar hasta que salí por una de las puertas laterales y me apoyé en la pared de un pequeño pasillo vacío. Seguía irritadísima, y el instinto primario de volver al salón de baile y arrancarle la mano a esa zorra de mi puta alma gemela era casi abrumador.

Respiré hondo, recordándome una y otra vez que no podía entrar en el salón de baile y reclamar a Tristan porque otra persona lo estaba tocando. No podía decirle que Tristan era mío y que más valía que se largara antes de que le arrancara la mano de un mordisco.

Se me escapó un gruñido, bajo y agresivo, y un silbido me hizo levantar la cabeza.

—¿Qué te ha puesto nerviosa, nena?

Tristan me sonrió mientras salía por la misma puerta por la que yo acababa de salir, con un aspecto tan impecable como en el salón de baile. Sus ojos plateados eran cálidos cuando me miró, contento, y negué con la cabeza antes de fulminarlo con la mirada.

—No te preocupes, Tristan. Puedes volver dentro. Ve a charlar. Es lo que tienes que hacer ahora.

Mi voz era fría y giré sobre mis talones para alejarme de él, avanzando por el pasillo sin saber muy bien adónde iba. Estaba segura de que había una salida del palacio en algún lugar cercano, solo tenía que encontrarla...

Tristan emitió un pequeño sonido suave, y la confusión palpitó a través del vínculo justo antes de que su mano atrapara la mía. Apretó y me volví para mirarlo de nuevo, encontrándome con su ceño fruncido y un deseo punzante de abofetearlo.

—¿Por qué estás molesta, Alana? En serio —su expresión se volvió seria y enseñó un poco los dientes—. ¿Alguien te hizo algo ahí dentro?

—Sí, tú —solté antes de que pudiera pensarlo mejor.

Tristan retrocedió un poco, con los ojos muy abiertos.

—¿Yo?

Gruñí, y luego me pasé las manos por el pelo, ignorando el hecho de que estaba arruinando por completo el elegante recogido. Me moví en círculos y volví a encarar a Tristan, señalándole con el dedo.

—Has dejado que otro te toque, puto gilipollas.

Los labios de Tristan se entreabrieron.

—¿Qué...?

—¡Y sé que no tengo ninguna razón para estar jodidamente celosa! —estallé, llorando ahora pero bien—. Lo sé. Igual que sé que no tengo motivos para acercarme a esa zorra rubia y arrancarle la mano por tocarte. No estamos juntos, ni nada. Tú eres el rey, y yo soy yo, y eso no significa nada, y está jodidamente bien, pero sigo siendo...

—Oye.

La voz de Tristan era suave y tranquilizadora, y me cogió los brazos con sus cálidas manos, deteniéndome en seco. Lo fulminé con la mirada, tratando de apartarme, pero su agarre se afianzó en mis brazos y me miró con su característica expresión seria, aunque también había un atisbo de diversión en sus ojos.

—¿Estás celosa? —preguntó finalmente, tras varios segundos en los que nos miramos el uno al otro.

Mi corazón latió con fuerza y me burlé.

—No. Eso es lo que estaba diciendo. No tengo derecho a estar jodidamente celosa. No estoy celosa.

Tristan soltó una risita, suave y tranquilizadora.

—Eso no es lo que has dicho, Alana —corrigió, con voz cálida—. Dijiste que no tenías motivos para estar celosa. Dando a entender que sabes, tan bien como yo, que soy tuyo, y que nadie podría compararse a lo que siento por ti.

Volví a retorcerme en su agarre y negué con la cabeza, ignorando que me echara en cara mis palabras de esa forma tan estúpida y razonable suya.

—Pero no estoy celosa —murmuré.

Me quedé mirándole el pecho, a falta de otro sitio mejor donde mirar, y volví a afirmar:

—No lo estoy.

—Claro, nena.

Tristan volvió a reírse y me soltó los brazos, permitiéndome alejarme de él, cosa que hice de inmediato. Sin embargo, no pareció dolido

por mis acciones, sino que me sonrió de esa forma suya tan exasperante.

—Lo digo en serio, Tristan —dije, como un perro con un hueso. Porque a pesar de la irritación que aún me producía la rubia, del miedo que me daba pensar que Tristan y yo estuviéramos juntos...

No lo estábamos. No estábamos juntos. Todavía no. No había estado de acuerdo con eso. Había aceptado que lo intentáramos. Después de los Juegos. Después de que ganara y obtuviera el Deseo y curara a Lia.

Joder, todo nuestro acuerdo podría irse al garete en cuanto descubriera quién era Lia. Se había puesto furioso cuando pensó que solo le estaba espiando todos aquellos años, pero si descubría que estaba ocultándole a su hija...

Tragué saliva ante el repentino torrente de miedo e inquietud que me invadió, y mi lobo soltó un gemido grave que se me escapó antes de que pudiera atraparlo.

—Oye, cariño. No pasa nada, de verdad.

Tristan volvió a acercarse a mí, levantando las manos, pero sin tocarme. Hombre listo; tal y como me sentía, podría haberle arrancado la mano de un mordisco antes de pensármelo dos veces.

—Mira. Esa mujer era mi asesora de prensa, Julia. Me estaba contando que un informe de prensa que habíamos publicado había salido bien, y que el sentimiento general hacia la monarquía y los Juegos era muy bueno. Todo fue por negocios, ¿de acuerdo?

—Aun así, te ha tocado —señalé, siendo más loba que de mujer con el gruñido de mi voz.

—Lo hizo —asintió Tristan, con ojos suaves—. Y eso estuvo mal. Debería haberlo evitado. Lo siento.

Le miré durante un largo momento, luego exhalé un suspiro y volví a tirarme del pelo.

—No, no puedo pedirte que lo sientas. Dioses, ¿qué coño me pasa? Ni siquiera estamos juntos...

—Sigues diciendo eso —interrumpió Tristan, ladeando la cabeza.

—Porque es verdad —dije, cruzando los brazos sobre el pecho—. Nosotros... nosotros no...

—Puede que no estemos oficialmente juntos —volvió a interrumpirme, con los ojos entornados—. Respeto que quieras esperar hasta después de los Juegos. Estoy de acuerdo contigo. Sacar a la luz nuestro vínculo y nuestra relación solo te pondría una diana más grande en la espalda, y no soporto la idea de que te hagan daño.

Dio un pasito más hacia mí.

—Pero no te equivoques, Alana. Que no estemos juntos formal y oficialmente no significa que no sigas siendo mía. Has sido mía todos estos años. Tú y yo lo sabemos, y ahora que te tengo de nuevo en mis brazos...

Se acercó aún más y me rodeó la cintura con los brazos, y yo exhalé un suspiro.

—Tristan...

—Vamos a tu ritmo, cariño —murmuró Tristan—. Te lo prometo. No voy a salir a reclamarte para la corona o para mí en público, todavía no. Pero eso no significa que no esté pendiente de ti cada segundo de cada día. Cada minuto que estamos juntos en la misma habitación, deseo que estés a mi lado. Deseo poder tocarte y que no haya rumores, deseo que no estés en mis putos Juegos para poder

estar contigo abiertamente y no tener que preocuparme de que mueras por culpa de algún alfa celoso.

Dejó escapar un largo y lento suspiro, luego ladeó la cabeza mientras me miraba.

—Pero... por otra parte. Si no hubieras estado en los Juegos, nunca habríamos vuelto a conectar. No habría tenido la oportunidad de conocerte ahora.

Tragué saliva, sabiendo que tenía razón. Sabiendo que, si hubiera tenido otra opción, no habría vuelto a ponerme en el punto de mira de Tristan. Habría mantenido a Lia oculta todo el tiempo que hubiera podido y me habría asegurado de que Tristan nunca, jamás supiera de ella. No la habría traído de vuelta a este mundo.

No habría vuelto a conectar con Tristan, y no habría sabido que la razón por la que estaba tan enferma era porque me lo estaba negando a mí misma.

—Bien —dije finalmente, con voz suave, un poco entrecortada.

La sonrisa de Tristan se ensanchó y se inclinó para rozar la punta de su nariz con la mía.

—No pasa nada, cariño —murmuró—. Nadie tiene que saberlo todavía. Pero eres mía. Quiero que te lo metas en esa preciosa cabeza que tienes.

Se apartó, con los ojos brillantes.

—Y me aseguraré de que nadie vuelva a tocar lo que es tuyo. Te lo prometo.

Se me revolvió el estómago ante su lenguaje posesivo, la promesa que estaba haciendo y que hizo que mi omega ronroneara agresivamente. Gemí, retorciéndome físicamente en su agarre, y él

soltó una risita antes de inclinarse y rozar sus labios con los míos, simplemente.

—Ven conmigo —murmuró—. Déjame demostrarte lo en serio que voy con esto.

Sabía que debía decirle que no, que debía apartarme y hacerle una reverencia con el respeto que le merecía su posición. Debía decirle que esta noche no, que tenía que volver a casa y ponerme las pilas antes de la próxima prueba. Debería, debería, debería...

—Vale —susurré, dejando que me cogiera la mano—. Enséñamelo.

35

Tristan

Llevé a Alana a mi habitación, atravesando los pasillos ocultos que nos permitían evitar al resto de los asistentes a la fiesta. Su mano se sentía tan bien entre la mía, del tamaño perfecto frente a lo grande que era yo a su lado, que no podía evitar apretársela y sonreírle cada pocos pasos cuando parecía dudar.

Sabía que le preocupaba nuestra relación, pero no me había dado cuenta de cuánto hasta que Julia se acercó a hablar conmigo. Ni siquiera registré que me había tocado la mano, solo que se inclinó para darme la información que yo quería al oído, donde nadie más pudiera escucharnos. Era crucial que la imagen del trono ante la prensa fuera impecable, especialmente en torno a las pruebas, ya que los lobos entregaban su vida por la gloria de los Juegos Lycan.

El hecho de que mi chica, mi omega, se hubiera puesto celosa solo porque otra persona me había tocado... Era una mala, mala persona, porque eso encendió un fuego dentro de mí que me dejó aturdido. Me hice el tranquilo durante nuestra conversación sobre la relación, pero daba igual lo que dijera.

Ella era mía. Yo lo sabía. Ella lo sabía. Nada en la Tierra me haría cambiar de opinión, y estaba dispuesto a demostrarle lo en serio que lo decía.

Alana dejó escapar un suave sonido al cerrar la puerta de mi dormitorio, mientras el silencio de las habitaciones nos envolvía con suavidad. La tomé de los hombros y la giré para que me mirara. La ligera duda en sus ojos me hizo detenerme, solo por un instante.

—¿Estás segura de esto? —pregunté con suavidad—. No tenemos que estar aquí. Puedo llevarte de vuelta a la fiesta, y puedes hablar con Selene o hacer lo que fuera que estuvieras haciendo allí. Solo te quiero aquí si tú quieres estar aquí, Alana.

Se mordió el labio inferior.

—En realidad me estaba preparando para irme cuando viniste y me encontraste —admitió—. Iba a volver a casa y descansar un poco antes de la última prueba. Lo voy a necesitar.

Apreté los labios; el recordatorio de lo mucho que estaba en juego enfrió parte de la excitación que sentía. Asentí, acariciando con suavidad la parte superior de sus hombros.

—Lo entiendo —dije en voz baja—. Y sí, entiendo que vas a tener que prepararte. Pero eso no significa que no puedas tomarte un momento para ti, Alana. —Hice una pausa y continué—: ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo para ti misma? ¿Puedes decírmelo?

Sus ojos se abrieron un poco y vi cómo se humedecía el labio inferior con la lengua. Sus pensamientos pasaban tan rápido que no pude descifrarlos, y al final, bajó la cabeza y se quedó mirando nuestros zapatos.

—No lo sé —susurró—. He estado en modo de supervivencia durante tanto tiempo, Tristan.

No pude evitar reírme un poco, y mi mano se deslizó hasta su nuca, sujetándola con suavidad.

—Entonces que esto sea para nosotros —dije con suavidad—. No hay nada más. Ni Juegos, ni un futuro incierto. Solo estamos tú y yo. ¿Te parece bien?

Alzó el rostro hacia el mío otra vez, con los ojos entrecerrados, y con un pequeño sonido entrecortado, asintió. Separó los labios, y fue una invitación imposible de rechazar.

Apreté mis labios contra los suyos y gemí suavemente cuando abrió la boca para dejarme entrar. Su cuerpo era suave contra el mío, sus pechos se apretaban firmemente a mi pecho, y solté un gruñido bajo mientras empezaba a destrozarla desde dentro.

La llevé hasta mi cama mientras la besaba, lento y profundo, gimiendo cuando sus dientes se hundieron en mi labio inferior. El mordisco fue delicioso, haciendo que mi polla se endureciera aún más en mis pantalones, y le mordí el labio una vez más antes de empujarla con suavidad hacia atrás hasta que quedó desparramada sobre mi cama.

Se apoyó en los codos y me miró con los ojos entrecerrados. Tenía las mejillas sonrojadas y podía ver cómo sus pezones se marcaban contra la fina tela del vestido. Era la viva imagen del deseo, y reprimí otro gemido mientras bajaba la mano y apretaba el duro tronco de mi polla a través de los pantalones, solo por un momento.

Sus ojos siguieron el movimiento con avidez, sus dedos se aferraban al edredón bajo ellos.

—Llevas demasiada ropa —suspiró.

Me reí entre dientes y me desnudé rápidamente sin apartar la mirada de ella. No dije una sola palabra, sabiendo que, si lo hacía, podría romper el hechizo de esa deliciosa tensión entre nosotros.

La chaqueta y los pantalones cayeron al suelo con movimientos rápidos, y fui desabrochando lentamente los botones de la camisa bajo su mirada intensa. Admito que le ofrecí un pequeño espectáculo, sobre todo cuando su mirada bajó hasta mi polla, tensa contra la tela de mis calzoncillos. Me gustaba cómo me miraba. Me gustaba saber que me deseaba.

Sus piernas se abrieron ligeramente, y supe que le gustaba lo que veía cuando una oleada densa de su aroma llenó el aire.

—Joder, Alana —respiré.

En cuanto me quedé solo en ropa interior, caí sobre ella, apoyándome en los antebrazos e inclinándome para juntar de nuevo nuestros labios. Gimió en mi boca, arqueándose de inmediato y enganchando una pierna alrededor de mis caderas. Me apreté contra su centro, sin importarme que probablemente estuviera empapada tras de la fina tela del vestido.

La idea de que saliera de aquí con ese vestido, impregnada de nuestros olores mezclados, y que todos los presentes en el salón de baile supieran a quién pertenecía… Todos esos alfas que la deseaban en secreto, aunque ella no lo supiera… Me llenaba de una combinación enfermiza de rabia y satisfacción que me volvía loco.

—Ahora tú eres la que lleva demasiada ropa —respiré.

Soltó una risita jadeante y necesitada, y volvió a gemir cuando tomé el dobladillo del vestido y lo subí por encima de su cabeza. Subió con facilidad, aunque se le enganchó un poco en los hombros, al estar aún recostada, y gruñí, conteniendo apenas las ganas de arrancárselo por completo.

—Agresivo —susurró Alana.

Alzó la mano y me pasó los dedos por el pelo, acercando mi rostro al suyo, casi tocándonos.

—Me gusta.

Gemí, y volvimos a besarnos, con más desesperación e intensidad que antes. Una de mis manos encontró sus pechos, jugueteando con la carne necesitada de su pezón, y ella se arqueó bajo mi toque, gimiendo. Separó los labios y sonreí contra su boca mientras bajaba la otra mano, jugando con el encaje de su ropa interior antes de agarrarla y arrancársela con un movimiento suave.

—¿Te gusta, eh? —gruñí.

Moví su ropa interior a un lado, sabiendo que más tarde la buscaría para guardarla como trofeo. Ya estaban arruinadas y eran lo único que se interponía entre yo y el precioso coño de mi alma gemela.

Jadeó cuando le metí dos dedos hasta el fondo, echó la cabeza hacia atrás y gimió desde lo profundo de su garganta. Mis dientes se alargaron al instante, desesperados por hundirse en su suave piel, y solté un gruñido al verla.

Ella estaba justo ahí. Mi alma gemela. Desesperada por mí. Tan caliente, húmeda y resbaladiza alrededor de mis dedos, los sonidos de su excitación eran deliciosos e indudablemente humillantes para alguien tan comedida y conservadora como Alana. No me cabía duda de que odiaba la forma en que su cuerpo reaccionaba ante mí, aunque disfrutara de todo lo que le daba.

Trabajaríamos en eso, cuando estuviéramos oficialmente juntos. Le daría tanto placer, y le enseñaría a sentirse orgullosa de su cuerpo y de cómo respondía ante mí. Era natural, y no debía avergonzarse de las cosas que necesitaba por su designación.

No podía apartar los ojos de su garganta, ni siquiera cuando mi pulgar encontró su clítoris y lo trabajó en lentos círculos. Se retorcía y el pulso le latía con fuerza en el hueco del cuello.

Sería tan fácil. Estaba ahí. Era mi alma gemela. Me había negado nuestro vínculo completo durante tanto tiempo. Entendía sus reservas sobre no anunciar públicamente nuestra relación hasta después de los Juegos, pero tenía que saber que completar nuestro vínculo la ayudaría, ¿no? Sería más fuerte, más rápida. Sanaría antes, su loba estaría más tranquilo…

Un gruñido retumbó en mi interior, y el coño de Alana se apretó alrededor de mis dedos, haciendo que entornara los ojos mientras mi polla se estremecía.

Contuve mis impulsos primarios, pero sólo a duras penas. Podía, y quería, respetar sus deseos.

Pero después de los Juegos...

Tragué saliva y, en lugar de acariciarle el cuello y aspirar su aroma como deseaba, me deslicé por su cuerpo. Me alejé de una tentación solo para enfrentarme a otra, justo delante de mí.

Ella se acomodó al mismo tiempo, y yo me coloqué entre sus piernas, tirando de sus muslos por encima de mis hombros para hacerme sitio. Me lamí los labios mientras contemplaba los pliegues hinchados de su coño. Ya estaba muy mojada, reluciente de jugos, y gemí cuando me golpeó el aroma sin filtrar de su excitación.

—Oh... —susurró Alana. Más que susurro, fue un gemido.

Me incliné hacia ella y pasé la lengua por sus pliegues empapados, y el sonido que soltó fue casi estremecedor. Estaba desbordada, indefensa ante el ataque de mi lengua mientras la devoraba, y mi polla palpitaba, desesperada por enterrarse dentro de ella. Desesperada por unirse a ella, de la mejor manera que ambos conocíamos.

Desesperada por que estuviéramos juntos, completamente. Totalmente.

—Eres jodidamente deliciosa —gruñí, sabiendo que las vibraciones de mi voz la volvían loca—. Sabes tan jodidamente bien.

Chupé su clítoris, mordisqueando el capullo sensible y deleitándome con el grito que provocaba en ella.

—Tan. Jodidamente. Mierda...

Sus dedos se enredaron en mi pelo, y los míos se clavaron en la carne suave de sus muslos mientras la obligaba a abrir aún más las piernas. Le temblaban bajo mi agarre, y los gemidos y jadeos que soltaba me apretaban el estómago y hacían palpitar mi polla. Dioses, cómo la deseaba. Cada parte de ella. Cada día.

Para el resto de nuestras vidas.

—Tristan —gimoteó.

Me tiró del pelo. El escozor me hizo gruñir de nuevo, y sus caderas se impulsaron contra mi rostro, presionando su clítoris y su coño contra mis labios y lengua.

—Por favor...

—¿Por favor? —la provoqué con los dedos, pasé la lengua por su clítoris y dejé que mi cabeza se empapara de su aroma y su sabor—. Vas a tener que hacerlo mejor, pequeña. Dime lo que quieres. Usa tus palabras.

Torcí los dedos dentro de ella, jugueteando con su punto G antes de retirarlos. Luego lo repetí una y otra vez, haciéndola retorcerse y gemir mientras luchaba contra su orgullo. Cuando bajó la mirada hacia mí, sus ojos prácticamente brillaban de excitación y conflicto. Joder, aquello me encantó más de lo que debería.

—Tristan —gruñó—. Lo juro por los Dioses, si no me follas pronto, voy a ocuparme del asunto.

Su coño se cerró alrededor de mis dedos, y se me revolvió el estómago al ver el deseo descarnado en su rostro. Me aparté, y una lenta sonrisa se dibujó en mi cara mientras sacaba los dedos de su interior y me incorporaba hasta quedar frente a ella.

—¿Sí, cariño? —pregunté con voz suave—. ¿Y qué vas a hacer al respecto, entonces?

Me lamí los labios, su sabor estallando sobre mi lengua, y sus ojos bajaron para seguir el movimiento. Se le abrieron de par en par, los labios entreabiertos, las pupilas dilatadas.

Entonces soltó un gruñido y me rodeó la cintura con las piernas. Nos volteó tan rápido que me dio vueltas la cabeza, y su peso se asentó con fuerza sobre mí mientras jadeaba, con el pecho agitado. Apoyó las manos sobre mis hombros y se inclinó hasta rozar la punta de mi nariz con la suya.

—Maldito provocador...

Entonces unió nuestros labios, y su gemido me recorrió todo el cuerpo mientras presionaba sus pliegues resbaladizos contra la dura longitud de mi polla. Solo un segundo. El tiempo justo para endurecerla aún más, agitada bajo la presión de sus caderas. Solté un gemido contra su boca cuando me hincó los dientes en el labio inferior y tiró de él.

—Si te pones así de salvaje cuando me burlo de ti, no me estás animando precisamente a ser más suave contigo, ¿verdad, nena?

Le sonreí, y luego cerré los ojos de golpe cuando se enderezó y metió la mano bajo su cuerpo, agarró mi polla y colocó la cabeza contra sus pliegues hinchados.

—Mmm...

No avisó, no me dio tiempo a adaptarme. Se hundió por completo sobre mi polla, acogiendo mi longitud dentro de su calor empapado, y ambos soltamos un grito que habría resonado por todo el palacio si la habitación no estuviera insonorizada. Las estrellas estallaron de inmediato detrás de mis párpados, y mis caderas se sacudieron, penetrándola hasta el fondo mientras ella se apretaba a mi alrededor, ya tan jodidamente cerca.

—Oh, joder. Así. Buena chica para mí. Mírate...

Mis manos encontraron sus caderas, y ella marcó un ritmo brutal desde el principio, cabalgándome como si se tratara de una prueba y fuera a ser evaluada. Subía y bajaba sobre mi polla, echando la cabeza hacia atrás y exponiendo su garganta de nuevo mientras tomaba su placer de mí. Yo le correspondía, embistiéndola con fuerza, pero dejándola tomar el control, observando a la impresionante omega encima de mí mientras me reclamaba.

El placer era intenso. Reprimía gruñidos y gemidos cada vez que se apretaba a mi alrededor, y mi agarre era tan fuerte que sabía que le dejaría pequeños moratones en forma de huellas hasta que sanara.

Por suerte, quedaban algunos días hasta la próxima prueba. No quería que nos expusiéramos tan pronto, y las marcas que nos estábamos dejando...

Las garras de Alana me arañaron el pecho, dejando surcos punzantes a su paso, y solté un gemido ahogado de placer cuando se apretó con fuerza. Todo su cuerpo estaba enrojecido, los ojos muy abiertos y salvajes al mirarme. Tenía los dientes levemente alargados, y si sus garras hubieran sido un poco más afiladas, no estaríamos hablando de simples arañazos.

Aun así, me encantaba. Me encantaba cómo la destrozaba, cómo le hacía imposible controlarse.

Y eso lo provocaba yo. Solo yo.

Gruñí y me incorporé de repente, casi desplazándola por un momento, hasta que encontró el equilibrio y siguió cabalgándome. La nueva posición nos dejó cara a cara, nuestras respiraciones mezcladas mientras una de mis manos se deslizaba por su cuerpo y se aferraba a su nuca.

—¿Te gusta, nena? —respiré—. ¿Reclamar a tu alfa? Soy tuyo, Alana. De nadie más. ¿Esto?

Empujé dentro de ella, mis ojos prácticamente se pusieron en blanco de lo jodidamente bien que se sentía.

—Todo tuyo. ¿Yo? Todo. Jodidamente. Tuyo.

Ella gimió y luego hundió el rostro en mi cuello mientras sus caderas se agitaban y todo su cuerpo se tensaba.

—Jodidamente mío —gruñó, y luego me clavó los dientes en el cuello mientras se deshacía encima de mí.

—Oh, joder...

El apretón repentino de su coño a mi alrededor, la forma en que se contraía mientras alcanzaba su clímax, me arrastró al mío también. Grité, rodeándola con los brazos, enterrando mi polla en lo más profundo de ella mientras me vaciaba por completo, llenándola y haciendo que sus embestidas fueran aún más resbaladizas y deliciosas.

—Mía, mía, mía —murmuró, la palabra amortiguada mientras la repetía contra mi piel.

Gemí, y caímos de espaldas sobre la cama, aún abrazados, hasta que finalmente me soltó el cuello y mi polla empezó a ablandarse. Salió de ella después de casi un minuto de estar tumbados en silencio, jadeando.

—Joder... —logré decir.

La cabeza me daba vueltas del placer, y necesité reunir todas mis fuerzas para girarnos de lado y que Alana estuviera más cómoda. Seguía respirando con dificultad, recuperando poco a poco el aliento, y yo aspiré el aroma del sexo y de nosotros. Mi polla dio un leve tirón mientras me inclinaba para besarle la frente.

—Todavía no estamos juntos —murmuró Alana, con voz soñadora, mirándome con los ojos en blanco—. No oficialmente.

Me reí por lo bajo y le acaricié la espalda.

—Lo sé, cariño —asentí—. Pero sigo siendo tuyo.

Sus ojos se entrecerraron, y aunque vi que quería discutir —al menos un poco— también había en su mirada un destello de satisfacción que hizo ronronear a mi lobo.

Haríamos lo que fuera para hacer feliz a nuestra omega. Y eso era un hecho.

36

—•—

Alana

Me miré en el espejo del tocador y respiré lenta y profundamente mientras me trenzaba el pelo hacia un lado, asegurándome de que todos los mechones estuvieran bien recogidos antes de soltarlo.

Había cedido. Tristan me había convencido de que lo mejor para mí sería quedarme en el palacio con el resto de los concursantes, aunque solo fuera porque parecería sospechoso si no lo hacía. Plantearía más preguntas de las que quería responder si daba la impresión de estar evitando deliberadamente a Tristan y al palacio, y yo había admitido a regañadientes que tenía razón.

Trasladar a Lia y Arthur al palacio sin que se toparan con Tristan había sido una locura, desde luego, y presentarle a Lia fue aún más doloroso de lo que había imaginado.

Su manita estaba aferrada a la mía, con los ojos muy abiertos mientras miraba fijamente a Tristan cuando nos acercamos a la puerta principal del palacio. A petición mía, él se aseguró de que no hubiera nadie alrededor al entrar, porque no quería enfrentarme al escrutinio de los demás concursantes mientras trasladaba a mi hija.

Mi hija, la que le había dicho a Tristan que era una pariente lejana que había quedado huérfana tras un trágico accidente cuando era un bebé. La había acogido un año después de desaparecer, y desde entonces vivía conmigo y con Arthur.

Era lo más cerca que podía estar de decir la verdad sin incriminarme, aunque una vocecita me susurraba en la consciencia que no podría mantener esa mentira por mucho tiempo. Tarde o temprano, Tristan lo descubriría y tendría que confesar.

Tristan se agachó frente a Lia, ofreciéndole una sonrisa mientras le tendía la mano.

—Hola, me llamo Tristan.

Ella le tomó la mano, y su vocecita se llenó de asombro cuando dijo:

—Eres el rey.

Tristan soltó una risa suave y asintió.

—Así es. Pero también soy amigo de Alana y quería asegurarme de que estuvierais a salvo. ¿Cómo te llamas, cariño?

—¡Lia! —le ofreció una sonrisa capaz de detener guerras, y por un momento, mientras Tristan la miraba, estuve segura de que iba a ver su parecido. Esos ojos grises, reflejo directo de los suyos.

Pero él solo le sonrió y se incorporó, mirándome con un brillo significativo en los ojos antes de girarse sobre sus talones.

—Sígueme.

Y así fue como llegamos hasta aquí. Las habitaciones en las que estábamos eran más lujosas que cualquier otra en la que nos hubiéramos alojado antes, y odié lo emocionada que se puso Lia al verlas. Me recordaba todas las formas en que le había fallado: mis

problemas de salud que me impedían trabajar más, y el hecho de no poder hacer más por su enfermedad.

Por suerte, había tenido un buen día cuando Tristan nos acompañó a la suite, y él no vio ninguno de los síntomas. No sabía si habría sido capaz de mantener la compostura si lo hubiera hecho.

Y ahora era la mañana de la prueba final. Todo mi futuro y el de Lia dependía de mi rendimiento... en menos de cinco horas.

Y yo estaba perdiendo la cabeza.

Me obligué a respirar despacio otra vez, desesperada por mantener la respiración bajo control. El ritmo cardíaco se me disparaba, la mente se me llenaba de mil pensamientos imposibles de ordenar, y aunque mis músculos se sentían mejor y más fuertes que en años, las insidiosas semillas de la duda seguían colándose en mí.

Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo.

No sabía si sería capaz.

Unos suaves golpes en la puerta de la suite me sacaron de mis pensamientos y me puse en pie de un salto, cruzando hacia la puerta lo más silenciosamente que pude.

Tristan estaba al otro lado cuando miré por la mirilla. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones suaves, y el corazón me dio un salto en la garganta al abrirle la puerta.

—¿Qué haces aquí, Tristan?

Sus ojos se deslizaron por mi cuerpo y una sonrisa suave se dibujó en sus labios.

—Estás lista.

La calidez de su mirada derritió de inmediato las reservas en mi interior, y me moví de un lado a otro, bajando la vista hacia mis pies.

—Um. Sí. Bueno, no. Yo... no, no estoy preparada.

Tristan emitió un sonido tranquilo y, cuando volví a mirarlo, un atisbo de simpatía parpadeaba en sus ojos.

Me dieron ganas de abrirme y cerrarme al mismo tiempo. Sacudí la cabeza y miré por encima del hombro hacia la puerta cerrada del dormitorio, donde Lia seguía durmiendo. Pronto se levantaría para desayunar. Me volví hacia Tristan, mordiéndome el interior de la mejilla.

—¿Qué necesitas, Tristan? Es temprano.

Tristan asintió y bajó la voz en tono conspirativo, aunque ya hablábamos en voz baja.

—Quería hablar contigo un minuto, si se puede.

Había algo... un poco sospechoso en la forma en que me miraba, lo suficiente como para ponerme los pelos de punta. Pero asentí y di un paso atrás de todos modos. Al fin y al cabo, técnicamente éramos huéspedes en su casa. Podía entrar si quería, y, de hecho, estaba siendo muy cortés al pedir permiso.

—Gracias, cariño —Tristan me guiñó un ojo antes de entrar en el apartamento, dirigirse al pequeño salón y sentarse en el sofá.

Tragué saliva y lo seguí, posándome en el borde del sofá y girándome para mirarlo de frente.

—¿Qué necesitas? —volví a preguntar, con voz más suave.

La tensión entre nosotros era densa, y me retorcí las manos en el regazo mientras lo observaba.

Tragó saliva con dificultad, un destello de incertidumbre cruzó su rostro. Nunca había visto a Tristan inseguro ante nada... nunca, en todo el tiempo que lo conocía y sabía cosas de él. Él era la representación de confianza, inquebrantable en su forma de afrontar la vida. Era una de las cosas que admiraba de él, y verlo así... lo humanizaba.

Finalmente, tras casi un minuto de silencio agonizante, dejó escapar un suspiro tembloroso y metió la mano en el bolsillo de sus pantalones para sacar una caja plana de terciopelo.

—Tengo un regalo para ti. Antes de los Juegos. Una victoria preventiva, si quieres.

Se me revolvió el estómago y enseguida negué con la cabeza, aunque ya estaba tomando la caja que me ofrecía.

—Aún no he ganado. No puedo aceptarlo. Es absurdo.

Sonrió un poco cuando tomé la caja y presioné el botón.

—Además, si gano, me quedo con el Deseo. Es el único regalo que necesito.

Los ojos de Tristan se suavizaron un poco.

—Pero el Deseo no es para ti. ¿Verdad? Eso es lo que me dijiste. Estás compitiendo por ella.

Sus ojos se desviaron hacia la puerta cerrada del dormitorio, y una ligera náusea burbujeó en mi interior mientras seguía su mirada. A la habitación de nuestra hija, sin que él lo supiera.

—Sí, por eso estoy aquí —susurré finalmente.

Tristan asintió y miró la caja que tenía entre las manos.

—Así que este es para ti. Solo para ti. Porque tú también te mereces ganar algo al final de todo esto. No todo en la vida debería ser por obligación, Alana.

—Eso no es lo que me enseñaron —dije secamente de inmediato—. Conociste a mi padre.

Tristan se rio entre dientes.

—Así es. Y tengo algunos consejos sobre la forma en que te crio —su expresión se tornó sobria y luego señaló la caja con la cabeza—. Ábrela.

Tragué saliva, y las mariposas que me asaltaron fueron mucho más fuertes de lo que había sentido cuando había pensado en mi posible desaparición.

Bajé la mirada y abrí la caja.

Inmediatamente se me cortó la respiración. Dentro, sobre un terciopelo negro que hacía juego con el exterior de la caja, había un collar, una piedra lunar tallada en forma de luna creciente. De la base colgaba un delicado colgante de oro blanco con la figura de un lobo, y la cadena era una filigrana tan fina que parecía una obra de arte por sí sola.

Era impresionante. Incluso sin saber cuánto se había gastado en él, sabía que costaba mucho más que cualquier cosa que hubiera podido permitirme en esta vida... o en la siguiente. Combinado.

—Tristan —tragué saliva y lo miré—. No puedo aceptar esto. Esto...

—Es tuyo —respondió con suavidad, con voz firme. No admitía discusión.

Me quedé con la boca abierta, sin encontrar una sola razón clara para rechazarlo. Sabía que había mil por las que no debía aceptar un

regalo así de él, pero en ese momento ninguna me venía a la mente.

Tristan interpretó mi silencio como una aceptación, porque continuó hablando, su voz suave resonando en la suite.

—Era... bueno, me han dicho que fue de mi madre. Mi padre se lo ofreció cuando le pidió que fuera su Reina Luna —sus labios se curvaron levemente mientras sus ojos se fijaban en el suelo—. Me dijo que ahorró cada céntimo de su estipendio real mensual durante un año para poder permitírselo.

El peso de sus palabras, de lo que me estaba ofreciendo, cayó sobre mis hombros como una losa. Colocando de inmediato la caja en el sofá a mi lado, la empujé suavemente de vuelta hacia Tristan.

—Entonces no puedo aceptarlo, Tristan. Es una reliquia.

Se me quebró la voz, único indicio de cuánto me afectaba su regalo. No se sabía mucho sobre la madre de Tristan, solo que había muerto cuando él era muy joven, dejando al difunto rey a cargo de todo: como padre y como gobernante. Tristan creció como hijo único de un rey rodeado de enemigos, y perdió a su padre demasiado pronto, lo que lo obligó a asumir el trono antes de estar preparado del todo para ello.

Su historia era trágica de principio a fin, y era realmente asombroso que ese hombre hubiera crecido con tanta compasión y empatía por la gente de su reino.

Y me estaba ofreciendo...

—No puedo aceptarlo —dije por fin, esta vez con voz firme. Le acerqué el collar y, cuando Tristan abrió la boca para protestar, levanté una mano para detenerlo—. No porque no tenga significado, porque lo tiene. Pero es para... se supone que uno regala algo así...

—A la Reina Luna —terminó Tristan cuando me quedé sin palabras. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios—. Sí, lo sé.

Tragué saliva, y mi voz fue tranquila al continuar:

—No soy tu Luna. Y no sabemos si algún día lo seré... aunque quisiera. Antes tengo que superar otra prueba.

Se hizo el silencio entre nosotros, y Tristan finalmente asintió después de unos segundos.

—Tienes razón. No lo sabemos. Pero yo tengo fe. Hoy vas a ganar, vas a conseguir el Deseo y vas a salir de todo esto no solo con vida, sino también victoriosa —me devolvió el collar—. Y esto será tuyo cuando todo haya terminado. Para cuando podamos sentarnos y hablar de... lo que significaría para nosotros estar juntos.

Tragué saliva. Le había dicho que hablaríamos de nuestra relación después de los Juegos, porque había muchas posibilidades de que no sobreviviera. Arthur ya estaba al tanto de mis deseos si... no lo lograba, de lo que quería que hiciera con Lia.

Pero ahora que había llegado la prueba final, y que realmente existía la posibilidad de que ganara... la idea de mirar más allá, de imaginar un futuro donde pudiera ser feliz...

Me aterraba.

No podía permitir que Tristan lo supiera. Si me dejaba llevar por mis sentimientos ahora, no sería capaz de volver a centrarme. Necesitaba tener la cabeza fría, y eso significaba cortar esto antes de que se alargara más.

Tomé la caja y la cerré, clavando en Tristan una mirada firme mientras la dejaba sobre la mesita.

—Cuando sobreviva a esto, usted y yo tendremos una conversación sobre cómo me ha manipulado, Majestad.

Una hermosa sonrisa cruzó el rostro de Tristan, que inclinó la cabeza.

—Estoy dispuesto a aceptar ese sermón —dijo, con voz ligera y burlona.

Se inclinó sobre el pequeño espacio que nos separaba y presionó suavemente sus labios contra los míos, un beso que solo duró un segundo, pero que giró por completo mi mundo sobre su eje. Y entonces terminó, y Tristan se levantó con una sonrisa.

—Te dejo. Tengo una reunión con el planificador de la prueba antes de que todo empiece hoy.

Desde la habitación de invitados oí el inconfundible sonido de Lia removiéndose, y me levanté también.

—Esa es una buena idea.

Lo seguí hasta la puerta principal, ambos moviéndonos con rapidez y en silencio. Cuando le abrí la puerta, me miró una vez más.

—Vas a estar increíble, cariño. Tengo toda la fe puesta en ti.

Se inclinó y me dio un beso rápido en la mejilla antes de girarse y desaparecer, dejándome allí, de pie en el umbral, con la cabeza dando vueltas y una peligrosa sensación de esperanza inundándome.

Tenía razón. Podía hacerlo.

Lo haría.

37

—•—

Tristan

Tarareé para mis adentros mientras me dirigía a la sala de reuniones. La luz de la mañana entraba por las ventanas y el palacio se despertaba a mi alrededor. El personal ya estaba en marcha, por supuesto, pero el resto de los concursantes acababan de levantarse, buscando algo de comida y charlando entre ellos antes de la prueba final.

Había una gran expectación en el aire, y sabía que no era sólo por mí. Todo el mundo esperaba que el espectáculo de la prueba final fuera increíble, una demostración que dejara claro el poder del trono durante los próximos cinco años, hasta que volviéramos a repetir este espectáculo y este baile.

Era importante, lo sabía. Igual que sabía que mi cabeza no estaba tan centrada en los Juegos como debería.

No podía dejar de pensar en Alana y en la suave expresión de sorpresa que puso cuando le regalé el collar de mi madre. La firmeza en sus ojos cuando intentó rechazarlo, y esa chispa silenciosa de placer cuando finalmente cedió y aceptó algo tan significativo para mí.

Sabía que Harrison —y el resto de mis consejeros, si era sincero conmigo mismo— tendrían mucho que decir sobre el hecho de que le hubiera dado el collar de la Reina Luna a una mujer a la que ni siquiera estaba cortejando públicamente. Y a todos ellos les levantaba el dedo corazón, al menos en mi mente.

Alana era mi alma gemela. Yo lo sabía, y ella también. Nada de lo que dijeran los detractores cambiaría esa verdad, y solo nos quedaba superar esta última prueba antes de poder avanzar con nuestro noviazgo.

Emmett ya estaba esperándome en la sala de reuniones cuando entré, revisando varios papeles que tenía frente a él.

—Emmett —saludé, ajustando mi tono a la voz solemne de rey que él estaba acostumbrado a oír.

Alzó la vista y me dedicó una sonrisa tensa.

—Majestad. Buenos días.

Asentí con la cabeza y tomé asiento junto a él, mientras se lanzaba a repasar los detalles de la prueba de hoy. Era información que ya conocía, por supuesto, pero revisar el plan antes de la prueba era el procedimiento habitual. Cada evento tenía un organizador diferente para asegurar que las pruebas fueran distintas cada año, y cada una debía ser aprobada por mí para garantizar que nada perjudicara a la corona.

Por razones que me habían hecho sospechar —aunque aún no se había materializado—, Emmett había insistido en organizar la prueba final. Nadie más se ofreció cuando lo propuse al consejo mayor, y Emmett pareció demasiado satisfecho cuando acepté que se hiciera a su manera.

Eso solo me hizo decidirme aún más a vigilarlo de cerca, como Harrison dijo cuando hablamos sobre Alana. Había cosas más

importantes en juego que mi reencuentro con mi alma gemela, y los Juegos habían transcurrido demasiado bien hasta ahora…

Tenía un horrible presentimiento de que, fuera lo que fuera que se estuviera planeando —si es que algo se estaba planeando y yo no estaba siendo paranoico—, hoy iba a llegar a su punto culminante.

En el fondo de mi mente, una vocecita susurraba que debería haber hecho venir a Harrison conmigo a esta reunión. Estaba ocupado organizando el Deseo y el Baile de la Victoria, pero debimos acordar que me acompañara, al menos durante cinco minutos…

—¿Todo eso le parece bien, Majestad? —La voz suave y viscosa de Emmett interrumpió mis ansiosas cavilaciones, y me obligué a mirar con expresión neutra los planos. La prueba se celebraría en un escenario que nunca se había usado antes, ni siquiera en versiones anteriores. Iba a ser espectacular… suponiendo que todo saliera bien.

—Sí… Sí —asentí, con una mueca interna por lo distraído que sonaba. Los ojos de Emmett parpadearon con irritación ante mis palabras, pero un segundo después, una sonrisa plácida se dibujó en su rostro.

Mis sospechar aumentaron aún más.

—Perfecto. Y entonces, si me permite un momento más...

Ya me había puesto de pie cuando habló, y fruncí el ceño al mirarlo.

—¿Hay algo más?

Se levantó conmigo, y la sonrisa que llevaba se volvió aún más desquiciada.

—Solo una cosa más.

Una de sus manos se lanzó hacia mí y me agarró de la muñeca, introduciendo a la fuerza un pequeño objeto entre mis dedos antes de que pudiera reaccionar. Estaba tan sorprendido por su repentina osadía que no hice nada antes de sentir ese calor familiar y punzante de la magia.

Los músculos se me congelaron, mi expresión quedó vacía y miré a Emmett con una especie de asentimiento plácido que hizo que todo dentro de mí gritara.

Grita.

Grita.

Pero no podía moverme. Mi cuerpo estaba paralizado, bloqueado. Esperando.

—Muy bien, Majestad —los ojos de Emmett brillaban con malicia mientras me daba una palmada condescendiente en el hombro—. Ahora sí que pueden empezar los Juegos. Venga conmigo.

Giró sobre sus talones y se alejó, y para mi horror, lo seguí sin protestar. Intenté mover los labios, un dedo, cualquier cosa… y no pude. El cristal en mi mano palpitaba, y sentí cómo la magia me inundaba el cuerpo, dejándome inerte. Complaciente. Obediente.

Un prisionero.

Seguí a Emmett y sentí que el estómago se me caía al suelo.

No sabía qué iba a pasar en la prueba final… pero ya podía intuir que sería algo malo.

Peor que malo.

Mortal.

38

—•—

Alana

La arena, si cabe, fue aún más ruidosa esta vez cuando los otros tres concursantes y yo entramos por última vez, acorralados a un lado tras una puerta.

Cuatro concursantes. Un ganador.

Entendiendo que, muy probablemente, sólo una persona saldría viva de esto.

Mi estómago se retorcía de ansiedad, y lo único que me hacía seguir adelante era la forma en que Tristan me había mirado antes, cuando me dijo que iba a ganar. Su voz era tan convincente que me resultaba difícil no creer en mí misma, incluso cuando mis muchos defectos se hacían patentes.

Aun así, incluso después de las pruebas y obstáculos... me sentía bien. Mejor de lo que me había sentido en años. Mi cuerpo era fuerte, no me dolía. El calor y la plenitud de mi pecho me hacían sentir que podía volar, y pensar en cómo podría ser mi futuro, en cómo podría ser el futuro, una vez que ganara...

Era demasiado. Era... Dioses, era todo.

Me mantuve separada de los demás concursantes mientras me vendaba las manos de nuevo y me aseguraba de que mis zapatillas estaban bien puestas. Nadie sabía cuál iba a ser la prueba final; las diferentes pruebas que se habían planeado para el último rodeo en los Juegos Lycan en el pasado habían sido todas tan salvajemente distintas que resultaba completamente impredecible adivinar lo que íbamos a hacer, y eso, más que nada, me dificultaba respirar.

Los altavoces crepitaron con los anuncios y, por el rabillo del ojo, vi a Tristan adelantarse y pronunciar su perfecto discurso real. Estaba impecable, con su traje a medida y la corona bien colocada sobre la cabeza. Su expresión era fría y controlada, la viva imagen de la estoica regencia, y no me miró mientras pronunciaba su discurso y hacía los anuncios. A cada lado tenía dos consejeros, ambos de pie y mirando a la multitud con plácida expectación.

O, uno de ellos lo hacía, el que había visto con Tristan desde el principio. El otro consejero, al que sólo había visto un puñado de veces, tenía un brillo excitado en los ojos que me produjo un escalofrío. Estaba especialmente pegado a Tristan, con una mano colgando junto a él, como si estuviera a punto de tocarlo, y sentí un destello de irritación ante aquel hombre que estaba tan cerca de mi alma gemela.

No mi alma gemela. Todavía no. Tenemos que pasar por todo esto primero, y luego podemos tener una conversación sobre eso.

Tristan no miró hacia mí mientras hacía sus anuncios, sus movimientos eran agónicamente suaves y controlados. Casi robóticos, una visión que por un breve segundo hizo saltar las alarmas en el fondo de mi mente.

Entonces me centré en la arena que me rodeaba, y el destello de preocupación que había sentido por Tristan se desvaneció mientras observaba los cambios en la arena e intentaba averiguar qué era lo

que estábamos haciendo. La arena había cambiado por completo entre la cuarta y la última prueba, convirtiéndose en una enorme estructura circular que no tenía esquinas ni ningún lugar al que escapar, salvo alguna que otra roca suelta tras la que esconderse. La única entrada a la arena era la puerta detrás de la cual esperábamos los demás concursantes y yo.

La prueba final. La última oportunidad de ponerme a prueba. La única oportunidad que tenía de salvar la vida de mi hija.

Tragué saliva con dificultad y observé con una expectación y un temor desgarradores cómo se levantaba la puerta tras la que estábamos atrapados.

Selene me miró y tragó saliva.

—Buena suerte —dijo en voz baja.

Racionalmente, sabía que ella no quería que muriera. No quería que ninguno de nosotros muriera. Podía ser un poco sanguinaria cuando era necesario, pero las veces que había interactuado con ella me habían demostrado que era una persona decente, tanto como podía serlo.

Sin embargo, en esto, ella era mi enemiga. No había nada que pudiera hacerse para eliminar esa división entre nosotras dos, así que me limité a asentirle, y luego miré hacia delante mientras salíamos a la arena.

El público vitoreó por un momento y luego enmudeció. La sensación colectiva de contener la respiración se apoderó del estadio y tragué saliva mientras giraba la cabeza de un lado a otro.

La única instrucción que nos habían dado para este desafío era que teníamos que sobrevivir durante cinco minutos. Eso era todo. Sólo cinco minutos de supervivencia, y el último en pie sería el ganador.

No me gustaba la idea de lo que podrían haber ideado para matarnos a todos en cinco minutos o menos, pero el hecho de que hubiera un reloj me hizo sentir un poco mejor. Me hizo respirar un poco más tranquila.

Hasta que el suelo empezó a temblar.

Miré a mi alrededor, e incluso Selene parecía un poco inquieta cuando la miré. Sus manos, como las de los otros dos hombres a ambos lados de ella, estaban levantadas y miraba a su alrededor, buscando lo que hacía temblar el suelo.

El aire se calentó y el olor a humo me subió por las fosas nasales. Tosí un poco, mis ojos empezaron a humedecerse, y entonces se oyó un rugido agresivo, y al otro lado de la arena, una forma enorme voló por encima de la valla y aterrizó con un fuerte golpe.

Un dragón.

Un maldito dragón.

—¡Cinco minutos! Y... ¡ya!

La multitud jadeó y luego rugió, y todo dentro de mí se detuvo al mirar al dragón.

Objetivamente, la bestia era una belleza. Medía más de nueve metros cuando se erguía, su cuello era largo y elegante y estaba decorado con púas de aspecto feroz a lo largo de la columna vertebral. Las escamas eran de un verde intenso y un negro brillante, que se fundían en cada color a la perfección por todo su cuerpo, y cuando extendía las alas, la membrana entre cada hueso del ala era de un color verde perla casi translúcido que brillaba bajo el sol resplandeciente.

Sus ojos eran inteligentes y oscuros mientras parpadeaba hacia nosotros, pero había una crueldad en ellos que no me pareció...

normal.

No había nada normal en la situación, Dioses. Creía que los dragones se habían extinguido, si es que alguna vez habían existido. Eran cosa de leyendas, lo que hacía que los niños pequeños se pusieran en fila cuando sus padres les contaban historias por la noche. Demonios, yo le había contado a Lia historias sobre dragones. Siempre la hacían chillar y emocionarse, y era tan tierno verla temer inofensivamente algo que nunca iba a hacerle daño.

No iba a volver a contar historias de dragones.

El dragón echó la cabeza hacia atrás, soltando un rugido desgarrador, y al instante siguiente agachó la cabeza, abriendo la boca. El aire se sobrecargó delante de él, y ese fue el único aviso que tuvimos antes de lanzarme detrás de una enorme roca que había cerca, escondiéndome de la ráfaga de llamas que salía de las fauces del dragón como muerte líquida.

Oí a Selene y a uno de los alfas soltar un grito. Tragué saliva, y el dragón soltó otro rugido antes de cerrar las fauces y cortar el flujo de fuego, y solo entonces me sentí bien asomando la cabeza.

El dragón parecía agitado, dando pisotones, y vi a Selene y al alfa acurrucados detrás de otra roca —mucho más pequeña que la que yo tenía detrás— y allí, en el lugar donde acabábamos de estar los cuatro, había un montón humeante de ceniza y trozos de lo que sin duda era hueso.

Lo único que quedaba del cuarto concursante.

Tragué con fuerza contra el repentino miedo que sentía en mi interior, y el dragón que se acercaba pisando fuerte me hizo levantarme de un salto y echar a correr.

—¡Alana! —La voz de Selene cortó el rugido del dragón, y corrí directamente hacia la bestia. Me siguió con la mirada, y yo cerré los

ojos con fuerza antes de lanzarme entre sus patas delanteras y abrirme paso bajo su cuerpo.

¡Eres una puta suicida! ¿En qué coño estás pensando?

Ignoré la voz en mi cabeza que me gritaba, sabiendo que tenía una oportunidad, y sólo una, de sobrevivir a esto. Mi velocidad y mi pequeño tamaño, una vez más, eran mis mejores y únicas bazas, e ignoré el miedo que me invadió cuando oí el chillido de un macho y luego el crujido de un hueso.

Cuando miré por encima del hombro, vi que el otro alfa —el de pelo oscuro con el que me había enfrentado en la cuarta prueba— se llevaba el brazo al pecho mientras corría hacia el otro lado de la arena. Su brazo chorreaba sangre por donde el dragón lo había herido, y cuando me deslicé detrás de la pata trasera del dragón y avancé hacia el fondo de la arena, se me revolvió el estómago al ver las fauces del monstruo cubiertas de sangre.

Oh, joder.

El dragón volvió a abrir la boca y escupió llamas. Me hice un ovillo detrás de otra roca, esta vez mucho más pequeña. El corazón me latía con fuerza y eché un vistazo a Tristan, que estaba en la cabina observándonos.

Si había esperado verlo asustado, nervioso o incluso alentador mientras yo luchaba literalmente por mi vida en la arena... me sorprendió y me decepcionó. Su expresión era tan fría e impasible como cuando pronunció su discurso real, y algo se agitó en mi interior.

No sentí ningún interés ni ningún empujón del vínculo. Eso era inusual. La forma en que estaba de pie, tan quieto como una estatua... también me molestaba. No creía que se hubiera movido ni un centímetro desde que había empezado la prueba, y eso me ponía de los nervios.

Otro rugido me arrancó de mi observación a Tristan y gemí suavemente cuando otra ráfaga de calor agonizante iluminó el aire de la arena. Me cubrí la cabeza con los brazos, con el corazón martilleándome en el pecho.

—¡Un minuto!

Había pasado más rápido de lo que pensaba.

Como si el dragón hubiera entendido lo que se decía, volvió a rugir, aún más furioso y agresivo que antes. Me asomé por la esquina de la roca y me mordí la lengua cuando su cabeza salió disparada hacia el alfa, que, estúpidamente, había empezado a caminar hacia el centro de la arena, como aturdido.

Medio segundo después, el alfa ya no tenía cabeza. La sangre brotó del muñón ensangrentado, y un sonido femenino de conmoción se escapó por el aire de la arena, atravesando los rugidos de la multitud.

Tardé un momento en darme cuenta de que el sonido salía de mí. Tragué saliva con fuerza, gimoteando, y cerré los ojos con fuerza. Seguramente... seguramente no quedaba mucho tiempo. Podía aguantar y dejar que el reloj corriera; así no tendría que enfrentarme a un destino tan horrible...

La cara de Lia me vino a la mente y recé en silencio para que Arthur hubiera conseguido mantenerla distraída durante la prueba. Había insistido en que quería acompañarme antes de que yo saliera de la suite esa mañana, y me costó todo lo que tenía asegurarme de que comprendía la gravedad de lo que estaba a punto de hacer. Aun así, puso mala cara, a pesar de que le aseguré que podríamos hablar después.

Después, cuando se curara.

Dioses, había sido una ingenua.

Dejé escapar un pequeño gemido, y entonces el dragón arrancó la roca que me ocultaba y la lanzó contra la pared deshaciendose en una nube de polvo.

Antes de que pudiera registrar lo que ocurría, una garra salió disparada y me atrapó por la cintura, apretando tanto que sentí cómo me exprimían los intestinos por ambos lados, y luego me alzaron por el aire. La cabeza me daba vueltas, y quedé colgando frente al dragón, mirando directamente sus ojos agresivos y brillantes.

Mostró los dientes, y apenas tuve la capacidad para oír a Selene gritando mi nombre desde el suelo. Sonaba frenética, y estaba segura de que, si miraba hacia abajo, estaría... lejos, porque no le convenía precipitarse a rescatarme esta vez.

Si yo moría, ella ganaba el Deseo. Ella ganaba.

La desesperación me invadió y las garras se apretaron más. Su aliento con olor a humo me golpeó la piel expuesta, y mi loba interior gruñó y se agitó, desesperada por hacerme mover. Desesperada por escapar, desesperada por...

El dragón rugió, sacudiéndome la cabeza y destrozándome los tímpanos con tal intensidad que el dolor me atravesó los canales auditivos. Sentí un cálido goteo recorrerme las mejillas desde los oídos. Los sonidos de la multitud se apagaron, y mi cabeza cayó, permitiéndome mirar directamente a Tristan en su cabina.

Su consejero estaba aún más cerca de él, la malicia en sus ojos era aguda y clara, y Tristan seguía... sin moverse. Seguía siendo una estatua: frío, regio y todo lo que todos esperaban que fuera.

No me miraba. No le importaba.

El dolor que me cruzó el pecho me hizo cerrar los ojos. Apenas había pasado una fracción de segundo desde que bajé la cabeza hasta que

la volví a levantar, mirando al dragón y tratando de reunir el valor para enfrentarme a la muerte como una campeona y no como una cobarde.

Nunca me había sentido tan sola.

El dragón inhaló, y pude sentir cómo el aire se calentaba a mi alrededor. Cerré los ojos, preparándome para el calor que me incineraría...

—¡Se acabó el tiempo!

El anuncio por los altavoces atravesó mis dañados tímpanos como si viajara por el agua, y tardé un momento en darme cuenta de que el dragón estaba tan inmóvil como Tristan. Abrí los ojos lentamente, ignorando el rugido lejano de la multitud, y miré al enorme reptil mientras me bajaba poco a poco hasta el suelo.

Ahora que el tiempo se había acabado, los movimientos del dragón parecían... espasmódicos y mecánicos, y sus ojos vidriosos revelaban una leve desconexión con la realidad.

Y cuando me puso en el suelo, sentí el familiar y cálido cosquilleo de la magia vibrando en el aire, y me encajó en la mente.

Magia. Por supuesto. El dragón estaba siendo controlado por uno de los hechiceros de Tristan; eso tenía sentido. No querrían que siguiera atacando después del tiempo estipulado.

Me soltaron, y al cabo de un segundo, Selene corrió hacia mí.

—Dioses míos. Alana, ¿estás bien?

Su voz sonaba frenética, y me ayudó a incorporarme mientras, por fin, me permitía respirar hondo... y tosía de inmediato. El aire seguía espeso y cargado de humo. Un momento después le hice un gesto a Selene para que se apartara, con el corazón desbocado.

Las dos habíamos sobrevivido. Eso significaba que no había un ganador claro en los Juegos. Entonces, ¿qué...?

—¡Señoritas! —Uno de los presentadores se dirigió al centro del campo, sonriéndonos cegadoramente. Parecía un poco tenso, con el rostro rígido, y sus ojos se desviaron hacia la cabina donde estaban Tristan y sus consejeros.

No parecía... correcto.

—Enhorabuena por haber superado la primera parte del desafío. Ambas han sido increíblemente valientes e inteligentes, y estoy seguro de que todos los presentes están debidamente impresionados con su coraje. —Su voz se alzó para que el público pudiera oírla, y el rugido de respuesta llenó la arena mientras la multitud nos alababa, otorgándonos toda la atención que cualquiera hubiera deseado.

Pero nada de eso me sonaba a verdad. Porque mi mente seguía atascada en lo primero que había dicho. La primera parte del desafío.

¿Qué coño era la segunda parte?

—La primera parte —continuó el presentador, respondiéndome sin querer— era un reto para el cuerpo. La segunda es un reto para el espíritu. Y si se dan la vuelta...

Era como una película de terror. Todo a mi alrededor se ralentizaba, y mis tímpanos —que se curaban poco a poco— palpitaban con fuerza en mi cabeza. El locutor señaló detrás de nosotras, hacia la puerta, y cuando me giré, una plataforma había sido creada milagrosamente frente a la puerta, ahora abierta, por donde yo había salido.

Y en la plataforma, en lugar de estar vacía o esperando que Selene y yo subiéramos... estaba Lia. Y Arthur, y otro joven lobo y un hombre

mayor que no reconocí.

Todo se detuvo. Y tardé un momento en darme cuenta de que estaba gritando.

39

—•—

Tristan

Quince minutos antes

Me arrastraba detrás de Emmett, incapaz de abrir la boca, incapaz de mover el cuerpo por mí mismo. Incapaz de hacer nada que no fuera exactamente lo que él me ordenaba, aunque apenas me miraba mientras controlaba cada uno de mis movimientos.

No sabía qué clase de magia usaba para manejarme así, y a él no parecía importarle. No podía escapar, por mucho que luchara contra las ataduras mentales, por mucho que intentara hacer que mi cuerpo obedeciera mis órdenes. Mis músculos se movían suaves y robóticos mientras caminaba detrás de él, los dos en dirección a la cabina desde la que supervisaríamos la prueba final. Hacía menos de una hora me sentía emocionado por el cierre de los Juegos, pero ahora me invadía una sensación de terror que no se iba del fondo de mi estómago, y sabía que todo iba a salir muy, muy mal.

—Majestad —dijo Harrison, levantando la mano para saludarme mientras se acercaba a nosotros.

Ni siquiera fui capaz de mirarlo, mis ojos seguían fijos hacia delante mientras caminaba tras Emmett. Quería advertirle desesperadamente, decirle que algo no iba bien, que Emmett nos había traicionado, pero no podía mover los labios.

Por suerte para mí, Harrison era astuto. Bastaron cinco segundos sin respuesta de mi parte para que emitiera un leve sonido y extendiera la mano, rozándome la parte baja de la espalda con los dedos, fuera del alcance visual de Emmett, que iba por delante.

—¿Tristan? —preguntó, con la voz repentinamente más suave—. ¿Qué te pasa?

Intenté abrir la boca, una vez más. Y, una vez más, la magia encerrada en el cristal que tenía aferrado en la mano me lo impidió. No podía hacer otra cosa que obedecer exactamente la voluntad de Emmett.

—Yo que tú no intentaría hablar con él —dijo Emmett con despreocupación, lanzando las palabras por encima del hombro. Se detuvo justo frente a las puertas que llevaban al balcón con vistas al estadio y giró sobre sus talones, mirándonos con una expresión de autosuficiencia insoportable.

—¿Qué demonios has hecho? —gruñó Harrison, con los ojos desorbitados. Fue una muestra de agresividad que me sorprendió, viniendo de alguien tan moderado como él. Pero, al parecer, las circunstancias extremas sacaban reacciones extremas, porque un segundo después, Harrison ya tenía las garras fuera y la mano alrededor del cuello de Emmett.

Para mi confusión, Emmett no parecía amenazado en lo más mínimo. Sonrió con un brillo ligeramente maniaco en los ojos, y alzó la mano para acariciar con suavidad el antebrazo de Harrison.

—Yo que tú no haría eso —repitió. Sus ojos se desviaron hacia mí, y su sonrisa se ensanchó—. No si quieres que el rey sobreviva a toda

esta prueba.

Se me heló la sangre de inmediato, y la expresión de horror en el rostro de Harrison me confirmó que él había sentido lo mismo. Soltó enseguida el cuello de Emmett, dio un gran paso atrás y me miró con furia, cruzándose de brazos mientras alternaba la mirada entre mí y nuestro enemigo.

—¿Qué demonios has hecho, Emmett?

Emmett echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada maníaca. Nos observaba con esa locura desquiciada en los ojos, sin rastro ya de la capa de civismo que solía usar.

—¿No es bastante obvio? —siseó.

La hostilidad repentina me dejó helado. Incluso si la magia no me tuviera completamente paralizado, no habría sabido qué decir. El rostro de Harrison reflejaba mi confusión, y tras un instante, escupió:

—Si vas a hacer un monólogo de villano, hazlo ya, así al menos sabemos a qué atenernos. ¿Qué demonios está pasando aquí?

La sonrisa de Emmett se ensanchó aún más, y se acercó a mí, observando mi cara congelada con gesto satisfecho.

—El fin del reinado del rey Tristan, por supuesto.

Entonces, con tanta eficiencia y rapidez que apenas tuve tiempo de procesarlo, Emmett empezó a contarme —y a un horrorizado Harrison— todo lo que él y sus aliados habían tramado durante las semanas previas a los Juegos. Cómo habían orquestado cuidadosamente las rebeliones en los límites de mi territorio, aquellas que no pude atender por estar demasiado ocupado. Cómo Emmett se había asegurado de estar al frente del comité de

planificación, junto con algunos de sus "amigos", garantizando que cada parte de su plan saliera sin contratiempos.

Siempre me había parecido sospechoso que insistiera tanto en organizar la prueba final, pero cuando admitió que era porque tenía preparado algo "especial" para poner a mi pueblo en mi contra, el estómago se me cayó al suelo y el hielo me inundó las venas.

Alana está ahí abajo...

Deseaba poder gritar. Poder hacer algo. Quería estamparle el puño en la cara mientras se echaba hacia atrás y cruzaba los brazos sobre el pecho, mirándome como si no fuera más que una herramienta para lograr sus fines.

—¿Pero con qué fin? —preguntó por fin Harrison, dando voz a los mismos pensamientos que me recorrían la mente—. Esto no parece sólo una rabieta.

Los ojos de Emmett se abrieron de par en par y por primera vez mostró un gruñido feo, los labios torcidos por la rabia.

—Debería ser yo quien estuviera en el trono —espetó. Me lanzó una mirada cargada de odio puro que me revolvió el estómago—. Tu padre mató al mío. Esa es la única razón por la que tu linaje pudo tomar el poder. Admítelo.

Si hubiera podido, habría puesto los ojos en blanco. La disputa entre su padre y el mío... Apenas la había escuchado mencionar de niño, y no había razón para creer que el padre de Emmett —muerto durante una incursión rebelde— habría acabado en el trono si mi familia no hubiera estado "en medio". Su vínculo con la nobleza era, en el mejor de los casos, periférico, pero, a juzgar por su expresión, los hechos no le interesaban en lo más mínimo.

Ahora mismo, seguía completamente inmóvil, y un momento después, la cara de Emmett volvió a adoptar esa expresión de

arrogancia satisfecha.

—Exacto —dijo—. No puedes. No puedes hacer absolutamente nada que no sea lo que yo diga. Y si sabes lo que te conviene —añadió, mirando a Harrison con intención—, también harás lo que te diga. De lo contrario, le corto el cuello. —Ladeó la cabeza—. Si quieres intentar atacarme y arriesgarte, adelante. ¿Quién crees que es más rápido? ¿Tú o yo?

Harrison contuvo la respiración y me miró. Se pasó la lengua por los labios y volvió a mirar a Emmett con un gruñido grave.

—Vas a pagar por esto, Emmett —gruñó.

Luego se acercó a mí, su mano se detuvo junto a la mía, congelada, como si su sola presencia fuera capaz de romper el efecto de la magia sobre mí. Emmett nos observó con suficiencia antes de girarse sobre los talones y salir con nosotros al balcón.

El rugido de la multitud que nos rodeaba era ensordecedor. Yo mantenía la mirada fija en la arena —la misma que había ayudado a diseñar durante la planificación de los Juegos— mientras Emmett tomaba su lugar a mi derecha, con la mano cerca de la mía, aún aferrada al cristal.

Harrison se colocó a mi otro lado, y los tres observamos cómo el locutor hacía sus declaraciones habituales por los altavoces, animando al público e informando a los pocos concursantes que quedaban sobre lo que les esperaba.

No todo, por supuesto. Bueno, en realidad nada. Salvo el límite de tiempo. La intención de esta prueba había sido ver cómo manejaban el factor sorpresa, pero ahora que Alana estaba ahí abajo, esperando ganar y obtener el Deseo, no podía evitar que se me revolviera el estómago ante tanto engaño.

Apenas fui consciente cuando Emmett me empujó hacia delante y pronuncié mi discurso de rey ante la multitud. En el fondo de mi mente, sabía que sonaba robótico, sin vida, y sentía los ojos de Alana clavados en mí, pesados y duros, como si intentara averiguar qué me pasaba.

Quería decírselo desesperadamente. Pero ni siquiera podía tirar del vínculo; la magia me tenía muy atrapado.

Harrison se apretó aún más contra mí, y el rugido del dragón atravesó el aire un instante después, haciendo enmudecer a toda la multitud.

Miré hacia la arena mientras el dragón volaba por encima del borde y aterrizaba en el centro, y, incluso desde la distancia que nos separaba, pude ver que los ojos de Alana se abrían un poco más. Sus labios se entreabrieron, y su miedo tiró del vínculo sólo un instante antes de que yo lo cerrara de nuevo.

No podía permitirme sentir sus emociones ahora. No mientras lidiaba con semejante espectáculo de mierda aquí arriba. Si ella se preocupaba por mí, aunque fuera un segundo, existía la posibilidad de que esa distracción fuera justo lo que el dragón necesitara para arrancarle la cabeza a mi compañera y devorarla.

—Oh, mira eso —arrulló Emmett, mirándome con una sonrisa viscosa.

Abajo, vimos cómo el dragón echaba la cabeza hacia atrás y soltaba una ráfaga de fuego que obligó a los cuatro contendientes a dispersarse. Observé a Alana mientras se escabullía detrás de una enorme roca, y fui casi dolorosamente consciente del tiempo que pasaba mientras el dragón incineraba al primer concursante, dejando tras de sí un montón humeante de cenizas y huesos.

—El dragón fue una buena idea, Majestad —dijo Emmett, sonriendo alegremente.

Habría hecho una mueca, sobre todo porque no estaba del todo equivocado. El dragón había sido idea mía, y localizarlo fue una pesadilla. Los rumores sobre una última manada en el noreste de la región eran escasos, pero suficientes, y envié a no menos de dos docenas de personas a cazarlo y traerlo para las pruebas.

Tardaron casi un mes en volver con el informe de que el dragón estaba vivo y en buen estado, y que podía capturarse con facilidad para la prueba.

Al final, no importaba cuánto tardaran. Lo único importante era que lo lograron. No todos los miembros del grupo pudieron decir lo mismo, por desgracia.

—Oh, no... —susurró Harrison, devolviéndome al presente.

Bajé la mirada, horrorizado, con el cuerpo completamente paralizado, justo cuando vi a Alana salir disparada desde detrás de la roca donde se había escondido. Era rápida, más de lo que la había visto nunca en ninguna de las otras pruebas, y sentí un destello de orgullo antes de que el miedo surgiera dentro de mí, burbujeando como una náusea insidiosa mientras la veía lanzarse entre las patas delanteras del dragón. Desapareció de mi vista y quise llamarla, gritarle. Quería envolverla en mis brazos y sacarla de todo esto, de la mierda política y del peligro que amenazaba su vida.

Pero ella estaba aquí por una razón, y yo lo sabía. Y tampoco es que pudiera hacer mucho por mí mismo, de todos modos.

Frenéticamente, intenté pensar en algo, cualquier cosa que pudiera hacer para salir de esta situación. Emmett estaba distraído, observando cómo los concursantes se dispersaban alrededor del dragón mientras este pisoteaba el suelo, rugía y chasqueaba las mandíbulas. Sabía que algunos de mis usuarios mágicos estaban controlando al dragón para evitar que se descontrolara demasiado, pero ya había muerto una persona. Y si conocía bien a Emmett,

habría orquestado la muerte de al menos la mitad de los concursantes, si no de todos.

Ese sería exactamente el punto que quería probar con los Juegos Lycan. Si todos los participantes morían y no había Deseo que conceder... quedaría muy mal para mi trono.

Lo peor era que, en el fondo, ya ni siquiera me importaba.

Lo único que me importaba era Alana. La vi salir a toda velocidad desde detrás del dragón, esquivando de algún modo su cola y sus pisadas, y una vez más su velocidad le daba ventaja. Sentí una pequeña burbuja de orgullo al verla esconderse detrás de otra roca, al otro extremo de la arena. Esta vez era mucho más pequeña que la primera, pero elevé una plegaria silenciosa para que pudiera permanecer allí hasta que el tiempo se agotara, sin resultar herida.

—¡Oh! —soltó Emmett con una carcajada encantada, justo cuando el dragón lanzaba la cabeza hacia delante y arrancaba un pedazo de uno de los concursantes.

Si hubiera podido controlar mi rostro, me habría estremecido al ver cómo el alfa perdía una mano entre los dientes de la bestia. Salió corriendo, soltando un aullido tan fuerte que lo escuché incluso desde la cabina.

A mi lado, Harrison se tensó, y supe que él también quería poner fin a esta locura. Quería detener todo esto, evitar que Emmett destruyera mi legado, hacer algo.

Pero estaba tan indefenso como yo. Atrapado. Incapaz de hacer nada que pudiera salvar a mi trono de la inevitable reacción que esto provocaría.

Porque era tan dolorosamente obvio que esta era sólo la primera fase de un plan elaborado, diseñado para destruir mi imagen pública como gobernante exitoso. El propósito de los Juegos Lycan era crear

unidad y reforzar el poder del trono, y Emmett había estado trabajando en las sombras para asegurarse de que todo fuera en vano.

—Sabes, la pequeña omega no debería haber llegado tan lejos —comentó Emmett con tono conversacional, llamando mi atención.

No pude girar la cabeza para mirarlo, aunque lo deseaba con todas mis fuerzas, pero Harrison soltó un siseo y se puso rígido a mi lado. Me reconfortó, al menos un poco, saber que no era el único que pensaba que Alana no debía estar en medio de este conflicto entre nosotros tres.

—Te sugiero que no hables de ella —espetó Harrison, con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

Emmett rio, con un sonido nasal y desagradable.

—¿O qué? ¿Qué crees que vas a hacer exactamente? ¿O Tristan? —me miró, con la malicia brillando en sus ojos, antes de volver a centrar su atención en la arena, donde acababan de anunciar por los altavoces la marca del minuto—. Ni siquiera sabías que estaba trabajando contra ti. Eres un maldito inútil. Tu trono no vale nada, y ni siquiera sabes lo que pasa delante de tus narices.

Por mucho que quisiera enfurecerme, una vocecita en el fondo de mi cabeza admitía que tenía razón. No sabía que trabajaba en mi contra, ni que había angustia dentro de mi corte. Había aceptado los informes que decían que todo iba bien, que todos aceptaban mi trono sin rechistar. No me molesté en investigar más profundamente las reacciones de mi pueblo. Eso fue culpa mía.

El reloj seguía corriendo. Observé, horrorizado, cómo el dragón lanzaba la cabeza hacia delante y arrancaba de un mordisco la cabeza del alfa que, estúpidamente, aún deambulaba por el centro de la arena. No comprendía qué demonios hacía allí, en vez de esconderse como habían hecho Alana y Selene.

Me estremecí al ver su cuerpo desplomarse, la sangre brotando a borbotones de su cuello cortado, y sentí cómo Alana pinchaba a través del vínculo mientras pasaban los segundos. El dolor me invadió. Ella se daba cuenta de que algo iba mal. La sensación de su toque mental venía teñida de sospecha, y yo deseaba desesperadamente poder tranquilizarla, decirle que todo estaba bien.

Claro que no lo estaba. Pero quería que se sintiera segura.

—Vaya... Eso sí que es interesante... —La voz alegre de Emmett me devolvió a la arena, y la furia me inundó cuando vi al dragón estirar la garra y golpear una pequeña roca que estaba cerca del borde. Se hizo añicos contra la pared, dejando a la vista a Alana, agazapada en el espacio que había detrás.

Inmediatamente se puso en pie e intentó escapar, pero antes de que pudiera hacerlo, la garra de la criatura salió disparada y la rodeó por la cintura, apretándola con tal fuerza que su cuerpo quedó inerte en su agarre mientras la alzaba hacia su rostro.

—¡No!

Emmett soltó una risita desagradable.

—Pobrecita. Para empezar, no debería haber estado aquí.

Sacudió la cabeza y todos vimos cómo el dragón acercaba a Alana a su cara, parpadeándole. Alana forcejeó un momento y luego se desplomó sobre el borde de la pata del dragón.

No necesité mirarla a los ojos para sentir su mirada sobre mí, acusadora y dolida. Entonces se enderezó, con todo el cuerpo rígido, mientras miraba al dragón a los ojos.

Preparándose para su muerte, o eso parecía.

¡Joder, joder, joder!

El dragón echó la cabeza hacia atrás, abrió la mandíbula, y todos sentimos cómo la temperatura del aire subía mientras se preparaba para soltar fuego de nuevo.

En cualquier momento, iba a tener que ver morir a mi alma gemela.

En cualquier momento...

—¡Se acabó el tiempo!

En cuanto las palabras sonaron por los altavoces, el dragón se paralizó y Alana se desplomó entre sus garras. La bajó al suelo, sus acciones ahora tan robóticas y suaves como las mías, y sentí una punzada de compasión por la criatura al ver a varios de mis magos trabajando en una esquina de la arena para dominarla.

Nunca debimos haber traído al dragón aquí. Esto fue... esto fue un maldito desastre...

—Ah, bueno —Emmett soltó una risita y aplaudió con entusiasmo infantil—. Eso no importa. La siguiente parte es la que la gente va a recordar de verdad.

¿La siguiente parte?

Harrison se puso rígido a mi lado, y supe que sabía tan poco como yo.

¿Qué demonios había planeado Emmett?

—¡Señoritas! —Uno de los corredores del juego salió al centro de la arena, mirando a Selene y Alana, que estaban de pie cerca la una de la otra—. Enhorabuena por haber superado la primera parte del desafío. Las dos habéis sido increíblemente valientes e inteligentes,

y estoy seguro de que todos los presentes están debidamente impresionados con vuestro valor.

Su voz era tensa, dejando entrever que algo estaba profundamente, desesperadamente mal, y sus ojos se clavaron en mí, acusadores.

Esto es malo. Esto es jodidamente malo.

—La primera parte fue un desafío para vuestro cuerpo —continuó el locutor, con la voz ligeramente temblorosa—. La segunda es un desafío a vuestro espíritu. Y si ambas os dais la vuelta...

Por primera vez, pude moverme un poco y agaché la cabeza para ver cómo se abrían las puertas de la arena y salían a la plataforma varias personas que no habían estado allí ni treinta segundos antes.

Se me revolvió el estómago al ver a Lia, la prima pequeña de Alana —o algún otro pariente lejano; no había preguntado su relación exacta—, y a Arthur, el hombre mayor que la ayudaba, salir a la plataforma, junto con Bentley, el hermano pequeño de Selene, y otro lobo que no reconocí. Había visto a Bentley una o dos veces al tratar con la manada de Selene; era un buen cachorro, de apenas diez años.

Oh no... oh no...

—Joder —susurró Harrison—. Tristan...

Un segundo después, un chillido atravesó el aire, y vi cómo Alana caía de rodillas en medio de la arena. Miraba a Lia y a Arthur con horror en los ojos, y un segundo después, un grito resonó en el aire, haciendo que todo mi mundo se pusiera patas arriba.

—¡Mamá!

¿Mamá?

40

Alana

—¡Mamá! —Lia intentó abalanzarse hacia mí, con los ojos muy abiertos en su enorme cara. Arthur apenas consiguió retenerla, y la severidad de su expresión me hizo entender que algo iba muy, muy mal.

¿Un desafío a mi espíritu? ¿Qué coño significa eso?

Me obligué a dejar de gritar, me incorporé tambaleándome y corrí por la arena hacia mi hija. Sentí la mirada de Tristan clavada en un lado de mi cara, la conmoción inundando el vínculo por primera vez desde que había entrado en la arena. Era como si algo se hubiera soltado en él y pudiera sentirlo de nuevo.

Al igual que podía notar que algo iba mal en él... algo estaba contenido, controlado. Sentía que se agitaba por dentro, su energía frenética me hacía temblar el ojo al experimentarla.

Pero fuera lo que fuera lo que le pasaba, no podía distraerme con ello. Ya no podía preocuparme por ocultar mi relación con Lia, no después de que ella misma acabara de anunciar ante toda la arena que yo era su madre.

Tenía que proteger a mi niña. Tenía que salvarla...

—Lia. Bebé. No pasa nada —la tomé en brazos y acerqué su pequeño cuerpo tembloroso mientras miraba a Arthur—. Arthur. ¿Qué coño está pasando? —siseé.

Arthur negó con la cabeza, con los ojos fijos sobre la parte superior de la mía.

—Algo va mal —susurró, manteniendo el tono bajo.

Por el rabillo del ojo, vi a Selene acercarse a los otros dos lobos de la plataforma y hablarles. Me miró, y la alarma en sus ojos era real; ella tampoco se esperaba este giro de los acontecimientos.

Toqué el vínculo, y el pánico puro que respondió me dejó paralizada. Sin embargo, cuando levanté la vista hacia el palco donde estaba Tristan con sus asesores, apenas había cambiado su desinterés tranquilo que había mostrado durante todos los Juegos. Su cuerpo seguía controlado, congelado, y sus ojos estaban fijos en los míos.

Sus ojos contaban la verdadera historia de lo que estaba ocurriendo. Estaban heridos, asustados y llenos de pánico y, a pesar de que no se movía, me di cuenta de que algo iba muy, muy mal.

—Uno para sacrificar por el reino, y otro para salvar —declaró el anunciador, con voz alta y ostentosa para la multitud.

—¿Qué? —La palabra salió de mis labios mientras lo miraba, y sólo el parpadeo de incomodidad en el rostro del hombre, y la forma en que sus ojos se dirigieron hacia el palco real, me dijeron que él estaba tan incómodo con lo que estaba pasando como yo.

Esto no tenía precedentes. En general, se entendía que los Juegos Lycan podían terminar en muerte durante las pruebas, pero nunca, ni una sola vez, había habido sacrificios.

¡¿En qué demonios estaba pensando Tristan?! ¿Y por qué no me había avisado?

El horror inundó el vínculo, sus emociones potentes se mezclaban con las mías y me quemaban la lengua. Alcé la vista, viendo de nuevo su cuerpo quieto y controlado, una imagen que no coincidía en absoluto con su historia interna.

¿También... estaba Tristan... en problemas?

—¡La primera concursante que haga su elección y su sacrificio será declarado ganador! —anunció el locutor, su voz aún más fuerte. Se le quebró un poco, traicionando su conflicto, y la multitud cayó en un silencio mortal ante sus palabras.

Esto estaba... mal. Esto no podía estar pasando. Esto era...

La multitud prorrumpió en un rugido furioso y abracé a Lia más fuerte contra mí, dejando que enterrara su carita en mi pecho. Por el rabillo del ojo, vi al lobo más viejo del otro lado de la plataforma —el que habían traído para Selene— intentar huir a toda prisa, con las garras y los dientes al descubierto.

Sin embargo, antes de que pudiera avanzar más de unos metros, aparecieron un par de lobos enormes que lo agarraron por los brazos y lo arrastraron de vuelta a la plataforma. El lobo aulló, pataleando, y el miedo me invadió cuando lo obligaron a arrodillarse junto al pequeño que seguía de pie junto a Selene.

Esto fue...

—Elige —la voz de Tristan era suave y robótica, como lo había sido al hacer sus anuncios. Pero ahora, sintiendo su angustia, ira y miedo irradiar por mi pecho, lo miré con otros ojos.

La quietud sobrenatural de su cuerpo, la forma en que cada movimiento parecía haber sido planeado con antelación. El leve

resplandor de energía que parecía brillar en el aire a su alrededor, el modo en que el consejero a su izquierda parecía a punto de desmayarse o de lanzarse al foso para ayudarnos... o ambas cosas.

—Magia —dijo Arthur en voz baja, siguiendo mi mirada—. Algo anda mal. El rey no controla su propio cuerpo.

No le pregunté cómo lo sabía con tanta seguridad. Lo creía con cada fibra de mi ser, creía que Tristan era una víctima aquí también.

Sin embargo, la multitud no lo veía así. El alboroto tras la declaración de Tristan fue ensordecedor, y vi que más de uno comenzaba a amotinarse. Se peleaban entre ellos, le gritaban al rey, como si eso fuera a cambiar los acontecimientos que ya estaban claramente en marcha.

Esto era una locura. Esto iba a destruir el trono de Tristan. Esto era...

—Ahora. Elegid quién vive y quién muere, concursantes —la voz de Tristan se volvió más intensa, pero seguía siendo robótica, y la angustia llenó el vínculo mientras me enderezaba, aún con Lia en brazos.

Su mirada me abrasó cuando la alcé hacia él, y supe que entendía la gravedad de la situación. La importancia de la niña que tenía en mis brazos, más allá de una simple pariente enferma.

Sabía que era su hija. Y que estaba en la guillotina.

El asesor a su derecha parecía horriblemente encantado, e inmediatamente supe que él era el origen de todo esto. Ni siquiera sabía su nombre, pero sabía que esto era obra suya, y que él iba a ser quien se beneficiara al final de todo.

No me importaba cuál fuera su juego final. Sólo necesitaba hacer lo que pudiera para terminar con esto. Para detenerlo.

—Alana —la voz de Arthur era suave y apacible, y atravesaba el estruendo de la arena con una eficacia aterradora. Cuando lo miré, su expresión era serena, cortaba el ruido... y eso me aterrorizó—. Tienes que hacerlo.

Abracé un poco más fuerte a mi hija, con una protesta burbujeando de inmediato en mi interior.

—Pero...

Arthur negó con la cabeza, inclinándose un poco más y hablando con urgencia.

—Yo. Yo soy el sacrificio. Tienes que eliminarme, de lo contrario, nunca pararán —su expresión se suavizó un poco—. Te quiero. Quiero hacer esto por ti —alzó la mirada y su expresión se endureció con determinación—. Si la magia que controla a Tristan funciona como creo, sólo cumpliendo el trato y los deseos del hechicero se romperá el hechizo. Tienes que hacerlo. Por él y por ti.

Me eché hacia atrás, con las lágrimas corriéndome por la cara. Quería preguntarle desesperadamente cómo lo sabía, cómo sabía lo que tenía que hacer, pero... no había tiempo.

—Pero... no puedo... —supliqué débilmente.

A nuestro alrededor, el estruendo del estadio era cada vez mayor. Había peleas en las gradas y todo empeoraba a cada momento. La angustia de Tristan crecía en el vínculo, tirando de mí, y gemí al sentirla.

Él no quería esto más que nosotros. Era tan víctima como nosotros...

—Por favor, Alana —la voz de Arthur se hizo más fuerte, más dura, más frenética—. Tienes que hacerlo. Ahora, para que puedas ganar el Deseo y curar a tu hija —hizo una pausa, y luego—: Ha sido el

honor de mi vida poder ayudarte, salvarte de mi hermano y verte crecer hasta convertirte en la maravillosa persona que eres hoy.

Luego se inclinó hacia mí y dejó un beso sobre la cabeza de Lia, que seguía acurrucada en mi pecho.

—Y a ti, pequeña. Te quiero.

Lia se apartó de mi pecho, con lágrimas brillando en sus ojos.

—Tío Art...

La determinación en los ojos de Arthur me dijo que no había otro camino. No podía salir de esto, no si quería salvarme a mí misma, a mi hija... y a mi compañero. Nuestra pequeña familia.

Me di la vuelta y puse a Lia en el suelo detrás de mí, asegurándome de mirarla directamente a los ojos mientras lo hacía.

—Cierra los ojos, cariño. Esto será rápido.

Tenía los ojos muy abiertos y aterrorizados, pero asintió con un leve movimiento de cabeza y los cerró, abrazándose a mis piernas mientras lo hacía.

Me volví hacia Arthur, tragué saliva, y él me ofreció una pequeña sonrisa, aunque sus ojos estaban tristes.

—Te quiero —me atraganté.

Asintió una vez, y entonces la luz se desvaneció de sus ojos cuando mis garras salieron disparadas y le rebané la garganta de oreja a oreja. La sangre brotó al instante por su pecho y su cuerpo se desplomó. La multitud se volvió aún más ruidosa.

El vínculo palpitó y, cuando alcé la vista, Tristan me miraba con horror y pesar.

Pero sólo durante una fracción de segundo, antes de que una de sus manos se crispase y la comprensión inundara su rostro. Le siguió de inmediato una ira agresiva, y se volvió hacia el hombre a su derecha con una furia justificada pintada en el rostro.

La sorpresa iluminó el rostro del hombre cuando Tristan levantó la mano y dejó caer un pequeño objeto que tenía enroscado entre los dedos, y pude oír su grito:

—¡Atrápenlo! —incluso por encima del barullo de la multitud.

Pasaron menos de dos segundos antes de que el palco se llenara de los hombres de Tristan, y la cacofonía de la arena aumentó a nuestro alrededor.

Tristan me miró, y sus ojos se desviaron hacia la carita de Lia cuando ella se asomó detrás de mí. Tragué saliva.

El miedo me inundó al ver la intensidad de su expresión, y mis ojos pasaron del cuerpo de Arthur al caos que nos rodeaba, a la comprensión en los ojos de Tristan cuando miró a Lia, luego a mí, y después otra vez a Lia.

Joder. Joder. ¡Joder!

Racionalmente, sabía que había ganado. Había cumplido los requisitos de los Juegos. Me había ganado el Deseo.

Pero con el caos desatándose a nuestro alrededor y la violencia creciendo en las gradas, con el hombre que había orquestado todo esto despotricando mientras los guardias de Tristan se lo llevaban... supe que tenía que hacer algo para poner a salvo a mi hija y a mí.

No me detuve a pensar. Simplemente me incliné, tomé a Lia en brazos y le susurré:

—Tenemos que irnos, cariño. Agárrate fuerte.

Luego giré sobre mis talones y hui.

41

—•—

Alana

No tuve ni un momento para pensar mientras corría, con Lia abrazada a mí, mi cuerpo esforzándose por soportar su peso y mi pierna herida amenazando con ceder bajo mis pies. Nos metí entre la multitud enloquecida. Oí al locutor a lo lejos, repitiendo algo sobre traidores y magia.

La energía había cambiado en el momento en que tomé la decisión, como si el aire se volviera más ligero y fácil de respirar. Los organizadores habían soltado a los rehenes confundidos, parpadeando como si hubieran despertado de un sueño de horas.

La áspera voz de Tristan resonó detrás de nosotros, pero los gritos de pánico de la multitud la superaron. Los disturbios habían ido en aumento y la tensión había estallado en varias zonas del estadio. Los organizadores discutían, intentando poner orden entre el público mientras el locutor trataba de explicar que se trataba de un atentado.

Sólo sirvió para encender más el pánico.

Los cuerpos chocaban contra mí mientras todos corrían hacia las salidas. Sujeté a Lia contra mí y usé la otra mano para protegerle la cabeza. Tenía que sacarnos de aquí.

Los guardias intentaban encerrarnos en la arena, pero la multitud se resistía. Podía haber más traidores alrededor, a pesar de que el claro cabecilla ya había sido capturado por los hombres de Tristan. Estábamos en peligro.

Lia estaba en peligro. Todo por mi culpa.

Utilicé el codo para empujar los cuerpos que nos rodeaban y forzarme a atravesar la salida. Apenas podía ver, las lágrimas me cegaban y me obligaban a pasarme la mano por la cara una y otra vez. Pero seguían saliendo.

Arthur estaba muerto. Yo lo había matado. Tuve que matarlo.

Sacudí la cabeza cuando por fin atravesamos la última puerta y salimos al aire libre. No me lo pensé antes de esprintar. Tenía que poner a Lia a salvo, lejos de la locura y la rabia de todos los que nos rodeaban. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, no estaba planeado, pero eso no cambiaba las consecuencias.

La gente tenía miedo.

Las noticias sobre el pánico en las pruebas se propagaban rápidamente. La gente entraba y salía de los edificios, unos intentando esconderse para ponerse a salvo y otros tratando de obtener información.

No quería volver a nuestro apartamento original, pero corrí hacia allí de todos modos. No había forma de asegurar que fuera seguro, pero necesitaba conseguir provisiones antes de irnos. Había sido tan estúpida. Nunca debí ignorar la sensación de que me seguían.

Cuando llegué al apartamento, no dudé en patear la puerta. Intenté no pensar en cómo Tristan nos estaría buscando. Cómo no pararía, ahora que sabía quién era Lia para él.

Tenía que mantener la mente concentrada.

Lia gimió ante el fuerte ruido y el brusco movimiento.

—Lo siento, dulce niña —le susurré en el pelo—. Sólo un poco más y podrás dormir, ¿de acuerdo?

Lia no contestó, se estremeció en silencio entre mis brazos y se aferró como si nunca fuera a soltarse.

Era difícil hacer la maleta con una sola mano libre, pero tampoco me atrevía a soltarla. Sólo cogí lo esencial, ropa para Lia, algo de comida y su precioso lobo de madera. Me mordí el labio con tanta fuerza que me atravesaron los dientes, pero no dejé escapar el sollozo que quería salir.

Explicarle esto a Lia, decirle que Arthur se había ido, todo eso vendría después.

Me temblaban las manos mientras forzaba el juguete dentro del espacio limitado y me daba cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba harta de correr.

Cuando terminé de hacer la maleta, sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Me senté pesadamente y acuné a Lia en mis brazos, mirando fijamente la tela desgastada de la bolsa sobre la mesa. Mi mente era un torbellino de dudas y temores.

¿Debíamos esperar aquí? ¿Debía confiar en que el peligro hubiera pasado? ¿Debería correr de vuelta al palacio y a los brazos de Tristan, creyendo que él podría arreglarlo todo?

No. No era seguro. Yo era la única que quedaba para proteger a Lia. Arthur había dado su vida por ella. No iba a desperdiciarla. No tenía otra opción. Nos mantendría alejadas hasta que las cosas se calmaran, y luego reclamaría mi Deseo.

Por Lia, haría cualquier cosa.

—Lo siento mucho, cariño —susurré, con lágrimas punzándome en las comisuras de los ojos—. Pero tenemos que irnos. Es la única forma de mantenerte a salvo. Puedes intentar dormir en mi hombro.

La acomodé entre mis brazos y coloqué mi bolsa al otro lado. Lia hundió más la cabeza en mi cuello y sentí la humedad de sus lágrimas en mi piel. Quería darle más consuelo, pero no teníamos tiempo. La capital era cada vez más caótica. Los que se la llevaron sabían que nos quedábamos aquí. Sabían dónde nos alojábamos en el palacio. Tenía que llevarnos a un lugar nuevo.

Teníamos que seguir avanzando.

Me escabullí por la puerta, mis pasos silenciosos mientras desaparecía en la noche.

42

—•—

Tristan

Los días que siguieron a la prueba final transcurrieron entre la violencia, el encarcelamiento y la necesidad desesperada de encontrar a Alana.

Desapareció en el pandemónium que comenzó después de que Emmett fuera arrestado por mis hombres, y para cuando pudimos tenerlo todo bajo control, había desaparecido.

Con Lia a remolque.

Mi hija. Mi pequeña.

Me estaba volviendo loco buscándola. El único consuelo que tenía era que el vínculo entre Alana y yo seguía siendo tan fuerte como siempre. A pesar de que ya no la tenía a la vista, de que no sabía dónde estaba, el vínculo latía y me llamaba cada vez que me encontraba solo, y no se estaba debilitando como había pasado antes de todo esto.

Eso me decía que, o Alana no había ido muy lejos, o nuestro vínculo era mucho más sólido de lo que había pensado.

Me obligué a soltar un suspiro tembloroso mientras daba otra vuelta por mi habitación, carcomido por la soledad. Sentía la ausencia de Alana como un peso físico, y, dioses, la echaba de menos.

No es que hubiera estado holgazaneando sin nada que hacer. Habían pasado cinco días desde la prueba final, y mis días estaban llenos de reuniones con mis consejeros, persiguiendo a los sediciosos que se habían infiltrado en mi monarquía y ocupándome de Emmett, en las mazmorras donde lo encerraron tras capturarlo.

Su plan, provocar el caos e infundir desconfianza en mí entre mi pueblo por mis acciones percibidas durante la prueba, no había funcionado. Alana rompió su hechizo justo a tiempo para que pudiera controlar los daños y culpar al verdadero responsable, y por eso necesitaba encontrarla y darle las gracias.

En cuanto a Emmett…

Parecía que algo se había roto dentro de él después de que la magia se disipara, cuando Alana mató a Arthur, un hombre que ahora comprendía que era el hermano de su difunto padre. Ese detalle me hizo sentir increíblemente estúpido, sobre todo al darme cuenta de que lo había reconocido por el parecido familiar entre ambos hermanos.

Emmett, sin embargo, divagaba sin parar en su celda, deambulando de un lado a otro y arrancándose el pelo cada pocos minutos cada vez que bajaba a observarlo. No tenía sentido lo que decía: despotricaba sobre mi monarquía y sobre cómo él debería ser el rey. Y la única vez que conseguí pillarlo en un momento de lucidez, soltó una bomba que aún me pesaba en el estómago, incluso días después.

—¡Tu padre me lo quitó todo!

Negué con la cabeza, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No hay pruebas de que hubieras sido rey, Emmett, aunque mi padre no hubiera matado al tuyo —gruñí.

Porque era cierto que mi padre había matado al padre de Emmett; era una información bien oculta en los diarios de mi padre, pero estaba ahí.

Me hizo sentir un poco más de simpatía por el hombre que había perdido a uno de sus padres, pero las palabras que escupió a continuación enfriaron cualquier tipo de empatía que pudiera haber intentado expresar.

—Sí, bueno, seguro que eso reconforta después de todo lo que pasé. Tu padre se merecía todo lo que le pasó. Y más.

No fueron necesariamente sus palabras, sino la forma en que las dijo lo que encendió todas las alarmas en mi cabeza. Entrecerré los ojos y un millar de cosas aparentemente inconexas encajaron. Emmett me dedicó una sonrisa desagradable mientras cruzaba los brazos.

—Acabas de darte cuenta de que fui yo quien dejó entrar a los espías en el palacio para matar a tu padre, ¿verdad? —se burló—. No puedo creer que tú seas el rey y no yo. Idiota.

Siguió murmurando para sí mientras yo me alejaba tambaleándome de la celda. Me giré sobre los talones para marcharme. Eso… eran más que suficientes revelaciones por un día.

Harrison había ido a ver a Emmett en los días siguientes y había obtenido algo más de información sobre la rebelión que estaba gestando. Resultó que había un grupo nada despreciable en mi región profundamente descontento con los niveles de desigualdad salarial, especialmente entre los alfas de las manadas y los de rango inferior. Era la misma historia que había oído en el primer Baile del Vencedor tras mi coronación, y era algo que había intentado solucionar sin reformar todo el sistema.

No había querido crear discordia entre las manadas, pero al actuar así, lo que hice fue alimentar una rebelión. Era un tema que Harrison y yo ya estábamos intentando resolver, y sabía que se había puesto en contacto con otras manadas de la región para abrir el diálogo y fomentar una mejor comunicación y reparto de riqueza.

Era agotador e importante. Y no me preocupaba… nada de eso.

Todo lo que quería era a Alana. Y cada vez que me conectaba con ella a través de nuestro vínculo, su dolor, su pena y su miedo me hacían apretar los dientes. Deseaba consolarla más que a cualquier otra cosa.

De ahí el Baile del Vencedor.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos y Harrison entró, con una tableta en las manos que golpeaba con los dedos.

—Todo está listo para mañana por la noche —anunció, sin saludarme ni levantar la vista.

Asentí, y parte del cansancio y el miedo se desvanecieron de mis hombros.

—Bien. Muy bien. Me alegra oírlo.

Había sido el único y mejor plan que se me había ocurrido para sacar a Alana de su escondite. Por derecho, ella era la ganadora de los Juegos Lycan. Y el Deseo estaba allí para que lo reclamara.

Y ahora que sabía por qué era tan importante para ella ganar el Deseo por Lia… ahora que sabía que era a mi hija a quien estaba intentando sanar, y no a un pariente cualquiera acogido por bondad… Dioses, me dolía el corazón. Necesitaba volver a mirar a mi pequeña. Necesitaba verla.

¿Sabía que yo era su padre? Parecía fascinada por el hecho de que yo fuera el rey la única vez que interactuamos directamente, pero hay que reconocer que en aquel momento estaba más centrado en Alana que en la niña que me acribillaba a preguntas.

Me sentí fatal por eso. Pero, por desgracia, no podía cambiar el pasado. Sólo me quedaba el futuro, y me negaba a planear un futuro sin Alana y sin Lia.

Harrison y yo habíamos enviado un aviso anunciando el Baile del Vencedor para celebrar el final de los Juegos. Tradicionalmente, el baile sólo se anunciaba después de que el vencedor hubiera reclamado su Deseo, pero las circunstancias exigían un pequeño cambio de planes.

Harrison pareció darse cuenta de mi distracción y levantó la vista, con una expresión que se suavizó por la simpatía.

—Vendrá —me aseguró.

Tragué saliva y asentí, pasándome la mano por el pelo.

—Lo sé. Tiene que hacerlo. Quiere el Deseo más de lo que quiere evitarme.

—¿Estás seguro de que es a ti a quien está evitando? —preguntó Harrison con sequedad—. Nunca pensé que fueras tan egocéntrico.

Solté una risita sin humor.

—Ya no lo sé —admití—. Puede que sólo tenga miedo. Parecía aterrorizada cuando se dio cuenta de que estaban en peligro.

Harrison guardó silencio unos segundos y luego asintió.

—Tiene todo el derecho a estar nerviosa. La rebelión planeaba sembrar el caos, y Alana logró liberarte de la magia antes de que

ocurriera —tragó saliva y asintió de nuevo, esta vez con más convicción—. Pero volverá. Reclamará el premio que se ha ganado y será recibida como la maldita heroína que es.

Solté un suspiro tembloroso y me permití, sólo por un momento, creer tan firmemente como Harrison. El vínculo vibraba en mi interior, recordándome lo que estaba buscando, y asentí.

—Tienes razón. Vendrá. Así que asegurémonos de que todo esté preparado para cuando llegue.

43

—•—

Alana

El apartamento recién alquilado era pequeño, pero sentía la ausencia de Arthur como un enorme agujero. Sin embargo, de pie bajo la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas, con la pequeña mano de Lia entrelazada en la mía, me sorprendió lo sofocante que me parecía el espacio.

—Mira todos los puestos que hay fuera, mamá, mira —dijo Lia con voz suave, mientras corría hacia la gran ventana que daba a la calle.

La imagen me hizo doler el corazón, un recordatorio evidente del agujero que había en nuestras vidas.

—¿El tío Art también puede ver esto desde el cielo? —preguntó, volviéndose para mirarme con sus grandes ojos plateados. Ladeó la cabeza con inocente curiosidad.

Los niños eran muy resistentes.

—Sí, dulce niña. Él vela por todo esto y por ti también —dije, acercándome a su lado y acariciándole la cabeza.

Lia asintió, confiando en mí sin rechistar, y se puso a charlar. Le había dicho que el tío Art siempre podría oírla cuando quisiera hablar con él. Que no podría responderle con palabras, pero sentiría sus respuestas aquí mismo —le señalé el corazón mientras se secaba torpemente las lágrimas de los ojos. Apretó los puñitos contra el pecho y asintió con la cabeza, susurrándonos un "te quiero" a mí y a su querido tío.

Las últimas dos semanas habían sido extrañamente tranquilas desde que nos establecimos en una nueva ciudad humana. El estrés de la última prueba había desencadenado fuertes brotes de la enfermedad de Lia, y su cuerpo necesitaba descansar sin parar para recuperarse. Procesamos el dolor juntas y pasamos horas acurrucadas frente al débil fuego de nuestra habitación alquilada.

Las noticias de la capital eran difíciles de conseguir, pero me aseguraba de revisar los mercados del territorio exterior cada dos días, antes de que Lia se despertara. Me dolía dejarla sola, pero verla empeorar era el empujón que necesitaba.

Ningún ungüento ni medicamento la ayudaría. Sólo una cosa podría.

Cuando llegaron las noticias sobre el baile de Victor, no dudé en recoger nuestras pocas cosas.

—¿Tienes hambre, cariño? —pregunté sonriendo, mientras me agachaba a su altura.

Asintió, con los deditos agarrando el dobladillo del vestido. Tuvimos justo el tiempo suficiente para acomodarnos y comer antes de tener que prepararnos y cerrar la sala. Lo último que quería era una niña hambrienta en medio de un lujoso salón de baile.

—Vale —dije en voz baja—. ¿Por qué no te sientas en el sofá y te preparo algo de comer?

Lia se subió al desgastado sofá, su pequeño cuerpo se hundió en los cojines, y yo me volví hacia la cocina. Mis movimientos fueron automáticos: saqué pan y queso para hacerle un sencillo sándwich, pero mi mente estaba en otra parte.

En unas horas, estaríamos arregladas y en el palacio. Tristan concedería el Deseo y todo esto terminaría.

Llevé nuestros bocadillos a la mesa de café y comimos en silencio hasta que le dije a Lia que era hora de cambiarse.

—Mamá, ¿vamos a ver al rey? —la pregunta de Lia me sorprendió mientras le peinaba y le hacía un moño.

—Sí, cariño. ¿Por qué lo preguntas?

A medida que llegaban noticias del reino y todos nos enterábamos de la verdad de la pr final, hice todo lo posible por explicarle la situación a Lia en términos infantiles. No quería que odiara a Tristan por lo ocurrido.

—Porque tiene que disculparse por dar tanto miedo —contestó tajante, tan segura de su convicción de obtener una disculpa de él que casi me eché a reír.

—Cariño, te dije que no quería hacer esas cosas. Además, va a ayudarnos, ¿recuerdas? —dije suavemente, terminando de arreglarle el pelo con una última horquilla.

Su carita se arrugó con determinación.

—Lo recuerdo, mamá, pero aún así me asustó, así que tiene que disculparse. Luego podremos darle un fuerte abrazo y darle las gracias.

Esta vez no pude contener la risita. Su lógica era simple y fácil. Ojalá fuera así de fácil entre adultos.

Sentí un cosquilleo en la piel sobre mi corazón mientras sacaba nuestros vestidos. Baratos, pero preciosos. Lia no era muy exigente con los vestidos, así que la vestí primero y pasó el tiempo mientras yo me cambiaba, mirando por la ventana.

Antes de darme cuenta, habíamos salido por la puerta cogidas de la mano, atravesando la ciudad humana y adentrándonos en la capital, siguiendo el camino familiar hacia el palacio: pasamos por la arena anexa, por los vendedores del mercado, por las fiestas de barrio, por todos los recuerdos que aún tenía frescos en la memoria.

Cuando llegamos al palacio, ni siquiera tuve que mostrar mi identificación a los guardias antes de que nos condujeran a Lia y a mí a través de las puertas.

—Presentamos a la vencedora de los Juegos Lycanos de este año y heroína de todo el reino, Alana Heart, con su invitada, Lia Heart — nos anunció el locutor con una floritura dramática, mucho más de lo que recordaba que recibió la última vencedora de los Juegos hace cinco años.

Lia chilló e hizo una reverencia a mi lado mientras todo el salón aplaudía y vitoreaba.

¿En qué me había metido?

44

—·—

Tristan

En cuanto vi a Alana y Lia en la escalinata del salón de baile, todo cambió. El ambiente de la fiesta, medio tenso, medio festivo, estalló en auténtica emoción cuando todo el mundo aplaudió a las dos. Se me encogió el corazón al ver a Lia girar y hacer una reverencia en primer plano, mientras mi hermosa Alana se sonrojaba de vergüenza.

Eran mis chicas y ya era hora de que las recuperara.

Lo que estaba en juego era más importante que nunca, y no quedaba lugar para el orgullo o la arrogancia que habían dado forma a gran parte de nuestro pasado.

Por mucho que quisiera que volvieran conmigo, no se trataba de mí en absoluto. Se trataba de mi hija.

Esperé a que Alana y Lia hicieran su ronda entre la multitud. Alana merecía escuchar la gratitud de todos. Cuando terminó una breve conversación con Selene, miré a Harrison y asentí. Había llegado el momento.

Me acerqué despacio y con cuidado. Lia era una chica extrovertida, pero seguía pegada al costado de su madre y no quería asustarla. No sabía qué pensaba de mí, dada nuestra última interacción en la prueba final, y no quería reforzar ningún sentimiento negativo.

No me hacía ilusiones sobre cómo me veía probablemente. Un rey, un extraño, una amenaza.

Alana respiró entrecortadamente al verme acercarme. Me detuve, mirándola a los ojos, y esperé a que me indicara que podía continuar. No iba a correr ningún riesgo esta noche.

Dio resultado, porque miró a Lia y luego me dedicó una pequeña sonrisa.

Su olor me golpeó cuando llegué a ellas, dulce y hecho sólo para mí. Sólo habían pasado dos semanas, pero la echaba de menos con todo mi ser. No sé cómo había sobrevivido cinco años sin ella, pero no pensaba sobrevivir más.

Me arrodillé lentamente, desplazando mi peso con cuidado para no asustar a ninguna de las dos. El movimiento fue deliberado, calculado. Ahora que entendía lo que tenía que perder, sabía lo que debía cambiar.

El mundo era mucho más grande que mi trono, y en este momento, esta pequeña niña y la mujer que había cargado con demasiado durante demasiado tiempo eran las cosas más grandes de todas.

Lia se asomó por detrás de Alana, sus ojos plateados se entrecerraron en una réplica exacta de mi propia expresión cuando desconfiaba de algo.

Me aclaré la garganta.

—Hola, Lia. Sé que no me conoces muy bien, pero quiero disculparme por todo lo que pasó hace dos semanas...

Mi introducción, cuidadosamente planeada, fue interrumpida por la niña, que se lanzó a mis brazos y me envolvió en un abrazo.

Alana jadeó por encima de nosotros y luego prorrumpió en el sonido más hermoso que jamás había oído. Risas.

—Está bien, señor Rey. Mi madre me lo ha explicado todo y le perdono —me dijo Lia al oído, con una voz suave que no se parecía a nada de lo que había oído antes.

Este era un niño que nunca debería sonar infeliz.

Alana me dio un codazo con el pie y me di cuenta de que estaba inmóvil como una estatua. Rodeé a mi pequeña con los brazos y la apreté contra mi pecho. Era tan pequeña comparada conmigo, tan frágil.

Tenía todo un discurso planeado, pero sólo podía pensar en abrazar a mi hija con todo el amor que tenía para darle.

Lia se apartó primero y yo la dejé marchar, por mucho que me doliera. Quería tenerla a salvo en mis brazos para siempre; incluso tenerla a unos metros me ponía en alerta máxima.

¿Cómo lo había hecho Alana sola durante tanto tiempo?

Me levanté y me encontré con los ojos brillantes de Alana. Todavía tenía algo de reserva, pero era la vez que más libre la había visto. Este era el gran secreto que se había estado matando por ocultar.

—Alana —empecé, con voz firme a pesar de los latidos atronadores de mi corazón—, quiero felicitarte. De verdad. No sólo demostraste tu valía en los Juegos, sino que tu familia hizo el sacrificio definitivo que condujo a la seguridad del reino. Por eso, te estaré siempre agradecido.

Sus ojos parpadearon y, por un momento, vi un atisbo de decepción. Cerré la boca de golpe, sin saber qué iba a decir a continuación.

Harrison ya estaba dando un paso adelante, saludando a Alana y felicitándola como habían hecho todos.

—Creo que necesitáis un rato a solas para hablar como personas de verdad. ¿Por qué no me llevo a la pequeña Lia a comer algo? —intervino suavemente, esperando a que Alana asintiera antes de volverse hacia Lia—. Seguro que tienes hambre, ¿verdad? Dejemos a estos dos adultos aburridos y vayamos a por chocolate.

Los ojos de Lia se abrieron de par en par y aplaudió emocionada.

—No es sutil —murmuró Alana—. Pero hablabas como un robot.

—Hago todo lo posible por no meter la pata —solté sin pensar, arrepintiéndome inmediatamente de mis palabras y de mi actitud cuando Alana me miró fijamente.

Pero entonces volvió a reír, y el peso que me aplastaba el pecho se disipó.

—Sí, ahí está el Tristan cabezota que conozco —dijo ella, sacudiendo la cabeza pero mostrando aún un atisbo de sonrisa—. ¿Podemos hablar en un lugar más privado?

Asentí y la conduje a la esquina del salón de baile. Todos nos miraban, pero yo me deleitaba con ello. Quería que vieran que Alana era mía. Si todo iba bien, pronto todos lo sabrían.

Nos detuvimos en una pequeña alcoba, lo bastante lejos de oídos indiscretos para sentirnos cómodos. Repasé mis palabras mentalmente, pero antes de que pudiera empezar, Alana tomó el relevo.

—No me disculparé por esconderla, pero sí por el dolor que han causado todas mis mentiras. Hice lo que creí mejor en ese momento, pero eso no significa que merecieras ser traicionado. Lo siento, Tristan. Toda la rabia y el dolor que te lancé... eran reales, pero gran parte de ellos también los dirigí hacia mí.

Alana parecía encogerse sobre sí misma con cada palabra, cada vez más pequeña, echándose hacia atrás como si esperara algún tipo de castigo. No quería que volviera a verse así.

—Alana, cariño, mírame —le dije. En cuanto sus ojos se cruzaron con los míos, dejé de contenerme y la estreché entre mis brazos.

—Nunca tienes que disculparte por hacer lo que creías mejor para nuestro hijo. No te mostré nada más que rabia y desprecio después de nuestra primera noche, y me arrepiento de cada momento. Necesito pedirte perdón. Volvería a arrodillarme si me lo pidieras.

—Quizá no delante de todo el mundo —exhaló, con voz suave pero altiva.

Me reí entre dientes, nuestras respiraciones se mezclaron mientras la acercaba.

—¿Todavía vamos a intentarlo? ¿Una vez que todo esto termine? —susurré. Cualquier cosa más alta me parecía una ruptura de la intimidad. Aunque mi voz tenía su potencia habitual, las preguntas me resultaban extrañas. Era un nivel de vulnerabilidad que nunca antes había mostrado a nadie.

—Sí, Tristan. Lo intentaremos. Un paso a la vez.

Choqué mis labios contra los suyos, deseando desatar todo mi deseo pero recordando que la noche aún era joven. Había cosas que los dos teníamos que hacer.

Sin embargo, Alana hizo que me costara parar, fundiéndose en mi cuerpo y empujando dentro de mí. Gemí al apartarla y ella soltó un pequeño gemido.

—Tenemos que buscar a Lia. Tengo algo que enseñaros a los dos.

El nombre de Lia la sacó de su trance. Alana parpadeó para disipar el aturdimiento de sus ojos y me cogió de la mano para llevarme hasta Harrison y su hija. Nuestra hija.

Cuando llegamos a ellos, no me soltó la mano.

—Me gustaría invitarte a ver unos planes especiales para el reino —le dije a Lia, cuyos ojos se abrieron de par en par ante mi tono reservado—. ¿Te gustaría venir?

Como una niña buena, Lia buscó la aprobación de su madre antes de asentir enérgicamente con la cabeza.

Los conduje a una habitación pequeña y apartada donde llevaba días trabajando. Los planos estaban sobre la mesa: un intrincado diseño para un monumento que se erigiría en el corazón de un parque infantil, dedicado a su tío.

—Ahora es el legado de tu familia —dije, con la voz cargada de emoción—. No el de Rion. No la oscuridad que intentó sembrar. Este monumento, estos planes, son el comienzo de algo nuevo. Algo bueno para todos.

A Alana se le cortó la respiración y vi las lágrimas en sus ojos antes de que pudiera parpadear. La mano de Lia se deslizó entre las suyas y vi que susurraba algo que no pude oír.

Alana me miró, su voz apenas por encima de un susurro, pero clara.

—Gracias.

—Debería agradecértelo yo —y pensaba hacerlo el resto de mi vida —. Ahora vamos a conceder tu deseo.

45

—•—

Alana

El salón de baile estalló en aplausos de nuevo cuando Tristan, Lia y yo volvimos a entrar. Lia miraba a su alrededor con su sonrisa dulce y beatífica, y Tristan y yo intercambiamos miradas mientras los aplausos continuaban y continuaban.

—Lo hice de verdad —murmuré por fin, cuando me di cuenta de la realidad de la situación.

Había pasado tanto tiempo huyendo, intentando desesperadamente triunfar cuando el mundo estaba en mi contra. Yo era una omega en un mundo que abastecía a los alfas... y sin embargo.

Y sin embargo. Aquí estaba yo, habiendo logrado una victoria en las circunstancias más improbables, todo por la niña por la que daría mi vida.

Demonios, ya lo había hecho. Cuatro veces más.

Lia me sonrió y Tristan se acercó un poco más, rozándome la oreja con los labios.

—Lo has conseguido —susurró.

La calidez me inundó. No debería haberme sorprendido que pudiera oírme, cuando creía que había estado hablando bajo el retumbar lento de los aplausos, pero ya nada me sorprendía cuando se trataba de Tristan a estas alturas. Había demostrado con creces que estaba en sintonía conmigo más que nadie con quien me hubiera cruzado en la vida, e iba a gastar cada pizca de energía que tenía asegurándose de que estaba aquí para mí.

Y para Lia.

A partir de ahora.

Los aplausos se apagaron cuando los dos nos dirigimos a la parte delantera de la sala, donde el cristal licántropo estaba contenido en un globo de vidrio, resplandeciente de poder. Cuando Tristan se acercó, el globo se abrió a lo largo de una costura invisible que corría por el centro, y entonces metió la mano dentro para sacar la gema púrpura, sosteniéndola reverentemente con ambas manos.

—Felicidades, Alana Heart —dijo, proyectando su voz hacia sus electores.

Sus ojos brillaron con calidez mientras ponía ambas manos sobre los hombros de Lia, sosteniéndola firmemente frente a mí mientras continuaba:

—Eres la ganadora oficial de los Juegos Lycan. Has demostrado tu valía y tu fortaleza a tu país y a mí. Te has ganado el premio otorgado.

Sacó la lengua para mojarse el labio inferior, haciendo que se me retorciera el estómago, y sus ojos miraron a Lia durante un breve instante antes de volver a encontrarse con los míos.

—¿Cuál es tu Deseo?

Tragué saliva; había llegado el momento. Apreté los hombros de Lia, la miré y me encontré con su dulce sonrisa cuando me miró por encima del hombro.

—Está enferma —dije, con la voz un poco temblorosa.

Aun así, conseguí proyectar lo suficiente como para que la mayoría de los presentes pudieran oírme.

—Me gustaría que la curaras. Quiero que esté perfecta, sin problemas de salud que la atormenten el resto de su vida.

Había pensado mil veces en la forma de redactar el Deseo. Si solo pedía que se curara, existía la posibilidad de que la magia solo sirviera para sanar su estado actual, pero no evitara que enfermara de nuevo en el futuro. Y eso no era lo que había estado a punto de sacrificarme por conseguir.

El cristal en las manos de Tristan brilló y él asintió con la cabeza.

—Muy bien.

Su voz carraspeó un poco y dio un pequeño paso atrás para arrodillarse frente a Lia. De rodillas, eran casi de la misma altura. Puede que su pelo coincidiera con el mío, pero mientras los dos parpadeaban el uno al otro, era más que evidente que había una conexión que iba mucho más allá de una niña pequeña y un rey que le concedía un deseo mágico.

Unos ojos grises se encontraron con unos ojos grises idénticos, y los dedos de Lia apretaron mi mano mientras le sonreía. Su pequeño cuerpo temblaba y yo sabía que estaba nerviosa, a pesar de todo lo que había hecho para prepararla para lo que iba a ocurrir.

—Lia Heart —Tristan suavizó su voz para que solo nosotros tres pudiéramos oírlo, y pude sentir la respiración contenida de la multitud mientras observaban—. Por favor, ¿puedo tener tu mano?

Lia alargó de inmediato la mano que no estaba firmemente agarrada a la mía y la puso en la de Tristan. Ella tembló, solo un poco, y él tragó saliva mientras le cogía la mano, conectándonos a los tres durante un momento intenso.

Luego le puso la mano sobre el cristal y ordenó en voz baja:

—Mantén la mano aquí, por favor.

Su voz fue diminuta al responder:

—Sí, Majestad.

Se me revolvió el estómago y vi cómo el cristal empezaba a brillar aún más que antes.

Lia empezó a temblar de inmediato y mi ritmo cardíaco se aceleró. Aun así, Tristan no parecía muy preocupado, su expresión era suave mientras observaba a Lia. La única señal de que todo ese procedimiento era un calvario para él era la ligera tensión en su mandíbula, la forma en que su rostro palidecía cuanto más tiempo duraba la magia. El cuerpo de Lia se tensó y relajó una y otra vez, y cuando soltó un pequeño gemido —un sonido que sonaba demasiado a dolor para mi corazón—, me arrodillé a su lado.

—Tristan —susurré con urgencia.

Sacudió la cabeza, sin apartar la mirada.

—Está funcionando. Así es como funciona.

Lia emitió otro sonido suave y observé cómo su expresión se torcía y luego se relajaba. Me soltó la mano que tenía libre y colocó también esa palma sobre el cristal. Mientras la observaba, todo su cuerpo empezó a emitir un tenue resplandor que hizo que los murmullos de la multitud que nos rodeaba cobraran vida.

—Mamá... —La voz de Lia era débil, y cuando abrió los ojos para mirarme, sus pupilas brillaban con el tenue púrpura de la magia contenida en el cristal.

—¿Sí, cariño? —pregunté, incapaz de contener el temblor en mi voz.

Quería abrazarla, pero no sabía si eso alteraría la magia. Y no iba a hacer nada que pusiera en peligro la curación de mi hija por el Deseo.

Un momento después, el brillo del cristal se desvaneció y la expresión de Lia se suavizó. Su color era más brillante que antes y me sonrió somnolienta.

—Me siento mejor, mamá.

Entonces se desplomó en mis brazos y solté un suave grito al cogerla.

Pero antes de que me asustara, Tristan ya estaba ahí, frotándome la espalda con una mano y rodeándome con la otra.

—No pasa nada, Alana —susurró con voz cansada—. Así es como funciona la magia. Está perfecta. Está curada. La magia solo... te agota mucho.

En el fondo, la información tenía sentido; siempre me había preguntado por qué había un par de horas entre la ceremonia de los Deseos y el Baile de la Victoria propiamente dicho. Ahora tenía una respuesta.

Asentí con la cabeza, mirando el dulce y dormido rostro de mi niña mientras Tristan se levantaba para colocarse a mi lado.

—¡Un aplauso para la ganadora de los Juegos Lycan, Alana Heart!

El eco de los aplausos fue ensordecedor, salpicado de auténticos vítores de placer. Apenas oí nada. Estaba demasiado ocupada mirando el dulce rostro dormido de mi hija y sintiendo el pulso del vínculo de mi compañero a mi lado.

Un suave toque en el hombro volvió a llamar mi atención y, cuando levanté la vista, Tristan estaba allí mismo, ofreciéndome la mano.

—Vamos —dijo suavemente—. Llevémosla a un lugar donde pueda descansar. Tenemos algo de tiempo antes de que el baile empiece de verdad, y... creo que es hora de que aclaremos las cosas. ¿No crees?

Tragué saliva y me enderecé. Por primera vez desde que conocí a Tristan, los límites de las expectativas y nuestras circunstancias desaparecieron. Sentí la conexión entre nosotros, brillante, palpitante y fuerte, y me recordó por qué había hecho todo lo que había hecho. Por qué había sacrificado tanto.

Por la oportunidad de que mi hija y yo seamos felices, estemos sanas y a salvo.

Y por la forma en que Tristan me miraba... tuve la sensación de que no aceptaría otra respuesta a esta conversación que la inevitable.

Asentí lentamente.

—Sí, quiero —respondí en voz baja.

Frunció los labios y asintió a su consejero antes de cogerme de la mano y sacarme de la habitación. Tragué saliva y seguí a mi compañero a un lugar privado.

46

—•—

Alana

Tristan nos llevó a Lia y a mí a sus aposentos privados, y yo la acosté con cuidado en la pequeña habitación de invitados que Tristan me indicó. No hice ningún comentario sobre el hecho de que Tristan parecía tener una habitación ya preparada para Lia, con una cama del tamaño perfecto para su cuerpecito y decorada en suaves rosas, blancos y grises, exactamente como soñaría una niña pequeña.

No dije nada de eso. En lugar de eso, me limité a cerrar la puerta mientras salía en silencio y cogí la mano de Tristan cuando me la ofreció, dedicándole una tímida sonrisa al apartarme con cuidado de Lia.

—Ven conmigo, cariño —dijo suavemente.

No había censura en sus ojos, como yo podría haber pensado después de las pruebas. Cada vez que nos habíamos visto tras una de las pruebas, se había mostrado furioso y orgulloso de mí a partes iguales por la forma en que había actuado, y había una pequeña parte de mí que se había preparado para luchar, incluso después de todo lo que había pasado. La forma en que había curado a nuestra

hija, el amor que vi en sus ojos cuando la tuvo en brazos por primera vez...

Me desconcertó un poco la falta de argumentos, pero aun así lo seguí hasta los aposentos del gran rey. Me estremecí un poco al pasar de la sala de estar al dormitorio y, en el fondo de mi mente, supe que nunca me acostumbraría a aquel nivel de opulencia.

La expresión de Tristan se suavizó aún más cuando cerró la puerta del dormitorio casi por completo tras nosotros, dejándola entreabierta sólo un poco.

—Por si se despierta y se asusta. Quiero que podamos oírla.

Mi corazón se derritió un poco más ante la descarada admisión de afecto hacia mi hija, y dejé escapar un suspiro tembloroso mientras me llevaba una mano al pecho. El vínculo palpitaba entre nosotras dos, el corazón me latía de forma irregular y, para mi horror, el cansancio que se apoderó de mis hombros hizo que las lágrimas brotaran de las comisuras de mis ojos.

Unas cuantas lágrimas se escaparon de mis ojos traidores antes de que pudiera detenerlas, y levanté la mano para secármelas con el talón de la palma antes de sonreírle a Tristan con una mueca acuosa en los labios.

—Lo siento —dije—. Es que...

Tristan no dijo nada, simplemente se acercó a mí y me envolvió en sus brazos. Deslizó una mano hasta mi nuca, apretando mi cara contra su pecho, y el reconfortante golpe de su corazón contra mi mejilla bastó para que se me escaparan más lágrimas.

No caí en una crisis total; no podía permitírmelo. Pero por un momento, allí con mi compañero, fui capaz de dejar caer algunos de los muros de frustración, miedo y armadura que había llevado durante tantos años. Me sentí más vulnerable de lo que nunca me

había sentido, y cada vez más receptiva al vínculo que zumbaba cálidamente en mi pecho.

—Tenemos que hablar, Alana —dijo por fin Tristan, después de unos minutos abrazándome.

Me burlé, levantando la vista hacia él y ofreciéndole lo que esperaba que fuera una sonrisa sardónica.

—¿Hablar? No creí que me hubieras traído aquí para hablar, Tristan.

Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa, pero no dijo nada más mientras me cogía de la mano y me llevaba hasta la cama. Nos sentamos los dos en el borde. Por un momento no dijo nada, mientras me acariciaba el dorso de la mano con el pulgar, y luego me miró con ojos brillantes de reserva y algo que parecía peligrosamente cercano a la esperanza.

—Esta vez no te dejaré marchar —dijo en voz baja, sin rodeos—. Te quiero aquí, conmigo. Y no me importa especialmente lo que estabas planeando. Ahora que sé lo de Lia...

Tragó saliva.

—No puedo dejarla ir, como tampoco podría haberte dejado ir a ti hace tantos años, de haberlo sabido, Alana. Espero que puedas entenderlo.

Se me cortó la respiración y, por un momento, no pude decir nada. Lo había sospechado, por cómo me miró cuando curó a Lia. No me imaginaba que hubiera algún lugar en este planeta al que pudiera ir para escapar de él, especialmente ahora que sabía de la existencia de su hija. Aun así, una vocecita en el fondo de mi cabeza me decía que tenía que hacer un plan de contingencia, que tenía que huir lo antes posible para evitar que aquel hombre volviera a hacerme daño.

De acuerdo, yo había sido la que había hecho daño la primera vez, pero mis sentimientos no eran racionales, y era lo bastante mujer como para admitirlo.

Así que, en lugar de devolverle el mordisco o decirle a Tristan que de ninguna manera iba a decirme lo que tenía que hacer, tragué saliva. Y luego asentí.

—No pensé que lo estarías —dije suavemente.

Tristan asintió, sus ojos intensos mientras me miraba, y luego bajó la cabeza, presionando suavemente sus labios contra los míos.

Inmediatamente, me relajé. Mis labios se separaron para recibir su lengua mientras mi mano se deslizaba hacia su cabello para aferrarse a él. Esto era más fácil. Era más cómodo que intentar discutir lo que íbamos a hacer. Nuestros cuerpos se conocían y, con suerte, él entendería lo que quería de él sin que yo tuviera que decirlo.

Aun así, mi boca tenía mente propia, y cuando se apartó tras un minuto de besos lentos y lánguidos, murmuré:

—Espero que eso no signifique que crees que puedes decirme lo que tengo que hacer ahora...

Tristan soltó una risita, una de sus manos se deslizó hasta mi pelo y me agarró suavemente para poder girar la cabeza y mirarle. Sus ojos chispeaban de diversión y había en él una ligereza que antes no tenía.

—¿Ah, sí? —bromeó—. ¿Eso significa que no quieres oír mi pregunta? Como eres tan fuerte e independiente, no me necesitas.

Sus labios esbozaron una sonrisa que me hizo derretirme y se inclinó para darme un beso diminuto y tierno en la comisura de los labios.

Le fulminé con la mirada, mis pezones se endurecieron ante el calor que vi en sus ojos.

—Tristan...

—¿Sigues intentando convencerte de que no me quieres? —me interrumpió, con los ojos brillantes.

Su mano se flexionó en mi nuca y arrastró su boca por la línea de mi mandíbula, haciéndome gemir.

—No, pero...

Interrumpió de nuevo, su voz baja y seductora.

—¿Así que me deseas?

Sus dedos de la mano que tenía libre se posaron sobre mi muslo, provocándome suavemente y haciendo que el calor ardiera en mi vientre. Me retorcí un poco, abriendo las piernas a mi pesar. Mi olor se esparcía en el aire entre nosotros y mi loba interior aullaba, desesperada por que toda esta conversación terminara para poder abalanzarme sobre mi compañero y hacer que me ayudara a olvidar los últimos cinco años.

—Sólo haz tu pregunta y no me molestes, Tristan. Estoy demasiado cansada para esa mierda —gruñí.

Se rió entre dientes, pellizcándome la mandíbula.

—Sólo quiero estar seguro, por el bien de la claridad. Así que si tú me quieres, y yo te quiero...

Sus dedos me acariciaron más arriba, rozándome el coño, y solté un chillido estrangulado.

—¡Tristan!

De repente, la mano de Tristan se apretó contra mi pelo y se apartó, mirándome seriamente a los ojos, sin ninguna diversión. Hablaba en voz baja y con fervor, y me agarraba el pelo con tanta fuerza que era imposible apartar la mirada.

—Alana, cariño, por favor, acepta nuestro vínculo de pareja —exhaló, con su devoción clara en los ojos—. Lleva años suplicando que estemos juntos, y no puedo dejarte marchar ahora que sé lo tuyo con Lia. No puedo.

Su voz se quebró un poco, y hubo un destello de dolor en el lazo, uno que me hizo temblar y querer que todo mejorara al mismo tiempo. Yo estaba aquí, no había necesidad de que sufriera así.

—No... —Tragó saliva, sus dedos se flexionaron un poco en mi nuca —. Por favor, no me hagas sufrir así otra vez, Alana.

La insinuación de dolor en su voz estuvo a punto de quebrarme, y no pude evitar el pequeño gemido que dejé escapar al acercar las yemas de mis dedos a su mejilla. Todos los pensamientos de escapar de nuevo se desvanecieron, y en su lugar, había una certeza inquebrantable de que esto era para mí. Era él.

Mi voz era ferviente y devota cuando hablé, firme por primera vez en Dios sabía cuánto tiempo.

—No lo haré. Te necesito, Tristan. Me he esforzado tanto por salir adelante sin ti, y... no puedo —tragué saliva y terminé—. No volveré a hacerlo. Te quiero, y te acepto. Tu vínculo, y a ti.

Los ojos de Tristan brillaban con lágrimas no derramadas y soltó un gemido bajo cuando se inclinó para volver a juntar nuestros labios. Este beso fue suave y devoto, ferviente y acalorado, y pude sentir el deseo de nuestros lobos zumbando entre los dos como algo físico. El aire prácticamente vibraba entre nosotros cuando su mano empezó a acariciarme de nuevo, sus dedos trabajando sobre mi clítoris entre

las piernas, su otra mano en mi pelo, sujetándome mientras su lengua saqueaba mi boca.

El vínculo palpitaba entre los dos como si pudiera sentir que habíamos llegado a un acuerdo, y dejé escapar un pequeño gemido mientras separaba mi boca de él, deslizando las manos por su pelo y agarrándolo con fuerza.

—Tristan, por favor...

Se me quebró la voz. Cuando se apartó, le brillaban los ojos de lobo y un gruñido le retumbaba en el pecho. Tenía los dientes alargados cuando me sonrió, con una sonrisa diabólica, y rozó la punta de su nariz con la mía.

—¿Ahora mismo, nena? Seguro que quieres tener un poco más de acumulación que eso...

Le tiré bruscamente del pelo y soltó un gemido bajo que hizo que mi loba interior se acicalara de deseo.

—No esperes más —siseé—. ¿No es eso lo que acabas de decir? ¿No es eso lo que acabo de decir? Te deseo. Te necesito. Ahora, alfa.

Sus ojos volvieron a brillar al oír su título y gruñó, inclinándose para morderme el cuello. El agudo roce de sus dientes contra mi piel me hizo estremecer y me relajé mientras me daba pequeños y dulces besos a lo largo de la columna, aspirando mi aroma y emitiendo sonidos bajos y reconfortantes mientras lo hacía.

—Mía —murmuró.

Cuando me mordió, me cogió por sorpresa. Primero inspiró y, de repente, sentí un dolor agudo en la unión de mi hombro y mi cuello, que me hizo jadear mientras me aferraba a su pelo con fuerza. Podía sentir el lento goteo de sangre en la parte delantera del pecho, desde el punto en el que sus dientes habían penetrado en mi piel, y

el vínculo cobró plena vida en nuestros pechos, una conexión intangible que no me había dado cuenta de que estaba tan rota hasta ahora.

De repente, me inundaron mil sensaciones diferentes y me sentí abrumada. Podía sentir toda la preocupación de Tristan, toda su preocupación por mí y por Lia. Podía sentir las obligaciones que pesaban sobre sus hombros como una presencia física, lo mucho que se preocupaba por su gente, la cantidad de responsabilidad que tenía en la palma de la mano. Podía sentir su excitación, su amor. Sus cuidados, su devoción.

Todo lo que sentía por mí me inundó, y mi corazón pareció hincharse cinco tallas. Gemí suavemente y la excitación que sentía en mi vientre aumentó aún más, haciéndole gruñir.

—Lo he sentido —jadeó, apartándose.

Sus labios rozaron mi piel y gemí, hipersensible y acalorada, como si estuviera a punto de volver a entrar en celo. Pero me di cuenta de que no se trataba de eso. Mis hormonas no se estaban disparando, y no estaba perdiendo lentamente la cabeza por la lujuria si no me follaba el alfa que tenía delante lo antes posible.

No, esto fue simplemente una... culminación. Una unión de nuestras almas, la forma en que el destino había previsto. Una fusión de nuestros lobos, uniéndonos, haciéndonos mejores. Haciéndonos completos, donde antes sólo habíamos sido parcialmente nosotros mismos.

Debería haberme enfurecido por lo bien que me sentía al haber completado por fin el vínculo, pero cuando Tristan levantó la cabeza y apretó sus labios manchados de sangre contra los míos, lo único que sentí fue el calor de la gratitud, del amor y de una lujuria que helaba la sangre.

Mi coño se estrechó y sentí que mis pantalones se humedecían lentamente. Me retorcí y sus dedos me acariciaron cuidadosamente la costura del coño, jugueteando con mi clítoris. La tela entre las yemas de sus dedos y mi zona más sensible atenuó un poco la sensación, y dejé escapar un gruñido bajo en el pecho mientras me apartaba, mirándolo fijamente.

—Por favor, por favor —susurré, con la voz entrecortada y desesperada—. Por favor, te necesito.

Los ojos de Tristan brillaron, pero no volvió a burlarse de mí. En lugar de eso, se agachó y me agarró el dobladillo del vestido, prácticamente desgarrándolo mientras me lo arrancaba del cuerpo. Inmediatamente me cogió los pechos con las dos manos, sus pulgares me acariciaron los duros pezones, y se inclinó para atrapar una sensible punta entre sus labios, haciéndome chillar.

Inmediatamente, se detuvo.

—Cuidado, cariño —me dijo, mirándome—. No quiero despertar a nadie.

Saber que Lia estaba en la otra habitación y que, de hecho, podía despertarse en cualquier momento, fue lo único que me hizo apretar los labios con fuerza, moviendo la cabeza en un gesto brusco para que continuara.

Me sonrió y volvió a bajar la cabeza hacia mi pezón, succionando la carne sensible entre sus dientes mientras sus manos se apresuraban a quitarme la ropa interior. Caí de espaldas contra la cama, su cabeza me siguió para que pudiera seguir chupándome y mordisqueándome el pecho, y levanté las caderas para ayudarle mientras me quitaba rápidamente las bragas, tirándolas a un lado, en algún lugar donde ninguno de los dos estuviera prestando atención.

Sus dedos se deslizaron inmediatamente entre mis piernas, encontraron mi clítoris con una facilidad devastadora y lo acariciaron con pequeños círculos rápidos y ligeros. Dejé escapar otro grito y me tapé la boca con la mano para amortiguar los sonidos mientras él se reía contra mi piel y me mordisqueaba el pecho una vez más antes de levantar la cabeza y elevarse hasta quedar suspendido sobre mí.

—Tan ruidosa —se burló—. Pensarías que no te he tocado en mucho tiempo.

Bajó la cabeza y volvió a besarme antes de que yo pudiera replicar, y me metió dos dedos al mismo tiempo. Mi grito de placer fue amortiguado por sus labios y su lengua contra los míos, y él no tardó en excitarme. Sus dedos emitían humillantes sonidos húmedos al entrar y salir de mi coño. Los enroscaba contra mi punto G con cada embestida, y no tardé en volver a empujarme contra sus dedos, intentando desesperadamente que me llevara al borde del orgasmo que sentía tan cerca, tan jodidamente cerca.

—Tristan, deja de burlarte, por favor... —gemí, apartándome y soltando una bocanada de aire.

No aflojó ni un poco, su pulgar encontró mi clítoris y lo frotó con fuerza y rapidez mientras me metía los dedos, y sus labios se posaron en la marca que acababa de quemarme en el hombro, presionando con un beso tierno la carne desgarrada de allí y haciendo que el vínculo palpitara felizmente entre los dos.

—Pero quiero tomarme mi tiempo contigo, nena —murmuró.

Levantó la cabeza y sus ojos brillaron al mirarme, como si me estuviera mirando directamente al alma.

—Ahora te tengo. Eres mía. ¿Y qué sentido tiene que seas mía si eso no significa que puedo tomarme mi tiempo con tu dulce y necesitado cuerpecito cuando me apetezca? ¿Si no significa que puedo

encerrarte en nuestra habitación y hacerte ver las alturas del placer más allá de cualquier cosa de la que creías ser capaz?

Sus palabras hicieron que se me trabara la respiración en la garganta y tragué saliva, luchando un momento antes de susurrar:

—Por favor.

Fue lo único que pude decir, y él echó la cabeza hacia atrás y se rió, metiéndome los dedos hasta el fondo una vez más antes de retirarlos del todo y apartarse de mí. Ignoró mi chillido de protesta y se desnudó rápidamente, mostrando cada centímetro de deliciosa piel y esculpidos músculos a mis ávidos ojos mientras se quitaba primero la camisa y luego los pantalones. Su polla estaba dura como una roca y ya goteaba cuando por fin se liberó de los pantalones, y no pude evitar relamerme cuando bajó la mano para envolver el tronco y acariciarlo lenta y duramente.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó en voz baja.

Sabía que sólo estaba bromeando, que quería aumentar la tensión entre los dos aún más de lo que ya estaba, pero no mentía cuando le dije que no podía aguantar más.

Así que en lugar de contestarle, en lugar de darle algo que pudiera devolverme, me deslicé por el borde de la cama y caí de rodillas con un suave golpe delante de él. No le pedí permiso, sino que me incliné hacia delante y me metí en la boca la cabeza chorreante de su polla. Los dos gemimos, el mío un poco apagado por su polla llenándome la boca, y su mano volvió a encontrar mi pelo, empujándome suavemente hacia delante hasta que su polla chocó contra el fondo de mi garganta, haciéndome dar arcadas.

Inmediatamente, me dejó subir y se la chupé con fervor, moviendo la cabeza arriba y abajo todo lo que pude, saboreando el sabor de su semen cuando estallaba sobre mi lengua. Podía oler lo mucho que me deseaba, el vínculo entre nosotros se calentaba con la

excitación a medida que subíamos más y más, y supe que sólo era cuestión de tiempo que uno de los dos o los dos estalláramos. No había nada que pudiera detenernos a partir de ese momento.

Tiré hacia atrás del todo, chupando suavemente la cabeza, y mi lengua se sumergió en la raja, recogiendo allí más semen. Y eso, más que cualquier otra cosa, pareció ser lo que lo hizo.

Tristan gruñó, bajo en su pecho, y bajó la mano. Me sacó la polla de la boca y prácticamente me arrojó sobre la cama antes de que pudiera protestar. Sus ojos eran ardientes y oscuros mientras bajaba lentamente sobre mí, frotando la punta de su polla burlonamente contra mis pliegues goteantes.

—Dime que me deseas —dijo, su voz prácticamente un ladrido.

—Te deseo —respondí inmediatamente, con la voz entrecortada y desesperada—. Te necesito. Por favor, Tristan. Te quiero. Tómame, joder.

Volvió a gruñir, pero luego se metió entre los dos y apoyó la cabeza de su polla en mi entrada. Esperó allí una fracción de segundo y luego me penetró con un movimiento suave.

Tocó fondo, llenándome hasta que sentí que iba a desbordarme con él, y el jadeo que solté prácticamente resonó de pared a pared antes de que consiguiera controlarme.

—Joder —exhalé, estirando la mano y tirando de él hacia abajo, apretando su frente contra la mía mientras le rodeaba el cuello con los brazos—. No sé si alguna vez me acostumbraré a eso.

Tristan me sonrió, pero no me pidió que me explayara sobre el golpe de ego. En lugar de eso, estableció un ritmo profundo y minucioso, que me desgarraba por dentro y por fuera, pero que también era dulce y cariñoso.

Sus ojos no se apartaban de los míos, y sus manos se cerraban en puños y se relajaban a cada lado de mi cabeza mientras me follaba. Mis piernas se cerraban alrededor de su cintura mientras él lo hacía, manteniéndonos cerca, y yo seguía inclinándome para rozar mis labios contra su mandíbula, contra sus mejillas, contra su nariz, contra su frente. Cada parte de él que podía tocar, que podía saborear, que podía besar, lo hacía, y el vínculo entre nosotros se hacía cada vez más fuerte con cada segundo que pasábamos juntos.

—No hagas eso —susurró Tristan, ralentizando sus embestidas hasta que rodó sus caderas dentro de mí lenta y suavemente, su pelvis rozando mi clítoris con cada embestida.

—¿Que no haga qué? —susurré.

Gemí cuando me acarició el clítoris con un firme roce, y él negó con la cabeza, dándome un tierno beso en los labios.

—Arrepentimiento —susurró—. Puedo sentirlo. Puedo sentir lo disgustada que estás. Todo pasa por una razón, y necesitábamos ese tiempo separados, Alana, ¿me oyes? Yo estaba enfadado, y tú estabas triste, pero eso no significa que no podamos seguir adelante juntos. Tú, yo y Lia.

Sus ojos brillaron, y una esquina de su boca se levantó mientras sonreía.

—Y quizá más.

La mención de más, de que yo volviera a estar embarazada, de que tuviéramos más cachorros a los que amar, hizo que se me cortara la respiración, y la sonrisa de Tristan se ensanchó mientras volvía a acelerar el paso.

—Así es —dijo, con voz cada vez más áspera.

Podía sentir lo cerca que estaba de su orgasmo a través del vínculo, y yo no estaba tan lejos de él.

—Tú, y yo, y todos los cachorritos que me dejes poner dentro de ti. ¿Lo harás, Alana? ¿Me dejarás llenar este coñito apretado con mi semen, una y otra y otra vez durante tu celo hasta que vuelvas a tener a mi bebé?

Sus ojos brillaron con un mínimo indicio de vulnerabilidad.

—¿Me dejarás estar allí esta vez?

Pensar en ello, en él follándome una y otra vez hasta dejarme embarazada y luego cuidándome como un alfa debería cuidar de su omega... por alguna razón, eso fue el último clavo en el ataúd.

Me arqueé contra él, apretando los brazos y las piernas a su alrededor mientras apretaba su polla, y me corrí con un gemido que ahogué en su piel. Hundí los dientes en la unión de su cuello y su hombro, gimiendo mientras cabalgaba sobre las olas de placer, y apenas fui consciente de la rigidez de todo su cuerpo y del gemido grave que soltó antes de correrse dentro de mí, pintándome las entrañas con su calor.

Y entonces, justo antes de desplomarse completamente dentro de mí, gruñó, y empujó su polla hasta el fondo sólo un poco más, su nudo deslizándose más allá de la barrera de mi hueso pélvico y encajándose en su lugar.

El lazo que nos unía prácticamente vibraba, el placer que compartíamos amplificaba el del otro y, mientras bajaba lentamente, me di cuenta de que me sentía completa de una forma que no había sentido nunca. Su nudo estaba caliente y duro dentro de mí, manteniéndome taponada con su semen, y mis mejillas ardían de deliciosa humillación ante la sensación. Era todo lo que deseaba, todo lo que mi cuerpo necesitaba y todo lo que me había dicho a mí misma durante tantos años que no me estaba permitido tener.

Dioses, fui estúpida.

—Vaya —suspiré, apartándome lo suficiente para poder volver a mirarle a los ojos.

Sus ojos estaban un poco aturdidos, pero sus labios esbozaron una sonrisa de satisfacción mientras nos hacía rodar con cuidado hacia un lado, con la polla dentro de mí.

—Sí —murmuró, con voz pesada y saciada.

Se inclinó y me dio un beso en la coronilla, aspirando mi aroma durante un largo rato antes de acomodarnos con cuidado, agachándose y tirando de la funda del edredón hasta cubrir nuestros cuerpos unidos. Suspiré por el consuelo que me ofrecía, por el placer residual de mi orgasmo y por saber que nuestra hija por fin estaba a salvo, sana y protegida en la habitación que había al final del pasillo.

—Así que... —murmuré, apenas levantando la vista hacia él por debajo de mis pestañas mientras enterraba mi cara en su pecho—. ¿Qué hacemos ahora?

Tristan soltó una risita, y una de sus manos se alzó para acariciarme la nuca, como si fuera un gato. No debería haberme gustado tanto, pero así era.

—Vivimos, nena —dijo—. Yo gobierno a mi pueblo, y tú encuentras un trabajo si quieres. Lia está feliz y sana, y tú ya no tienes que preocuparte por nada. Asistiremos a la ceremonia para celebrar tu victoria y anunciar nuestro nuevo vínculo, y después...

Hizo una pausa y levanté la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Y después? —pregunté, con voz tímida y demasiado suave para ser útil.

Me sonrió.

—Lo que quieras, Alana. Cualquier cosa por mi reina.

—•—

Epílogo

Alana

Cinco años después

Levanté la vista de los planos que estaba revisando para buscar por el parque a mis dos revoltosas hijas. Lia estaba donde yo esperaba, corriendo alrededor de la estatua de su tío con un grupo de chicas de su clase. Se había convertido en un pequeño monstruo atlético, corriendo más rápido que sus compañeras en un juego de pillar. Ya no era la niña que se tambaleaba de dolor al saltar. Pronto cumpliría diez años, y planeábamos celebrar su fiesta en este parque para que tuviera todo el espacio que su corazón deseara para campar a sus anchas.

Después de todo lo que habíamos pasado, se recuperó de forma asombrosa, usando este parque para procesar su dolor y convertirse en la joven segura de sí misma que era hoy. Su fuerza y resistencia siempre me han asombrado, pero lo verdaderamente increíble era que no cargaba con el peso del pasado.

Mi otro bebé era más difícil de encontrar. Con solo cuatro años, al pequeño Arthur le encantaba jugar a escaparse, haciendo que su padre y su tío Harrison corrieran tras él como perros salvajes.

Primero encontré a mi compañero. Tristan llevaba el pelo al viento cuando se agachó para bloquearle el paso por un lado, mientras Harrison lo hacía por el otro, dejando al pequeño Arthur atrapado entre ambos sin escapatoria.

Solté una risita en mi mano. Esos dos necesitaban pasar un día al sol más que Arthur. Yo llevaba a los niños al parque casi todos los días, pero Tristan y Harrison estaban encerrados con los diseñadores trabajando en los Juegos de este año.

Volví a mirar los planos de la segunda prueba. Era única, pero ya lo esperaba. Era la primera prueba diseñada por una omega, y había creado obstáculos que jamás habría imaginado para los Juegos. Sería una prueba de sutileza y engaño.

Una sombra se proyectó sobre mis papeles.

—Interesante, ¿verdad? —dijo Tristan, acomodando a Arthur en sus brazos para poder inclinarse y darme un beso en la cabeza.

El pequeño Arthur repitió la frase de su padre con voz aguda y soltó una risita.

—Es ingeniosa y perfecta para la segunda prueba. Mortal, pero no si se juega bien —respondí.

—Os dije que Isabel era brillante —alardeó Harrison mientras trotaba hacia nosotros.

Harrison había recomendado a Isabel como la primera consejera omega. Tristan dudaba en incorporar a alguien nuevo, pero después de eliminar a los espías, necesitaban cubrir los puestos.

—Creo que todos sabemos que piensas que es más que brillante —se burló Tristan, y las mejillas de Harrison se tiñeron de rojo intenso.

Había pocas cosas que pudieran molestarlo, pero esta, sin duda, era una de ellas.

—¡Mamá! ¡Mamá! Tienes que ver el nuevo tiempo que tengo para... ¿Por qué el tío Harrison está rojo? —Lia irrumpió en la escena con una brusquedad que sólo un niño podría lograr.

Dejé de intentar ocultar mi risa y eché la cabeza hacia atrás con deleite. Harrison refunfuñó y se lanzó a atacar el pelo de Lia, pero ella lo esquivó como si supiera que venía. Le sacó la lengua y él jadeó, indignado, mientras ambos salían corriendo rápidamente, él intentando que se disculpara.

—¿Cómo está nuestro chico? —pregunté mientras Tristan se sentaba a mi lado.

Me entregó a Arthur y, con un movimiento grácil, me quitó los papeles del regazo.

—Creo que lo cansamos, pero nunca se sabe con él. Una siesta de cinco minutos y volverá a aterrorizar a Harrison.

Ambos nos reímos con la imagen.

Faltaban meses para los Juegos, pero aún quedaba mucho por hacer. Hoy era exactamente lo que todos necesitábamos.

—Esta vez se siente diferente —dijo Tristan, mirando a la caótica familia que habíamos construido a nuestro alrededor—. Tengo una nueva corte llena de consejeros en los que confío. Tengo una familia que siempre está a mi lado. No hay...

—No huimos del pasado —terminé la frase por él.

Me dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Exactamente. Sólo un futuro exitoso que esperar.

Sentí una oleada de orgullo. Tristan era un gran rey, pero era aún mejor compañero y padre. No me cabía duda de que los Juegos de este año serían un éxito, como lo era el reino.

El aire se volvió increíblemente ligero. El sol parecía más brillante. Toda mi vida, bajo el abuso de mi padre, había estado sobreviviendo, pero no viviendo. Esto era vivir. Tristan a mi lado, nuestro bebé acurrucado entre nosotros, Lia corriendo libre con quienes amaba. Ahora tenía paz. Una paz tranquila que antes me parecía imposible.

Ya no había engaños, ni peligros acechando en cada esquina. Me criaron para esconderme en las sombras, pero ahora me aseguraba de que toda mi familia pudiera tomar el sol.

FIN

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.